





ANT
XIX
71







R. 43.527

AMRI.



NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS Y TRADUCIDA
AL CASTELLANO.

TOMO 2.º

CORDOBA.—1869.

Imp. lib. y litog. del DIARIO DE CORDOBA.
San Fernando, 34.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

PRIMERA PARTE.

I.

La espesa niebla que envuelve por la mañana la ciudad de Londres, se había disipado al soplo poderoso de la brisa, que corría de Sudeste á Nordeste.

El amarillento disco del sol se alzaba á la sazón radiante, en un cielo despejado, inundando con sus rayos la antigua cúpula de San Pablo.

Era día de regocijo para el pueblo inglés el 4.º de julio de 1776. Engañada por recientes y decisivas ventajas obtenidas sobre los rebeldes americanos, la Cámara de los Lores estaba muy

lejos de figurarse que dentro de pocos años la grande colonia americana, ayudada por la espada de la Francia, habria conquistado para siempre su independencia, separándose de la madre patria. Rechazados hácia la costa, expulsados diferentes veces de las orillas de los lagos Erié y Ontario, los ingleses habian conseguido recobrar una á una todas sus posiciones.

La energia que el jóven marqués de Asburthou habia mostrado en la defensa del fuerte Saint-George, y el terrible ejemplar que habia llevado á cabo, entraban por mucho en las últimas victorias del ejército inglés. Los antiguos generales, encanecidos en los campos de batalla, no podian permitir que un oficial de veinte años se distinguiera mas que ellos. Así pues, era un dia de fiesta para el pueblo inglés, aquel en que un héroe de veinte años, despues de desembarcar en Plymouth, hacia su entrada en la capital, á la cabeza de los pocos valientes que aun quedaban del magnifico regimiento que llevaba el nombre de los dragones del rey.

Desde las ocho de la mañana la población en masa se dirigia al encuentro de este batallon sagrado, mucho mas alla de las puertas de Londres. Los agentes de policia á duras penas podian contener esta inmensa muchedumbre. Las mujeres se empujaban sobre las puntas de los pies en las orillas del camino, los hombres se apretaban y se empujaban, los muchachos se encaramaban á los árboles. Sin embargo, nada se descubria aun en el horizonte. Hubo un momento en que la multitud se hizo tan compacta que los lujosos carruajes fueron envueltos por completo, y que los caballos no pudieron rechazar aquel humano oleaje.

En un carruaje descubierto, tirado por dos magnificos caballos, se veian dos mujeres á quienes muchos hubieran creido hermanas. Una de ellas resplandecia con el espléndido brillo de la juventud; la otra tenia la noble serenidad y la dignidad tranquila de la maternidad.

Estas dos mujeres parecian no mé-

nos impacientes que el pueblo por ver llegar los dragones, y cuando el cochero las anunció que no era posible seguir adelante, la de mas edad de las dos exclamó:

—¡Pues bien! iremos á pié.

—No será,—contestó la jóven,—no lo consentiré, porque os expondeis á ser atropellada por la multitud. Y además,—añadió poniéndose de pié en el carruaje,—veremos mejor desde aquí.

—¡Ob, hijo mió!—murmuró la otra,—¡mi hijo adorado!...

—¡Vais á ver! el querida señora Celia,—dijo la señorita Ellen, porque era la pupila del Sr. Roberto Walden que venia á esperar á Lionel.

En este momento la multitud prorrumpió en un largo murmullo: una nube de polvo oscureció el horizonte, y cien mil voces gritaron á un tiempo:

—¡Aquí están! ¡aquí están!

Una mujer vestida con el modesto traje de la clase media de Lóndres que acababa de asirse á la portezuela del carruaje, tendió una mano suplicante á la señora Celia y la dijo:

—¡Ah! si soi madre, señora, no rechazareis la súplica de otra madre; dejadme subir á vuestro carruaje, porque tambien yo,—murmuro ahogando un sollozo, —tambien yo quiero ver á mi hijo.

La señora Celia alargó los dos brazos á esta mujer y la hizo subir á su lado, en tanto que la señorita Ellen miraba á la desconocida con ardiente curiosidad.

Esta mujer, que podria tener treinta y ocho á cuarenta años, era notablemente hermosa todavia, pero su rostro presentaba huellas de un vambalo y profundo dolor moral.

—Pobre mujer, —le dijo la señora Celia, —¡cuánto habeis debido sufrir y llorar durante esta maldita guerra!

—¡Oh! sí, —dijo ella alzando al cielo una mirada empañada por las lágrimas, —¡oh! sí, señora.

—¡Pero por fin vais á volver á verle! porque vuelve, ¿no es verdad? ¿vuelve sano y salvo?

—Sí señora, —contestó la desconocida temblando.

—Debe ser el madre de algun soldado.—murmuró la señora Celia al oído de la señorita Elena.—Pero la jóven no contestó; parecia estar absorta en algun recuerdo lejano.

—¡Como vas á estrecharlo contra tu seno corazon, á abrazarlo, pobre mujer!—añadió la señora Celia.

La desconocida no contestó; pero dos lágrimas ardientes brillaron en sus ojos y ahogó un sollozo.

—¡Aqui están! ¡aqui están!—gritó de nuevo la multitud.

Y en efecto, se oyeron resonar las herraduras de los caballos en el camino. Las tres mujeres se pusieron de pié en la carretela, dominando así el mar de cabezas que las rodeaba. Delante y como á unos veinte pasos, un oficial á caballo llevaba la bandera del regimiento, noble enseña agujereada por las balas, ennegrecida por el humo, un giron glorioso. En seguida detrás del portaestandarte, se vió avanzar solo, tranquilo y digno, con la sonrisa en los labios, á aquel hombre de quien la fama habia

hecho un héroe, aquel coronel de veinte años que escitaba los celos de los antiguos generales, Roger de Asburthou, que saludaba con su espada, con caballeresca gracia, á la multitud que le victoreaba. Al verle, la desconocida á quien la señora Celia habia hecho subir á su carruaje, a pobre madre de modesto traje, lanzó un grito de suprema alegría.

—¡Ah! ¡qué hermoso es!—dijo volviendo á caer medio desvanecida sobre los almohadones del carruaje.

Pero en este momento un hombre atravesó la multitud, cogió á aquella mujer en sus brazos, la levantó como si fuera un niño, y desapareció murmurando:

—¡Ah, desgraciada! ¡Qué has hecho? acabas de descubrirte.

Ellen habia tenido tiempo de ver y reconocer á este hombre.

—¡El! — dijo. — ¡El, á quien yo creia muerto!

Despues cogió vivamente el brazo de Celia, aturdida por lo que acababa de ver y de oír.

—¿Sabéis quién es esa mujer, Señora?

—No,—dijo la Sra. Celia.

—Es la verdadera madre de Roger de Ashburthton. Ahora no tengo duda.

Roger se acercaba, siempre al paso, y su vista interrogaba ávidamente la multitud, buscando una mirada que se dirigiera á él, á Roger, y no al soldado. De pronto el oficial que marchaba detrás de él apresuró el paso y vino á colocarse á su izquierda. Era Lionel, Lionel que había sido nombrado capitán al fin de la campaña. El joven oficial estaba pálido de emoción, pero sus labios sonreían.

—¡Mirad! —dijo con voz entrecortada. — ¡Allí están!

Y extendía la mano hácia la multitud.

—¿Quién?—preguntó Roger.

—¡Mi madre... y la que amo, mi prometida!

Roger siguió con la vista la dirección de la mano de Lionel. Reconoció á Ce-

ha en el carruaje, y vió á su lado á Ellen; contuvo un grito y aprató con furia el puño de su espada.

—¡Dios mío!—esclamó Lionel, que se vió titubear en la silla.

—¡Prometida... la mujer á quien amo...!

—Ellen,—dijo Lionel.

El rostro del marqués se puso rojo; el hilalzo desapareció un momento, el noble par se eclipsó y la voz de la sangre gitana que corría por sus venas se elevó violenta y agitada por el ófio.

—¡Ah, mas á Ellen! ¡Pues bien, también yo la amo!—dijo el hijo de la gitana fijando un cu rival una ardiente mirada.

II.

Mientras que el regimiento de los dragones del rey se abría difícilmente paso entre el gentío, que lo victoreaba, al pasar un carruaje que había conseguido abrirse paso, entraba en los arrabales al trote largo. Este carruaje, cuyo

caballo de sangre probaba que pertenecía a un hombre rico, atravesó el puente de Londres con gran velocidad y se detuvo en Piccadilly, delante de la verja de un hermoso hotel. Dos hombres bajaron del carruaje. Uno de ellos sostenía en sus brazos á una mujer que parecía haber perdido el conocimiento.

—Llévala, —dijo el otro, —porque no tiene fuerzas para andar... ¡Pobre Ciuthia!

El hombre que hablaba de este modo era Juan de Francia; no Juan de Francia disfrazado bajo su blusa de marinero, sino el hermoso nabab Osmany, el noble millonario, el buen mozo de quien toda la *nobility* se habia ocupado tanto durante la guerra. El que le acompañaba y llevaba en sus brazos a Ciuthia, era Sanson, el brazo derecho del rey de los gitanos.

Sanson parecia tambien por su parte haber mudado de piel. Su casaca de paño de color de tabaco, su chaleco de seda bordado, su calzón de casimir negro y su voluminosa esbeza empolvada,

le daban el aire de un importante empleado en contribuciones ó de un caballero de algun condado lejano, venido espresamente á Londres para adquirir buenos modales.

El pequeño hotel en donde vemos entrar á estos tres personajes pertenecía á Osmany.

Cuanto el lujo asiático puede inventar, cuanto el oro y el buen gusto reunidos pueden crear, habia sido acumulado en este palacio en miniatura. En una habitacion del piso bajo, un pequeño salon colgado de seda gris perla, fué á donde condujo Sanson á Cinthia. La pobre madre desolada sollozaba con el rostro oculto entre las manos.

Juan de Francia la dijo con voz conmovida:

—¿Quiéres perder á tu hijo? Tu hijo, por quien acabamos de arriesgar nuestra vida... Cinthia, piensa en aquellos de la tribu que no han vuelto.

—¡Ah!—contestó ella.—Solo una madre puede comprender lo que yo he sufrido desde hace diez y ocho años,

tener un hijo y no poder hartarse de verle: vivir cerca de él y no poderle decir: ¡Yo soy tu madre! ¡Ah! tú tendrías piedad, Juan, si hubieras sufrido estos tormentos, si tu corazón hubiera sido torturado por esta angustia de todos los instantes.

Juan de Francia se sonrió con amargura.

—¿Pero qué sería ahora este niño, replicó,—si hubiera permanecido á tu lado? Un miserable gitano como nosotros, porque yo no hubiera pensado jamás en enriquecerme si no hubiera sido por ambicion para él.

Cinthia lloraba silenciosamente.

—En lugar de esto,—prosiguió Juan de Francia,—es ahora rico, noble, coronel, par de Inglaterra, puede aliarse á las mas grandes familias, y el rey firmará su contrato de boda; esta noche Jorge III le dará á besar su mano y le hará comer á su mesa.

Cinthia seguia llorando.

—¿Querrias, pues,—añadió Juan de Francia,—que ahora lo derriben de

ese pedestal donde le hemos colocado, y le espulsen como á un lacayo, diciéndole: « Vos no sois el verdadero marqués Roger de Asburthou, el hijo legítimo del lord gobernador de la India: sois Amri el bastardo, el hijo de una gitana, uno de esos malditos sin techo ni hogar, condenados á andar errantes por el mundo? »

Cinthia se enderezó bruscamente; una llamarada de cólera se había encendido en sus ojos.

—¿Pero no sabes, desgraciada, quien era la joven que estaba en el carruaje en que has subido?

—No. —dijo Cinthia.

—Es nuestra mas mortal enemiga, es la señorita Ellen, la pupila del señor Roberto Walden; Topsy, la hija de Nathaniel, el de la garduña.

Cinthia lanzó un grito.

—¿Comprendes ahora? —dijo Juan de Francia.

La pobre madre bajó la cabeza y guardó silencio.

—Si estás privada de las caricias de

tu hijo, —dijo Juan de Francia, —gozarás al menos con sus triunfos; porque no es bastante para mí que sea bello, que sea par de Inglaterra: yo quiero también que sea amado, quiero darle por esposa la mas rica heredera de los tres reinos.

Exaltada por las palabras de Juan de Francia, la reina de los gitanos sintió un movimiento de orgullo.

—Haré todo lo que quieras, Juan, —dijo resueltamente, —¿Es preciso que salga de Inglaterra? Estoy pronta á sacrificar mi vida por la gloria y la felicidad de mi hijo.

—No, —dijo Juan de Francia, —yo no quiero nada de eso: lo que exijo es que no vuelvas á esponerte, como lo has hecho, á venderte y perder á tu hijo. Es menester que me jures que si algun dia quisieran forzarte á declarar que Roger de Asburthon es hijo tuyo, ¡tendrás el valor de contestar no!

—¡Lo haré! —murmuró Cinthia con voz firme.

—¡Oh! —esclamó Juan de Francia

con exaltacion,—cuando pienso que hace seiscientos años que mi raza se vé despreciada, escupida, pisoteada por estos vanidosos normandos, y que he conseguido colocar á su lado á un hombre de mi raza, que este hombre es su igual y que tratará con ellos de potencia á potencia, entonces siento que mi corazon salta de alegría en mi pecho al pensar que todo esto es obra mia.

Pero mientras hablaba así, Juan de Francia se acordó repentinamente de la señorita Ellen, y entonces su frente se oscureció y sus ojos lanzaron un relámpago de odio.

—¡Será preciso que yo destruya á esta mujer,—pensó,—como el viento de la tempestad troncha las ramas secas!

Y volviéndose hácia Sanson:

—¿Me has obedecido?—dijo,—has vuelto á encontrar al cirujano Bolton?

—Bastante trabajo me ha costado,—dijo Sanson,—porque el querido doctor se ha establecido en la taberna mas sucia de Wite-Chapel, donde se emborracha todas las noches.

—¿Pero en fin, le has encontrado?

—Sí,—dijo Sanson,—y va á venir, porque le he citado para las doce: por la mañana está en ayunas.

—¿Te ha reconocido?

—No.

—¿Ha adivinado el personaje oculto detrás del nabab Osmany?

—Tampoco. Solo ha recordado haber encontrado una tarde al final del parque del marqués de Roger, en el castillo de la torre del rey.

—¿Entonces no sabe para qué le llamo?

—Cree que vuestra señoría está enfermo.

—Osmany se echó á reir y volviéndose hácia Ciotzia:

—¿Creerías,—dijo,—que nuestro viejo Sanson lo ha tomado por lo serio? *Me llama su señoría.*

—¿No sois mi amo?—dijo sencillamente el gigante,—¿no os pertenece hasta la última gota de mi sangre?

—Eres un perro fiel,—dijo Juan de Francia conmovido.

Sanson dejó oír un gruñido de satisfacción que se parecía bastante al del animal con quien lo comparaban. En este momento se oyó sonar la campanilla de la verja, que anunciaba una visita.

— Debe ser el cirujano Bolton, — exclamó Sanson, precipitándose fuera del salón.

— Déjanos, hermana mía, — dijo Juan de Francis á Cinthia. — Tengo mucho que hablar con Bolton; lo que tengo que decirle es de la mayor importancia.

Cinthia salió. Casi en seguida se abrió la puerta y reapareció Sanson, precediendo al doctor.

Bolton, á quien hemos conocido en Calcuta, se había convertido en una especie de John Falstaff, en la peor acepción de la especie. Sus vestidos desordenados, cubiertos de manchas de grasa, su peluca que carecía de coleta y su barba de ocho días, indicaban claramente que su nueva clientela era superior á las preocupaciones del cepillon y el jabon. Solo la mirada había conservado toda su penetración y toda su sutileza.

Season, como servidor bien acostumbrado, se retiró cerrando la puerta detrás de sí, mientras que Bolton, algo deslumbrado por el lujo que le rodeaba, saludaba á Juan de Francia como se saluda á un nabab.

— Caballero, — le dijo, — me habeis hecho el honor de llamarme: ¿teneis necesidad de mis servicios?

— Doctor, — contestó Juan de Francia, — necesito sobre todo hablar con vos.

— ¡Ahl! — dijo curiosamente Bolton.

— ¿Habeis habitado la India mucho tiempo, doctor.

— Doce años.

— ¿Estábais al servicio particular de lord Asburthou?

Bolton se estremeció y miró al nabab Osmany.

— Una noche, — prosiguió el último, — tomásteis un niño en el campamento de los gitanos.

— ¡Jamás! — exclamó Bolton.

— Muy bien, doctor, — dijo Juan de Francia sonriendo, — sois mudo como una tumba, ¡ya lo veo! pero vos no podeis tener secretos para mí.

— Yo no tengo secretos,—dijo Bolton afectando un aire ingénuo.

— Miradme bien, doctor,—dijo Osmany.

El cirujano fijó en él una inquieta mirada.

— ¡No me reconocéis?

— No,—dijo Bolton.

— ¡Pues bien! si no recordais haber ido á buscar un niño al campamento de los gitanos, al menos recordareis á un joven herido en un hombro á quien hicisteis la primera cura.

— ¡Juan de Francia!—esclamó Bolton mirando ávidamente á Osmany.

— Yo soy,—dijo este.

— ¡Vos! ¡vos!—esclamó Bolton aturdido.

Juan de Francia se quitó la casaca, levantó su camisa y mostró su hombro desnudo que aun conservaba las cicatrices de la puñalada y de la incision practicada por el doctor para dilatar la herida.

— ¡Oh!—dijo Bolton,—sois vos... ¡reconozco la obra de mi bisturí!

Y continuó mirando á Juan de Francia con el mayor asombro, porque no podia comprender el lujo que rodeaba al gitano.

—Doctor,—añadió Juan de Francia,—una noche de estas os contaré mis aventuras que se parecen mucho á un cuento árabe; pero hoy tengo otras cosas mas importantes que deciros.

—Hablad,—dijo el cirujano que reconocia poco á poco la mirada de águila, la altiva sonrisa y todos los rasgos característicos del niño, en el bello varonil semblante del hombre.

—Quiero hablaros de él,—dijo Osmany.

—¡Eh!—dijo Bolton bajando la voz,—¿sabeis que á estas horas está ya de vuelta en Londres?

Una sonrisa se dibujó en los labios de Juan de Francia.

—¡Pobre doctor!—¿creéis, pues, que le haya abandonado un solo instante? ¿Quién le salvó del oso el año pasado? ¿Quién le impidió que fuera asesinado por el capitán Maxwell? ¿Quién ha sido

además, el que en América reprimió una insurrección en el fuerte Saint-George que estaba mandado por él?

—¿Cómo?—esclamó Bolton admirado,—¿le habeis seguido á todas partes?

—¡A todas partes!

—Pero entonces, ¿sabe?... o

—Nada sabe... y puede siempre creerse hijo legítimo del Sr. Asburthou... He matado al Sr. James, como el Sr. Roberto Walden mató al Sr. Jack-Asburthou; pero,—añadió Juan de Francia,—no todos nuestros enemigos han muerto.

—¿Nuestros enemigos?

—¿Sí, los tiene... y poderosos...

Bolton pasó en el señor Roberto Walden.

—Ellos sospechan la verdad, - prosiguió Juan de Francia;—y debemos desbaratar sus proyectos.

—Pero,—dijo Bolton,—una vez muerto el Sr. Asburthou, solo vos y yo poseemos este secreto, y si vos di yo le hemos de revelar.

Hay un testigo terrible que ha-

blará por nosotros, un día ó otro,—dijo Juan de Francia bajando la voz.

—¿Qué quereis decir?

—Hablo de la marca fatal que lleva en el brazo derecho y que es señal de su origen.

—¿Y no puede hacerse desaparecer esa marca?—dijo Bolton.

—Os equivocais, doctor; porque hay en el mundo una hija de sangre gitana...

—¡La señorita Ellen!—esclamó Bolton.

—Sí, la señorita Ellen que ha conseguido borrar esa señal de infamia, como el bautismo borra el pecado original.

—¿Cómo ha podido hacerlo? porque yo no conozco sustancia que pueda borrar ese signo.

—¡Ah!—dijo Juan de Francia,—he buscado durante mucho tiempo, pero he concluido por hallar el medio.

—¿De veras?—dijo Bolton.

—¡Escuchad!—dijo el rey de los gitanos.

Bolton adoptó la curiosa actitud de un hombre que va oír la revelacion de un importante secreto.

—En cada tribu, dijo Juan de Francia, —tenemos lo que se llama un marcador, mitad médico, mitad alquimista: este hombre hace á los niños recién nacidos esta señal que se cree indeleble y que es para nosotros como un pacto de familia. El marcador de nuestra tribu era ya viejo cuando vinisteis á tomar al pequeño Amri para hacer de él el marqués Roger de Asburthou. Era un hombre taciturno y muy sábio que se ocupaba de alquimia y astronomia; á la llegada de nuestra tribu á la India empezó á recorrer los bosques y los pantanos para recoger plantas medicinales y ensayar sus propiedades. Josué (este era su nombre), hubiera podido tener una existencia menos vagamunda, si no hubiera corrido por sus venas sangre gitana. Veinte veces habia tenido ocasion de ejercer la medicina en alguna pequeña ciudad de Escocia ó Inglaterra; pero siempre habia preferido seguir á la tribu. Un día volvió del campo y nos dijo:

—He hallado el medio de borrar

nuestras marcas. El jugo de una planta que he descubierto, exprimido y aplicado con una compresa en el miembro marcado, hace desaparecer por completo al cabo de ocho dias el triángulo cabalístico.

Los gitanos que rodeaban á Josué le preguntaron en secreto.

—No, no,—contestó aquel.—Cuando yo muera encontrareis mis secretos, mis papeles, mis recetas para curar, el fruto de mi estudio y de mi experiencia en fin; pero hasta entonces quiero guardar mis secretos.

Un dia Josué desapareció; su suerte fué por mucho tiempo un misterio para la tribu. Despues supe que habiendo tenido una noche una querrela con un marinero ingles en una taberna de Calcuta, habia sido coganchado por fuerza en un buque que completaba su tripulacion. Conducido á Inglaterra, Josué habia desertado; mas tarde le habian vuelto á prender y habia sido encerrado en Newgate. De qué modo descubrió Roberto Walden á este hombre,

y cómo supo que poseía el medio de hacer desaparecer la marca de los gitanos, esto es lo que nunca he podido averiguar, y hace apenas un año ignoraba también que la señal había desaparecido del brazo de la señorita Ellen. Lo cierto es que concluí por encontrar las huellas de Josué. Roberto Walden había obtenido su perdón, y había salido de Newgate. Aquí mis investigaciones hubieron de detenerse por falta de documentos; en la prisión perdí por completo las huellas de Josué; los guardas, los detenidos, nadie sabía nada de lo que había sido de él.

— En fin, hace ocho días, á mi vuelta de América, uno de los míos que había quedado en Londres y á quien yo había encargado que buscaran á Josué muerto ó vivo, me trajo una cajita de hierro en la que reconoci la que tenía el marcador para guardar, en otro tiempo, sus frascos y sus drogas; la había hallado en una aldea del Yorkshire, donde el pobre diablo había muerto poco después de su salida de

la cárcel. Esta caja contenía todas las recetas y unos treinta frascos que todos tenían minuciosas etiquetas.

—¿Y entre ellos estaba el que tanto necesitáis?

Juan de Francia abrió un arca, tomó de ella un frasquito que contenía un líquido parduzco y se le entregó á Bolton.

—Ved aquí,—dijo Bolton, nada será mas fácil que servirse de él.

—Os engañáis, querido doctor.

—¿Cómo?

Amri ignora el secreto de su nacimiento; se cree el verdadero marqués Roger. Para hacer desaparecer esta señal, en la que sin duda nunca he parado la atención porque se encuentra en la parte superior del hombro, será preciso revelarle el secreto.

—Es verdad,—dijo Bolton visiblemente contrariado; la situación se hace difícil.

—Tan difícil,—dijo Juan de Francia, —que he pensado que solo vos podríais servirme.

—¿Y cómo?

—Tres veces he prestado auxilio al marqués; tres veces se ha admirado de ver en mí á un amigo, porque yo le era desconocido. Es, pues, necesario que seáis vos quien le contéis la fábula que he inventado.

—Y... esta fábula...

—Esperad,—dijo Osmany.

Y volvió á tomar el frasco que hizo traslucirse á los ojos de Bolton.

—¿Quién me asegura que este licor no haya perdido su virtud?—continuó.

—Es cierto,—dijo Bolton;—seria preciso analizarle antes. Algunas gotas bastarán para esta operacion.

—Eso es, querido doctor,—dijo el rey de los gitanos,—subid en mi carruaje, volved á vuestra casa y poneos á trabajar en ello. Necesito saber antes de la noche si saldremos bien.

Tomad por vuestra consulta y el trabajo que os queda que hacer,—añadió Juan de Francia,—ofreciéndole un cartucho de guiness que el doctor se metió en el bolsillo sin la menor ceremonia.

Cuando hubo partido Juan llamó á Sanson.

—Te habia encargado que alquilaras en el Wapping una casa pequeña para Cinthia,—dijo el rey de los gitanos:—¿Lo has hecho?

—Sí, mi amo.

—¿Y está dispuesta para recibirla?

—Sí, mi amo; Elspy la ocupa y espera en ella á Cinthia.

—Bien esté,—contestó Juan de Francia.—Es necesario que Cinthia salga de aquí antes de una hora.

Y mientras que Sanson salia para ejecutar las órdenes de Juan de Francia, éste pasó á la habitacion inmediata, á donde se habia retirado de Cinthia.

—Hermans,—le dijo Juan de Francia,—es necesario que abandones mi casa, en la que no estarías en seguridad, porque podrias llegar á ser, sin que lo creyeras, un arma terrible entre las manos de los enemigos de tu hijo.

—Haré todo lo que quieras,—hermano,—contestó Cinthia con la resignacion que le inspiraba el amor maternal.

Una hora despues, Cinthia habia salido del palacio de Osmany, y éste último pedia su carruaje. Se habia vestido con suma elegancia, y sus criados iban de gala. En sabad Osmany, el heredero de los títulos del Sr. Mac-Gregor, se dirigia al club de los Lindos.

III.

El club de los Lindos, que era entonces uno de los mas espléndidos palacios de Lóndres, estaba situado en medio del Strand. En forma de templo griego, su frontispicio estaba sustentado por dos órdenes de columnas corintias. Dos grandes estatuas de mármol blanco, colocadas á derecha é izquierda de la escalera, representaban la Belleza y el Placer. Un pequeño parque de figura oval, cubierto de césped, en cuyo centro se elevaba un chorro de agua en un pilon de pórfiro rosa, se estendia como una alfombra delante de la casa. Los coches daban la vuelta alrededor del césped para ir á situarse detrás del palacio,

bajo un peristilo cubierto de cristales, donde crecían hermosas plantas exóticas en grandes vasos de porcelana de la China.

El lujo de las habitaciones era á la verdad propio de un palacio de hadas. Los tapices y los muebles, hechos para el club con modelos especiales, eran únicos en el mundo; no habia un solo tirador de puerta, ni una sola llave que no fuesen de plata cincelada. Todas las colgaduras eran de seda bordada y tenían la divisa de los lindos: *¡Beauty and elegance!* Los criados, elegidos entre los mejores mozos de los tres reinos, vestían librea de paño azul celeste galoneada de plata, iban calzados con medias de seda color de rosa y zapatos con hebillas de oro, y empolvados dos veces al dia con polvos de amber. Un célebre peluquero francés llamado Alcindor, estaba exclusivamente al servicio del club, así como un perfumista que tenía su laboratorio en uno de los departamentos del palacio. Los sastres, los maestros de coches, los sombrereros y los joyeros de

Londres se disputaban el honor de hacer poner en su muestra el glorioso título de proveedor del club de los lindos; porque esta distinción, que solo se concedía despues de un maduro examen, hacia su fortuna en pocos años.

El reglamento de los lindos, á quienes tambien se llamaba los variantes, contenia los artículos mas estraños. Los miembros del círculo no debian provocar ni aceptar ningun desafio: una estocada ó un pistoletazo, podian privarlos de un ojo, dejar una cicatriz, finalmente, estropear en radiante persona. Al atravesar el umbral de aquel templo, los lindos debian sonreir del modo mas gracioso, y permanecer sumergidos en una inalterable y dulce satisfaccion personal. Todo semblante preocupado era severamente amonestado por el presidente, el bello Nash. Un gesto de tristeza o de dolor era castigado con una fuerte multa. Una noche, un criado que habia tropezado con un mueble, vertió el contenido de una hirviente tetera en los muslos del duque de Somerset. Su

gracia lanzó un maullido de gato aplastado, é hizo tan horribles contorsiones, que los miembros presentes decretaron inmediatamente que no asistiera al club por espacio de un mes.

El marqués de Asburton habia sido elegido miembro del club de los radiantes ocho dias antes de su partida para América. El dia de su entrada triunfal en Londres, los lindos le enviaron una diputacion para ofrecerle aquella noche el té de honor en el salon llamado de Narciso. Roger que comia aquel dia en Saint-James, ofreció á los enviados ir al club á cosa de las diez. Pero los lindos se volvieron inquietos, preocupados, á fin de dar cuenta al presidente de su mision. Habian encontrado á Roger en una irritacion próxima á la cólera: sus facciones tostadas por el sol y a brisa del mar estaban descompuestas. Finalmente volvia cubierto de gloria, pero en deplorables condiciones físicas y morales.

El lector no habrá olvidado la tempestad que Lionel habia desencadenado al tomar á Roger por confidente de su

amores. El joven coronel, que conocia que no le seria posible dominar esta vez su cólera, si hallaba á su teniente al volver de palacio, se hizo conducir al *Club de los lindos*. Los celos le abrasaban el corazon, y se veia obligado á contener su cólera. Al entrar en el club, Roger preguntó por su amigo el presidente Nash. Pero le contestaron que este honorable miembro, atacado de viruelas y con el rostro agujereado como una espumadera, habia sido borrado de la lista de cargos del club.

El pobre Nash se habia envenenado dos dias despues de este desastre, tomándose un frasco de esencia de rosa. Se habia grabado sobre su tumba la divisa del club modificada de esta suerte: *Beauty and fidelity*. El bello Spencer habia heredado su sillón y su campanilla.

Despues del té de honor, durante el cual estuvo á punto de sufrir una reprimenda de su nuevo presidente por un movimiento de impaciencia y un ligero fruncimiento de cejas, Roger entró en

el salon de juego y se sentó á una mesa de faraon. Un viejo lindo llamado Arturo Romsey, que llevaba entónces la banca, acababa de ganar mil libras en un albur. Este Arturo Romsey era una especie de muñeca femenina, oprimida y espetada en una casaca y un calzón de seda de color claro; llevaba corré, se ponía coloreto y blanquete, y se teñía las cejas y el pelo de color rubio sumamente claro. Su suerte en el juego era tan constante, tan completa, que los supersticiosos aseguraban que llevaba un pedazo de sogá de ahorcado atada al brazo derecho. Algunos miembros del club, los mas tímidos, retiraban sus puestas cuando se ponía á jugar. Arturo Romsey habia parecido insoportable á primera vista al marqués de Asburthton.

— ¿No jugais esta noche, señor marqués? — le preguntó el Sr. Arturo con una sonrisa que resquebrajó la capa de bismuto estendida sobre sus mejillas.

— Si, y jugaré fuerte, si quereis hacerme la partida, — contestó Roger echando un banknote de mil libras sobre el tapete.

Arturo se inclinó cuanto le permitian las ballenas de su corsé.

El marqués había apuntado á un rey de bastos. Arturo volvió á su derecha un rey de copas y ganó. Roger dobló su puesta y volvió á perder.

Al cabo de una hora había perdido sobre su palabra toda la fortuna que le había legado el viejo marqués de Asburthou, y jugaba la propiedad de la torre del Rey.

Cuando Arturo volvió por quinta vez la carta que le hacía ganar el castillo de Asburthou, los radiantes batieron las palmas y lanzaron un hurra en honor del bello coronel de los dragones del rey. Una graciosa sonrisa brillaba en el semblante del noble arruinado, que caía con la gracia y la elegancia del gladiador antiguo.

La miseria que le esperaba á la puerta le hacía olvidar la herida de su corazón.

Se había embriagado con el juego, y en este momento no tenía la conciencia de su situación. Cuando se levantó

para salir del salon de juego, la expresion del mas profundo asombro se dibujó en su semblante; acababa de apereibir en un espejo al nabab Osmany apoyado en el extremo de una chimenea.

Osmany estaba elegantemente vestido de sociedad y jugando con una ballena con puño de diamante.

El indio se acercó à él con el perfecto desembarazo de un cumplido caballero y le dijo saludándole:

—¿Quereis permitirme continúe vuestra partida, señor marqués?

—¡Osmany!—dijo Roger, tendiéndole ambas manos con la mayor cordialidad.

—Venid, —dijo en voz baja el nabab, es preciso que el Sr. Arturo no salga del club sin haberos dado la revancha.

—Pero si nada me queda que jugar, —dijo el marqués.

En este momento se acercaba el señor Arturo Romsey andando sobre la punta de sus zapatos.

—¿Cuándo quereis, señor marqués, —dijo con una vocecilla meliflua, —que tome posesion de la torre del rey?

Osmany contestó apresuradamente:

—Si vuestra graciosa persona quiere hacernos el honor de acompañarnos al salón verde que á estas horas debe estar desierto, el señor marqués de Asburthou que me ha encargado de arreglar este asunto, firmará el acta que voy á redactar en diez renglones.

—Estoy por completo á las órdenes del señor marqués,—contestó el viejo lindo separándose para dejar pasar delante al joven coronel.

Cuando entraron los tres en el salón verde Osmany ofreció asientos al marqués y al Sr. Arturo, colocando delante de ellos una meseta de laca de china.

—Voy,—dijo,—á enseñaros una linda jugada por veinte mil libras, Sr. Arturo; pero ante todo tened la bondad de decirme lo que creéis que vale esta ballena, y le presentó con esquisita gracia el baston de puño de diamante.

—Pero yo no soy bastonero,—dijo con tono seco el Sr. Arturo.

—Solo queria hab'aros del diamante,

—contestó Osmany,—y debais conocer su valor, puesto que vuestro padre, el judío Ephraim Werniser se dedica á este tráfico en la Juden-Grass de Francfort.

El Sr. Arturo se puso lívido bajo su máscara de lirio y rosa.

—Examinadlo, querido señor Werniser,—prosigió Osmany con burlona sonrisa.

El Sr. Arturo se decidió por fin á examinar el diamante, y casi en seguida salió de sus labios una exclamacion de sorpresa.

—¿Y bien?—preguntó Osmany.

—Esta piedra es de un precio inestimable; y solo un soberano podria comprarla.

—Así, pues, ¿la cambiariais sin pesar por las veinte mil libras y el castillo que acabais de ganar al marqués de Asburthou?

Si,—dijo Arturo despues de haber examinado el diamante.

—Pues bien, es el juego contra el castillo de Asburthou y veinte mil libras.

—Acepto la partida, pedid cartas, caballero,—dijo Arturo al nabab.

—No hay para qué,—dijo Osmany sentándose al lado del marqués,—no os molesteis por mí, querido Sr. Warmser; podemos servirnos, y es mas pronto, de la baraja preparada que llevais en el bolsillo derecho de vuestra casaca.

Arturo brincó sobre su asiento como si un perro feroz le hubiera mordido debajo de la mesa.

Roger estaba asombrado de cuanto acababa de oír.

Arturo había puesto sobre la mesa una linda cajita de oro, en medio de la cual se veía un esmalte mitológico de los mas galantes.

Osmany tomó ligeramente la caja, y enseñándosela á Roger.

—Mirad, señor marqués, qué linda joya, y qué mecaviamo tan superiormente dispuesto. Despues de tomar un polvo de macaba para despejarse la cabeza se coloca la caja delante de sí, apoyándose en una perla engastada en la caja, y en lugar de Jupiter y Lodo, se

presenta un espejo como por encanto, lo que es muy comodo para ver el juego de su adversario; y Osmany hizo jugar el mecanismo para unir la práctica á la demostración.

—¿Es una muestra de la tienda de vuestro señor padre?—dijo el marqués con desden.

Arturo parecia estar petrificado en su asiento.

Osmany se metió la tabaquera en el bolsillo, y con un brusco movimiento de su muñeca hizo salir una baraja de su manga derecha con la habilidad de un escamoteador.

Después de barajar Arturo, cortó Osmany y volvió el rey de espadas.

—Empiezo,—dijo Osmany.—Deciamos que veinte mil libras y el castillo de Ashurst on en un solo albur. Mirad bien, señor Arturo, con cuanta destreza voy á hacer doblete.

—Y tratad de aprovecharos de la leccion,—añadió Roger.

Osmany echó en la mesa dos sotas de bastos.

—Pero esto es robarme descaradamente,—esclamó Arturo con voz ahogada, viendo que el nabab cogia la cartera en que estaban los billetes del marqués de Asburthou.

—¡Partiez!—dijo Osmany impassible, y volviéndose hácia el marqués:

—Coronel Asburthou,—dijo,—tengo el honor de restituiros la fortuna y el castillo que el judío Samuel Wurmsor habia tenido la... suerte de ganaros esta noche al faroou.

El viejo pisaverde echaba espuma de rabia y arrugaba su pechera de encajes con su mano crispada.

—Ahora,—añadió Osmany levantándose y tomando de nuevo su baston y haciéndole cimbrarse sobre la mesa,—veis este bastoncillo, señor Arturo? pues bien, os juro por el Dios de Israel hacerle pedazos en vuestro rostro si estais aun en el club de los lindos dentro de cinco minutos. Desde hace tres años que trabajais en Londres, debéis haber robado muy cerca de un mil on, lo que es una bonita fortuna. Volved mañana

mismo á la tienda paterna, si no quereis dormir sobre paja en Newgate mañana á la noche.

—Volvedme al menos mi tabaquera.

—Permitidme guardarla como un recuerdo, pero aceptad en cambio este rubí del Brasil que me ha costado doscientos luises franceses.

El judío se precipitó sobre la sortija que le ofrecia el nabab y salió del salon verde mirando á los dos con la feroz expresion de un chacal cogido en la trampa.

El rey de los gitanos y el marqués se miraron algun tiempo en silencio.

—¿Pero quién sois, pues— exclamó por fin el joven coronel, poniendo una mano en el hombro del nabab, vos que hacéis propósitos para apartar de mi camino á todos los peligros?

—Soy el mas humilde servidor de vuestra gracia,—respondió inclitándose el gitano;—soy el perro fiel, el que debe estar durante vuestro sueño á vuestra cabecera.

—Sois el corazón mas noble, el amigo

mas bel.—dijo Roger con ardiente convicción.

—¿Y me amais un poco?—preguntó Juan con voz conmovida.

Roger le tendió los brazos y le estrechó en ellos como á un hermano.

—Ahora no dudareis ya.—dijo, y hablareis.

—Señor marqués, dijo Juan de Francia con dignidad,—nunca he dudado, y por esto estoy dispuesto á daros mi sangre y mi vida. Pero no me preguntéis un secreto que el tormento sería impotente para arrancarme, y del cual la muerte misma no podría hacerme decir una sola palabra... Aquí como en el fuerte Saint-George, debo guardar silencio. ¡Tened confianza! ¡Yo velo!

IV.

Después de la estraña desaparición de la desconocida que había mostrado tan viva emoción á la vista del marqués de Asburthon, la señora Celia había mirado atentamente al joven coronel,

inclinándose para verle mejor fuera del carruaje; pero su corazón no latió mas aprisa, y sus ojos buscaron pronto á su querido Lionel.

El jóven capitán, al reconocer á su madre, quiso precipitarse hácia ella; pero la disciplina militar le encadenaba aun en su puesto, y tuvo que resignarse á esperar.

Cuando llegó al cuartel escribió un billete que hizo llevar á uno de sus dragones al hotel del Sr. Roberto Walden.

Este billete iba dirigido á su madre, y contenia estos pocos renglones:

•Mi adorada madre:

•El servicio tiene rigores muy crueles para el corazón de un hijo. Te he visto y tambien á la señorita Ellen, y mi deber no me ha permitido ir á colgarme de tu cuello y besar la mano de la que amo. El rey va á pasarnos revista. Pero dentro de pocas horas estaré junto á tí, junto á mi antiguo amigo Roberto Walden y junto á mi mamá.

»Te abraza y te ama de todo corazón,

LIONEL.»

Esta carta la habían recibido Ellen y Celia que estaba reunida en casa de Roberto Walden.

Los cabellos del gentleman se habían vuelto enteramente blancos y el año que acababa de pasar parecía haberle echado encima un enorme peso. Triste, preocupado, Roberto Walden tenía muy a menudo con Celia conversaciones de las que apartaba prudentemente á su pupila. Cuando el día de que hablamos Celia le alargó el billete de su hijo, billete que decía claramente que el amor de Lionel por Ellen no se había debilitado, Roberto no pudo reprimir un suspiro.

—¡Es preciso acabar!—se dijo en voz baja.

Luego, alzando la voz y dirigiéndose á Ellen, añadió:

—Hija mía, ¿quereis venir á mi gabinete?

La solemnidad con que el baronet hizo esta pregunta, pareció preocupar á Ellen. Sin embargo, ninguna pregunta dirigió á su padre adoptivo, al que siguió dócilmente. Roberto se encerró con ella en su gabinete y la dijo:

—Ellen, ya tenéis veintion años, tenéis un talento muy superior y Dios me es testigo de que no os amaría mas si fuereis en realidad mi hija.

Ellen, admirada de este exordio, miró curiosamente al baronet. Este prosiguió:

—Puesto que habeis entrado ya en la edad en que una mujer se halla en la plenitud de su razon y de su fuerza y que segun creo me professis un poco de cariño en cambio del que yo os tengo, me parece conveniente iniciaros en un secreto, que seria una imprudencia dejaros ignorar.

Ellen siguió impassible.

—Creed, querido tio, que la guardaré fielmente,—dijo.

—Hija mia,—continúo el baronet,—hace diez y siete años la marquesa de

Asburthou, señora Cecily, vino á pedirme un consejo. Separada de su marido, el que se habia vuelto insociable por su carácter extravagante, la pobre señora se vió precisada á ocultarse para evitar los furiosos celos, las indignas violencias de aquel desgraciado. Dos veces madre, habia hecho creer la muerte de su segundo hijo, al que jamás habia querido ver lord Asburthou. La pobre señora temia que el marqués se lo hiciera robar algun día, porque lord Asburthou ha exhalado el último suspiro hace tres años, convencido de que este niño no era hijo suyo, y,—continuó Roberto,—pongo al cielo por testigo de que Cecily era la mas pura, la mas digna de las esposas.

En este punto de su relacion, Roberto fué interrumpido por Ellen, quien revistiendo su rostro de una expresion de ingénuo sorpresa, exclamó:

—¿Cómo! ¿El marqués Roger de Asburton tiene un hermano?

—Sí, hija mia.

—¿Pero él lo ignora?

—Sí.

—Y ese hermano, ¿dónde está?

Roberto continuó:

—Lord Asburthton, separado de su mujer, era á la sazón gobernador de la India: su hijo Roger vivía a su lado. Cecily, que permanecía en Escocia, donde poseía algunos bienes, quiso romper los últimos eslabones de la cadena que la ligaba aun á su marido, y para esto esparció el rumor de la muerte de su hijo segundo, al que hizo criar en las tierras altas, dejándole ignorar completamente su nacimiento. Conociendo el carácter feroz de lord de Asburthton, aprobó los proyectos de la marquesa, que adoptó entonces el nombre de Celia.

Ellen lanzó un grito de sorpresa tan repentino, tan verdadero, que Roberto hubiera respondido con su cabeza de que nunca, antes de aquel momento, había tenido su pupila sospechas de la verdad.

—¿Cómo! —oigo ella,— Celia...

—Es Cecily.

—¿Y... Lionel?

— Lionel es hermano del marqués Roger.

— Pero entonces, — dijo Ellen, — cuando lord Asburton ha muerto, por qué Cecily, que nada tenía ya que perder, no ha recobrado su nombre y su rango; por qué no ha ido á encontrar á su hijo mayor por qué...?

Roberto la interrumpió con un ademán.

— Yo fui, — dijo, — quien trajo á Cecily la noticia de la muerte de su marido. Yo creía que iba á venir al lado de su otro hijo y á recobrar su rango en el mundo. Me engañaba. Cecily me dijo tristemente:

— La ley que rige la aristocracia inglesa, es sumamente dura para los hijos menores, á quienes despoja en provecho del primogénito. Para este son la fortuna, los títulos, los honores, todo. De aquí provienen esos óbitos sucesos que dividen las familias. Bien lo sabéis, amigo mio, y el infame Jack Asburthou presenta á nuestra vista un terrible ejemplo.

Yo me incliné y ella prosiguió:

— Lionel se cree hijo de un pobre oficial sin fortuna; es dichoso así. ¿Sabéis si lo sería el día en que le revelara su nacimiento? ¿Sabéis si no se vería regitado desde el día siguiente por sombríos y envidiosos celos?

— ¿Y vuestro otro hijo, que nunca ha conocido á su madre?—exclamé,

— ¡Oh! en cuanto á él, nada podría añadir á su felicidad, y mas vale que no vaya á sembrar la duda en su corazón; y además ¿quién me asegura que no le hayan enseñado á despreciar y odiar á su madre?

— Cecily tenía razon. Podia hacer la desgracia de estos dos hijos, tan completamente dichosos hasta entonces, con solo decirles estas dos palabras: «¡Sois hermanos!» Dejó, pues, á Cecily vivir oculta bajo el nombre de Célia, y pasar muchos años de este modo. Un día, Lionel tenía diez y seis años, tú diez y nueve, descubrí con terror que Lionel te amaba.

La señorita Ellen al oír la palabra «terror» hizo un ademán desdeñoso.

—Hija mia,—replicó el señor Roberto Walden con triste gravedad,—perdonadme de antemano las palabras que mi corazón reprueba, pero que mi lealtad de caballero me dicta. En este mundo, á despecho de los filósofos, hay instituciones que nada puede quebrantar. Un noble es igual á otro, un simple caballero es tanto como un duque y por, todos los caballeros son solidarios unos de otros. Yo te habia dado mi cariño, mi fortuna, yo te hacia pasar por sobrina mia, y sin embargo, se elevaba muchas veces desde el fondo de mi conciencia una voz reprobadora que me decia: «Topy la gitana no puede, sin cometer un crimen, llegar á ser esposa de un noble.» Entonces me eché á los piés de Cecily y le confesé la verdad. Ellen me alzó sonriendo y me dijo:

—Tendríais razón, si Lionel debiera saber algun dia que tiene en las venas sangre de Asburthton; pero debe ser toda su vida el hijo de un pobre oficial, y si ama á vuestra pupila, ¿con que de-

recho podríamos, ni vos ni yo, oponer una preocupación de raza á la dicha de estos dos niños?

Este razonamiento me tapó la boca y acalló mis escrúpulos. Me acostumbré, pues, insensiblemente á la idea de verte algún día esposa de Lionel, y esta idea, lo confieso, hizo crecer el cariño que te profesaba. Pero cierto día creí sorprender un secreto.

En esto, la señorita Ellen, que escuchaba con los ojos bajos, alzó bruscamente la cabeza y miró á su tío con serenidad.

—El secreto de tu corazón,—añadió el Sr. Roberto.

La señorita Ellen comprendió que se ponía pálida. El Sr. Roberto prosiguió:

—No era Lionel el que amabas, era el marqués Roger.

Del pecho oprimido de la joven se escapó un suspiro. El Sr. Roberto la tomó una mano y continuó con bondad:

—No lo niegues y escúchame aun.

La prudente joven pensó que si la

palabra es de plata, como dicen los árabes, estos tienen muchísima razón en afirmar que el silencio es oro; y se contentó con bajar de nuevo los ojos. El Sr. Roberto prosiguió de nuevo:

—Supuesto que no amas á Lionel, ¿cómo puedes querer que voy á exigir de tí, no es muy grande.

La señorita Ellen volvió á mirar al señor Roberto Walden.

—En lugar de alejar el amor de Lionel es necesario que lo alejes de tí y que le ayudes á curarse de él.

—Pero tío mio, puesto que me habéis acostumbrado á la idea de que sería su esposa...

—Sí, porque entonces yo creía que Lionel ignoraría toda su vida el secreto de su nacimiento.

—¿Lo ha descubierto?

—Puede descubrirlo, porque,—añadió el Sr. Roberto con aire misterioso,—podría suceder que algún día, el marqués Roger se despojase de su fortuna y sus títulos en favor de Lionel.

La señorita Ellen se estremeció.

—Lo cual,—dijo para concluir el señor Roberto,—haría posible tu matrimonio con Roger, que te ama también como un loco.

—¡Oh! siendo así,—dijo ella,—puedo aseguraros, querido tío, que me conduciré de modo que consiga que yo me ame Lionel dentro de un mes!

Algunos minutos después la señorita Ellen, sola en su habitación, escribió á Lionel el siguiente billete:

«Querido Lionel: Si me amais realmente, si un año de ausencia no me ha borrado de vuestro corazón, hareis lo que voy á pedirós. Nuestra primera entrevista, en presencia de vuestra madre y de mi tío, será muy fría por mi parte; no os alarmeis: ¡os amo!... pero motivos que no puedo deciros y que los que depende la felicidad de ámbos, me dictan esta odiosa conducta. Que estas palabras, amado mio, os tranquilicen: «Os amo» Pronto lo sabreis todo.

«Ellen.»

Cerrado este billete, hizo que lo

llevara al cuartel de los dragones un criado que le era completamente adicto.

—Roger ó Lionel, me casaré con uno de los dos,—pensó:—pero será con el que sea par y marqués... ¡Pobre Robertol ¡qué cándido es!—prosiguió la gitana;—¡se le ha metido en la cabeza que yo amaba á Roger!

La señorita Ellen apoyó la frente en sus dos manos y se puso á reflexionar. Parecía un general combinando un plan de batalla.

V.

Mientras Osmany estaba en conferencia con Bolton, ántes de dirigirse al Club de los Lindos, y en tanto que Roberto Walden confiaba á su sobrina un secreto que esta habia penetrado hacía largo tiempo, el rey pasaba revista á su regimiento de dragones.

Hacia dos horas Lionel estaba en un suplicio, y esperaba con impaciencia el momento de terminar su servicio. Mientras la revista, Roger no le dirigió una sola palabra, y un simple soldado

fue quien le trasmitió de parte del coronel la invitacion del rey. Jorge III no hizo, por decirlo así, mas que aparecer en el banquete, que quedó presidido por el príncipe de Gales.

A las diez los convidados salieron del palacio de Saint-James.

Lionel se acercó entonces á su jefe, á quien se dirigió con toda la deferencia de un inferior y le dijo:

—Mi coronel, ¿tendréis la bondad de permitirme ahora que vaya á abrazar á mi madre?

Roger se estremeció y miró á Lionel. Por terribles y súbitos que sean los celos, borran difícilmente en pocas horas un año de amistad. Roger tuvo un instante de arrepentimiento; hubo un momento en que estuvo á punto de alargár la mano á Lionel y decirle: perdóname. Pero la imagen de la señorita Ellen pasó por sus ojos; un hierro candente parecía atravesarle el pecho, y volvió la cabeza para ocultar las lágrimas de cólera y de dolor que velaban sus miradas. Contestó al jóven capitán esta sola palabra:

—¡Id!

Lionel saludó y dió un paso para retirarse; pero volvió bruscamente.

—¿Qué más queréis? —dijo Roger deteniéndose y mirándole con aire altanero.

—Mi coronel, —dijo Lionel con voz que la emoción hacia temblar, —me haréis el favor de concederme un minuto de atención.

Roger se estremeció.

—De nada serviría, —dijo.

Y giró sobre sus talones dejando á Lionel inmóvil y mudo de estupor.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró el jóven cubriéndose el rostro con las manos, —¿que le he hecho yo?

En este momento el dragon que le servia de ordenanza se le acercó.

—Mi teniente, —le dijo, —mientras comiais con el rey, han traído este billete para vos.

Lionel se apoderó del billete con febril impaciencia, porque acababa de reconocer la letra de la señorita Ellen, y cuando acabó de leerle, creció su inquietud.

—¿Pero qué es lo que pasa?—esclamó.

Después creyó comprender por qué Roger su protector, su hermano de armas, su amigo, le odiaba en este momento, y que entre el brillante marqués de Ashurthon y el oficial de fortuna, la elección de Roberto Walden no sería dudosa. Echó á andar con paso vacilante, con la muerte en el corazón y el semblante bañado de sudor frío, hasta la casa en que vivía Roberto Walden. Durante el camino quiso pensar en la felicidad de volver á ver á su madre, y esta felicidad estaba emponzoñada por la idea de que Roger amaba á Ellen. ¡Roger, su amigo, su bienhechor!

Cuando se abrió ante él la puerta del palacio de Roberto Walden, se oyó un grito, un grito de alegría delirante, y Emma se arrojó al cuello de su hijo, al que tuvo largo tiempo abrazado estrechamente. Lionel lloraba; miró por fin por encima del hombro de su madre, creyendo ver detrás á Ellen, pero solo vió el noble y grave semblante de Ro-

berto Walden. Ellen, fiel á su programa, esperaba tranquilamente á Lionel en el salon. Roberto la vió saludar friamente al jóven oficial y tenderlo con cierta expresion de duda una mano; pero lo que no vió el digno caballero, fué la furtiva mirada que lanzó á Lionel en el espejo colocado delante de él. Esta mirada queria decir:—«Creed en lo que os he escrito y no os alarmeis.»—Esta mirada calmó algun tanto las inquietudes de Lionel, que habia empezado á contar á su madre, que le escuchaba extasiada, la hermosa defensa del fuerte Saint-George y la heroica conducta del marqués Roger. Pero no dijo una palabra de la súbita y desdeñosa frialdad que le acababa de demostrar el jóven coronel.

Cuando sonaron las once Lionel se levantó; su deber le llamaba al cuartel, pues estaba de servicio aquella noche. Ellen le acompañó á la antecámara y le deslizó diestramente una llave en la mano, al mismo tiempo que le decia al oido:

—¡Volved por el jardin... enseguida... necesito hablaros!

Lionel se marchó ébrio de alegría y de esperanza. Cuando partió, el Sr. Roberto dijo á su sobrina:

—Está bien, hija mia, estoy contento de tí.

—¡Pobre Lionell!—murmuró la señorita Ellen,—ha debido sufrir mucho.

El Sr. Roberto suspiró.

—Verdad es,—dijo,—pero será par de loglaterra algun dia.

—Querido tio,—dijo la señorita Ellen,—permitidme al menos haceros una pregunta.

—Habla.

—¿Cómo podeis suponer que el marqués Roger de Asburthon se despoje de buena voluntad en favor de su hermano.

—Yo no digo que de buena voluntad—hija mia.

—Pero entonces eso será una espoliacion?

—No, una restitucion.

La señorita Ellen se revistió del aire mas cándido y dijo:

.. El primogénito de lord Asburthon nada tiene que restituir, me parece, á su hermano menor.

El Sr. Roberto se encogió imperceptiblemente de hombros:

—Dentro de tres días,—dijo,—me explicaré con mas claridad.

Y besó á su pupila en la frente, obligandola á retirarse á su cuarto.

La señorita Ellen fugió obedecer y bajo al jardín por una escalera de servicio.

La llave que habia dado á Lionel era la de una pequeña puerta de servicio que daba á una callejuela vecina. Lionel, que conocia perfectamente aquellos sitios, estaba ya en el jardín cuando la señorita Ellen llegó. La noche estaba oscura; sin embargo, vió á la jóven venir hacia él por una frondosa calle. El peinador en que se habia envuelto era de color oscuro, y andaba con precaucion para no hacer crujir la arena á su paso. Lionel corrió á ella y se precipitó á sus piés.

—Alzad,—le dijo la jóven cogiéndole de la mano;—y seguime á este camarero.

—¡Dios mio! ¡cómo conmovida estas, querida señorita Ellen!

El mismo lo estaba tambien hasta el punto de que la jóven oia los latidos de su corazon. Le obligó á sentarse á su lado bajo el censdor y le cogió ambas manos.

—Querido Lionel, —le dijo, —es preciso que tengais confianza en mi.

—¿Qué quereis decir?

—En primer lugar, vais á hacerme un juramento.

—¿Cuál?

—Que callareis, aun á vuestra madre, lo que voy á revelaros.

—¡Os lo juro, por el amor que os profesol

—¡Mi tío quiere casarme!

—¡Ah! —esclamó Lionel que sintió desfallecer su corazon.

—Quiere proporcionarme un brillante matrimonio, —prosiguió la señorita Ellen, —porque la ambicion se ha apoderado de él; de modo que para evitar un peligro mayor que la cólera de mi tío, es menester que yo finja aprobar sus proyectos.

—¡Oh Dios mio! ¡si llegarais á ceder!
—murmuró Lionel espantado.

La jóven le estrechó la mano:

—¡Ingrate!—dijo;—¿no os he dicho que os amo?

Y viendo que Lionel se ponía de rodillas, prosiguió:

—Os lo juro, Lionel, seré vuestra esposa.

El contuvo un grito de alegría.

—¡Silencio!—dijo ella,—mi tío no se ha acostado todavía y si nos sorprende, ¡todo está perdido!

—¿Pero cuál es ese peligro que nos amenaza?

—Todavía no puedo decíroslo,

Lionel se estremeció violentamente.

—¡Ah!—dijo,—ya sé cuál es el hombre á quien os destinan: ¿es el marqués Roger de Asburthon?

—¡Pues bien, sí,—dijo Ellen,—él es! Pero ¿cómo habeis podido adivinarlo?

Lionel contó en pocas palabras el cambio que habia advertido en Roger. La jóven se sonrió con la expresion que dá la seguridad de un próximo triunfo.

Escuchadme bien,—dijo.—Os juro

que seré vuestra esposa, y que lo seré antes de tres meses, pero con la condición de que me obedezcáis.

— Como un esclavo, — dijo Lionel.

— Vuestra madre, — continuó Ellen, — ha alquilado ya una habitación en una casa próxima a esta; vivireis con ella y vendreis á verme pocas veces.

— ¡Oh! ¡Qué exigis de mí, Ellen!

— Pero, — prosiguió Ellen sonriendo, — quedaos con esa llave: todas las noches á las doce, nos veremos en este jardín. Además, os prohíbo provocar á Roger.

— ¡Ah! — dijo Lionel, — ¡le amaba como á un hermano!

Los dos jóvenes hablaron todavía una hora, prodigándose los juramentos mas dulces. Entonces Ellen despidió á Lionel, recordándole que estaba de servicio. Le acompañó hasta la puerta de la del jardín.

Lionel tocó con sus labios la mano que le tendia, y se separaron diciéndose:

— ¡Hasta mañana!

—¡Ah!—murmuró Ellen deslizando-se dentro de su cuarto;—mi buen tío Roberto podría tener en mí un hábil auxiliar para desenmascarar al falso marqués Roger de Asburthon... pero querrá obrar por sí solo.

Sin embargo al apagar la lámpara que ardía á su cabecera y cuando empezaba á dormirse, el semblante bronceado y los ardientes ojos de Osmany se le aparecieron como al través de un velo.

—¡Oh! ¡ese hombre!...—dijo,—solo él puede derribar todos mis proyectos. No es con sir Roberto ni con Roger con quien debo empezar la lucha para llegar á ser marquesa de Asburthon; es con Juan de Francia.

Y la gitana sintió un estremecimiento de terror.

Veinte y cuatro horas habían pasado desde la noche en que Osmany había vuelto á ganar con tanta habilidad la fortuna del marqués de Asburthon. Desde esta noche, Roger permanecía encerrado en su habitación, presa de

todos los tormentos de los celos. Amaba apasionadamente á Ellen, á pesar de que apenas se habia atrevido á declarar su amor.

Durante las serenas y estrelladas noches del Occéano, al fuego de los vivaques, sobre las solitarias ruinas del fuerte Saint-George, en todas partes la imágen radiante de la jóven se hallaba presente en su imaginacion. Volvia con el corazon embriagado de amor, la cabeza inflamada, el alma llena de esperanza, y al entrar en su pátria, un rayo habia destruido los ensueños de toda su vida. ¡Ellen era la prometida de Lionel! A esta idea Roger sentia accesos de furor como el leon cautivo que desgasta vanamente sus uñas contra las rejas de su jaula. La sangre gitana que corria por sus venas, triunfaba á veces de su educacion inglesa. En estos momentos, se acusaba de cobardia y se arrepentia de no haber provocado á Lionel y de no haberle matado sin piedad. Pero su valiente y generosa naturaleza se sobreponia, y entónces pensaba que Lionel

era su amigo, que habia estrechado su mano hacia largo tiempo, que le habia amado como un hermano... y maldecia su amor, se juraba extinguirlo, y hacer el sacrificio de su corazon á la dicha de Lionel.

Algun tiempo habia esperado que el jóven oficial vendria á verle y á pedirle una explicacion. Pero Lionel no habia venido; fiel en esto á la recomendacion de Ellen. Entónces, casi loco de dolor, habia escrito el siguiente billete:

«El marqués de Asburthon tiene el honor de pedir una entrevista al baronet Roberto Walden, á quien ruega tenga á bien hacer presente á Ellen Walden el homenaje de sus respetuosos recuerdos.»

El criado que envió á casa de Roberto Walden trajo esta respuesta:

«El Sr. Roberto Walden saluda respetuosamente á lord Asburthon, y siente en extremo que una indisposicion bastante grave no le permita recibir á su gracia.»

— Roger, ciego de cólera, holló este billete con sus pies.

Cuando despedía á su criado, el aldabon de la puerta exterior del palacio resonó con gran estrépito. Roger alzó la cortina de una ventana para ver quién venia á visitarle; esperaba que el baronet le mandara algun nuevo mensaje. Una mujer cubierta con un velo, que habia venido á pie, sin duda, cruzaba el patio de honor. Un criado le trajo una tarjeta en una bandeja esmaltada. La tarjeta solo tenia una inicial: una E. Roger se precipitó al encuentro de la visitadora. Esta tenia sobre el rostro un velo tan espeso que era imposible reconocer sus facciones, sin embargo, Roger la reconoció en los latidos de su corazon, en la turbacion misteriosa que se apoderó de todo su ser. Era la señorita E. en.

La jóven no se alzó el velo, pero él la reconoció por completo en el sonido de su voz cuando le dijo:

— Señor marqués, ¿podeis concederme un cuarto de hora de conversacion?

El marqués la tomó de la mano y la condujo, estremeciéndose de alegría,

hasta un sillón colocado en el ángulo de la chimenea. Alzóse entonces el velo la señorita Ellen y Roger tendió hacia ella sus manos suplicantes, como si temiera que esta graciosa vision desapareciera en seguida.

— ¡Vos! ¡vos! — dijo con voz entrecortada.

Su semblante estaba pálido y de sus ojos corrian abundantes lagrimas.

— Sí, yo, — dijo la jóven, — que vengo á ponerme bajo vuestra proteccion.

— ¿Bajo mi proteccion vos? — exclamó estupefacto Roger.

— ¡Oh! prosiguió ella, — no me juzgueis ligeramente, escuchadme antes de condenar el paso extraño que doy al venir aquí.

— ¡No juzgaros! ¡yo condenaros! — exclamó Roger. — ¡Ah! señorita Ellen, sois muy cruel.

Ella inclinó la cabeza, se llevó la mano á los ojos y añadió con voz tan débil y suplicante como una oracion:

— Señor marqués, tengo que hacer os una súplica. Tened indulgencia y piedad por la mas desgraciada de las mujeres.

—¡Vos desgraciada! ¡vos suplicante!
¡Ab! decidme que el dolor ha turbado
mi razon, que me vuelvo loco.

La jóven alzó hácia él sus hermosos
ojos, que brillaban como diamantes ne-
gros, y le dijo con voz trémula:

—Roberto va á disponer de mi mano.

—¡Lionel!—escramó el marqués.

—Si, Lionel, que tiene la palabra de
mi tio, ha venido á recordarla ayer.

—¡Ab! ahora comprendo por qué es-
tais aquí,—dijo Roger con voz sorda.—
Venis á suplicarme por él... temeis por
la vida del que amais.

—¡Dei que amo!—dijo ella alzando
los ojos al cielo.

—¿Del que será vuestro esposo?—
continuó con rabia Roger.

—¡Oh! no lo será mucho tiempo,—
dijo la jóven con extraño acento,—por-
que Dios se apiadará de mí y me con-
cederá la muerte.

Roger lanzó un grito.

—¿No amais á Lionel?

—Le amo como á un hermano nada
mas,—contestó ella.

Roger vió cerrarse el abismo que estaba abierto antes sus piés. Cayó de rodillas delante de la jóven y la cogió la mano con delirante exaltacion.

—Juradme, —dijo, —que no habeis querido engañarme.

—Os lo juro.

—¿No amais á Lionel?

—¿Estaria yo aquí si le amase? —dijo ella sencillamente.

—¿Y, —continuo Roger palpitando de emocion, —es para que yo rompa este odioso matrimonio para lo que habeis venido á suplicarme?

—Sí, —dijo ella bajando la frente para ocultar su rubor.

—¡Pues bien! os juro que mientras yo viva no se verificará. Ahora sé porque se ha negado Roberto á recibirme, pero yo sabré obligarle á escucharme.

—¡Seria tien po perdido! —esclamó la jóven haciendo un ademán de espanto y poniendo su hermosa mano sobre el hombro del jóven: —Roger, ¿teneis confianza en mí?

—Tanta como tendria en mi madre, si Dios me la hubiera conservado. 40

— ¡Paco bien! voy a mí vez á exigirte un juramento; juradme tener en un casado una ciega confianza; juradme obedecer sin dificultades, sin vacilacion, á las ordenes...

Se detuvo y corrigió esta frase diciendo á los rufios que os dirija.

— Mi corazon y mi alma os pertenecen, — dijo Roger entusiastamente.

La joven le alargó la mano y le dijo dirigiéndole una agradable sonrisa:

— La marquesa de Aulsthen os dara las gracias algun dia por vuestra confianza, amigo mio. Ahora que ya sé que me amais, que puedo contar con vuestro brazo, como con vuestro corazon, tendré valor y fuerza para defender nuestra dicha.

Diciendo esto, se levantó y se dirigió lentamente hacia la puerta, con los ojos fijos en Roger, cuando una voz ronca gritó fuera de la habitacion:

— ¡Voto va! yo no tengo necesidad de que me aburra. Buen hombre.

— ¡Bolton! — exclamó Roger precipitándose á echar el cerrojo.

— ¡Bolton! — dijo á su vez la señorita Ellen aterrada; — estoy perdida si me encuentra aquí.

— Roger levantó una cortina de seda, y abrió una puertecita que daba á un elegante gabinete.

— Por esta sala podeis salir á la escalera del jardin, — la dijo en voz baja. — Adios, querida señorita Ellen, y gracias mil veces por esta hora de esperanza y alegría.

Y despues de tocar con sus labios los caballos castaños de la gitana, la hizo entrar en el gabinete, cuya puerta cerró con llave.

Bolton que no habia cesado de disputar fuera con el ayudo de canario, se precipitó en el salon, apenas hubo Roger encerrado los cerrojos.

— ¡Por San Cristo, querido! — dijo haciéndose aire con un pañuelo desfilachado, — he creido que iba á verme precisado á establecer un sillon en tu sala. Vuestro salon es un fuerte Saint-George.

— Me habia dormido en este sillon, —

dijo Roger con algun embarazo.—Perdonad que os haya hecho esperar, mi antiguo amigo,—y le alargó las manos, que el cirujano estrechó con efusion.

—¡Vamos!—esclamó el último despues de haber dado cuatro pasos atras para contemplarle con admiracion,—bien dicen que los viajes forman á los jóvenes: pareceis el dios Marte de uniforme de coronel de dragones.

—¡Oh! mucho os agradezco que hayais venido al dia siguiente de mi llegada.

—¡Pardiez! buena hazafia; hace tiempo que hubiera ido á buscaros á América, si el diablo, que habita en el fondo de mi bolsa, no la ocupara por completo.

—Debiais haberos dirigido á mi intendente,—dijo Roger con tono de afectuoso reproche.

Bolton se rascó la cabeza y repuso sonriendo:

—Así lo hice; pero el pícaro del dinero tenia todavia mas prisa que yo para escapar, tanto que cuando el buque

dejaba el puerto de Londres, por mas que tocaba llamada en mis bolsillos, todas mis guineas habian quedado en la taberna del Salmon galante.

Roger no pudo retener una cajada.

—¡Veamos! procedamos con órden. —añadió Bolton sacando un frasquito de su bolsillo y colocándole sobre la chimenea.

—¿Qué es eso? preguntó Roger.

—¿Esto? —dijo Bolton;— es una maravillosa droga.

—No será para mí, supongo, —dijo el marqués;— tengo una salud impertinente.

—Para la medicina, sí es completamente exacto; pero no por eso he preparado menos esta droga para vos.

—¡Ah! ¿pues como?

La fisonomia de Bolton tomó de pronto una expresion seria y reflexiva.

—Monseñor, —dijo despues de una pausa, —he venido aquí para hablaros de cosas graves.

—¡Bah! —dijo Roger con una son-

risa burlona;—en todo caso, si vuestra historia es tan negra como vuestra droga, voy á temblar de miedo.

Y ofreció al doctor el sillón que antes había ocupado la señorita Ellen, y enseguida se sentó enfrente de la chimenea.

—Mi historia,—añadió Bolton,—se remonta á unos diez años atrás.

—Es la historia antigua entonces.

—No, monseñor, porque vos sois el principal personaje.

—Pero yo tendría tres ó cuatro años apenas.

—Justamente.

—¡Contad, contad pronto! Empezais á despertar mucho mi curiosidad.

—La oscura pasó en la India, en Calcuta, prosiguió Bolton, du. ante el gobierno del lord, vuestro difunto padre. Durante una noche oscura, dos hombres se introdujeron en el palacio del gobierno y robaron de él un niño.

—¡Ahl—dijo Roger.—Y ¿quienes eran estos hombres?

—Dos gitanos.

—¿Y el niño?

—Vuestra gracia.

—Entonces parece que no les salió bien el golpe, puesto que estoy aquí.

—Les salió bien, por el contrario, y cuando él se apareció os hallabais á diez leguas de Calcuta, en medio del campamento de los gitanos.

—¡Es extraño!—murmuró Roger.

—Es extraño, pero cierto.

—Sin embargo, nadie me ha hablado jamás de ello.

—Solo tres hombres han conocido este secreto: el negro encargado de velar por vos durante vuestro sueño, Asburthon y yo. Asburthon y el negro han muerto; yo soy el único depositario de este secreto.

—Pero en fin,—dijo Roger,—¿qué interés podían tener aquellos hombres en tal fin?

—Una idea de venganza. Vuestro padre había hecho espulsar su tribu de Calcuta.

—¿Y qué queríais hacer de mí?

—Guardaros prisionero y hacer pagar

á vuestro padre un rescate considerable.

—¡Miserables!

—Pero,—prosiguió Bolton,—á la noche siguiente dos hombres penetraron con la espada y la pistola en la mano en el campo de los gitanos mientras ellos dormían. Estos dos hombres éramos vuestro padre y yo. Las pistolas hicieron ruido, las espadas se esgrimieron... pero os recobramos sano y salvo. Desgraciadamente los bandidos os habían impreso ya una señal indeleble, el signo de su tribu.

—¡Ah!—esciamó Roger,—¿es, pues, ese signo que tengo en lo alto del hombro derecho, y cuyo origen ignoro?

—Es una señal,—dijo Bolton,—esa marca fatal que tanto ha turbado el sueño de vuestro padre, horrible estigma que podría alguna vez hacer tomar al noble marqués Roger de Asburthton por un verdadero gitano.

El marqués se enderezó con un gesto de espanto, y sus ojos se fijaron en la puerta por donde acababa de salir

la señorita Ellen. Esta mirada no pasó desapercibida para Bolton, cuyas cejas se contrajeron demasiado para volver atrás en este momento.

—¡Ah!—esclamó Bolton, esta idea aterraba tanto a vuestro padre que ensayó en vos todos los tóxicos de la India, esperando siempre hacer desaparecer la marca rebelde.

—¿Quién se atrevería á dudar de mi origen?—repuso Roger, cuyos ojos brillaron altivamente.

—¡Eh! ¡Dios mío!—dijo Bolton sencillamente, —¿no pensais que rico, noble y valiente, debeis de tener muchos envidiosos?

—¡Seal querido Bolton; pero, ¿qué podemos hacer en este caso, puesto que esa señal puede borrarse?

—Veinte años hace que busco el medio de hacerla desaparecer,—dijo Bolton en voz baja,—y solo hace dos dias he encontrado el secreto.

—¡Pues bien!—dijo Roger con un movimiento de alegría, si es así, mi querido doctor, manos á la obra! porque

ni el escándalo ni el ridículo deben alcanzar al hijo de lord de Asbuthon, á un par de Inglaterra.

— Venid á suplicar á vuestra gracia que me recibiera todas las noches á la hora de acostarse. Yo practicaré una cura, que, según espero, no dejará, al cabo de ocho días, señal alguna del siglo impreso por los gitanos.

— ¡Pues bien! venid á cenar conmigo todas las noches, querido Bolton. Empezaremos desde hoy.

Bolton se inclinó.

— Pero, — añadió Roger, — es luego que me dejéis algunos momentos solo en este salón, pues tengo que expedir una orden importante.

— Yo iba á pedir á vuestra gracia permiso para retirarme, — contestó Bolton guardándose el trasco de nuevo en su bolsillo, porque tengo que visitar un enfermo en este barrio.

— Id, pues, amigo mío, y estad de vuelta dentro de una hora lo más tarde.

Bolton cogió su sombrero y salió. Cuando llegó al patio del palacio, sacó

del bolsillo un objeto que habia encontrado en el sillón donde se habia sentado, y lo examinó á la luz de un farol. Era un guante de mujer.

— ¡Ya lo sospechaba, voto á...! — dijo dando una patada de cólera; — ya sé ahora de qué naturaleza es la correspondencia que va á despachar mi joven marqués!

Y salió sin pronunciar una palabra; pero á diez pasos del palacio, se detuvo bruscamente y se ocultó en el dintel de una puerta, clavando en su capa. Un carruaje estaba parado á diez pasos de allí. Al cabo de cinco minutos, vio deslizarse una sombra á lo largo de la tapia del jardín del palacio, y que una mujer cubierta con un velo rubia en el carruaje, que desapareció al instante luego.

— A fé mía. — dijo para sí colándose el centinela de un puñetazo. — mi amigo Roger esperará solo esta noche, pero yo sabré á quien he contado en particular de mi historia y cual estaba con él.

Y corriendo detrás del carruaje consiguió encaremente hasta la zaga,

donde siguió de pié como un lacayo de buena casa.

Apenas el doctor habia salido del salon, Roger se lanzaba al gabinete. La señorita Ellen atravesaba entonces el jardin. Un suspiro se escapó del pecho oprimido del marqués.

Cuando la gitana se halló sobre los almohadones del carruaje, bajó uno de los cristales y bañó su rostro en el aire frio de la noche. La máscara de amor y desinterés que habia llevado aquella noche, parecia quemarla el rostro.

— ¡Vamos! — dijo para sí con triunfante sonrisa, — tienen razon en decir que hay un dios para los gitanos. Por mas que trate de rebegar de mi raza, el instinto es mas fuerte que la voluntad. Es un hombre habil ese doctor Bolton, y acaba de hacerme un servicio que procuraré pagarle algun dia. Voy á ofrecer á Juan de Francia la paz ó la guerra; la paz si quiere servirme, la guerra si quiere poner trabas á mis proyectos.

Despues de haber rodado una hora sobre el empedrado de Lóndres, el car-

ruage se detuvo delante de la casa de Roberto Walden.

Bolton saltó al suelo y huyó como un ladrón nocturno. Sabia á qué clase de mujer acababa de servir de lacayo. Roberto Walden habia salido con Célia, quien se ocupaba de su nueva instalacion. Ellen se encerró en su cuarto y escribió el siguiente billete:

«Topay desea ver á Juan de Francia y lo espera en la quinta de Depsford esta noche á las diez.»

Cuidó de desfigurar la letra, inclinándola á la izquierda para poderla negar si era preciso, y escribió en el sobre:

«Al muy honorable Osmany, gentleman.

«Piccadilly.»

Despues se apoyó en el respaldo de su sillón y murmuró sobrieno:

—Seria en verdad muy gracioso ver á dos gitanos al frente de la aristocracia inglesa.

VI.

Serian las siete de la tarde cuando

llegó el billete de Ellen á manos del nabab Osmany. Estaba conferenciando con Bolton.

—De manera,—decía el rey de los gitanos,—que estais bien seguro de que aquella mujer era Ellen.

—Tan seguro como de que he adquirido un horroroso torticolis detras de su carruaje.

—Ya sabeis,—dijo Juan de Francia frunciendo las cejas,—que Roger la ama como un loco.

—Es sumamente diestra esa chiquilla y quiere ser marquesa de Asburthou.

—Pero yo no lo quiero,—contestó Juan de Francia,—y no será. ¡Oh!—añadió.—De masido sé, querido doctor, que Topsy la gitana es una eneniga que no debo despreciar. Ella tiene la paciencia, la destreza y la astucia de nuestra raza: es fuerte para el mal como otros lo son para el bien. Posee un valor y una voluntad indomables. Astuta y paciente, sus uñas rosadas son garras de acero, y es necesario ser de

mi fuerza para luchar con ella. Yo no puedo esperar gracia si llego alguna vez á verme en su poder. Además de esto comuna por completo á Roberto Walden, que no tiene otra voluntad que la suya.

—Y el anciano gentleman,—añadió Bolton,—ha conservado bajo sus cabellos grises, todo el ardor y todos los ímpetus de la juventud.

—¡Ah!—dijo Osmany,—mejor que-ria tener á James por adversario. Era un miserable, pero conspiraba á las claras y sin ocultarse; y siempre podia uno seguirle paso á paso.

Cuando Osmany decia estas palabras, un criado le entró el billete de Ellen. Abrióle y no pudo contener una exclamacion de sorpresa.

—Mirad, querido doctor,—dijo á Bolton,—heed. Si alguna duda me quedara sobre la identidad de la mujer que habéis visto salir del palacio de Ashburthor, se desvanecería ahora.

—¡Por Dios! tengo curiosidad de saber qué es lo que quiere,—dijo Bolton

despues de leer el contenido del billete.
—Tal vez os tienda un lazo.

Osmany se sonrió con desden.

—Lo que es esta vez, me guardaré del puñal,—dijo.

—¿De modo que pensais acudir á esa cita?

—¡En seguida! —dijo Juan de Francia llamando á Sanson.

El gigante que se hallaba en la habitacion inmediata, mostro su ancha cara coronada por cabellos grises y crespos, en la puerta entreabierta.

—Ve á prevenir á Elspy y á Dinah que estén prontas para marchar dentro de una hora. Se encontraran mas en seguridad á bordo del *foetler* que en el Wapping.

—Bien está, mi amo,—contestó Sanson.

—Las conducirás á la orilla del Tàmesis, y allí tomaras mi bote. Una vez en él me esperareis.

—¿Quién es esa Elspy?—preguntó Bolton despues de salir Sanson.

Juan de Francia se ruborizó ligeramente.

— Porque no le hemos hecho marqués y par de Inglaterra para que se case con una gitana.

— ¿Y con qué derecho representais esa indigna comedia?

— ¡Oh! — dijo el gitano. — No hablemos de derechos, querida Ellen; somos gitanos y no debemos ser mas escrupulosos que el muy honorable Roberto Walden, que ha presentado á la corte una hija de nuestra sangre.

— Escucha, Juan, — añadió la gitana con voz dulce, — te suplico de rodillas que me perdones el mal que he querido hacerte, que olvides mis injurias y mis violencias.

— ¿Y que te deje casar con Roger de Asburthou? — continuó Juan.

— ¡Pues bien, sí, soy ambiciosa; sí, estoy poseída de la fiebre de locura, del orgullo! y precisamente porque Roger es de nuestra raza, es por lo que quisiera participar con él del manto de armíño que habeis echado sobre sus hombros. Si supieras, Juan, lo que sufro á ciertas horas, cuando esta idea viene

á inflamar mi cerebro como una llama...
 ¡Ah, tendrías piedad! ¡Esposa de lord
 Asburthon, par de Inglaterra... yo, una
 gitana! ¡Llevar sobre la frente una co-
 rona de marquesa! Por orgullo habeis
 hecho un gran señor del hijo de Cynthia;
 pues bien, te juro que si me dejas llegar
 á ese poder, algun dia estareis orgullo-
 sos de vuestra hermana. Seré buena y
 amante para todos vosotros, y no ten-
 dreis un corazon mas adicto que el de
 la marquesa de Asburthon.

—¡Imposible;—dijo Juan haciendo
 un gesto de impaciencia,—sé, si pue-
 des, gran señora; pero yo no quiero,
 te lo repito, que el hijo de mi hermana,
 que nuestro rey te sirva de estribo.

La gitana se enderezó, pálida como
 un sudario, con los labios contraídos
 por la cólera.

—Yo te he suplicado, Juan,—dijo,—
 y no has tenido piedad. Desde ahora,
 estamos en guerra. ¿Quieres que siga
 siendo gitana? Pues bien, locharé con
 las garras y los dientes como una hija
 del desierto. Ten cuidado, Juan, ten
 cuidado!

—Como quieras,—contestó friamente Juan de Francia.—Sin embargo, te doy veinte y cuatro horas para reflexionar.

—Ni un solo minuto,—dijo ella.

Juan de Francia se encogió de hombros, y tomó su capa y su sombrero.

Cuando iba a saltar del balcón, la gitana le detuvo.

—Espera un poco,—dijo. Esta vez su voz temblaba ligera cote.

—Ya escucho,—dijo el gitano.

—Vela mas que nunca por el hijo de tu hermana. ¡Joañ! ¡por tu rey! Si conmigo se arrasara en la sombra en este momento. Acuérdate del capitán Maxwell y del fuerte Saint George.

—Ya estaba proveniendo.—dijo Juan, —pero no por eso te agradezco menos el aviso.

—Una palabra, será la última: ¿quiénes son esas mujeres que te esperan en tu barca?

—Éspy y su hermana.

—¡Ahl—dijo la hermosa egipcia.

—¿Estarías celosa?

—Arriesgarías por ella tu vida?—prosiguió la gitana.

—Sí,—dijo Juan con entusiasmo.

—Entonces soy mas fuerte que tú, porque solo puedes herirme en mi ambicion y yo puedo destrozarte tu corazón.

—Haz la prueba.

Un resplandor siniestro pasó por la vista de la gitana, que estendió el brazo hácia el balcon.

—¡Partel!—dijo—y acuérdate de que me he humillado en tu presencia.

Pocos minutos despues, Juan de Francia, de pié en la orilla, despues de lanzar un silbido, seguia con la vista la embarcacion que subia la corriente. En vueltas en una gran capa, las dos hermanas iban sentadas en la popa: Eisy manejaba la barra, Sanson arriaba la escota de la vela. La barca tocó la orilla, Juan de Francia entró en ella y estrechó a Eisy en sus brazos.

—¡Ah!—dijo esta con voz conmovida.—Esta mujer te será fatal, amigo mio: mientras estas a su lado, ha caido una estrella detrás de la casa.

—¡Bah!—dijo Juan,—estaria mal colgada.

—No os riáis, Juan. Es una señal de muerte!—repuso á su vez Dinah.

Cuando la barca emprendia de nuevo su marcha desliziándose entre las cañas de la orilla, un relámpago brilló en la oscuridad y se oyó silbar una bala en el aire. Elspy lanzó un grito de dolor y cayó exánime en los brazos de Juan de Francia.

VII.

En *Lower Thames street* se encontraba una pequeña tienda cuya muestra singular decía: *Al templo de la Fortuna.*

La portada estaba pintada de encarnado. Detrás de los cristales se veían objetos extraños, tales como rosarios de cuentas negras y de un olor fuerte, como los que llevan los sacerdotes de Mahoma, bolsas de piel almiscrada, amuletos de coral y saquitos que contenían misteriosos perfumes de las comarcas tropicales. Esta tienda pertenecía á la india Dai-Natha. La bayadera había cambiado de profesion, ya no

bailaba, decia la buena ventura. Dai-Natha, que tambien vendia perfumes y cosméticos, tenia por parroquianos á todos los miembros del *Clud de los lindos*. Por un schelling, predecia el porvenir y le ponía a cualquiera al corriente de todo peligro que le amenazaba.

Sin embargo, como la murmuracion se aprovecha de todo, Dai-Natha pasaba en su barrio, no solo por hechicera, sino tambien por la amiga de la muerte. Se contaban entre aquellas gentes historias extraordinarias. Todos los que venian á consultarle, segun se decia, tardaban poco tiempo en heredar. Decíase que desde hacia tres meses, un hijo habia perdido á su padre y sus dos hermanos, un marido su mujer, un sobrino sus dos tios, etc. Dai-Natha vendia á los herederos demasiado impacientes, el medio de acelerar el momento de la herencia. Dos veces la policia, á quien habian puesto sobre aviso estos rumores, habia hecho una pesquisa en su casa, pero la policia nada habia encontrado.

Dos horas poco más ó menos después de que Ellen había hecho fuego sobre Elspy, la querida de Juan de Francia, la gitana envuelta en una capa y con el rostro oculto por un espeso velo, se deslizó en la tienda de la india. Dai-Natha estaba sola. Serian las doce de la noche y las calles estaban desiertas.

—Cierra la puerta,—dijo Ellen con voz imperiosa,—necesito hablarte.

Dai-Natha obedeció, después tomó las dos manos de la joven y las llevó respetuosamente á sus labios. Quitóse entonces Ellen su capa y su velo, miró fijamente á la india y le dijo:

—No ha muerto.

—¿Quién?—dijo Dai-Natha enderezándose como una víbora.

— ¡El ladrón del día Siwab!

Dai-Natha se encogió de hombros y contestó:

—Es imposible;

—Te digo que no ha muerto,—repitió Ellen.

Dai-Natha le miró con expresión de asombro.

—Le he visto,—prosiguió Ellen.

—¿Le... habeis... visto?

—Le he hablado.

—¿Cuándo?

Hace una hora.

Dai-Natha seguía mirando á Ellen y parecía preguntar: e si se habria vuelto loca. Pero se espresaba friamente, con el acento de la conviccion, y Dai-Natha acabó por esclamar.

—Entónces ese hombre está protegido por algun poder sobrenatural.

—No,—dijo Ellen,—nada de eso. El brahma había cambiado su pañal envenenado por un arma inofensiva.

Pero Dai-Natha movió la cabeza con aire de desaliento.

—Prefiero creer que tiene un talisman,—dijo.

—Contra el hierro, puede ser,—dijo la señorita Ellen que sabia que era inútil luchar contra la supersticion de la india,—pero tú tienes en tu tienda venenos mortales contra los que no se puede defender.

El ódio de Dai-Natha se despertó

poco á poco; sus ojos brillaron, sus labios palidieron: todo su semblante tomó una horrible espresion.

—¿Dónde podrá encontrarle!—dijo.

—Habita un suntuoso hotel en Picadilly.

—Bien está. Antes de tres dias oireis hablar de mi.

—Pasa por un nabab de tu pais y y se hace llamar Osmany,—añadió la señorita Ellen.

Cada una de sus palabras se grababa con caractéres de fuego en la memoria de la india.

—Ya estás prevenida,—dijo aquella. Buenas noches.

Volvió á ponerse su capa y su velo, que echó sobre su rostro, é iba á salir, cuando los pasos de un hombre resonaron en la calle y se detuvieron en el umbral exterior de la tienda cuya puerta estaba cerrada. La señorita Ellen quedó inmóvil. Dieron dos golpes discretos.

Dal-Natha interrogó á la jóven con una mirada. La señorita Ellen titubeó

un instante; despues se refugió en la trastienda, separada de la primera pieza por un tabique con cristales, provisto de cortinas en el interior.

— Abre, — la dijo.

Un vago presentimiento advertia á la señorita Ellen de que aquella intempestiva visita iba á interesarla de algun modo. Dai-Natha entreabrió la puerta.

— ¿Quién es? — preguntó.

— Un hombre que paga generosamente.

Ellen, oculta en la trastienda, se estremeció al oír el sonido de esta voz.

La india abrió su puerta de par en par, y la señorita Ellen, que podia verlo todo sin ser vista, examinó al recién venido. Era este un hombre de mediana estatura, de cabellos rojos que empezaban á encanecer, de largo y anguloso semblante como el hocico de una garruña.

Llevaba en la cabeza un gorro de pieles que le caía sobre los ojos, y el cuello levantado de su capa le cubria la barba.

—A pesar de tanto como te ocultas,
—pensó Ellen,— te he reconocido.

El hombre lanzó una ojeada de desconfianza a su alrededor.

—¿Estamos solos?— preguntó.

—Sí,— contestó Dai-Natha a quien el deseo de la ganancia hizo olvidar por un momento á Osmaly y a Ellen.

—¿Qué desea comprar vuestro honor?
¿Quiere vuestro honor rosarios, pipas
perfumes?

—No.

—¿Desearis que os diga la bueta ventura?

—Quizás,—dijo el desconocido, á cuyos proyectos parecia convenir esta proposición.

—Entonces, tenga vuestro honor la bondad de darme su mano,—dijo gravemente la ex-bayadera.

—Tomadla.

Dai-Natha tomó la mano que la tendia, la examinó atentamente y dijo á su nuevo parroquiano:

—Hay en el mundo un hombre á quien odiais.

— ¡Hasta la muerte! — dijo el desconocido.

— Habéis atentado á su vida tres veces.

— Es cierto.

— Y siempre habéis errado el golpe.

El desconocido hizo con la cabeza una señal afirmativa.

— Hay, no obstante, un medio de desembarazeros de él.

— ¡Ah! — dijo el incógnito fijando sus ojos en los de Dai-Natha. — ¿Cuál?

— El veneno.

— Ya he pensado en ello lo mismo que vos y vengo á que me le vendais.

— No lo vendo, — contestó la india. — Han informado mal á vuestro honor.

Esta respuesta inesperada hizo dar un paso atrás al desconocido. La prudente Dai-Natha prosiguió:

Bien sé que me acusan de vender veneno; pero es falso, mi buen señor. Yo digo la buena ventura, eso es todo.

En este momento, se dejó oír un ligero ruido en la trastienda, ruido de que no se apercibió el desconocido, pero

que llegó hasta el oído ejercitado de Dai-Natha. La india se dirigió sin afectación hácia una de las vidrieras de su tienda; siguiendo su conversacion con el desconocido.

—Tengo muy hermosos brazaletes de coral, querido señor. ¿No quereis comprarme uno? Tambien podria venderos un narghilé de tubo de cerezo y boquilla de ámbar.

—No, no quiero nada de eso,—murmuró el desconocido con visibias muestras de mal humor.

• Esperad,—prosiguió Dai-Natha,—voy á enseñároslos.

Y pasó á la trastienda, donde Ellen le dijo al oído lo siguiente:

—Ese hombre va á encargarse de tu venganza; dale el veneno que te pide y mete en la caja que le contenga este papel.

Y le alargó una hoja de su cartera en la que habia escrito estas palabras: «El nabab Osmany primero si quereis conseguir vuestro objeto.»

—No le des hoy mas que la dosis ne-

cesaria para matar á una sola persona.
—añadió despues de reflexionar algunos momentos.—¿Has comprendido bien?

Dai-Natha volvió con un cofrecillo que colocó delante del nocturno parroquiano.

—Mirad,—dijo,— aquí tengo un rosario de nuez de strichnos que es vendría para vuestro objeto.

El desconocido se estremeció:

—¿Qué quereis decir con eso?

—El fruto del strichnos es un veneno mortal.

Los ojos del desconocido se animaron. Dai-Natha abrió el cofrecillo y sacó de él un collar formado por gruesos granos negros que exhalaban un extraño perfume.

— Se lo puede llevar al cuello,—dijo,— jugar con él; pero es necesario guardarse de disolver un grano en espíritu de vino, y beberlo despues, mi buen señor.

—¡Ah!

— El que lo hiciera, morirá cinco minutos despues.

— Pero, — continuó Dai-Natha, — esto cuesta muy caro, mi buen señor.

— ¿Cuánto? — preguntó el desconocido sacando su bolsillo.

— Veinte y cinco guineas el grano.

— Cara es, en efecto, — dijo aquel.

— No lo es, cuando produce. ¿No es preciso sembrar para recoger?

— Verdad es.

— Mirad: hay un guapo señor que no poseía dos cuartos hace un mes. Le vendí á crédito, porque tenía aire de hombre honrado. Se ha hecho rico en quince días.

— ¿Y es ha pagado? — preguntó el desconocido sonriendo.

— ¡Oh! al día siguiente. Es un hombre de bien.

El desconocido sacó veinte y cinco guineas de su bolsillo y las contó sobre el mostrador de Dai-Natha.

— Yo compro un grano, — dijo.

La india desató el hilo de seda del rosario, hizo deslizar un grano hasta su mano, y le metió con el billete de la señorita Ellen en un lindo saquito perfu-

mado. El desconocido metió en su bolsillo el saquito, se encasquetó su gorro hasta los ojos y salió diciendo: — ¡Hasta la vista!

Dai-Natha habia prudentemente vuelto á cerrar el cofrecillo.

— Escucha bien lo que voy á decirte, — dijo la señorita Ellen poniendo la mano sobre el hombro de la india, — sino quieres ser quemada viva como hechicera y envenenadora delante de la puerta de Newgate, no vuelvas á vender uno solo de los granos de ese collar.

— ¿Ni al hombre de las guineas tampoco? — preguntó Dai-Natha.

— ¡Menos que á nadie!

— ¿Pero si insiste, si me amenaza con denunciarme?

La gitana miró fijamente á la bayadera:

— Yo te habia prometido entregarte al ladron del dios Siwah: he cumplido mi promesa; el hombre que sale de aquí montara á Joan de Francia antes de ocho dias.

Dai-Natha lanzó un grito salvaje, agitando sus mapas como una furia.

—¿Estais bien segura, al menos?—dijo estrechando el brazo de la jóven.

—Sí, porque ese hombre es infame, y antes de herir á su enemigo, querrá desarmarlo. Osmany es el arma que debe romper.

—¡Oh! si hace eso, ¡yo seré su esclava, su perro!

—¡Pobre loca!—dijo la señorita Ellen, sonriendo con lástima, —¿olvidas que solo eres un instrumento de mi voluntad?

—Entonces mandad, yo obedeceré.

—Muerto Osmany, el hombre que has visto esta noche volverá á llamar á tu puerta; te negarás á venderle veneno, por considerable que sea la suma que te ofrezca. Despues de enseñarle las maravillas que encierra tu tienda, le dejarás penetrar contigo en tu laboratorio.

—¿Pero para qué?—preguntó la india.

—Para que, —contestó la gitana re-

calcando sus palabras, —si la casualidad hiciera que llegase á respirar una de esas esencias que paralizan para siempre la imaginacion, ó á pincharse con una aguja templada en los venenos de efecto tan pronto como el rallo de que me he hablado algunas veces, la india Dai-Natha ganaria en diez segundos mas oro del que podria reunir en diez años.

—¡Ayudaré á la casualidad!—dijo la india con voz sorda.

VIII.

--¡Cellerás, Boll!—gritó el picador Wills alargando un vigoroso puntapié á un viejo terrier-boule que gruñía bajo la mesa.

Wills estaba sentado en la cocina del castillo de Asburthton el viejo una noche en que la lluvia caía como un torrente. El viento desencadenado hacia golpearse las hojas de las ventanas, chirriar las voletas y temblar la llama del candelero, que el picador había colocado sobre la mesa de la cocina, entre

un trozo de jamon y un jarro de cerveza. Wills cenaba gruñendo, y zurraba de cuando en cuando al perro, siempre que éste encontraba mal que su amo le olvidara. Wills era el verdadero señor de Asburthton el viejo desde que se supo la muerte de James. La propiedad era de demasiada poca importancia para que nadie pensara en disputarsela, y á pesar del afecto que el viejo picador profesaba á su amo, se habia consolado fácilmente al heredar sus bienes. Precisamente dos dias antes hacia las siguientes reflexiones, bastante filosóficas, y se decía:

—Para un hombre que se llama Asburthton, un castillo como este es en verdad una porqueria, y bien concibo que mi difunto amo no podia estar muy contento. Pero en cuanto á mí, que soy un pobre diablo, un picador, me hallo perfectamente satisfecho, y en adelante voy á vivir como un digno leird.

Wills habia tenido el principio secreta la muerte de James; despues la habia anunciado, declarando que su amo le habia nombrado su heredero.

Por espacio de un mes los tres arrendadores del castillo y los dos criados que había dejado James, parecieron creer en su palabra; pero los que hacen fortuna de pronto son duros para sus inferiores; y habiéndose mostrado Wills demasiado exigente en su nuevo papel de propietario y señor, la criada y el criado que componían la servidumbre del castillo, pidieron su salario y se marcharon. Wills se hubiera consolado perfectamente de esta deserción como ya se había consolado de la muerte de su amo; pero la partida de aquella gente produjo sordos rumores en el país, y el sheriff del condado se presentó una mañana, la [misma del día en que encontramos á Wills cenando de tan mal humor y pegando á su perro. El sheriff le había dicho:

— ¡Vuestro amo ha muerto! Si, como lo pretendéis, os ha nombrado su heredero, presentad en el término de ocho días el testamento que ha hecho en vuestro favor; sino, los bienes de James Ashbarthon serán secuestrados.

Esta amenaza del scheriff habia turbado de tal manera la alegría de mase Wills, que habia perdido el apetito y se olvidaba de beber. Bull seguia gruñendo.

—Vaya, ¡callarás! —gritó Wills levantándose colérico y cogiendo un látigo que estaba colgado en la campana de la chimenea.

El perro enseñó sus agudos dientes y fué á echarse junto á la puerta, siempre gruñendo.

—¡Maldita bestial! —murmuró Wills, —que salta al cuello de los pasajeros, y que no se ha metido esta mañana con el scheriff. ¿Donde diablos ha ido á anidarse el respeto de la justicia?

Wills se sentó de nuevo á la mesa, hablando en voz alta y maldiciendo al scheriff y á las leyes inglesas que conspiraban unidos para despojar á un pobre diablo. De pronto Bull alzó las orejas, aspiró el aire con todos sus pulmones é hizo oír un prolongado abullido. Con la finura de oído peculiar á su raza, Bull habia distinguido entre el ruido del

desencadenado huracan que azotaba al viejo castillo, el paso de un caballo que subía la ruda pendiente que llevaba á Asburthou el viejo. Wills volvió la cabeza, y vió á su perro con las orejas tiesas y apoyado junto á la puerta. A esta señal, el picador comprendió que algun caminante retardado venia sin duda á pedir hospitalidad. Y lo mismo que el perro, prestó atención. El paso del caballo se hacia mas distinto cada vez.

—¡Vaya al diablo el viagero! murmuró Wills,—¡yo no alojo á nadie; la posada está mas abajo, en el pueblo!

Y se echó un vaso lleno de cerveza, que vació de un trago. El perro se habia puesto á ahullar. En este momento, el paso del caballo se detuvo á la puerta.

—¡Eh! ¡Wills!—gritó una voz.

El perro se calló repentinamente, y Wills se puso pálido y se tambaleó en su silla como un hombre ébrio.

—¡Wills! ¡borracho maldito!—repetió la voz,—¿me dejarás mucho tiempo helándome á la puerta con el tiempo que hace?

Wills no se movió, pero hizo la señal de la cruz y murmuró:

—Yo no había querido creer nunca que los muertos volvían.

Sus dientes chocaban de terror y había dejado caer en el suelo su vaso de estafío. El perro ya no ahullaba, pero movía la cola en señal de alegría. Había reconocido la voz del que llegaba.

—¡Wills! ¡Wills!—gritó este de nuevo.—¿Me abrirás?

Esta vez se levantó Wills, y supersticioso como buen escocés, murmuró:

—Será James que viene del otro mundo expresamente para hacer su testamento en mi favor y fastidiar al sberiff. Voy á abrirle.

Se dirigió á la puerta con paso inseguro y mas pálido sin duda que el muerto á quien iba á abrir. La puerta se abrió, el viento se echó abajo del caballo y entró como una bocana de huracán en la cocina del castillo sin cuidarse de que Wills hacía de nuevo la señal de la cruz.

Se desembarazó de su copa que es-

taba empapada por la lluvia, rechazó al perro que le saltaba á las piernas abullando de alegría y fué á colocarse bajo la ancha campana de la chimenea, diciendo entre dientes.

—¡Maldito tiempo!

Wills no pensaba en volver á cerrar la puerta. Pálido é inmóvil en medio de la cocina, fijaba en el recién llegado una mirada estúpida y asombrada. Era James, que volvía del otro mundo para visitar su castillo.

—¡Vaya! ¿Qué tienes, pues, para mirarme así, imbécil?—gritó el aparecido con voz ruda.—¡No me reconoces ya?

Wills abrió desmesuradamente los ojos, como hombre á quien admira que un caballo que viene del otro mundo tenga necesidad de paja y de cuadra, y de que un muerto tenga miedo de la lluvia. Salió sin embargo de su estupor y se fué por la puerta sin pronunciar una sola palabra: El caballo pisaba tristemente en la parte de afuera: James reía; el perro seguía abullando alegremente.

Wills cuyas piernas temblaban cada vez mas, cogió el caballo de la brida y lo llevó á la cuadra. Despues volvió y encontró a su amo instalado junto al fuego, en el cual habia echado unos gavilanes de leña seca.

—Estoy helado hasta los huesos, mi pobre Wills,—le dijo el señor James, envolviéndose en un plaid que habia descolgado de la pared.

—Es verdad,—dijo Wills, que por fin habrás decidido á hablar con voz sepulcral,—es verdad que debe hacer mucho frio allá abajo.

Estas palabras dieron á conocer á James la creencia de Wills.

—En efecto,—dijo riendo,—siempre se muere uno de frio y de hambre.

Y tomó la silla abandonada por Wills, se sentó á la mesa y se partió un enorme pedazo de jamon.

—¡Jesús, Dios mio!—murmuró Wills escandalizado de los pocos cumplimientos que gastaba el difunto;—mi padre me habia dicho siempre que los muertos volvian, pero nunca me dijo que comian.

—¿Ni que bebían?—dijo James, llenando un vaso de cerveza, y añadiendo:
—¡A tu salud, hijo mío!

Wills se estremeció por todos sus miembros; el brindis del muerto debía necesariamente acarrearle alguna desgracia. Sin embargo pudo conseguir destatar su lengua.

—Bien sabía yo,—dijo,—que vuestro honor, que tan bueno había sido para mí durante su vida, no me dejaría en una situación embarazosa después de su muerte.

—¡Ah! estás en una situación embarazosa, hijo mío!

—Yo creía que en el otro mundo se sabía todo.—dijo aquel.

—En efecto, pero yo he tenido siempre muy mala memoria. Cuéntame tus penas, mi buen Wills,—añadió James acariciando el hocico de su perro y echándose un cuarto vaso de cerveza.

—Vuestro honor sabe demasiado bien,—dijo Wills que se familiarizaba poco á poco con aquel mensajero de ultratumba,—que su único heredero en la tierra es ese condenado marqués...

—¡Calla! no pronuncies su nombre delante de mi,—dijo con cólera James

—Pues bien, yo he pensado,—prosiguió Wills,—que si vuestro honor hubiera tenido tiempo de testar antes de morir, me hubiera de seguro nombrado su heredero.

—Seguramente,—contestó James.

—Desgraciadamente, vuestro honor ha muerto sin tener tiempo de...

—Es cierto, mi buen Wills.

—Así pues, partiendo del principio de que la intencion puede tomarse por el hecho he anunciado que vuestro honor me habia legado su castillo.

—Has hecho muy bien.

Wills se desahogó lanzando un suspiro.

—Pero,—replicó,—el scheriff ha venido esta mañana bruscamente á pedirme vuestro testamento.

—¿Que lo has contestado?

—Que le tenia en casa de un abogado y que se lo enseñaria dentro de tres dias.

—De manera,—dijo James,—que como ese testamento no existe...

Wills se rascó una oreja y llevó su valor hasta venir á sentarse en frente del aparecido.

—Supuesto que vuestro honor ha salido de su sepulcro con semejante tien po, es que me quiera bien.

—Seguramente, querido Wills.

—Y no se negaré, estoy seguro, á escribir de su puño un testamento que confundirá al picaro del scheriff, cuidando además de fecharlo en el dia de vuestra partida de Asburthou el viejo.

—Naturalmente,—dijo el Sr. James.

Wills lanzó una exclamacion de alegría.

—¡Ab!—dijo,—no olvidaré jamás las bondades de vuestro honor y haré que le digan missas.

—Es inútil,—contestó el Sr. James.

—Al morir me fué derecho al Paraiso.

Wills miró al muerto con aire bastante escéptico y dejó escapar un *¿de veras?* muy poco reverente. Pero el muerto era buen muchacho y no se enfadó.

—Dame papel y pluma, voy á nombrarte mi heredero.—le dijo.

Wills recuperó el uso de sus piernas, subió cuatro á cuatro los escalones de la escalera del viejo castillo, se dirigió al piso principal y volvió á bajar con los objetos pedidos por el Sr. James. Se había vuelto tan ligero como un cabrito.

El Sr. James tomó la pluma; pero antes de escribir, dijo al picador:—Vé también á la bodega á buscar una botella de vino añejo. Esta cerveza me ataca á la garganta.

Wills bajó á la cueva con la misma ligereza con que había ido á buscar la pluma y el papel. Cuando volvió encontró al Sr. James escribiendo. Completamente familiarizado ya con el aparecido, Wills se puso á leer por encima de su hombro. El Sr. James escribía:

«Hoy 21 de agosto de 1776, en el pleno goce de mis facultades, pero al ir á emprender un largo viaje, he redactado el presente testamento:

Artículo único. Nombro á mi picador Williams, en recompensa de sus buenos y leales servicios, mi heredero universal.»

Cuando el Sr. James hubo firmado. Wills sintió que le abogaba la alegría y cayó de rodillas delante de su amo.

—Ahora,—dijo el Sr. James, alargándole el testamento,—creo que estás en regla con ese bribon de Scheriff.

Wills estrechó contra su pecho el testamento.

—Dame de beber,—dijole James.

Wills destapó la botella que estaba cubierta de una venerable capa de polvo. James desocupó su vaso de un solo trago.

—Creo,—dijo,—que ahora voy á dormir muy bien.

—Ciertamente,—murmuró Wills, que esperaba que el aparecido iba por fin á desembarazarle de su presencia,—ciertamente que vuestro honor debe haber tomado la costumbre de dormir mucho.

Esta delicada alusion al reposo eterno divirtió mucho á James.

—¿Debo ir á buscar el caballo de vuestro honor?—preguntó el alegre heredero!

—¿Para qué?—dijo James echándose un segundo vaso de vino.

—¡Tomal pues... no ha dicho... vuestro honor... que deseaba... dormir.

—Sí ciertamente.

—Entonces... ¿cómo va á valerse vuestro honor?

Esta vez no pudo James contener una carcajada.

—¡Cómo!—dijo.—¿crees por casualidad que voy á volver al otro mundo?

—Vuestro honor olvida sin duda que estamos en verano y que amenaza muy pronto.

—¿Y qué?

—Siempre oí decir á mi difunto padre, prosiguió candidamente Wills, que los muertos tenían la obligación de volver á sus sepulcros antes de ser de día.

—Verdad es; pero yo tengo dispensa.

Wills no pudo menos de sentir algún espanto.

—¿Piensa vuestro honor dormir aquí?

—Sí, en este sillón.

Y James arrastró el sillón hasta debajo de la campana de la chimenea in-

talándose despues en él cómodamente. El terror de Wills aumentaba. James cerró los ojos y pronto escuchó el picador un sonoro ronquido.

—¡Vaya! —murmuró Wills.— Hé aquí un muerto que se conduce de un modo bastante singular. Vamos á ver si su caballo se ha comido su pienso. Esto seria mas singular aun.

Encendió un farol y se dirigió á la cuadra. El caballo de James habia desocupado el pesebre, como cualquier otro caballo de este mundo. Wills reconoció la silla y encontró en ella una maleta y las pistolas. Esta vez su curiosidad pudo mas que su miedo: alargó la mano y sacó las pistolas. Las armas estaban perfectamente cargadas y cebadas.

—Mi difunto padre decia siempre que los muertos no tienen miedo de los vivos,—murmuró Wills comprendiendo por fin la verdad:—así que me parece que James toma demasiadas precauciones para estar muerto en realidad.

—Y Wills exhaló un lamentable suspiro añadiendo:



— Su honor se ha burlado de mí, su honor está vivo, y por consiguiente su testamento no tiene valor alguno mientras él esté en el mundo.

Esta revelacion de la verdad, que se presentaba por fin á su vista, produjo en él el efecto del rayo. Wills habia llorado á su amo, se habia habituado á creerle muerto, y habia tomado sus precauciones para heredarle; se habia acostumbrado á decir mi castillo, mis arrendadores, mis pracos, mis tierras. Y de pronto venia James á echar á rodar todas sus ilusiones. Su inesperada vuelta desgobernaba todos sus planes, contrariaban sus proyectos y le era mucho mas desagradable que la visita que el sheriff le habia hecho la mañana precedente. Pero Wills era mozo de recursos siempre que no estaba sujugado por un terror supersticioso.

— Todos creen que el Sr. James ha muerto, — pensó, — yo mismo lo creia hace tres minutos. Nadie le ha visto llegar; nadie sabrá que ha vuelto.

En lugar de colocar de nuevo las

pistolas en sus fundas, se quedó con ellas en la mano y volvió a entrar en la cueva, andando de puntillas.

— Con el ruido de la lluvia y del viento, — murmuró Wills, — un pistoletazo no suena gran cosa. Arrojaré el cuerpo en los calabozos; mucho tiempo hace que lo han servido y este será un medio de utilizarlos.

Y Wills se acercó al señor James montó una de las pistolas sin hacer ruido y apuntó a su amo á una sien. Pero, cuando apoyaba el dedo sobre el gatillo, el perro lanzó un ahullido, dio un salto y cogió á Wills por el cuello. El tiro salió, pero la bala pasó por encima de la cabeza del señor James que despertó sobresaltado, se puso de pie, vió la pistola humeante que Wills había dejado caer al suelo y lo comprendió todo. Wills había querido asesinarle. El picador luchaba entre los dientes cruces del perro.

— ¡Suéltale! ¡suéltale! ¡Quieto, — Bull! gritó el señor James.

El perro obedeció dócilmente. Wills,

todo ensangrentado, hubiera querido encontrarse á cien piés debajo de la tierra. El señor James se reía.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Has adivinado por fin que no estaba muerto, mi buen Wills, y me has querido asesinar? Está muy bien: estabas en tu derecho, supuesto que eres mi heredero.

Y James se reía á carcajadas. Wills balbuceaba palabras sin sentido. James le quitó prontamente la segunda pistola, de la que aquel no pensaba en servirse, tanta era su turbación, y la colocó tranquilamente en su cintura.

—Hablemos ahora,— dijo,— como antiguos amigos, mi buen Wills.

Tanta magnanimidad espantó al picador, que cayó de rodillas pidiendo perdón, James se reía cada vez más.

—¡Cómo!— dijo,— ¿crees tú que iba á el contrar mal una conducta que está completamente de acuerdo con mis principios? ¡Nada de eso! James siempre ha sido, y será siempre consecuente en sus ideas. No tengo dos maneras de ver las cosas; es necesario desembarazarse

siempre de aquellos a quienes se debe heredar. Pero escucha mi querido Wills esta vez sería completamente inútil; puesto que si yo no he muerto para tí, quiero estarlo para todo el mundo y tus funciones de heredero empiezan desde hoy.

— ¡Cómo! — exclamó Wills lleno de remordimiento. — ¿vuestro honor me perdona?

— Sin duda alguna.

— Y vuestro honor no me recoge... el testamento.

— No, puesto que estoy muerto.

— Así que el castillo...

— Es tuyo.

Wills se volvió á poner de rodillas.

— ¡Ah! — dijo. — Vuestro honor es el mejor de los hombres.

— ¡Bien! ¡bien! — dijo modestamente James que se dejó besar la mano sin escrúpulo.

Luego añadió:

— Pero no consiste todo en haber muerto; necesito poder resucitar con otro nombre.

Wills abrió los ojos desmesuradamente.

—Vamos,—dijo James,—levantate, necio, y deja de pedirme perdón por un leve pecado venial. Tenemos que hablar de cosas muy serias.

Wills se cuadró, como un soldado sobre las armas, que espera las órdenes de su superior, James prosiguió:

—Recuerdas que una noche, hace tres años, tuvimos la desgracia de equivocarnos disparando torpemente dos escopetazos.

Wills guiñó el ojo en señal de inteligencia.

—Lo recuerdo perfectamente. Acabábamos á vuestro condeñado primo, el marqués, á su vuelta de caza de gallos silvestres. La noche estaba oscura. Nos habíamos emboscado detrás de unas matas en un sitio sumamente pedregoso y ya había pegado, tan oscura estaba la noche, un pedacillo de papel blanco sobre el punto de mi escopeta.

—Todo es completamente exacto; continúa.

—Un hombre pató, era de elevada estatura y por su traje oscuro creímos los dos que era el marqués. Si habríamos visto el hombre, el hombre cayó muerto, dejándose escapar un objeto, que creímos que era una escopeta; pero, — continuó Wills, — no era el marqués, sino un pobre diablo de viajero español que recorría la Escocia por placer. Habíamos tomado por una escopeta su forrado bastón. ¿Pero, por qué diablos, — dijo Wills interrumpiéndose, — me hace vuestro honor contar esta historia que conoce tan bien como yo?

—Vas á saberlo. ¿No tragamos el cadáver aquí?

—¡Pardiez! yo fui quien cargué con él. Era muy alto y pesaba mucho.

¿Qué edad tendrías?

—Unos treinta y siete ó treinta y ocho años. Y era moreno como una castaña con cabellos negros y crespos.

—¿Qué tenía en los bolsillos?

—¡Vaya! bien lo sabe vuestro honor, ¡parece! una cartera, que contenía varios papeles con el nombre de D. Pedro

Sarazona, oficial al servicio del Brasil, que estaba entonces con licencia. Tenia ademas doscientas guineas en oro y billetes, las cuales me regaló vuestro honor generosamente.

—Vamos, veo que tienes buena memoria. ¿Crees que era mucho mas alto que yo?

—Un poco. ¡Pero bah!... ¿qué es lo que eso? ¿oria importaros si tuvierais su color y sus cabellos?

— ¡Paciential— dijo James.— ¡Ya verás. Vuelve à la cuadra y vé à buscar-me una cajita que está en una bolsa que hay à la derecha de la silla de mi caballo.

Wills salió y volvió poco despues.

— ¡Estamos solos?

— Si, señor.

— Acuérdate de que he muerto para todo el mundo. Voy à pasar aquí los ocho dias que son necesarios para mi recuperacion y ni siquiera me asomaré à la ventana.

— Estad tranquilo, señor. No seré yo quien os haga traicion.

James abrió la caja que Wills le había traído y que contenía el saquito de la india y el grano de strychnos.

—¿Qué será eso?— murmuró Wills a media voz.

—Ahora lo verás.

El perro que acababa de salvar la vida a James había apoyado su hocico sobre el muslo del caballero y le dirigía la mirada dulce y curiosa que los perros fijan en sus amos.

—Dame espíritu de vino,— dijo James.

Wills trajo una botella cubierta de juncos.

James cogió un cuchillo y desprendió algunas partículas del fruto que era tan fácil de desmenuzarse como una pastilla de chocolate. Después de esto echó dos cucharadas de espíritu de vino en el vaso de estufa y las partículas de la nuez que habían producido un polvo oscuro se disolvieron sin alterar en nada el color del líquido, que quedó limpio como el agua.

Wills lo miraba todo curiosamente.

El perro frotaba su hocico con aire cariñoso sobre el musto de James. James examinaba el líquido con escrupulosa atención, colocando el vaso enfrente de la luz.

— ¡Vamos! — dijo. — Esto no debe dejar señal alguna. Veámos si mata.

Cogió un pedazo de pan y lo mojó en el vaso. En seguida lo frotó en su plato, donde aun quedaba gansa del jamón, y se lo alargó al pobre Bull. El animal se tragó el pedazo de pan sin mascarle; James fijó en su libertador una mirada fría y tranquila. El perro dejó escapar un minuto después un ahullido quejumbroso, dió un salto hácia atrás, dio tres ó cinco vueltas y fijó en su amo sus dos ojos que se habían puesto sangrientos; después dió otras dos vueltas y cayó como si la bala de un diestro cazador le hubiera atravesado de parte á parte. Echado en el suelo se agitó por un momento ahullando; después su cuerpo se crispó, sus dientes se apretaron ruidosamente, sus patas se estiraron, dió dos ó tres estremecimientos aun, y por

no alargando la cabeza vino á quedar inmóvil á los pies de James. El pobre Bull estaba muerto.

— La india no me ha robado el dinero, —dijo friamente James;— pero me parece mejor empezar por mi querido primo el marqués de Asburthton, y después me ocuparé de Osmany y sus amigos.

— ¡A fé mia! señor, —esclamó Wills, —que si es cierto que el mundo es del diablo, seremos reyes muy pronto.

— ¿Lo crees así?

— ¡Oh! ¡Dios mío! —dijo el picador con cándida admiracion, —¡somos en verdad unos pícaros redomados! yo he querido asesinaros hace una hora, y vos acabais de matar al perro que os ha salvado la vida.

XI.

El día siguiente de aquel en que la señorita Ellen habia recibido al nabab Osmany en su quinta, hubiéramos encontrado al ultimo y al cirujano Bolton

en el fondo de una casita situada en el Wapping. Los dos estaban de pie, graves y tristes, al lado del lecho en que estaba acostada Elspy. Daab, su hermana, tan rubia como morena era la pobre Elspy, tan bella como ella, sostenía en sus brazos la pálida cabeza de la herida.

Cyathia, la ex-reina de los gitanos, preparaba una poción en un rincón del cuarto. Dos lágrimas silenciosas rosaban por las mejillas de Juan de Francia.

—La herida es grave... muy grave! —decía Bolton,—y aun no puedo decir nada. ¡Hace tanta calor!

—¡Oh! ¡Que loco hé sido!—murmuraba Osmany, —Yo debía haber previsto de lo que Topsy era capaz. ¡Al añadió—golpeando rabiosamente el suelo con el pie,—ella hizo condenar al látigo á su padre, el viejo N. that's it; pues bien! ella sufrirá también el mismo castigo de mano del verdugo, y cuando el verdugo acabe su oficio empezaré yo el mío. En aquel momento, Elspy abrió los ojos y los fijó en Osmany.

— Juan, — le dijo, — no quiero que la mates tú... yo quiero volver á la vida, y... yo misma me vengaré!...

— No habéis, hija, mia, — dijo Bolton.

— Si, — murmuró Juan de Francia, — horas lo que quieras, querida Elspy.

— Me batiré con ella en duelo y con armas iguales, — dijo la jóven gitana. — ¿No es de nuestra raza?

— Lo que me admira, — dijo Bolton imponiendo silencio con un gesto á la jóven, — es que no hayais matado en el sitio á esa miserable.

— ¡ Ah! — dijo Osmany, — es que perdí la cabeza. Cuando ví á esta pobre niña que me cubria con su sangre, cuando la oí gritar: — Juan, muerta soy! — entonces, amigo mio, — comprendí que por fuerte que sea un hombre, hay horas en la vida en que se vuelve mas débil que una mujer.

Elspy volvió á abrir los ojos y miró á Juan de Francia con expresion de amor y agradecimiento, y dijo sonriendo:

— ¡ Oh! ¡ eres el mejor de los hombres!

Cynthia la presentó la bebida prescrita por Bolton.

—¡Bebed!—la dijo este último, —y procurad dormir.

Después corrió por sí mismo las cortinas del lecho é hizo señal á Osman y de que le siguiera.

Dinah y Clothia permanecieron á la cabecera de Elspy. Bolton y Osman y pasaron á la pieza inmediata.

—¡Ah! doctor,—dijo Juan de Francia con voz entrecortada por los sollozos, —prometedme que la salvareis.

—Escuchadme bien,—contestó Bolton.—Si pasa la noche sin fiebre, respondiendo, no solo de su vida, sino de una curacion rápida, porque he extraído la bala y la herida no tardará en cerrarse.

—¿Y si tiene fiebre?

Bolton levantó los ojos al cielo y no contestó.

Juan de Francia se tapó el rostro con las manos, y nuevas lágrimas corrieron á través de sus dedos.

—¡Vamos! valor,—dijo Bolton.—Tengo mucha esperanza en una poción calmante que voy á preparar en cuanto vuelva á casa. Será necesario que vues-

tra querida enferma la tome de cuarto en cuarto de hora.

Bolton sacó su reloj.

— Voy a casa del marqués Roger, — dijo, — volveré a casa de las doce. Pero como es preciso que tome ántes la poscion, llevaré conmigo á Cynthia para que vuelva con ella dentro de una hora.

— Bien está, — dijo Osman y. — Ayudad mi buen doctor.

Bolton salió con Cynthia.

— ¡Vuelve pronto! — la dijo Juan de Francia, — y dirígete al Wapping por caminos estraviados; tengo miedo de que te sigan.

Cynthia partió, prometiéndole conformarse por completo con las indicaciones de Juan de Francia.

El cirujano habitaba el barrio mas populoso y mas miserable de Londres despues del Wapping... Allí tenia su modesta clientela, porque sus desarregladas costumbres y el poco cuidado que ponía en su traje y en sus maneras, no le permitian visitar á la aristocracia. Ocurjaba en compañía de una

criada vieja el piso bajo de una casita, en donde habia instalado su laboratorio de quimica. En esta pieza fué donde hizo entrar á Cinthia. La pobre madre se sentó y dijo á Bolton, mientras este preparaba la pocion:

—¡Qué dichos! ¡soi! Vaia á verlo.

—¡Pobre madre!— dijo Bolton.

—¡Ah!— repuso aquella,—¡ni siquiera me atrevo a hablar de él delante de Juan de Fracial... Los hombres, ya lo sabeis, tienen duro el corazon... no comprenden cuánto debe sufrir la madre, que está condenada á no ver nunca á su hijo.

Y Cynthia lloraba al decir estas palabras.

—¡Pues bien!—dijo conmovido Bolton,— si me prometéis ser muy razonable y no haceréis tracion...

Bolton se detuvo y miró á la gitana.

—¡Oh, acabad!—dijo esta juntando las manos y con el alma suspendida de los labios del doctor.

—Haré que veiais á vuestro hijo dentro de pocos dias.

Cynthia lanzó una exclamación de alegría.

— El tiene mucha curiosidad por visitar mi laboratorio de química, — prosiguió Bolton. Le he prometido enseñarle este. Os esconderé allí, en ese gabinete. Podréis verle a vuestra satisfacción.

Cynthia cogió la mano del doctor y la llevó á sus labios.

Bolton acabó de preparar la bebida, luego se la entregó á la gitana diciéndola:

— ¡No olvidéis el encargo de Juan de Francia! ¡tened cuidado de que no os sigan!

Cynthia echó á andar: al salir de casa del doctor tomó por una estrecha callejuela, después por una segunda, se detuvo, volvió hácia atrás, tomó hácia la izquierda y dió en ella una porción de vueltas. Las calles estaban desiertas. Como aquella noche en Londres una densa neblina que penetraba hasta los huesos. Cynthia llegó de este modo al puente de Londres y cuando iba á llegar á las primeras

casa del Wapping fué interpelada por una mujer que pasó á su lado.

—¡Una limosna por Dios! —dijo esta.

—Cinthia se detuvo un momento y buscó en su bolsillo alguna moneda de poco valor. Pero en el mismo instante, la mendiga lanzó un ligero grito y dos hombres que estaban ocultos en el ángulo de una puerta se echaron sobre ella. Uno de ellos la sujetó en sus brazos: el otro la puso un pañuelo en la boca para impedirle gritar. La mendiga le echó un capuchon de lana sobre la cabeza; los dos hombres la ataron las manos. Este ataque fué tan brusco, tan inesperado que la gitana no tuvo tiempo de defenderse. Cinthia agarrada, en la imposibilidad de lanzar un solo grito, cegada por el capuchon, se sintió conducir por uno de sus raptores que empezó á correr y se detuvo después de unos cien pasos. Un carruaje esperaba á la entrada de una oscura callejuela. Los dos hombres abrieron la portezuela, arrojaron en el coche á la gitana, hicieron colocar á su lado á la mendiga; y el cochero arreó los caballos. 19

X.

Una mañana el Sr. Roberto Walden salió a pié de su casa envuelto en una capa. Su preocupada fisionomía demostraba graves cavilaciones.

—Es necesario acabar,—pensaba:— Necesito tener una explicación con Roger. Si se prueba que es efectivamente hijo de lord Asburthton y de lady Cecily, me escusaré con él si es necesario; pero si no puedo probarlo, apelaré á su lealtad. Roger es valiente, Roger es bueno, tiene un corazón noble y no querrá conservar en el mundo una posición que no le pertenece.

A la verdad, el baronet Roberto Walden pasaba con justicia por un hombre intépido; había tenido veinte cañales y latido cizeco tigres en la India y cones en el Sahara, y no embargo, á medida que se acercaba al palacio de Asburthton su corazón se iba volviendo más tímido; porque ¿con qué derecho iba á dirigirse á Roger y á decirle: «Vengo

¿preguntaros si sois ó no el impostor? ¿No iba Roberto Waldeu á verse obligado á decir á Roger que su madre y su hermana á quienes hacia mucho tiempo creia muertas vivian aun?

El honorable baronet llamó muy conmovido á la verja del palacio. Le dijeron que el marqués no estaba visible; pero él insistió diciendo que tenia que hablarle de cosas de la mayor importancia. El joven marqués estaba aun en la cama cuando anunciaron al baronet. El cirujano Bolton estaba á su lado ocupado en aplicarle un vendajo sobre el hombro. Roberto se detuvo en el umbral con las cejas fruncidas, un poco pálido y sintiendo alguna vacilacion á la vista del cirujano.

—Entrad, amigo mio, — le dijo Roger sonriendo.—Mucho tiempo hace que esperaba vuestra visita.

Roberto balbuceó algunas excusas: habia estado enfermo y su sobrina tambien.

—¡No importa!— dijo Roger,—no teneis excusa; porque me habeis deja-

do marchar á América sin despediros de mí.

— Perdonadme, — dijo Roberto á quien la presencia de Bolton incomodaba singularmente.

Luego al ver el vendaje se estre-
meció.

— ¿Estais herido? — preguntó.

Bolton fué quien tomó esta vez la palabra.

— Señor marqués, — dijo, — yo sé la razón por la que Roberto Walden no ha vuelto á poner los piés en esta casa desde el día de vuestro encuentro con el capitán Maxwell.

— ¡Ah! ¿lo sabeis? — dijo Roger. — ¡Pues bien! Decidroslo, querido Bolton, porque la conducta de Roberto me ha parecido muy extraña.

— Extraña, en efecto, — dijo Roberto que seguía de pié con los brazos cruzados y buscando en vano un exordio á propósito para el cual se encontraba completamente sin elocuencia, antes de haber dicho nada.

Bolton seguía tranquilo y sonriendo.

—Figuraos.—dijo,—que el baronet Roberto Walden, un amigo de hace treinta años, un hombre con quien he cazado triges en la India, ha querido matarme, aquí, á la cabecera de vuestro lecho.

—;Pero eso es imposible!—dijo Roger.

—La verdad parece muchas veces imposible; preguntad á Roberto.

Este hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—¿Y sabéis por qué?—prosiguió Bolton; porque yo no quería revelar los secretos del difunto lord Asburthor vuestro noble padre.

—Pero, creo que estoy soñando,—dijo Roger;—disculpaoos pues, Roberto.

—Bolton dice la verdad,—murmuró el baronet.

—¿Habeis querido matarle?

—Sí, porque no le decia el origen de esa señal que teneis en el hombro.

—¡Ah! ¡Dios mio!—dijo Roger riéndose,—apuesto á que Roberto me ha tomado por un gitano.

—Precisamente,—dijo Bolton.

La tranquilidad de Bolton y la sonrisa de Roger desconcertaron á Roberto Walden.

—Tranquilizaos, amigo mio,—replicó el marqués fijando en Roberto una mirada franca y leal:—soy hijo de lord Asburthou.

Y Roger que creia decir la verdad, dijo esto con tal acento de franqueza que Roberto titubeó.

—Mi antiguo amigo,—repuso Bolton,—yo habia jurado á Asburthou no revelar este secreto, sino en el caso de que encontrara medio de hacer desaparecer la vergonzosa señal que mancha el hombre de su hijo. Yo he encontrado este medio; me veo por fin libre de un juramento y puede hablar.

El Sr. Roberto sintió que su pecho se aliviaba como si le hubieran descamatazado de un gran peso. Bolton hizo entonces al Sr. Roberto una narracion idéntica á la que habia hecho dos dias antes á Roger. El Sr. Roberto le escuchaba avidamente.

—¡Dios mio!— dijo, despues que Bolton hubo acabado,—¿me perdonareis alguna vez mis abominables é injustas sospechas, marqués?

Por toda respuesta, Roger alargó la mano al anciano caballero.

La senorita Ellen se sentaba con complacencia sentada delante de un espejo en su gabinete.

—Mi honorable tío Sr. Roberto Walden— decía — ha ido esta mañana misteriosamente á casa del marqués Roger. Tengo curiosidad por saber lo que le ha dicho. Estos hombres hábiles son lo mas divertido del mundo. Me parece que veo oculto aqui á mi esclerito tío. Habrá ido á ver á Roger, se habrá hecho anunciar solemnemente y le habrá dicho:

«Querido marqués, yo he sido amigo de vuestro padre y por esta razon vengo á propularos fraternalmente, ni soy un gitano, un hijo del marques Asturton y de una querrida suya, un hijo legitimo es no; en cuyo caso os ruego que penséis en que el marqués ha dejado un

bijo legítimo y que conviene que le restituyais su fortuna y su título.» A lo que el marqués habrá respondido candidamente con la cándida historia inventada por Juan de Francia y el cirujano Bolton.

La señorita Ellen había adivinado los acontecimientos, porque mientras se hacia á sí misma este lindo monólogo llamaron á su puerta y vió entrar al señor Roberto Walden.

El digno baronet traia el semblante descompuesto, la vista fija y parecia muy preocupado. La señorita Ellen le miró de reojo y dijo para sí:

—Creo haber adivinado.

Luego añadió en voz alta:

—Buenos dias, querido tio. ¿De dónde venís tan temprano?

—De casa del marqués Roger de Asburthou.

—¿El gitano?—dijo la señorita Ellen, que creyó debía ruborizarse para justificar la opinion que tenia Roberto de que amaba á Roger.

Roberto miró á su sobrina con cierta dolorosa extrañeza.

—¡Ay de mí!—dijo haciendo un esfuerzo.—Lionel no será jamás marqués de Asburthou.

La señorita Ellen lanzó un grito de asombro.

Roberto tomó una de sus manos y miró conmovido, y la dijo:

—Nos hemos equivocado, hijo. El marqués Roger es ciertamente legítimo de Asburthou.

—¿Lo creéis así, querido tío?

—Estoy seguro.

—Pero... ¿esa señal?

—¡Ah!... precisamente esa señal que tanto me ha hecho cavilar algunos días. He creído que Roger era gitano.

—Y... ¿ahora?

—Ahora, ya no lo creo.

Por los labios de la señorita se vio vagar una burlona sonrisa.

—No lo creereis,—dijo ella,—pero que se os pruebe que sois víctimas de una comedia.

Estas palabras pronunciadas con frialdad y con acento conmovido hicieron dar un paso atrás á Roberto.

—¿Estás loca?—preguntó.

—¿Cómo os han explicado el origen de esa señal?

—¡Ah! vas á saberlo.

Ellen lo detuvo con un ademán, cuando iba á responder.

—Es inútil. Conozco la historia tan bien como vos. Ha sido inventada por un tal Juan de Francia.

—¿Juan de Francia?—dijo Roberto, en quien este nombre evocó algunos recuerdos.

—Sí, tío, el rey de los gitanos, el hermano de Cynthia, la antigua querida de lord Asburthton y la verdadera madre de Roger.

Roberto de Walden sintió que su frente se cubría de un sudor frío. Ellen continuó:

—Os han contado que el marqués había sido robado por los gitanos cuando era niño, del palacio de Calcuta.

—¿Cómo sabes eso?

Vióse entonces brillar en los labios de la señorita Ellen una de esas sonrisas que revelan repentinamente una mujer superior.)

—Escuchad, querido y escolente tío. Nos dirigimos los dos al mismo objeto, aunque por diferentes medios. ¿Vos quisterais ver á Llonel, único hijo legítimo, llegar á ser par de Inglaterra y marqués de Asharthon?

—¡Pero!—exclamó Roberto combatido por la duda.—si esa historia es cierta...

—Es falsa y yo me encargo de probaroslo.

—¡Tú!

—Pero con una condicïon, querido tío.

—¿Cuál?

—Que me dejareis obrar libremente.

—¿Cómo?

—Os pido tres dias á lo mas, veinte y cuatro horas por lo menos para probaros que Roger se llama Amri, que es hijo de la gitana Cynthia, y yo obligaré á esta á convenir en ello.

—¿Lo harás?

—Sí, si quereis que se iavier tan provisionalmente los papeles entre nosotros.

—¿De qué modo?

—Yo seré la cabeza, vos el brazo. Vos me obedeceréis ciegamente sin pedirme explicacion alguna.

—Bien está, consiento.

¶ —Y ahora,—dijo Ellen,—vais á buscarme dos hombres seguros que puedan esta noche verificar un rapto.

Roberto no pudo menos de mirar á Ellen con profundo asombro.

—Habeis olvidado, pues, mi origen.—dijo esta.—No os acordais de que soy gitana. ¡Poes bien! ya lo veis, mi querido tio, los de mi raza nacemos para la intriga, para las expediciones aventuradas y para los golpes de mano arrojados.

—Por el rostro del baron pasó una nube de tristeza.

—Vuestra franqueza de hombre de bien no es á propósito para luchar con un hombre como Juan de Francia.

—¡Juan de Francia!—murmuró Roberto Walden,—¿dónde he oido yo hablar de ese hombre?

Reunid vuestros recuerdos. ¿No me

habeis contado que un dia en la caza del tigre salvó un gitano la vida á lord Asburthou?

—En efecto.

—Pues bien, ese gitano era Juan de Francia.

—¡Ah! —dijo sir Roberto.

—¿Recordais tambien que el marqués Roger estuvo á punto de ser devorado por un oso que se habia escapado á uu domador de fieras?

—¡Vaya si lo recuerdo!

—El hombre que le salvó era Juan de Francia.

—¡Cómo! El nabab Osmany...

—Y Juan de Francia son una sola persona.

—¿Qué más?—preguntó évidamente sir Roberto.

—En fin, ¿habeis olvidado el duelo de Roger con el capitan Maxwell?

—No.

—El marqués debia morir. La espada que habia comprado en el Dragon de oro debia romperse como si fuera de vidrio. Un hombre se presentó en essa

de Roger, mientras vos y Lionel y le acompañabais á comer. Aquel hombre traía á Roger otra espada y le enseñó la estocada terrible con que mató al capitán. Aquel hombre era también Juan de Francia.

—¿Pero ese hombre es un demonio!

—Poco menos, pero en cuanto á Roger es su ángel guardián, por que todavía le ha salvado otra vez en América y vendrá en su auxilio, siempre y en todas partes.

—¿Y Roger es su cómplice? porque sabrá su verdadero origen.

—No. Roger no va de mala fé al creerse hijo legítimo del Sr. Asborthon.

—Entonces se le podrá desengañar.

—Sí, pero vos no.

—¿Cómo! —dijo Roberto. —¿dudaría de mi palabra?

—Los que están bajo el imperio de Juan de Francia solo lo creen á él...

Después añadió:

—¿O á mí!

—¿A tí? —preguntó Roberto.

—Roger me ama como un loco, —

dijo ella, —y soy bastante fuerte para luchar con Juan de Francia.

Y mientras Roberto la miraba, preguntándose si acaso sería jugusto de un sueño, la señorita Ellen añadió:

—Tú, si me dejas obrar á mi gusto, yo comenzaré el objeto que vos os proponéis, hacer bajar á Roger de su asiento de par, y en él le sucederá sin ruido, sin escándalo en su fortuna y su título, Lionel.

—¿Pero qué será de Roger?— dijo Roberto.

—Desaparecerá.... conmigo,—y añadió con infernal coquetería: —siempre se encontrará bastante rico con mi amor.

El baron Roberto Walden miró estupefacto á su sobrina.

—Pero,—preguntó de nuevo sir Roberto,—¿qué interés puede tener Juan de Francia en proteger á Roger?

—Ah!—dijo Ellen.—Vos no sabéis cuál es el orgullo de ese hombre. Roger es hechura suya, y él, el gitano, el paria, el hijo de una raza desheredada, tratada como la de los judíos, ha logra-

do hacer sentar a un hijo de su tribu en la cámara de los pares.

—Verdad es. Ahora comprendo. ¿Y crees que podrás luchar con ese hombre?

—Sí,—dijo Ellen resueltamente,—si me dejais obrar, si me obedecéis, si puedo salir libremente a cualquier hora sin dar cuenta á nadie de mis acciones.

—Pues bien,—dijo Roberto Walden haciendo un esfuerzo para ahogar la voz de su conciencia;—le concedo la libertad de accion que necesitas para conducir á buen término esta empresa.

Ellen se sonreia, y su lindo rostro tomó una espresion burlona.

—¿Conocéis á ese viejo lindo que se llama Arturo Rood y que está muerto de amor por mí?

—Sí, ciertamente.

—Hasta ahora, las puertas de vuestra casa han estado cerradas para él sin piedad alguna.

—Porque sabia que te desagradaba.

—Ya no me desagrada, tío: convidadle mañana á comer.

—Bien está,—dijo Roberto.

—Y con él al vizconde Albézie Berny y al baronet Edward Johnson, que me aman igualmente y que se tambalean en su silla, siempre que me encuentran á caballo en mis paseos matutinos.

—¿Qué mas?—preguntó Roberto con el tono de un subalterno que pide órdenes.

—Necesito dos hombres para el rapto de que os he hablado.

--¿A quién quieres hacer robar?

—A Cynthia, la madre de Roger. Estos dos hombres podremos elegirlos entre vuestros criados; tenéis dos lacayos, Jod y Black, que tienen una fuerza hercúlea, los mandareis obedecernos en todo. Yo me encargo de lo demás.

Dicho esto la señorita Ellen llamó y pidió su carruaje.

Pocas horas después tenía lugar el rapto de Cynthia á la entrada del Wapping. Hemos visto á la gitana agarrada y reducida á la impotencia, merced al capuchon que la habian echado sobre la cabeza para impedir que gritase.

Fué en vano que tratara de resistir, que lanzara gritos ahogados; el carruaje rodaba rápidamente y la mendiga tenía brazos demasiado robustos para que Cynthia pudiera desembarazarse de su capuchon. ¿Dónde la llevaban? ¿qué querian hacer de ella? Cynthia se hacía estas dos preguntas llena de terror. Despues recordó que Juan de Herrera la habia dicho que su hijo tenía unos amigos, y que estos tratarian, por cuantos medios pudieran, de obligarla á descubrir su secreto. La misma mendiga confirmó esta opinion, porque le dijo así:

—¡Tened cuidado! Se trata de la vida de vuestro hijo, la cual comprometeréis á la primer tentativa de fuga.

Pero Cynthia era fuerte y no dejó escapar ninguna exclamacion de terror. Tan solo se la oyó murmurar bajo su capuchon:

—¡De seguro se equivoca esta mujer, porque yo no tengo ningun hijo!

La mendiga añadió:

—Si queréis dejeros vender los ojos,

os quitaré el capuchon y respiraréis con mas libertad.

Cynthia hizo con la cabeza una señal afirmativa. La mendiga pasó sus manos por debajo del capuchon, y con la destreza de un prestidigitador, alzó un pañuelo de lante de los ojos de Cynthia: luego, antes de quitarla el capuchon, la hizo sentir la punta de un puñal, diciéndola al mismo tiempo:

—No gritéis porque os mataré.

—¡No gritaré!—dijo con resignacion Cynthia.

La mendiga retiró el capuchon.

—Ahora,—la dijo,—podemos hablar.

—¿Qué quereis de mí?

—Quiero hablaros de vuestro hijo.

—No tengo ningun hijo,—contestó Cynthia.

—¡Mentira!

—Os aseguro que en esto debo haber algun error. Yo soy una pobre mujer, —pronunció la gitana,—y no tengo hijo ni marido; os engañáis.

—Estamos bien informados. Teneis

un hijo, un hijo que os ama, y de quien os han separado.

Cynthia movió la cabeza negativamente.

—¡Ah!—continuó la gitana con voz afectuosa y conmovida,—ese pobre niño, privado de las caricias de su madre tanto tiempo, con cuánto placer os tenderá los brazos, cómo os estrechará sobre su corazón...!

—Señora,—dijo Cynthia,—yo no tengo hijo, me equivocáis sin duda con otra. Pero, decidme, ¿adónde me lleváis?

—A casa de vuestro hijo.

Estas palabras fueron derechas al corazón de Cynthia y la hicieron vacilar. Recordó, sin embargo, las recomendaciones de Juan de Francia y tuvo fuerza bastante para rechazar su violenta emoción hasta lo más profundo de su alma.

—Si me lleváis á casa de uno que creéis mi hijo,—contestó,—no tardareis en comprender vuestro error; un hijo debe reconocer á su madre.

La mendiga se encogió de hombros y no contestó. El coche rodaba rápidamente. Cynthia se puso á escuchar el ruido de las ruedas. Al principio el suelo producía un ruido seco y sonoro, y el carruaje experimentaba violentas sacudidas. Cynthia comprendió que atravesaban el empedrado desigual y descuidado de Tooley Street. Poco después el movimiento se hizo menos incómodo, y al ruido del empedrado sucedió el menos fuerte que se percibe en un paseo. Cynthia calculó que debía encontrarse en el camino real. Un aire húmedo y frío que penetraba por las ventanillas entreabiertas la hizo creer que este camino seguía el curso del Támesis. En fin, al cabo de una hora de acelerada marcha el carruaje se detuvo.

—Aquí es,—dijo la voz de un hombre.

Los dos raptores de Cynthia se habían colocado durante el camino uno detrás del coche y otro en el pescante, al lado del cochero. Ambos se apearon, Cynthia fué sacada del carruaje y la mendiga le dijo:

— ¡Hemos llegado...! Tomad mi mano y dejad que os guíe; sobre todo no tratéis de resistir, porque os perderéis y perderéis á vuestro hijo.

Cynthia siguió impassible y contestó: — Tengo prisa de que reconozcáis vuestro error y me dejéis marchar. Veamos quién es el que tomáis por hijo mío.

— ¡Aun no ha venido; pero no tardará.

Cynthia se dejó conducir y dió algunos pasos. Oyó que los dos hombres cuchicheaban y que uno introducía una llave en la cerradura; al mismo tiempo la mendiga murmuró algunas palabras en voz baja, y entre ellas llegó á sus oídos un nombre que la chocó, el de la señorita Eden.

No se había engañado; se hallaba en poder de los enemigos de su hijo. Entonces quiso ver el sitio en que se hallaba, y mientras la mendiga la empujaba por detrás y la hacía subir una escalon, levantó la venda rápidamente y echó una mirada furtiva á su alrededor;

dejó caer en seguida la venda, pero había tenido tiempo para reconocer el Témesis y la quinta de la señorita Ellen, cuya descripción la había hecho Juan de Francia. Entonces se apoderó de la prisionera un júbilo inmenso.

— ¡Cuan me libraré! — se dijo.

Después pasó en su hijo y su madre natural la dió fuerzas para sofocar las penas que la estaban, sin duda, reservadas.

— ¡Venid! — la dijo la mendiga; — tenéis que subir tres escalones.

Cynthia los subió y sus piernas encontraron un suelo enlosado; al mismo tiempo sintió que cerraban una puerta detrás de ella. Entonces la dijo la mendiga:

— Podeis quitaros la venda.

Cynthia observó el lugar en que se encontraba. Era el saloncito donde la señorita Ellen había recibido á Juan de Francia. Un mueble inmenso llenaba por completo una de las paredes; era una biblioteca de roble cubierta de delicadas esculturas y llena de libros.

Cynthia miró á la mendiga mientras uno de sus raptores ponía un candelabro sobre la chimenea. Era aquella una mujer jóven eun, de tez bronceada por el sol, y que debia haber sido maravillosamente hermosa. Cynthia adivinó en ella á la india Dai Natha. En cuanto á los dos hombres, la eran desconocidos. Despues de encender el candelabro, los dos hombres salieron.

La mendiga llevó entonces la mano á la llave que cerraba las puertas vidriaras de la biblioteca. Estas se abrieron y Cynthia vió con asombro que su guardiana quitaba uno de los numerosos volúmenes que llenaban las divisiones, y que despues pasaba la mano por el hueco que dejaba aquel. Entonces giraron sin ruido los estantes sobre goznes silenciosos, lo mismo que habian hecho las puertas vidriaras, y Cynthia, asombrada, vió una profunda cavidad detrás de los tableros del fondo de la biblioteca. La mendiga la cogió la mano y repitió:

— ¡Venid!

—¿Pero á donde me llevais?—preguntó la pobre madre.

—A ver á vuestro hijo,—contestó la mendiga:—¡venid!

Y Dai-Natha oprimió la muñeca delicada de Cynthia, que vencida por el dolor la siguió sin resistencia. La mendiga la obligó á entrar en aquella cavidad oculta por la biblioteca, y que estaba practicada en un muro grueso; en seguida oprimió un resorte, y se hallaron en la oscuridad, la biblioteca se habia vuelto á cerrar detrás de ellas.

Aunque hubieran registrado la casa de arriba abajo, nadie hubiera sospechado que dos personas estaban ocultas en semejante sitio. La mendiga apoyó la punta de su puñal en el pecho de Cynthia, y la dijo:

—Vas á ver en seguida á tu hijo; pero guárdate de hacer el menor movimiento ni de exhalar un solo grito.

Diciendo esto, apretó otro resorte, y un rayo luminoso llegó hasta el semblante de Cynthia. Dos volúmenes se habian separad

sitio en que el tablero estaba agujereado, y á través de esta hendidura, pudo Cynthia ver de nuevo el saloncito alambreado por un candelabro colocado sobre la chimenea.

—No me explico en verdad lo que quereis hacer de mí,—murmuró la gitana con acento aterrado;—pero os repito que yo no tengo ningun hijo.

—Ahora lo veremos,—contestó irónicamente la mendiga.

Cynthia oyó un ligero ruido. Era la puerta del salon que se abria. Una mujer apareció, radiante de juventud y de hermosura. Cynthia reconoció á la espléndida joven en cuya carretela habia subido el dia de la llegada de los dragones del rey.

La señorita Ellen entró preocupada y con la cabeza baja. Se dirigió á un espejo y arregló coquetamente con su blanca mano los rizados bucles de su cabellera.

—¡Ah!—dijo en voz baja y con acento melancólico,—¡va á venir!

Y fué á sentarse sobre un divan, en frente de la biblioteca, de modo que

Cynthia pudiera verla bien.

—¡Va á venir!—repitió.—¡Ah! cuánto lo amo...

Después su frente se oscureció.

—Con tal de que haya recibido mi billete á tiempo,—murmuró.—¡Dios mío! ¡Si no vendrá!

Se levantó, abrió una ventana, y bañó su frente con el aire fresco de la noche.

—¡Nada! ¡nada!—dijo con desaliento, —y la hora de la cita pasa. El Támesis está silencioso, y no se oye el ruido de ningún coche en el camino. ¡Oh! esta incertidumbre me espanta.

Cynthia escuchaba á Ellen con asombro.

—¡Cómo!—leía para sí,—Juan de Francia pretende que Ellen es la enemiga mortal de Royer, y le amo, sin embargo.

De pronto lanzó Ellen un grito de alegría.

—¡El es!—dijo.—Oigo el ruido de los remos que azotan el agua. La barca lleva en la popa una linterna. Vengo de pie, es él; le conozco.

Y Ellen adoptó con tal naturalidad la actitud alegre é impaciente de una mujer que espera á su amante, que Cythia quedó completamente convencida.

—Juan se ha equivocado,—se dijo:—Ellen ama á mi hijo.

La mendiga, que la habia cogido una mano, sintió que esta mano temblaba.

—Bien ves que estás conmovida; bien ves que es hijo tuyo.

—¡No, no! es falso, ¡no teigo hijo!

En aquel momento un hombre se apoyó en el reborde exterior de la ventana.

Era Roger; Roger conmovido, sonriente, palpitando de amor bajo la mirada húmeda de Ellen; Roger mil veces mas bello que el dia en que habia entrado en Londres, con la espada desenvainada, á caballo, al frente de su regimiento. La mendiga sintió que Cythia se inclinaba sobre sus brazos, medio muerta de alegría y de emocion:

—No te muevas, no grites, si en algo estimas tu vida,—repitió de nuevo.

Cynthia no contestó. Clavaba à través de la beca didura hátilmente practicada en la biblióteca, una ardiente mirada sobre su hijo. Roger se inclinaba respetuosamente delante de Ellen y la besaba la mano con respeto.

—Mi amado Roger,—le dijo Ellen con las mas dulce voz,—me perdonareis que haya olvidado toda clase de conveniencias, hasta el punto de citaros en esta quinta. Pero el peligro apremiaba; he perdido la cabeza...

Ellen estaba conmovida.

—¡Un peligro!—esclamó Roger;—¿correis un peligro?

—Un peligro que nos amenaza á los dos.

—¡Dios mio!

—¿Sabeis que no ha faltado mucho para que me separasen de vos?

—¡Cielos!—murmuró Roger.

—¡Ah!—prosiguió Ellen,—he creido morir esta mañana.

—¿Pero qué os ha sucedido, Dios mio?

—Mi tío ha querido separarnos brús-

camente; ha adivinado que nos amá-
bamos.

—Pero si ha estado en mi casa hace pocas horas,—esclamó Roger.

—No sé, dijo la señorita Ellen con adorable candidez,—pero lo que sé es que habia formado con Celia, la madre de Lionel, un pequeño complot.

Roger palideció, una ola de sangre afluyó á su corazon.

—¡Oh! ese Lionel,—dijo,—ese hombre á quien queria como un hermano, ahora le odias!

La señorita Ellen alzó los ojos al cielo.

—Me ama,—dijo,—y se cree correspondido... Perdoadle.

—¿Pero... eso complot?

—Consistia en llevarme á Escocia al castillo de mi tio. Allí, Lionel hubiera venido á reunirse con nosotros y nos hubiera casado. Pero he conjurado el peligro,—añadió Ellen.—Así pues, tranquilizaos, no partiré. Pero me encontraba tan aturdida; os habia citado aquí no sabien lo donde podria veros, y no atre-

viéndome á volver á nuestra casa, y entonces... ¡Oh! perdonadme, amigo mio, porque el cariño es egoísta; no me he determinado á escribiros para que no vierais:

—¿De modo que no partireis?

—No.

—¿Ni os casareis con Lionel?

—¡Oh! ¡os lo juro!

El acento de Ellen era tan sencillo tan elocuente que penetró hasta el fondo del alma de Cythia.

—Juan de Francia me ha engañado, si no es que el mismo se engaña,—pensó la pobre madre.—¿Cuánto le ama!

La señorita Ellen añadió:

—Ahora que os he visto,—amigo mio;—ahora que he estrechado vuestra mano, no comprometamos nuestra dicha futura con una nueva imprudencia.

—¿Qué quereis decir?

—Es tarde, necesito volver á Londres. ¿Qué pensaria mi tio, cuando vuelva de su club, si no me hallare en el hotel?

—¡Como!—murmuró Roger con el

lono de un niño á quien niegan un juguete. —¿quereis que me vaya ya?

—Es preciso; pero, —dijo ella, —voy á partir con vos.

Roger ahogó un grito de alegría.

— ¡Christ! —le dijo la jóven, —no estamos solos. Yo tengo un aya vieja, que ha sido mi nodriza y que ahora cuida de esta casa. Vengo algunas veces á verla y me quedo con mi coche ó mi barca; pero hoy, añadió con una sonrisa encantadora, —he despedido á mis criados y vais á llevarme en vuestro vote. Ya sabeis lo que os dije hace dos dias, fíaos en en mí, —añadió llevándose un dedo á los labios.

— ¡Oh! ese Lionel, —murmuró Roger, en cuyos ojos apareció un relámpago de odio.

—No le amo, —repitió Ellen: —¿qué temeis?

—Temo que Roberto os obligue á obedecerle.

—Creed en mí, —dijo Ellen recalcando sus palabras, —como si fuera vuestra madre.

—¡Mi madre!—esclamó Roger,—mi madre; ¡ay de mí! ¡no la he conocido!

—La hubiérais amado mucho, ¿no es verdad?—le preguntó ella con voz afectuosa.

—¡Oh!—murmuró el joven alzando los ojos al cielo,—¿cómo no amar mucho á una madre?

La mendiga escuchó un suspiro ahogado, y sintió un cuerpo que cayó pesadamente encima de ella. Era Cynthia que acababa de desmayarse.

XII.

Cuando la reina de los gitanos volvió en sí, no se encontraba ya en el misterioso escondite practicado en el fondo de la biblioteca. La india la había llevado al saloncito y la hacía respirar sales para que recobrara el conocimiento.

—¡Y bien!—la dijo cuando Cynthia se hubo hecho cargo con una ojeada rápida del sitio donde se hallaba,—¿negarás aun que es hijo tuyo?

Pero Cynthia había recobrado su prudencia y su fuerza. 23

—No es mi hijo,—contestó con voz sorda.

—¿Entonces por qué te has desmayado al oírle hablar de su madre?

—Porque me he acordado de mi hijo que ha muerto!

Dai-Natha se encogió de hombros.

—Y además,—añadió Cynthia,—me faltaba aire, me ahogaba!...

Y viendo que la menzúga callaba, Cynthia añadió:

—¿Vais á ponerme yo en libertad?

—Nada de eso.

—¿Por qué?

—Porque es menester que veas á Ellen.

—¿Quién es Ellen?

—Esa hermosa jóven que ama á tu hijo.

Cynthia se estremeció, pensando que Ellen, advertida de su presencia, había podido muy bien representar una comedia con objeto de convencerla.

—¡Ah!—dijo,—¿esa jóven quiere verme?

—Sí, porque quiere que tu hijo le abraze.

Cyothia no pestañeó:

—Os repito,—volvió á decir,—que no es hijo mio... ¿Cómo queréis que una pobre mujer como yo sea la madre de ese brillante señor?

La india movió la cabeza y murmuró entre dientes:

—¿Es fuerte! nada adelantaremos hoy.—Así pues,—preguntó Cyothia,—¿vais á tenerme aquí?

—Todo el tiempo que quiera Ellen.

—Pero,—dijo Cyuthia recobrando poco á poco toda la astucia de su raza,—puesto que quiere verme, ¿por qué no se ha quedado?

Cyuthia examinaba hablando así á su guardiana. Dai-Natha era robusta, pero Cyuthia era también fuerte y vigorosa y tenía además la audacia que dá el deseo de la libertad.

—Si los dos hombres que me han robado no estuvieran aquí,—pensó,—me echaría encima de ella y no me costaría trabajo sujetarla, á pesar de su puñal; pero pediría socorro y los dos acudirían.

—Querida señora—repuso la india despues de algunos momentos de silencio,—creo que hareis bien en acostaros sobre ese divan; es tarde, son las once de la noche, y debéis tener necesidad de descansar.

Cynthia obedeció, estaba decidida á disimular. Dai-Natha la echó encima una manta y se instaló á su vez cómodamente en un sillón, como si quisiera dormir tambien.

—Si se duerme,—pensaba Cynthia, que habia cerrado los ojos,—me arrojaré á su cuello, la ahogaré antes de que tenga tiempo de dar un grito, y me escaparé por esta ventana, que segun he podido observar se abre sin ruido.

Pero un suceso imprevisto vino á echar por tierra los proyectos de Cynthia. La puerta se abrió bruscamente y uno de los hombres que habian cometido el rapto de la gitana, entró precipitadamente, corrió al candelero y lo apagó.

—¿Nos siguen la pistol—dijo;—José acaba de hacerme la señal convenida;

una barca se acerca á la quinta...
¡Pronto!

—¡Ah! ¡es Juan que viene á libertarme!...—esclamó Cynthia recobrando repentinamente toda su energía.—¡A mí! ¡á mí!

Pero el criado la tapó la boca con un pañuelo y la levantó en sus brazos.

—No te encontrarán,—dijo la india.

La biblioteca se abrió de nuevo y la gitana fué metida otra vez en el escondite, cuya puerta se cerró onseñada.

—¡Sojétala bien, Black!—dijo entonces la gitana en voz baja;—voy á hacerle una operacion que la impedirá gritar.

Cynthia sintió un estremecimiento de terror al oír estas silenciosas palabras.

El raptor habia puesto su ancha mano sobre la boca de Cynthia; pero no por eso dejaba esta de exhalar gritos ahogados. Un ruido exterior habia llegado á sus oídos. Oyó resonar pasos y voces, y una de estas voces, grave y poderosa, se le habia figurado la de Sanson.

—¡Sujétala! ¡sujétala bien!—repetía la mendiga.

Cynthia se defendía; mordió aquella mano que la abogaba, se desembarazó un instante de su mordaza y gritó:

—¡A mí! ¡Juan! ¡a mí!

Pero Black la cogió entonces por el cuello; al mismo tiempo la mendiga la puso las manos en las sienes. Cynthia sintió que aquellas manos estaban húmedas.

—Me llamo Dai-Natha,—dijo aquella, y puesto que eres hermana de Juan de Francia, de ese bandido que ha robado el tesoro del dios Sivah, debes saber que un día en la caverna en que yo custodiaba el tesoro, lo hice beber un licor que le paralizó. Yo no te haré beber á ti porque quiero que puedas oír la voz de los que te buscan; pero este licor con que mojo tus sienes, va á impedirte gritar y hacer el menor movimiento.

Y en efecto, Cynthia experimentó súbitamente una sensación estraña, indefinible, sobrenatural; le pareció que

su cerebro se derretía, mientras que una viva luz la circundaba, sintió entorpecerse su lengua, cerrarse su garganta, crispase todos sus miembros. Una parálisis súbita, terrible, se apoderó de ella, y la toda la apoyó derecha y rígida como una estatua contra la pared.

— ¡Ahora pueden venir! — dijo.

Cynthia estaba tan inmóvil como si estuviera muerta; solo conservaba el oído y la vista: el resto de su cuerpo estaba como petrificado.

Sin embargo, los pasos y las voces se acercaban. Cynthia no se había equivocado: eran Juan de Francia y Saason que venían en su busca.

Una reunión de coincidencias singulares había puesto á Juan de Francia sobre la pista de su hermana. Después de la partida de Bolton y la gitana, Juan de Francia había vuelto á entrar en el cuarto de Eiso.

La jóven herida había concluido por dormirse. Su hermana Dinah, que velaba á su cabecera, se inclinó hacia Juan de Francia y le dijo en voz baja:

—El doctor ha recomendado mucho que no se despierte á Elspy.

—Pero es menester que tome la poción que va á traer Cynthia.

—Sí, pero no hay que despertarla antes.

Juan de Francia permaneció mas de una hora con la frente bañada de sudor, el corazon lleno de angustia y los ojos fijos sobre la jóven dormida. El sueño de Elspy era tranquilo y regular. El tiempo pasaba sin embargo, y Cynthia no volvía. Un vago presentimiento empezaba á inquietar á Juan de Francia. De pronto entró Sanson como un huracan con el traje en desórden, y esclamó:

—¿Dónde está Cynthia?

Estas palabras hicieron en Juan de Francia el efecto de un rayo.

—Ha ido á casa del cirujano Bolton á buscar una medicina.

—¿Cuánto tiempo hace que ha partido?

—Mas de una hora.

—¡Ha sido robada! —esclamó Sanson con una voz que despertó á Elspy sobresaltado.

—¡Robada! ¿qué quieres decir?

—Cuando yo atravesaba el puente de Londres, una mujer iba delante de mí; otra mujer se le ha acercado á la entrada del Wapping y dos hombres se han arrojado sobre ella. He oido el ruido de una lucha y gritos ahogados, despues he visto á los dos hombres que huian. He corrido detras de ellos; pero me llevaban mucha ventaja y han podido llegar á un carruaje, en el que metieron á aquella mujer. El coche ha partido con la rapidex del rayo; he corrido detras mucho tiempo; pero los caballos han tomado el galope y he perdido sus huellas.

Juan lanzó un grito de furor y el nombre odiado de Ellen vino á sus labios. Cuando se levantaba, lleno de ira, se abrió la puerta y entró Bolton.

—¡Han robado á Cythial!—le dijo Juan de Francia, al que la vista de Elspy, pálida y dolorida, hacia perder la cabeza.—Cynthia no ha vuelto!

Y sus miradas suplicantes erraban desde Elspy al doctor, y estas miradas parecian decir:

—Pero si me marchó, si voy en socorro de Cynthia, Elapy morirá tal vez.

Bolton lo comprendió: fijó en la joven la mirada tranquila y profunda del sábio, cuya práctica le descubre todos los secretos de la naturaleza, tomó un brazo de la enferma y advirtió que la fiebre era lírica.

—Amigo mio, —dijo á Juan de Francia, — muchas veces una hora basta para decidir de la vida ó de la muerte. Creo que pueda responderos de la vida de esta querida niña.

Juan de Francia lanzó un grito de alegría.

—Id á buscar á Cynthia y dad gracias á la casualidad, — prosiguió Bolton, porque la casualidad ha hecho que yo no encontrara al marqués Roger en su casa. Me ha dejado un excuso rogando que dejara su oposición para mañana. Un asunto del servicio le obliga á salir y á comer fuera de su casa.

Bolton se inclinó á la cabecera de Elapy. Juan y Sauson se precipitaron mas bien que salieron á la calle.

—¿Dónde has perdido de vista el carruaje?—preguntó Juan de Francia sin poder apenas respirar.

—Al final de la calle de la Estrella, —contestó Sanson, —donde volvió la esquina de pronto.

Juan de Francia conocía perfectamente la topografía de Londres.

—Al final de la calle de la Estrella, —dijo, —debe haber una callejuela desempedrada y llena de lodo que va al muelle. En esta callejuela, por donde no pasan tres carruajes al año, encontraremos huellas.

—Ambos se pusieron á correr y llegaron al sitio designado que se llamaba la calle de Accora. En su suelo húmedo y lleno de lodo, Juan de Francia percibió á la luz de su linterna, las señales de las ruedas. Empezó á seguir las y no tardó en advertir que se dirigían hacia el muelle. Esto fué un rayo de luz para Juan de Francia.

—Ha sido Ellen, —dijo, —solo Ellen es capaz de este golpe atrevido que solo ella tenía interés en intentar. A su quia-

ta es donde han debido llevar á Cynthia.

Y dirigiéndose á Sanson le dijo:

—Corre á desatar mi lancha, iremos aun mas de prisa que en un carruaje.

Diez minutos despues, Juan de Francia y Sanson saltaban en la lancha. Pero soplaba viento suroeste tan violento que hacia imposible manejar la vela para bajar el rio, mientras que empujaba vigorosamente las embarcaciones que subian la corriente. Juan y Sanson se vieron obligados á coger los remos y á pesar de la energia que desplegaron, emplearon mas de una hora en distinguir la quinta. Una gran chalopa aparejada como las terbanas del Mediterráneo, pasó junto á su lancha, vogando viento en popa.

Iba tripulada por tres personas y se dirigia á Londres. Un marinero iba al timon, un hombre y una mujer iban sentados en la proa. El hombre y la mujer hablaban en voz baja. Juan y Sanson se cruzaron con este buque sin reparar en él. Ambos llevaban prisa.

Además, la noche estaba oscura y la brisa hacia oscilar los dos farales que se encontraron uno junto á otro por espacio de un segundo. Si Juan hubiera mirado á aquel hombre y á aquella mujer que volvían á Londres, hubiera reconocido á la señorita Ellen y al marqués Roger. Pero Juan no les vió, llevaba la vista fija en el horizonte y remaba lleno de cólera. Tampoco oyó un silbido lejano que sonó en la orilla izquierda del Támesis. Por fin las blancas paredes de la habitación de verano de la señorita Ellen se destacaron sobre un cielo sombrío.

Ninguna luz se veía á través de las persianas cerradas. Un silencio mortal reinaba en el interior.

—No hay nadie,—murmuró Juan de Francia desesperado cuando saltó en la orilla.

—Esperad,—dijo Sanson, que acababa de amarrar la chalopa,—me parece haber oído gritos ahogados.

Los dos se dirigieron hácia la casa y llamaron fuertemente á la puerta. Pero

la puerta permaneció cerrada y nadie contestó.

—Echemos la puerta abajo,—dijo Juan de Francia.—Si la señora Ellen está aquí, será preciso que me diga dónde está Cynthia. El gigante apoyó su espalda contra la puerta, dándole una sacudida tan vigorosa que la hizo saltar los goznes y caer hacia adentro.

Juan, que había montado sus pistolas, se aseguró de que el largo puñal que llevaba á la cintura salía fácilmente de la vaina.

Sanson sacó un eslabon y una mecha y encendió una pequeña linterna sorda, y ambos penetraron entonces en la quinta. Esta estaba desierta. Reinaba en ella el mayor orden; pero por mas que Juan y Sanson la recorrieron en todas direcciones, á nadie encontraron.

—Sin embargo,—repetió Sanson,—creo haber oído...

Juan se encogió de hombros.

—Sería el ruido del viento en los árboles,—dijo.

Después de haber visitado inútilmen-

te todas las piezas, volvieron al salón azul. Cynthia, inmóvil en su escondite no osó hablar. Dai-Nata y el criado de la señorita Ellen que estaban junto á ella, sostenían la respiración.

—Es preciso que vuelva á hablar á Cynthia, —murmuraba Juan de Francia golpeando impaciente el suelo con el pie.

—Pero, —decía Sanson, —si realmente es la señorita Ellen quien la ha hecho venir, no debe haberla conducido aquí.

—Y sin embargo, —murmuró Juan, —las huellas del carruaje parecían indicarlo. Sería preciso ver fuera.

Cynthia detrás del fondo de la biblioteca hacía insustentables esfuerzos para romper los misteriosos lazos que retienen cautiva su lengua y cerraban su garganta. Juan de Francia se dirigió á la chimenea y examinó cuidadosamente las cuglas de los chimeneabitos, después las cenizas del hogar. La cera estaba aún caliente y encontró carbones encendidos entre las cenizas.

—¡Aquí han estado! —esclamó,—y estaban hace pocos minutos.

Y cogió un candelero, lo encendió y salió de la quieta, resguardando la llama con la mano. Púsose a explorar el suelo húmedo y lanzó un nuevo grito. Las señales de las ruedas y de las patas de dos caballos se veían profundamente impresas en la tierra. Volvió al salón y halló á Sanson golpeando las paredes con el puño. La tapia producía en todas partes un sonido lleno y roncó.

Cynthia esperaba siempre que la biblioteca llamaria su atención y que adivinarían el secreto del escondite. Pero esta esperanza se cambió en terror cuando oyó al criado que decía en voz baja á Dei-Natha:

—Ya sabes que tengo órden de matar á Juan de Francia si nos descubren.

—Sí,—contestó la india.

Entonces Cynthia empezó á hacer votos porque ni Sanson, ni Juan de Francia descubrieran su retiro. Ambos habían vuelto á salir, y habían vuelto á empezar sus infructuosas pesquisas.

Finalmente, Sanson que á su vez habia vuelto á examinar las huellas del carruaje, dijo á Juan:

—Es posible que hayan venido aquí; debemos creer que es casi seguro, pero deben haberse marchado, porque el coche ha dado la vuelta y ha partido.

—Es verdad,—contestó Juan de Francia.

—Si prendiéramos fuego á la quinta.—dijo Sanson acercando la llama de la bugia á las cortinas de una ventana.

Juan de Francia recapacitó un instante.

—No,—dijo,—es menester no mezclar á la policía en nuestros asuntos.

—Es verdad,—dijo el dócil Sanson.

—¡Pero es menester encontrar á Cynthia!—esclamó Juan nuevamente,—aunque tenga que ir á buscar á casa de Roberto Walden.

—Y allí la encontrareis sin duda alguna,—dijo Sanson, á quien parecia esto lo mas seguro.

—¿Lo crees así?

—¡Toma!—dijo el coloso ; —esos arie-

locratas están tan convencidos de la inviolabilidad de sus palacios.

—Tienes razón,—dijo Juan de Francia,—volvemos a Londres y vamos á casa del Sr. Roberto Walden.

Cuando hubieron salido del salón Cynthia empezó á reírse. Escuchó cerrar las puertas; después sus voces se perdieron á lo lejos.

—¡Vamos,—murmuró Black—si oido de Dai-Natha,—no encontraran á nuestra prisionera esta noche... Pero si mas esto me ha hecho parecer buena gusto cuando ha propuesto á su comarca da prender fuego á la casa.

XIII.

El viento había cambiado y el face de Juan de Francia, empujado por una fresca brisa, subía con rapidez la corriente. Juan, triste y silencioso, iba en la proa, combuscando en su canoa tarrales proyectos de venganza.

—Hare morir á la ahijada Ellen á latigazos. Su cuerpo de sirva será una

llaga. ¡Desgraciados de los que se opongan à mis planes! ¡Desgraciados los que ataquen la causa de los gitanos!

—Amo,—dijo Sanson,—segun vuestras órdenes, he hecho apostar uno de los nuestros en las cercanías del palacio de Roberto Walden. Debe haber visto entrar ó salir à Ellen.

—¿Quién es el que está allí?

—Gottlieb el armero.

—Gottlieb es un mozo inteligente,—murmuró Juan,—y adivina en seguida una cosa de importancia en el menor indicio.

—Gottlieb ha debido pasar la noche última en la callejuela à que dan los jardines del palacio, y habrá visto salir à Ellen.

—¿Por qué no le has visto hoy?

—Le habia anunciado que iria à relevarle à cosa de las ocho. Pero ya sabéis lo que ha sucedido.

—Es verdad,—dijo Juan de Francia.

El bote bogaba como una gaviota sobre las turbias ondas del Támesis. Pronto vieron aparecer à través de una

densa niebla las rojizas luces de los faroles de los muelles; y los dos gitanos abordaron al *Fovvler*, que estaba anclado delante de los fondeadores de la compañía de las Indias; despues de descargar à un marinero que llevaba la chalupa saltaron en el muelle. Un coche de alquiler los condujo à Joréstreet. Media hora despues penetraban en la callejuela adonde daban los jardines del palacio Walden, y à la cual tenian estos una puerta. Entonces Sanson, llevándose dos dedos à la boca, dejó oir el grito de la alondra. A este grito un hombre que estaba oculto en el umbral de una puerta se acercó à los dos gitanos. Este hombre no produjo el menor ruido al acercarse. Iba calzado con botinas de fieltro y se apoyaba en un largo baston de junco.

—¿Eres tú, Gottlieb?—preguntó Sanson.

—Yo soy,—contestó el gitano.

—Habla en nuestra lengua,—dijo Juan de Francia, que se habia quedado detras de Sanson.

—El amo!—dijo Gottlieb.

—Habla, ¿qué has visto?

—La joven ha salido ayer, subió en un carruaje; pero como no tenía órden de seguirla...

—¿A qué hora ha vuelto?

—A media noche.

—¿Volvió á salir?

—No, pero recibió una visita.

—¿A esas horas?

—Sí, un joven cuyo rostro no he podido ver porque lo llevaba cubierto con el embozo de su capa, ha venido, ha sacado una llave del bolsillo y ha entrado en el jardín.

—¿Es Lionell!—pensó Juan de Francia.—¿Ha permanecido mucho tiempo?

—Una hora poco mas ó menos. Yo estaba escondido cerca de la puerta cuando ha salido y he oido decir á la señorita: «Hasta mañana.»

—Y hoy, ¿ha salido?

—Sí, á las doce; ha salido en carruaje por la puerta principal.

—¿A qué hora ha vuelto?

—Hará una hora.

—¿Sola?

—Sola.

—¿Y venia en coche?

—Sí.

Juan de Francia quedó un instante pensativo, despues dijo á Gottlieb cogiéndole el baston que este habia colocado bajo su brazo izquierdo.

—¿Es un estoque igual al que hiciste para mí?

—Sí.

Joan de Francia tiró del puño del baston é hizo silbar en el aire una hoja triangular de acero bruñido.

—¿Me respondes de él?—dijo volviéndola á poner en el baston.

—Como de la espada que mató al capitan Maxwell.

—Está bien,—contestó Joan,—te le devolveré mañana. Ahora puedes irte.

—Y dirigiéndose á Sacson, mientras Gottlieb se alejaba.

—Tú,—le dijo,—darás la vuelta y pe. maecerás en el square con la vista fija en la puerta.

—Está bien mismo.

Juan de Francia sacó su reloj.

—El Sr. Roberto Walden, —dijo para sí, —no vuelve nunca de su club antes de la una de la mañana; tengo tiempo.

Dos uos años no dirigiéndose á Sanson:

—Si vieras entrar al Sr. Roberto Walden, corre hasta aquí á toda prisa, haz oír el grito de la alarma.

—Esta bien, —mi amo, —dijo Sanson.

Luego añadió antes de marcharse.

—¿Pensais penetrar en el jardín?

—Tal vez.

—Entonces, ¿quereis que echo abajo la puerta de un empujón?—dijo Sanson, á quien empezaba á agradar este ejercicio.

—No, —contestó Juan de Francia sonriéndose;—voy á ver si encuentro otro medio.

Y se deslizó bajo la portada, donde estaba Gotleb emboscado. Anteriormente se había desaparecido por la esquina de la izquierda. Entonces el gitano esperó diciendo para sí:

—¡Vendra!

Y empezó á pensar:

—La señorita Ellen quiere casarse con Roger: sin embargo, el hombre á quien espera no pueda ser otro que el capitán Lionel. ¿Cuál será su objeto, y por qué entretendrá el amor de este joven?

Juan de Francia, que poseía muchos secretos y que había sondeado muchos misterios, no conocía el del nacimiento de Lionel. De pronto se oyó resonar á la estremida de la calleja la un paso seco, mesurado, aunque se comprendía que el que venía procuraba apagar su ruido con un paso militar. Juan permaneció inmóvil, pero su vista penetrante que desafiaba las espesas tinieblas, reconoció en seguida la figura de Lionel.

Este avanzaba con precaucion, mirando á derecha é izquierda, y volviendo la cabeza de cuando en cuando para ver si le seguian. En el momento en que llegaba á la puertecilla del palacio Walden, Juan de Francia, inmóvil como una estatua hasta entonces, dió dos pasos adelante y se colocó entre él y la puerta.

Sorprendido por esta brusca aparición, Lionel se hizo atrás y llevó la mano á la guarnición de su espada.

—Una palabra, si gustais, señor mío—
—dijo Juan de Francia que se habia cubierto el rostro con una máscara.

La vida aventurera del rey de los gitanos le obligaba amenudo á ocultar su semblante, para lo cual llevaba siempre en el bolsillo una careta de terciopelo. Pero á través de los agujeros de esta careta, Lionel vió relucir dos pupilas ardientes. Lionel era valiente; habia dado suficientes pruebas de ello.

—¡Largo de aquí!—dijo.

—Perdonad, dijo Juan de Francia sin moverse, tengo que hablar con vos, caballero.

—¿Conmigo?

—Con vos, con el capitán Lionel.

—Si lo que quereis es mi bolsa, como prevengo que sois poco afortunado esta noche; pero como tengo prisa, no me tomaré el trabajo de defender este tesoro.

Y dejó caer su bolsillo á los pies de Juan de Francia.

—¡Bah!—dijo el gitano con voz burlesca, — la señorita Ellen podrá esperaros un cuarto de hora.

Esta respuesta hizo dar un salto á Lionel.

—¿Quién sois—dijo colérico, — vos que os permitis hablarme de esa manera?

—Un hombre que quiere daros un buen consejo.

—Malo ó bueno, no tengo tiempo ni tumbre de recibidos de los que se van por el rostro.

—Haceis mal, caballero; un buen consejo no se debe desperdiciar nunca.

—¡Pues bien! ¡veamos el sueldo!—murmuró Lionel que empezaba á perder la paciencia.

—Llevais en el bolsillo una llave de esta puerta; prestádmela, y marchaos á acostar tranquilamente; es ofendido. Devolvérosela mañana por la mañana, con mi criado.

—Caballero,—dijo Lionel encaminándose.—mucho me repugna proveeros de parte á parte con esta espada, porque estais desarmado, pero...

—Pero,—acabó Juan de Francia tirando á su vez de la hoja que llevaba en el baston,—si tuviérais una espada, os haría el honor de balirvos con vos á la luz del farol de esa taberna... ¿No es eso lo que queríais decir?

—Caballero,—dijo Lionel, que habia recobrado su sangre fria,—teneis mucho talento y empiezo á creer que voy á matar algo bueno.

Juan formó una dragona con su pañuelo que arroló á la empuñadura de su espada con objeto de que no se le escapara.

Llegaron al final de la callejuela, y se pusieron en guardia bajo el farol.

—Caballero,—dijo Lionel,—os suplico que os quiteis esa máscara que os dá alguna semejanza con el arlequin del teatro Adelphi.

—Mucho siento no poder complaceros, pero tengo la piel muy delicada, y la niebla de la noche me podría causar perder el cutis.

—Entonces,—dijo Lionel atacando á su adversario,—procuraré mataros sin echar á perder las rosas de vuestra tez.

—Yo, caballero, tengo gustos más modestos.

—¿De veras?

Las dos espadas chocaron en la sombra una contra otra, durante un minuto. Lionel atacaba con furor; pero su espada encontraba la hoja de su contrario que se ligaba alrededor de ella como una culebra. Los adversarios prosiguieron su lucha algunos segundos, Lionel apenas podía respirar de cólera y de fatiga.

Juan de Francia le dijo con ironía:

—No tengo respecto de vos el menor sentimiento de odio, y Dios me es testigo de que si no tuviera una imperiosa necesidad de la llave que lleváis en el bolsillo, no cruzaría mi acero con vos; pero yo no deseo mataros. Me contentaré con daros una pequeña estocada cuyo secreto poseo, que sin peligro ninguno, os dejará solamente desmayado una media hora, precisamente el tiempo que necesito.

—¡Ah! ¡es demasiada insolencia!—
exclamó Lionel exasperado por esta

baladronada de su contrario; y olvidando toda prudencia, precipitó sus ataques, cayendo furiosamente sobre el gitano, que se mantenía prudentemente á la defensiva.

Tres segundos despues Lionel lanzó un ligero grito, su espada se le escapó de la mano y cayó al suelo.

—¡Pobre mozo!—murmuró Juan de Francia secando su florete con el pañuelo y guardándole en seguida en el baston.

Inclinóse despues hácia el jóven capitán, y encontró sobre él la llave de la puerta del jardín.

—¡Ahora le toca á la señorita Ellen!—dijo.—Su cuenta será mas larga y ménos fácil de soldar.

XIV.

La señorita Ellen habia vuelto con el marqués Roger. Durante el camino habia cambiado con él los mas tiernos juramentos; pero la artificiosa jóven, al mismo tiempo que procuraba apaciguar su cólera, le habia dado á entender que Roberto Walden era su enemigo.

Al llegar á Londres, Rogor la había hecho subir en un carruaje y se había separado de ella después de conseguir la promesa de una próxima cita. La señorita Ellen había llegado al palacio Walden un poco antes de las doce. Se había desquitado y se había puesto una linda bata de color oscuro, cubierto su cabeza con un capuchón de cachemira y calzado sus delicados pies con pequeñas babucas turcas. Después colocó en su cintura un precioso puñalito de mango de nácar y hoja triangular, regalo de la india Dal Nathar, y del cual no se separaba desde que estaba acompañada en la lucha con Juan de Francia. La señorita Ellen era prudente: bien sabía que arriesgaba su vida á cada instante con un adversario como Osmany, pero tenía el valor que da una ambición desenfrenada.

La señorita Ellen aborrecía á Juan de Francia y había jurado que moriría á sus manos algún día. La papilla de Roberto Walden bajó al jardín. La hora de la cita se acercaba. El jardín del pa-

lacio Walden era grande, plantado de árboles recálculos y adornado el centro con una gauta artificial y una pequeña cascada. La gauta servía como de abastecimiento a un sistema de riego, accediendo cuando ya no había estado nunca de ocurrir a los diversos propietarios del palacio. En la orilla de este lago, según un antiguo relato del tiempo de Sarmyell y de la revolución inglesa. Según la tradición, el tal palacio había pertenecido a uno de los señores ilustres y más legeros partidarios de la monarquía. Hallándose proscrito, se había conseguido escaparse, y algún tiempo después había vuelto disfrazado de un soldado y por uno entrar de nuevo en la casa. Él era quien había hecho practicar aquel sustrato en, cuyo extremo se acaudalaba un bazo de piedras que almorzaban a zonas invisibles, para ser usada en suerte, en cuanto una noche frente a la puerta sobre uno de los cuartos en que estaba empujado el suelo. Cuando a aquella puerta de nueva especie estaba abierta, dejaba ver un agujero oscuro, de donde salía

un aire húmedo y mal sano. Era el subterráneo, abierto en forma de pozo, y al que se bajaba por medio de una escala. Lord Shaftesbury, que así se llamaba el realista, había ocultado allí armas, municiones de guerra, papeles interesantes y muchas veces se había refugiado en él el mismo. Después de su muerte, cuando volvieron los Stuardos, uno de los antepasados de Roberto Walden compró el palacio, y desde entonces había pertenecido siempre á la familia. Hacía cerca de sesenta años que se había olvidado la existencia del subterráneo. Roberto Walden lo había descubierto por una casualidad, un día en que quiso hacer reparar la gruta para hacer un salon de follaje destinado á servir de retiro á su querida Ellen durante los ardientes días del verano.

Ambos habían tenido capricho de bajar al pozo. Al subir dijo Ellen á su tío:

—Es preciso reparar los goznes del trozo de granito.

—¿Y para qué?—preguntó el baron.

—¡Bahl—dijo la escéntrica jóven.—
¿Quién sabe si tendremos alguna nueva
revolucion?

Los deseos de Ellen eran órdenes
para Roberto. El caballero habia hecho
restaurar el subterráneo ni mas ni me-
nas que si se tratara de alguna trampa
de teatro destinada á servir para la re-
presentacion de una comedia de magia.

Ahora bien; esta noche, al bajar al
jardin para recibir á Lionel, Ellen pasó
al lado de la gruta.

Se oia el monótono ruido de la cas-
cada. La noche estaba tranquila y silen-
ciosa. Todos dormian en la casa, á ex-
cepcion del ayudo de cámara de Robe-
to Waldeo, que esperaba, bostezando,
á que su amo volviera del club. El-
len se acordó del subterráneo, y dijo
para sí:

—Aquí es donde debia encerrar á
Cynthia.

Despues siguió su camino por la ca-
lle sombría que iba á la puertecilla.
Entonces oyó un ligero ruido y se de-
tuvo. Era que abrian la puerta y volvian
á cerrarla con precaucion. 27

—Es de una exactitud asombrosa el futuro marqués de Asburthou,—pensó Ellen, en cuyos labios apareció una sonrisa burlona.

Un hombre envuelto en su capa se aproximaba. Ellen pensó que debía detenerse y esperar á su nocturno visitante. Este se acercaba lentamente, volviendo la cabeza á derecha é izquierda, y procurando orientarse. Esta manobra pareció singular á Ellen.

Lionel conocia perfectamente la casa y el jardín.

—¿Sois vos, Lionel?—dijo en voz baja,

El hombre de la capa marchó entonces resueltamente hácia ella. A tres pasos de distancia se detuvo.

—¡Soy yo!—dijo.

Ellen dejó escapar un grito de espanto; había reconocido la voz de Juan de Francia. Al principio quiso huir y pedir socorro; pero esta idea duró tanto como un relámpago. Permaneció inmóvil y esperó á su enemigo.

—¡Acércaos, pues!—dijo.—O, esperaba.

Y su voz que al principio estaba conmovida tomó una entonación builona.

Juan de Francia dió los tres pasos que le separaban de la jóven y la puso una mano sobre un hombro. Ellen no pestañeó siquiera, no hizo un movimiento para huir; únicamente su mano derecha acarició el mango del puñal que llevaba oculto entre los flotantes pliegues de su traje. Juan fijaba sobre ella los ardientes rayos de su mirada.

—Si habeis venido para asesinarme, —lo dijo Ellen friamente,—la ocasion es sumamente propicia. Mi tio está ausente y los criados están durmiendo.

El rey de los gitanos esperaba causar á la señorita Ellen un profundo terror; esta sangre fria lo desconcertó.

—Allá veremos, —dijo.

—¡Ah! ¿ann no estais decidido? ¡Pues bien! hablaremos. ¿Venis á traerme noticias de la hermosa Elspy?

Un relámpago de odio brilló en los ojos de Juan de Francia; pero las palabras de Ellen, aquellas irónicas palabras que eran una provocacion, tuvieron el

resultado de recordarle el deseo de Elsy: «No la mates, Juan, había dicho la joven gitana. ¡Yo me encargaré de eso!»

Y Juan se acordaba de que Bolton le había respondido de la vida de su amiga.

—Señorita Ellen,—dijo repentinamente,—he jurado no mataros; de vos dependo que no viole mi juramento.

La señorita Ellen decía para sí:

—Lionel va á venir, matará á Juan de Francia y me libertará! tratemos de ganar tiempo.

Y añadió en voz alta:

—Os he ofrecido la paz y vos habeis preferido la guerra.

Y al decir esto, echaba una furtiva mirada hácia la puerta del jardín. Juan de Francia comprendió aquella mirada.

—Si esperais á Lionel,—dijo,—le esperareis en balde, Ellen, Lionel no vendrá, porque es con su llave con la que he podido penetrar hasta aquí.

En la frente de la señorita Ellen brilló una gota de sudor.

—¿Es que lo habeis matado?—esciamó perdiendo algun tanto de su calma.

—No,—dijo Juan de Francia,—pero por la sangre de nuestra raza os lo juro, Lionel no vendrá! Así pues, no conteis con él.

La señorita Ellen recobró toda su presencia de ánimo.

—¡Pues bien!—dijo,—¿qué quereis de mí?

—Quiero que me devolvais á Cynthia,—dijo Juan con ojos que la azaban llamas.

—¡Cynthia!—dijo la señorita Ellen.—¿Quién es esa Cynthia?

—¡Oh! ¡No nos chanceemos y apresuraos! tengo prisa...

—Si es así, explicáos.

—Vos habeis hecho robar á mi hermana Cynthia esta noche.

—¿Yo?

Y en esta sola palabra, la pupila del señor Roberto Walden supo emplear tal expresion de asombro, que la conviccion de Juan de Francia vaciló. Pero conti nuó á pesar de esto:

—Habeis hecho robar á Cynthia. El carruaje en que la han metido se ha dirigido á vuestra quinta. He registrado la quinta.

—¿Y no habeis encontrado á nadie?

—A nadie. Cynthia está aquí.

—No sé qué quereis decir.

—Pero Juan era testarudo. Cogió con ambas manos á la señorita Ellen por el cuello.

—Pues bien,—dijo,—tanto peor si me equivoco, tanto peor si hago lo que queria hacer Elspy.

Y apretó el blanco y esbelto cuello de la señorita Ellen.

—Mira,—dijo con cólera,—para des-
embarazar al mundo de una víbora co-
mo tú, Topsy, no hay necesidad de
puñal, basta con ahogarla.

La señorita Ellen tenia ya el puñal en la mano y buscaba un sitio donde herir á Juan, y sin embargo, volvió á colocar el puñal en su cintura sin que Juan de Francia hubiera advertido aquel movimiento, y balbuceó con voz ahogada la palabra ¡perdon!

El rey de los gitanos sintió una impresión de disgusto; rechazó á la gitana y la dijo con sorda voz:

— ¡Habla entonces!

— Juan, — dijo aquella con acento suplicante, — estoy en vuestro poder, no puedo escapar y mi vida se halla en vuestras manos. Os obedeceré, hablaré, os diré en todo de esta Cynthia.

El semblante de la jóven expresaba un terror tan verdadero, que engañó á Juan de Francia.

— Convienes en que has hecho robar á Cynthia.

— No he sido yo, ha sido el Sr. Roberto Walden.

— ¡Pero tú eres su cómplice?

— Sí.

— ¿Entonces sabes dónde está?

— Sí.

— Pues bien, dímelo.

— Os lo diré, — continuó la señorita Ellen con voz cada vez mas suplicante, — pero tened estima de mí, salvadme de la cólera del Sr. Roberto Walden.

Estas íntimas palabras admiraron á Juan de Francia.

—Escuchad, —prosiguió ella, —yo he querido luchar contra todos, pero conozco que esta lucha es superior á mis fuerzas. Me declaro vencida. Lo cierto es que, queriendo causaros daño, me lo he causado á mi misma, porque todo se lo he confesado á Roberto. Le he dicho que erais un gitano como yo, que tambien Roger era gitano, y Roberto ha hecho de mí un instrumento. ¡Si os devuelvo á Cynthia, Roberto, á quien habré hecho traicion, me echará de su casa!

Mientras hablaba de este modo, un torrente de lágrimas corria de los hermosos ojos de Ellen. A pesar de su astucia, Juan de Francia se sintió conmovido por este dolor. Creyó ver, en efecto, á esta jóven educada en el gran mundo, arrojada de la casa donde habia pasado su juventud, despreciada á causa de su origen y reducida á una posicion humillante y miserable.

—¡Pues bien! —dijo cediendo á su generosa naturaleza, —si Roberto te arroja de aqui te acogeremos nosotros, de quienes has renegado.

Ellen movió tristemente la cabeza
 —¡Ah! vos no sabéis, Juan, —le dijo,
 —lo que es haber vivido hasta aquí co-
 mo una heredera. He la bado contra
 vos, yo me arrepiento; he querido lle-
 gar a ser la esposa de Roger, me ar-
 repiento también; pero tened piedad de
 mí, no me perdais. ¡No volveré á causa-
 ros ningun daño!

—Pero yo necesito volver á encontrar
 á Cynthia, ¿dónde está?

—Aquí, —dijo la señorita Ellen.—
 ¡Pues bien! vos tenéis á vuestro ser-
 vicio un ejército misterioso. Reunidle,
 escasad esos muros, sitiad el palacio: la
 encontrareis en él y el Sr. Roberto no
 me acusará de haberosla entregado.

—¿Dónde está Cynthia? —repitió el
 gitano con voz imperiosa. —Necesito
 saberlo. ¡Dímelo, ó desgraciada de tí,
 Topsy!

La gitana tuvo habilidad para cubrir
 su rostro con la palidez del espanto.

—¡Ah! —dijo, —mas vale vivir mise-
 rable y vagamunda que morir á los
 veinte y dos años. Venid, voy á enseña-
 ros el sitio en que está encerrada. 28

—Anda delante,—dijo Juan de Francia,—y si tienes la desgracia de dar un solo grito, piensa que será el último, porque te mataré antes de que puedas dar el segundo.

La señorita Ellen le miró con los ojos anegados en lágrimas.

—¡Ay de mí!—dijo,—demasiado castigada estoy; ¡ya no pienso en resistirme!

Y se dirigió hacia la gruta que estaba situada en el otro extremo del jardín. Juan de Francia la seguía á un paso de distancia. Cuando llegó á la entrada de la gruta, se volvió:

—Juan,—dijo,—me hareis por lo menos un favor.

—Habla.

—Cuando os haya devuelto á Cynthia, me atareis de pies y manos y me pondreis una mordaza. Así al menos creará el Sr. Roberto que solo he cedido á la violencia.

—Bien está,—dijo Juan de Francia,—te lo prometo.

La entrada de la gruta era muy sombría.

—¿A dónde me llevas?—preguntó Juan de Francia con alguna desconfianza.

—Escuchad,—dijo la señorita Ellen,—en el fondo de esta gruta hay una cámara espaciosa, que solo conocemos el señor Roberto y yo. En ella es donde hemos encerrado á Cynthia. Un solo criado conoce el secreto. Tomad mi mano y seguidme. Cuando estemos dentro, encenderemos luz. ¿Teneis un eslabon?

—Sí,—contestó Juan de Francia.

La jóven le cogió de la mano y él se dejó conducir. Pero seguia llevando su puñal en la mano, pronto á herir á la menor sorpresa. Cuando entraron en la gruta, la señorita Ellen se detuvo:

—Aqui es,—dijo.

Juan de Francia la dió el eslabon y una mecha azufrada.

Cuando se hubo encendido la luz, el rey de los gitanos lanzó una mirada rápida á su alrededor. La gruta estaba desierta y no se veia en ella puerta alguna.

—¿Te has burlado de mí?—dijo mirando á la señorita Ellen.

—Vais á convenceros de lo contrario,—le contestó ella.—Veis ese trozo de granito que está en el fondo de la gruta? ¡Pues bien! detrás de él está la entrada de la sala subterránea donde está Cynthia encerrada. Pero yo no tengo bastantes fuerzas para hacer girar sobre su eje semejante mole. Serian necesarios los hombros de Sanson.

—¡Bahl —dijo Juan de Francia,—yo soy robusto, y tambien podré.

Y se inclinó apoyándose en la piedra.

—¡Firme!—dijo la señorita Ellen que le alambraaba con la mecha.

Juan de Francia habia cogido su puñal entre los dientes y tenia los ojos fijos en la señorita Ellen, y los hombros apoyados contra la roca.

—¡Vamos, ánimo!—repitió Ellen.

Juan, que esperaba hallar una enorme resistencia, dió un vigoroso empujon pero la roca giró bruscamente, como si se deslizara sobre ranuras cuidadosamente engrasadas, y Juan de Francia, perdiendo el equilibrio cayó cabeza

abajo en el agujero que acababa de entreabrirse.

Ellen oyó un grito terrible, una imprecación de muerte que subía del fondo del abismo; en seguida el pedazo de granito, obedeciendo al ingenioso mecanismo inventado por lord Shaftesbury recobró su puesto ordinario. Entonces la gitana apagó la mecha y salió tranquilamente de la gruta diciendo para sí:— «Si Juan no se ha matado al caer, morirá de seguro de hambre dentro de tres días.»

XV.

Sin embargo, Sanson seguía en observación en el square, oculto detrás de un árbol, y no perdía de vista la puerta principal del palacio Walden. Una hora pasó de este modo. Oyóse el ruido de un carruaje y pronto reconoció el gigante la librea del baron. El cochero llamó para que abrieran la puerta, y el carruaje desapareció detrás de la verja. Entonces Sanson corrió á la

callejuela é hizo la señal convenida. Despues aguardó. Juan de Francia no contestó.

—Sin duda está dentro del palacio, —pensó Sanson,—cuya inteligencia no se daba cuenta del medio empleado por Juan para penetrar en el jardin, desde el momento en que Juan habia reusado el auxilio de sus fuerzas para derribar la puerta.

Sanson empezó à pasearse de un lado á otro. El coloso, como hemos podido observar, tenia una paciencia á toda prueba, y se paseó durante una hora larga, esperando siempre á Juan de Francia que no venia. En uno de sus paseos, tocó con el pié un objeto negrozco que estaba en el suelo. Sanson se detuvo y vió que era un hombre ébrio ó un cadáver. Inclínóse hácia él, temblando de miedo de que fuera Juan de Francia, pero pronto reconoció que era Lionel, que seguia perdiendo sangre gota á gota, y que aun proseguia sin sentido. Sanson le puso una mano sobre el pecho y vió que aun vivia. El

coloso tenía muy buen corazón; no se preguntó la razón de que Lionel estuviera allí sangriento é inanimado; no pensó en que tal vez sería aquello obra de Juan de Francia, y que debía respetar las intenciones del amo. Cargó á Lionel sobre sus hombros y echó á correr en dirección de Saint-Gilles, donde había un puesto de soldados y de *watchmen*. El peso de un hombre sobre sus hombros no le impedía correr: en pocos minutos llegó al puesto, entró como un huracán y dejó á Lionel sobre una camilla.

—Acabo de encontrar á este hombre en la calle; todavía vive, cuidadle,— dijo, —ese es vuestro deber.

Y desapareció antes de que nadie tuviera tiempo de pensar en detenerle y pedirle explicaciones. Cuando quisieron correr detrás de él, ya estaba lejos y ocupaba de nuevo su puesto. Pero á pesar de que repitió varias veces el grito de la alondra, ninguna señal semejante le contestó y la puertecilla del jardín continuó cerrada. Entónces pensó Sau-

son que Juan de Francia habria salido mientras el llevaba á Lionel al cuerpo de guardia y tomó al partido de volver al Wapping, creyendo que lo encontraría al lado de Elspy. Bolton y Dinah estaban allí solos y llenos de la mas viva inquietud.

—¿Dónde está el amo?—preguntó Sanson al entrar.

—No le hemos visto,—contestó Bolton.

Entonces Sanson refirió su expedición con todos sus detalles. Bolton le escuchaba con un asombro mezclado de inquietud. Cuando Sanson acabó de hablar, exclamó Bolton:

—Si mañana al amanecer no ha vuelto Juan, iré á casa de Roberto Walden, y será preciso que este me diga lo que ha sido de él.

Sanson tenia una fé ciega en la destreza, y la fuerza y los infinitos recursos del rey de los gitanos.

—¡Oh!—dijo,—nada temais, Juan volverá.

En efecto, al día siguiente al ama-

necer, cuando Elspy se despertaba de
 pues de haber pasado una noche ma-
 tranquila, que la ponía fuera de peligr:
 Bolton, después de dar sus instruccio-
 nes para aquel día á Dinah, cogió su
 capa y se dispuso á dirigirse á casa de
 Roberto Waldeo. El digno cirujano es-
 taba decidido á emplear los medios más
 violentos para saber lo que había sido de
 Juan; pero en el momento en que iba
 salir llamaron á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó Sanson desde
 de la ventana.

Un desconocido introducía un papel
 por debajo de la puerta, y le gritaba á
 gitano:

—¡Para tí!

Y echó á correr en seguida antes de
 que Sanson pudiera ver su cara y reco-
 nocer á uno de sus hermanos de la tri-
 bu. Sanson bajó, tomó el papel que es-
 taba doblado de cierta manera peculiar
 á los gitanos y echó la vista sobre él.
 El papel contenía estos dos renglones
 en zingaro:

«No me busqueis y esperadme con

paciencia cinco ó seis días. Todo va bien.»

Sanson advirtió que el papel en que estaban escritas estas palabras había sido arrancado de la cartera que llevaba habitualmente Juan de Francia; el coloso reconoció además la letra del rey de los gitanos, Bolton respiró, después se perdió en conjeturas sobre aquella inesperada ausencia de Juan de Francia; pero ni él ni Sanson sospecharon un solo momento que aquellos dos renglones estuvieran escritos por otra mano que la del rey de los gitanos.

Veamos ahora de qué modo había terminado la señorita Ellen aquella noche tan fecunda en trágicas emociones. Cuando se encontró fuera de la gruta que iba á servir de sepulcro á Juan de Francia, la hermosa gitana se acordó de Lionel. ¿Por qué no había venido? ¿Por qué medio había Juan de Francia adquirido la llave que ella había dado á Lionel? Admitiendo que Juan de Francia no mintiera cuando la había dicho

«Tranquilizaos, no he matado á Lionel,» ambas preguntas quedaban sin contestacion. ¿Pero si no le habia matado, cómo se habia decidido á entregarle aquella llave? El primer pensamiento de Ellen fué el de reconocer la callejuela; pero no se atrevió.

Era casi seguro que Juan de Francia, por si tenia necesidad de intentar algun golpe de mano, debia haber apostado sus gentes en las inmediaciones del palacio, y sobre todo en la callejuela. El miedo de caer en su poder la hizo volver atrás. Pero cuando se retiraba, sus piés tropezaron con un objeto de poco volúmen que estaba en el suelo. Ellen se bajó y vió una cartera. Era la de Juan de Francia, que se habia caido del bolsillo de éste mientras cogia á Ellen por el cuello y trataba de obligarla á descubrir el sitio en que se hallaba Cyatbia. Ellen recogió la cartera y volvió á su cuarto sin hacer el menor ruido. Cuando llegó, encendió una bogia y empezó á examinar la cartera del rey de los gitanos. Solo habia algunas pala-

bras trazadas con lapiz, en zingaro, la lengua materna de Topsy, que jamás la habia olvidado; así, pues, pudo descifrar los extraños caracteres que aquellas hojas contenian; pero aquellas palabras eran referentes á asuntos completamente extraños al marqués Roger, y no las juzgó de ningun interés. Solamente estudió con gran paciencia la letra recta y segura de Juan de Francia, y cogiendo el lapiz y una hoja de papel se puso á imitar aquella letra con la tenacidad de un falsificador de oficio. Al cabo de una hora arrancó una hoja de la cartera y escribió con mano firme el billete que hemos visto recibir á Sanson. Hecho esto, se acostó, algo inquieta por la suerte de Lionel, pero llena de alegría al pensar que en lo sucesivo nada tenia que temer de Juan de Francia.

Al siguiente dia, un poco antes de amanecer, Ellen se levantó sin hacer ruido y fué á despertar á uno de los criados que Roberto Walden habia puesto á su disposicion. Este habia vuelto muy tarde la noche anterior, despues

de dejar en la quinta á la india Dai-Natha y al criado Blanck, que quedaron allí custodiando á Cynthia.

—José,—le dijo Ellen,—¿tienes buena memoria?

—Escolento.

—¿Te acordarás de las tres palabras que voy á decirte?

—Así lo espero,—señorita.

—Entonces, escucha.

Miss Ellen pronunció las siguientes palabras:

—*Maide evoy banty.*

—*Maide evoy banty.*—repitió José.

—Escríbelas, si tienes miedo de olvidarlas.

—¡Oh! es inútil, señorita.

—Eso quiere decir,—añadió Ellen,—«Para vos» en el idioma de los gitanos.

—¡Ah!—dijo José,—vaya un lenguaje singular.

—¿Recuerdas la casa del Vapping?

—¿Dónde estaba Cynthia? sí.

—Vas á ir á ella, llamarás y dejarás este papel debajo de la puerta, diciendo las tres palabras que acabo de enseñarte;

despues procura escapar á toda prisa teniendo cuidado de que no te vean la cara.

José hizo un saludo y salió. Mientras cumplia su comision con bastante destreza para que Sanson creyera que el que habia llevado la carta era un verdadero gitano, Roberto Walden hizo preguntar á su sobrina si podria recibirlo.

—¡Ah!—pensó Ellen,—si mi tio ha seguido las instrucciones que le di, antes de tres dias sabrá todo Lóndres que Roger es hijo de una gitana.

Roberto entró en la habitacion de su pupila con aire satisfecho.

—¿Y bien?—dijo,—¿todo ha marchado bien esta noche?

—Sí, al menos por mi parte,—dijo Ellen.—Cynthia está en nuestro poder.

—¡Ah!—dijo Roberto con indiferencia

—¿Y vos, qué habeis hecho, querido tio?

—He convidado á comer á los tres personajes que me has designado, es

decir, á los señores Arturo Hood, Albe-rico Berry y Edward Johnson.

—¿Habeis visto al marqués?

—Ha venido al club á la una de la mañana.

—Bien.

Yo habia hecho recaer la conversa-cion sobre el famoso club del Armiño, esa asociacion misteriosa que parece un tribunal secreto de la aristocracia.

—¿Qué dijo el marqués?

—Pretendió que no existia semejante club. Varias personas se han mirado unas á otras; otras se han sonreido. En-tonces el marqués exclamó: —pues bien señores, si existe el club del Armiño, quiero formar parte de él.

—¡Victoria! —exclamó la señorita Ellen.

—Ahora que he hecho lo que que-rias, —dijo Roberto Walton, —¿quieres explicarme lo que va á suceder?

—No, no.

—¡Ah!... ¿de veras? —dijo Roberto.

—Eres discreta?

—Sí, yo os he prometido á Cecily y

á vos probaros que Roger era hijo de Cynthia, y os lo probaré.

—¿Cuándo?

—Mañana á la noche probablemente, no seréis los únicos que lo sepan.

—¡Ah!—dijo Roberto.—¿Quién mas lo sabrá?

—Toda la aristocracia inglesa.

Roberto frunció las cejas.

—¿No sería mejor,—dijo,—evitar un escándalo?

—Ese escándalo es indispensable.

—¿Por qué?

—Porque jamás consentirá Roger que le despojen de su nombre y de su fortuna.

—Es leal, sin embargo.

La señorita Ellen se sonrió irónicamente.

—No es tan fácil descender sin sentimiento de la dignidad de par de Inglaterra; y además, bien sabéis que Cecily rehusa creer que Roger no es hijo suyo.

—Es verdad,—dijo Roberto, resiguiendo á entregarse al génio maquiavélico de la señorita Ellen.

XVI.

Serian las diez de la noche cuando se presentó el cirujano Bolton en el castillo del marqués de Asburthou. Ya habia venido por la mañana, pero lo habian dicho que el marqués estaba durmiendo y no podia recibirla. Esta vez encontro a Roger sentado en un sillón, con sonrisas en los labios y una expresion misteriosa de felicidad revelándose en sus miradas. Bolton venio á asegurarse de los progresos que habia hecho el remedio de Jo-né. Roger le enseñó su brazo desnudo. La compresa habia producido una ligera hinchazon, pero habia hecho desaparecer por completo el signo de los gitanos. Mientras Bolton lavaba el aparato, le dijo Roger:

—¿Habeis oido hablar del club de *Armino*.

—Nunca,—contestó el cirujano.—¿Qué viene á ser eso?

—Es una asociacion misteriosa que se ha impuesto una tarea bien singular.

—¿Cuál?

—La de castigar las faltas de less-elegancia y de perseguir encarnizadamente á los nobles que faltan á los deberes que les impone su rango.

—No comprendo, —dijo Bolton.

—Tampoco yo lo comprendía al principio, pero me lo han explicado con todos sus detalles.

—Entonces, —suplico á vuestro honor que me haga el mismo servicio.

—Escuchad, —dijo Roger. — Parece que se ha formado en Lóndres, ya hace un año, una especie de tribunal secreto de la nobleza y de la moda, cuyos juicios son inapelables.

—¿Pero qué delitos son los que condena?

—Condena á todo caballero que obra en contra de las leyes de la nobleza. Así, por ejemplo, un noble toma parte en unas carreras y hace uso de cualquier estratagema para ganar el premio, bien comprando al jockey de su contrario, ó bien en el peso que su caballo debe llevar.

—Bien,—dijo Bolton.

—Una mañana al entrar en la caballeriza, los palafreneros encuentran al caballo vencedor ahogado. El club del *Armiño* es el que ha dado y hecho ejecutar la sentencia.

—Es original,—dijo Bolton.

Roger prosiguió:

—Un descendiente de una gran casa, duque ó par, tiene la intencion de casarse con la hija de un comerciante, con objeto de volver á dorar su escudo, ó bien confía á un negociante sus últimas guineas, haciéndose su asociado.

—¿Qué hace el club?

—En el primer caso, el noble especulador ve llegar á su palacio un camión cargado de barnices, de melaza y de cajas de jabon, sobre las cuáles el club ha hecho pintar las armas del culpable.

—¿Y en el segundo caso?

—El negociante quiebra infaliblemente á los pocos meses.

—¡Vaya!—dijo Bolton riendo,—he ahí una asociacion escéntrica como ella sola.

—Efectivamente, si es que existe,— dijo Roger.

—¡Ah! ¿no estais seguro de su existencia?

—Todos hablan de ella hace tiempo; pero nadie confiesa que forma parte de ella, nadie puede decir cuales son sus estatutos, el sitio de sus reuniones, el número de sus sesiones, etc.

—Señor marqués,—dijo Bolton sonriendo,—creo que todo eso es una novela compuesta espresamente para seducir á los desocupados.

—Pronto lo sabré,—contestó Roger.

—¿Cómo?

—Esta noche en el club de los Lindos, se ha hablado de esa asociacion misteriosa.

—¡Ah!

—Es evidente que entre treinta ó cuarenta personas que habia allí se encontraba por lo meuos un miembro del club del Armíño, si no es que eran muchos, admitiendo la existencia del club.

—Lo cierto es que si existe en efecto

el club del Armiño, ha debido reclutarse entre los Lindos.

— Eso es lo que yo he pensado.

— ¿Y bien...? preguntó el cirujano.

— Entonces he pronunciado un reto que se ha inscrito en el libro de apuestas, en los términos siguientes: «El marqués Roger de Asburthton declara que no cree en la existencia del club del Armiño, y se obliga á dar cien libras á los pobres de la parroquia de Saint Gilles, si el pretendido club del Armiño consiente en revelarle su existencia; en este último caso el marqués de Asburthton solicita el honor de ser admitido en el número de sus afiliados.»

— ¿Y no habeis recibido noticias del club?

— Aun no.

En el momento en que el marqués decia estas palabras, su ayuda de cámara entró y le presentó en una bandeja de plata sobre dorada un gran pliego de raso blanco, impreso en caracteres de plata, con un sello de cera blanca que representaba un armiño.

—¡Oh, oh! —dijo Roger enseñando el sello á Bolton,—empiezo á creer que los pobres de la parroquia de Saint-Gilles han ganado las cien libras apostadas.

Y rompió el sello de aquel extraño mensaje, que solo contenia estas pocas palabras: «El club del Armiño acepta la apuesta del marqués Roger de Asburthou y lo recibirá esta noche en el número de sus miembros, si consiente en sufrir las pruebas que le sean impuestas.»

—¿Qué es lo que os dicen?—preguntó curiosamente el cirujano.

—Me preguntan,—contestó riendo Roger,—si tengo bastante valor para someterme á las pruebas precisas para ser admitido en el santuario.

—¿Y estais decidido?

—Aunque fuera á andar sobre un rio de fuego,—replicó el marqués,—á lanzarme cabeza abajo en un foso erizado de hoces.

Bolton movió la cabeza, mientras tomaba un polvo de macouba.

—¿De modo,—preguntó,—que esperais que vengan á buscaros esta noche?

—Sí.

—Pues bien, señor marqués, me parece que habeis cometido una imprudencia y que ahora vais a hacer una locura.

—Es muy posible,—dijo Roger;—pero si ahora me volviera atrás, cometeria una bajeza, lo que todavía es mas grave.

Bolton volvió á tomar su baston y su sombrero y apretó la mano que le tendia el jóven lord.

—Hasta mañana, doctor.

—Hasta mañana, milord,—contestó aquel inclinándose.

—Esa historia del club del Armiño me inquieta un poco, pensó el doctor al volver á su casa, debe ser cosa de Topsy todo eso.

Roger se quedó delante de su mesa de trabajo, hojeando un periódico pölluco. Pasó una hora sin que se oyera en el palacio el menor ruido. Empezaba á impacientarse.

—Me parece bastante impertinente, —dijo en voz baja, —que me hagan esperar de esta manera.

Y empezó á pasearse por el cuarto, esperando que se oyera la campana que anunciaba una visita; mas la campana continuó muda. Pero precisamente cuando el reloj colocado sobre la chimenea señalaba las doce, se abrió una puerta silenciosamente como si la hubiera empujado un fantasma; ninguno de los criados se presentó á anunciar una visita; pero un enmascarado, envuelto de arriba abajo en una gran capa negra, se presentó en el umbral llevándose un dedo á la boca para recomendar el silencio al jóven marqués. Roger dió dos pasos al encuentro del enmascarado, invitándole á entrar con un ademán. Cerró aquel la puerta, tan silenciosamente como la había abierto, y se colocó grave y silencioso delante de Roger.

—En vuestra manera misteriosa de penetrar en mi habitacion, —le dijo el jóven, —adivino quién sois.

El enmascarado se inclinó.

—Sois el enviado del club del Amigo; os aguardaba; ¿pero decidme cómo habéis podido penetrar hasta aquí?

El enmascarado contestó con voz grave:

—Nosotros tenemos el poder de pasar por las puertas mejor cerradas á través de las más espesas paredes, y hasta de hacernos invisibles, si es preciso.

Aquella voz era completamente desconocida para Roger.

—He aquí una comedia admirablemente puesta en escena,—pensaba,—tengo curiosidad por verla representar. ¿Daré la orden de que no recibo?—Añadió dirigiéndose al extranjero.

—Vuestra señoría,—contestó el enmascarado,—rompería el cordón de su campanilla sin que viniera ninguno.

—¿Disponéis de mis criados, según eso?

—No puedo dar explicaciones sobre ese punto.

—¡Bien está!—dijo Roger acercándole un asiento.—Os escucho.

—Milord, —contestó el enmascarado, —el club del Armiño no trata de hacer prosélitos, pero siempre recibe a aquellos que se sujetan à las pruebas que han sufrido todos sus miembros.

—Que segun creo son las mismas de la Santa Vehme de Dortmund! — interrumpió Roger riendo.

—Vuestra señoría ha querido saber si el club existia, y el club ha contestado. Si vuestra señoría quiere contestarse con lo hecho, es tiempo todavía.

—No, no; —contestó Roger. — Si el club existe, quiero formar parte de él.

—¿Lo habeis reflexionado bien?

—Sí.

—Piense vuestra señoría que las pruebas à que vá à someterse son terribles.

—Las sufriré.

—Reflexione asimismo que una vez admitido miembro del club, debe obedecer las órdenes que se le den.

—¿Bien está! — dijo Roger.

—¿Estais completamente decidido, milord?

—Sí.

—Entonces,—repitió el mensajero, vuestra señoría me va á hacer un juramento.

—¿Cuál?

—Vais á jurar sobre esta puñal que no revelareis á nadie nuestra entrevista.

Y el mensajero sacó el brazo de entre los pliegues de su capa, tendió á Roger un puñal de forma extraña, de acero pulimentado.

—¡Lo juro por mi honor!—dijo el marqués.

—Ni tampoco lo que va á quedar convenido entre nosotros,—añadió el enmascarado.

—¡Lo juro por los blasones de mis antepasados!—añadió Roger.

El enmascarado guardó entonces el puñal en una vaina de badana que llevaba colgada y dijo á Roger.

—Mañana vendré á buscaros á la misma hora para llevaros al club del Armiño.

—Está bien,—dijo Roger:—me hallareis pronto.

El enmascarado dió un paso para retirarse.

Roger quiso acompañarle.

—No me sigais,—dijo aquel;—no debéis saber por dónde he entrado ni por dónde voy á salir.

Y se dirigió lentamente hácia la puerta, la abrió y desapareció del salon.

Roger se puso á escuchar, pero en vano: no oyó resonar el ruido de sus pasos, ni otro alguno en las escaleras ni en el patio del palacio; y la puerta principal, que ordinariamente rechina-ba sobre sus goznes, permaneció cerrada.

—Razon tenia,—pensó Roger,—en creer que todo esto parecia una novela.

Y se metió en la cama sin llamar á su ayuda de cámara.

Al dia siguiente á la misma hora el marqués Roger de Asburthoo aguardaba lleno de impaciencia al enviado del club del Armiño. El extraño objeto de esta asociacion, el misterio de que estaba rodeada, habian escitado hasta el mas alto grado la curiosidad de Roger y se-

ducido su joven imaginacion. Fiel al juramento que habia hecho, el marqués á nadie habia hablado de su entrevista con el enmascarado, ni de la cita que tenia con él. Bolton habia estado á verle aquel dia, pero no le habia hecho ninguna pregunta. El marqués estuvo en el club de los Lindos á las cinco y se puso á jugar al ajedrez. Mucho se habló en el club sobre su apuesta del dia anterior, pero él no dijo una sola palabra sobre este asunto. Volvió, en fin, á su casa, donde pasó la noche, contando primero las horas, despues los minutos... En el momento en que daban las doce en el péndulo, se abrió la puerta de su habitacion, como la víspera, sin el menor ruido. El enmascarado estaba en el umbral. Hizo á Roger una seña que queria decir: «¡Venid! os aguardo.»

Roger se puso en pié, cogió su espada y su capa y se dirigió á la puerta.

Con gran asombro de su parte, vió Roger que el enmascarado atravesaba la antecámara y se dirigia á un corredor que conducia á una escalera de servicio.

—Hé aquí un personaje que conoce el palacio de Asburthou tan bien como yo, —dijo para sí.

La escalera se hallaba en la mas profunda oscuridad; pero el enmascarado pasó delante y bajó con seguro paso hasta el primer escalon que desembocaba en el jardin del palacio. Una vez allí, siguió n. a calle que conducia hasta una puerta escusada. Roger le seguia paso á paso. La puerta estaba abierta, y Roger vió en la calle un carruaje sin armas con dos caballos. El desconocido abrió la portezuela y le dijo:

—¡Subid!

Roger obedeció, y el desconocido se colocó á su lado. Daban las doce en todos los relojes de Londres. El desconocido sacó entonces de su bolsillo una venda de seda y dijo al marqués:

—Voy á vendaros los ojos.

—¡Bien está! —dijo Roger.

—Juradme que, suceda lo que quiera, no os quitareis la venda.

—Os lo juro.

Cuando hubo vendado los ojos á

Roger, el carruaje partió al trote largo, marchando rápidamente por espacio de una hora. El marqués comprendió en ciertos movimientos que cambiaban muchas veces de dirección. Durante el camino, el enmascarado no pronunció una palabra. Finalmente, el carruaje se detuvo.

—¿Hemos llegado?—preguntó Roger.

—Sí,—contestó el desconocido.

Y abrió la puertecuela, bajó primero y dijo al marqués:

—Tomad mi mano.

Roger bajó y puso el pié en el suelo, que estaba cubierto de arena fina, como la calle de un jardín. Al mismo tiempo, oyó el ruido del carruaje que se alejaba y el de una puerta que se cerraba detrás de él.

—Ahora—dijo el desconocido,—podéis quitarme la venda.

Roger arrancó precipitadamente el pedazo de seda que cubría sus ojos y empezó a mirar con ávida curiosidad el sitio en que se encontraba.

Era un terreno bastante grande, rodeado de altas paredes y plantado de algunos árboles sumamente frondosos. Un rayo de luna, que pasaba entre dos nubes, le permitió ver varias piedras blancas, terminadas por cruces negras, colocadas de distancia en distancia. El marqués se hallaba en un cementerio. Por valiente que sea cualquiera, no es posible encontrarse repentinamente en semejante sitio por la noche, en la morada de los muertos, sin que el corazón lata mas aprisa.

— Hé aquí,—dijo á su conductor,— un lugar de reunion bastante extraño.

El desconocido no respondió y echó á andar por entre las tumbas, seguido siempre por el marqués. La noche estaba silenciosa, el cementerio era tan grande, que Roger no veia donde terminaba. Repentinamente se detuvo y algunas gotas de sudor vinieron á su frente. Habia visto deslizarse como un vapor bajo el follaje oscuro de los pinos una forma blanca.

— ¿Qué tenéis?—dijo el enmascarado.

—¿No habeis visto?—murmuró Roger estendiendo la mano hácia el sitio en que la forma blanca habia desaparecido.

—Será algun muerto que se paseaba á la luz de la luna, y ha vuelto á entrar en su tumba,—contestó el desconocido.—Si tenes miedo, volvamos.

—¡No!—esclamó Roger,—yo no tengo miedo de los muertos ni de los vivos.

Y echó á andar con resolucion. Delante de él habia un montecillo terminado por un monumento de mármol que por su forma parecia un panteon de familia.

—Aquí es,—dijo el desconocido designando la puerta del panteon.

—¡Ah!—dijo Roger con indiferencia.

Al decir esto, la puerta del sepulcro giró sobre sus goznes y se abrió silenciosamente; en el mismo instante la lampara de hierro que colgaba de la bóveda lanzó un resplandor fosfórico, y sus tres mecheros se encendieron sucesivamente.

—Vais á entrar solo,—dijo el desconocido.—Pasareis entre dos tumbas

que están inmediatas una á otra: despues encontrareis una escalera y bajareis por ella. Cuando pongais el pié en el último escalon, os encontrareis en un corredor subterráneo.

—¿Y entonces?—preguntó Roger.

—Entonces seguireis adelante, hasta que tropecéis con otra escalera, la que subireis.

—¿Y despues de esa escalera?

—Encontrareis una puerta cerrada. Entonces dareis tres golpes y decís vuestro nombre.

—Bien,—contestó Roger.

—Ahora,—dijo el enmascarado,—vais á entregarme vuestra espada.

—¿Para qué?

—Así esté prevenido en nuestros estatutos.

Roger desabrochó su cinturón y lo tendió su espada con pasiva obediencia.

—¿No llevais encima otras armas, pistolas ni puñal?...

—No,—dijo Roger:

—Entonces, marchad,—dijo el enmascarado apartándose delante de la

puerta del panteón, en cuyo interior penetraban los rayos de la luna.

Roger entró. Vió en efecto los dos sepulcros de mármol negro, sobre los cuales estaban acostadas dos estatuas de mármol blanco, que parecían dos criaturas; pero prosiguió su camino sin conmoverse y tropezó con la escalera indicada. Roger bajó uno á uno los peldaños de aquella escalera, contando los maquinalmente. Había sesenta y nueve escalones. Cuando bajó el último, el marqués sintió que empezaba á pisar una arena húmeda. Dió tres pasos adelante; una mano helada le cogió por la muñeca en la oscuridad.

—¿Dónde vais?— dijo una voz ronca.

—A donde me esperan,—contestó el joven sin alterarse.

—¡Pasad!—dijo la voz.

Roger siguió andando por espacio de tres minutos, adelantando un pié con cuidado, las manos estendidas adelante, y preguntándose muchas veces si iría á parar á la orilla de un precipicio. Al cabo halló un obstáculo; era el primer

peldaño de la segunda escalera anunciada por el enmascarado. Empezó á subir la contando de nuevo los escalones. A los treinta sintió un ruido sordo semejante al de un trueno lejano: Roger se detuvo y escuchó. El ruido se fué debilitando gradualmente y se alejó en direccion opuesta. El jóven comprendió que se encontraba debajo de una bóveda y que sobre aquella bóveda habia una calle. El ruido que acababa de oír, era ni mas ni menos que el de un carruaje. Cuando aquel ruido cesó, Roger prosiguió su marcha. La segunda escalera tenia sesenta y nueve escalones como la primera. Al subir el último escalon, las manos de Roger tocaron una maciza puerta. El marqués dió en ella tres golpes á grandes intervalos.

—¿Quién está ahí? —dijo una voz que parecia vibrar encima de su cabeza.

¡ ¡—El que aguardais.

—¿Vuestro nombre?

—El marqués Roger de Asburthton.

Entónces se abrió aquella puerta y una claridad vivísima inundó el rostro del jóven.

XVII.

Volvamos á Cythia, á quien hemos dejado en poder de la señorita Ellen, bajo la custodia de la india Dar-Natha. El criado y las dos mujeres permanecieron un cuarto de hora largo en el ingenioso escondite de la biblioteca, después de la partida de Juan de Francia y de Sanson. Solamente cuando llegó José, el otro criado que había estado de accho en la orilla izquierda del Támesis y les gritó que Juan y Sanson se volvían á Londres, fué cuando se decidieron á salir. La extraña parálisis de Cythia empezaba á disiparse. Poco á poco fué recobrando el uso de sus miembros, y finalmente el de su lengua. Llevaronla á un pequeño salón y la india la dijo:

—Ahora ya nadie nos incomodará; podéis acostaros y dormir tranquilamente. Black va á quedar en vela. Al amanecer podrá acostarse y yo le reemplazaré. Por que ya conocereis que no os vamos á perder de vista un solo instante.

Cynthia no contestó. Acostóse silenciosamente y cerró los ojos para volver á ver con su imaginacion aquel hijo tan noble y tan hermoso que apenas habia podido ver poco hacia á los pies de la señorita Ellen. Poco despues la fatiga pudo mas que su ingratitude y concuyó por dormirse. Cuando se despertó, el sol se elevaba en el horizonte á grande altura. La india y el criado seguia allí.

—¿Hasta cuándo me vais á guardar de esta manera? —preguntó.

—Hasta que venga la señorita.

—¡Ah!—dijo Cynthia,—¿y cuándo va á venir?

—No sabemos: quizás venga esta noche, tal vez mañana.

Cynthia se encerró entónces en un mutismo absoluto. Pero seguia esperando que Juan ó Sanson volvieran. El dia pasó, llegó la noche: Ellen no pareció. Al dia siguiente Cynthia preguntó de nuevo si vendria.

—No lo sé,—volvió á contestar la india.

Finalmente, al anochecer á cosa de

las ocho, se oyó el ruido de un carruaje que se detenía á la puerta de la quinta. El corazón de Cynthia empezó á latir violentamente, creyendo que era Juan de Francia el que llegaba. Pero bien pronto se desvaneció su esperanza, porque el criado Black entró á decir:

— Aquí está la señorita Ellen.

Entonces pasó en el corazón de Cynthia una especie de lucha violenta entre la razón que la decía: «¡Desconfiad!» y el recuerdo de la entrevista entre Ellen y Roger que la decía al mismo tiempo: «¡Le ama!» Ellen entró. La joven tenía la sonrisa en los labios y la dicha estaba pintada en sus ojos. Se acercó á Cynthia y la tomó una mano:

— ¡Ah! — la dijo, — si supiérais cuántos deseos tenía de veros.

Cynthia retiró su mano y lanzó á la gitana una mirada llena de desconfianza.

— ¿No sois madre de mi adorado Roger? — continuó Ellen apasionadamente.

Cynthia se sonrió desdeñosamente.

—Os equivocais, —contestó, —no es hijo mio.

—Bien, —dijo Ellen observándola; —reconozco en esas palabras la madre resignada, capaz de todos los sacrificios, la pobre gitana que vive en la sombra para que su hijo pueda brillar en el rango mas elevado.

Pero Cythia permaneció impassible, Ellen continuó:

—Descolliais de mi y tenais razon en apariencia, porque han debido decirnos que yo era enemiga de vuestro hijo; y sin embargo, pongo á Dios por testigo de que le amo...

Y llevó una mano a su corazon.

—¡Ah! queria Roger, —murmuró.

—Ellen, —contestó Cythia siempre dueña de si misma, —yo no tengo ningun hijo, nada existe de comun entre el caballero de que me hablais y yo; pero admitamos por un momento que soy su madre, ¿como no habia de descollisar de una mujer que me hace robar en la calle y me tiene prisionera despues que me ha hecho atormentar por una criatura infame?

—¿Y quién os asegura que todo e ha sido ejecutado por orden mi? ¿Quién os dice que yo misma no hay sufrido hasta este momento, el peso de una horrible influencia, que mi voluntad, mi conciencia no hayan sido violentadas? Pero,—repuso con amarga sonrisa,—perderia el tiempo en tratar de persuadirlos; por ahora, solo tengo que deciros una cosa; ¡estais en libertad!

Cynthia ahogó un grito de alegría.

—¡En libertad!—dijo dirigiéndose a la puerta, cuyas hojas habia abierto Ellen de par en par.

—¿Qué esperais?—Preguntó la última viendo que titubeaba.

—Espero,—dijo Cynthia con calma,—que me expliquéis por qué despues de haberme tenido aquí dos días, me devolveis hoy la libertad.

—Para que yo me decida á hablar es preciso que me dejéis suponer un momento que sois la madre de Roger,—dijo Ellen con voz conmovida.

Cynthia guardó silencio, Ellen prosiguió:

—Yo amo á Roger y él me corresponde; un hombre se ha interpuesto entre los dos; vos lo conocéis, Cy this es Juan de Francia. ¡Ah! si conociérais la conducta de ese hombre que me persigue con un amor odioso...

Cynthia se estremeció, porque la señorita Ellen tenía, al decir esto, un acento de sinceridad admirablemente fingido.

—Juan de Francia me ama,—prosiguió la señorita Ellen—y está resuelto á perder á su rival. Sea ó no Roger hijo vuestro, sea gitano ó gran señor, tiene un enemigo implacable en Juan de Francia, en vuestro hermano, que os engaña, así como en año al marqués de Asburthou, representando una comedia indigna..... Ahora bien, partid... id á reunir os con ese hermano querido, y conspirad juntos para consumir la pérdida de Roger. Yo sola lucharé contra todos vosotros, porque yo le amo, ¿entendéis? y sabré burlar vuestras tentativas maquinaciones.

Y la señorita Ellen se apartó para

dejar pasar á la madre de Roger. Cynthia estaba como vivta; tuvo, sin embargo, fuerzas para contenerse y dar algunos pasos hacia la puerta; pero cuando iba á pasar el umbral, la señora Ellen la cogió vivamente la mano y le dijo con una singular exaltación:

—Si amas á vuestro hermano, Cynthia, procura desviarle del camino que ha emprendido; yo no soy más que una mujer, pero soy fuerte cuando se trata de defender mi dicho.

Cynthia volvió á detenerse; las fuerzas empobrecían á Ellena y su secreto estaba á punto de escapársele. En este momento se dejó oír fuera el precipitado galope de un caballo, y un segundo después se detenía cubierto de sudor á la puerta de la quinta.

—¿Dónde está la señorita Ellen?—preguntó una voz casi ahogada.

La señorita Ellen se precipitó fuera; Cynthia, asombrada, la siguió. Un criado con la lira del marqués Roger de Asbarthen entró con una carta en la mano.

—¡Tomad, señorita Ellen!—dijo,—de parte de mi amo, y si quereis salvarle no teneis un minuto que perder!

—El criado parecia violentamente agitado. La señorita Ellen tomó la carta, la abrió, fijó en ella los ojos y lanzó un grito terrible; despues cayó leuavimada en los brazos de Cynthia. La pobre madre, desolada, recogió la carta y leyó:

«Mi adorada Ellen: He sido atreldo á una emboscade, y antes de una hora habré muerto, si no has venido en mi auxilio. Me encuentro en poder de los afiliados del club del Armifio.

•Roger.»

Dai-Natha habia corrido y levantado á Ellen: esta volvió á abrir los ojos enseguida.

—¡Ob, corramos, corramos!—esclamó,—le van à matar.

Esta palabra atravesó de parte á parte el corazon de la pobre madre.

—¡Mi hijo!—esclamó llena de angustia.

Ellen la recogió á su vez en sus brazos.

—¡Ah! venid, Cynthia, venid,—esclamó:—cada minuto que pasa aproxima á nuestro Roger á la muerte.

Y Cynthia, medio muerta de terror, fué levantada en los brazos robustos del criado y colocada en el carruaje de Ellen que esperaba á la puerta; la joven se colocó á su lado y gritó al cochero:

—¡A Saint-Gilles, y á escape!

El primer acto de la comedia habia sido representado: Cynthia habia sucumbido; el peligro de que hablaba aquella carta firmada con el nombre de Roger la habia errancado la confesion de su maternidad y desde entonces se encontraba en el poder de Ellen. El carruaje atravesaba á Londres como un relámpago. La sobrina de Roberto Walden se lamentaba y solo contestaba con lágrimas á las preguntas de Cynthia medio loca de terror. La pobre madre solo habia comprendido una cosa, que su hijo estaba amenazado de un peligro de muerte. A cada momento Ellen que

parecia presa de un espanto sin límites, bajaba el cristal de la ventanilla y gritaba al cochero:

—¡Aprisa, mas aprisa!

Y apesar de esto, el carruaje estuvo andando cerca de dos horas; durante este tiempo Cynthia, que sufría el mayor de los tormentos, no pudo obtener de Ellen ninguna explicacion. El carruaje se detuvo al fin; Ellen saltó precipitadamente de él diciendo:

—¡Venid! ¡venid!

Cynthia bajó sostenida por la jóven que seguia llorando. Sin embargo, antes de seguirla, lanzó una mirada á su alrededor. El carruaje se habia detenido en una larga calle, desierta y mal alumbrada. Cynthia vió que estaba delante de una casa negra, de siniestra aparicion, cuyas ventanas no dejaban pasar luz alguna al exterior. Llamó á la puerta, que un criado entreabrió; Ellen pronunció algunas palabras que la gitana no pudo oír; el criado abrió entonces la puerta de par en par.

—Aquí es,—repitió Ellen en el colmo de la ansiedad;—¡venid! ¡venid!...

Cynthia tuvo entonces un relámpago de razón: una terrible sospecha se apoderó de ella; pero Ellen la arrestró exclamando con voz llena de sollozos:

— ¡Ah! ¡quiere Dios que no lleguemos demasiado tarde!

Apenas hubo Cynthia pasado el umbral de aquella casa misteriosa, la puerta se volvió a cerrar. Al mismo tiempo el cochero dijo al criado que llevaba la librea de Asourthon, que había venido con el carruaje:

— Sabes que nuestra señora sabe llorar como una Magdalena.

— ¡Y cuando quiere! — añadió riendo el criado.

XVIII.

Penetremos por fin en el santuario del club del Armado, pocos minutos antes de la llegada del postulante, es decir, del marqués Roger Asburthon. Era una sala circular, colgada de rojo blanco desde el suelo hasta el techo y alumbrada por una araña y candelabros de

plata. En medio de la sala y encima de una mesa de mármol blanco habia un atahud destapado, un martillo y algunos clavos. Junto al atahud habia un tajo, y al lado de este estaba en pié un hombre enmascarado vestido con un traje rojo y apoyado en una larga espada de dos filos; el verdugo y el tajo estaban colocados en una especie de bañio cuadrado lleno de serrin.

Sobre un estrado circular, doce hombres vestidos con anchas togas de armiño y con la cabeza cubierta con capuchas de seda blanca, estaban sentados, inmóviles como estátuas de mármol. En la parte superior del estrado, y delante de una mesa de cristal estaba de pié un décimo tercero personaje, vestido como los demás miembros del club, con la toga de armiño y la capucha de seda, pero llevando en señal de distincion un collar de gruesas cuentas blancas. Delante de él habia encima de la mesa papeles esparcidos, una varita de marfil y encima de una pesa, un armillo de plata, cuyos ojos de rubí pa-

recian lanzar rayos sangrientos. Después de examinar los papeles colocados delante de él, tocó ligeramente con una varita de marfil sobre la mesa para pedir atención, y dijo:

—Milores: os he convocado para que decidais acerca de la demanda de admisión que nos ha sido dirigida por un noble que ha sabido crearse una gran reputación de valor y de elegancia.

Estas palabras probaban hasta la evidencia que el personaje que había de este modo abierto la sesión era el presidente del club del Armiño. Uno de los miembros contestó:

—Sabemos que se trata de admitir un nuevo miembro, pero ignoramos su nombre.

—Señores,—contestó el presidente,—el candidato se llama el marqués Roger de Asburthon.

Oyóse en la asamblea un murmullo que podía tomarse por una aprobación.

—Si se trata del marqués de Asburthon, creo que se pueden abreviar las pruebas,—dijo un tercer afiliado;—su valor es tan conocido...

El presidente impuso silencio al interruptor.

—Señoras,—dijo;—antes de que empiece la discusión, creo oportuno recordaros en pocas palabras el objeto de nuestra asociación.

Los doce miembros se inclinaron en señal de asentimiento. El presidente prosiguió:

—Nos hemos impuesto la misión de castigar las faltas contra la etiqueta de la aristocracia inglesa, de perseguir los delitos de lese elegancia, de desenmascarar á los nobles fingidos, de proteger á los verdaderos contra sus enemigos los plebeyos, y de velar, en fin, por que las leyes de la aristocracia nunca puedan ser violadas.

—Sí, tal es el espíritu de la ley,—dijeron muchas voces.

—¡Pues bien, señoras!—prosiguió el presidente,—un hecho sumamente grave, un crimen, en una palabra, es va á ser comunicado. Se trata de un aventurero, de un gitano que ha conseguido ocupar el sitio de un par de Inglaterra.

Una explosión de cólera estalló en la sala al escuchar estas palabras. El presidente prosiguió:

Ha recibido esta misma mañana, al mismo tiempo que os convocaba para la admisión del marqués Roger de Asburthton, una carta que voy á leeros.

Púsose á buscar entre los papeles que habia sobre la mesa, y tomó un billete que empezó á leer en voz alta.

«Hasta ahora el club del Armiño se ha ocupado de cuestiones secundarias y que solo justifican su nombre á medias. Arrojar del Strand de Epson á quien haya empleado u a supercheria cualquiera para que su caballo gane el premio; impedir á algun noble lord arruinado contraer una desproporcionada alianza, desterrar de los salones del gran mundo al elegante *de pega* que lleva alhejas falsas y que hace reparar sus encajes, son en verdad actos sobremañera meritorios; pero el club del Armiño tiene algo mejor que hacer. Se le dirige la pregunta siguiente: «¿Qué castigo mereceria un hombre que hubiera engaña.

do á una nacion entera, que usurpando el título y el nombre de un gran señor, muerto en la cuna, se hubiera apoderado de su fortuna y hubiera tenido la audácia de ocupar el asiento de un par de Inglaterra?

El presidente interrumpió su lectura.

—Permitidme, señores, que os proponga la cuestion en los mismos términos que lo hace nuestro anónimo correspondiente.

Y se dirigió al que habia juzgado inútiles las pruebas á que se debia someter al marqués Roger.

—¿Qué castigo pediríais para semejante hombre?

—Yo querria,—contestó el interpellado,—que fuera arrojado de su sitio en plena sesion de la camara de los Lores, arrastrado en las calles de Lóndres por los *cazadores de alcantarillas*.

—¿Y vos?—preguntó el presidente á un segundo afiliado.

—Yo, opinaria por la deportacion.

—Sí, Botany-Bay, gritaron muchas voces,

Entonces se puso en pié otro de los miembros y dijo:

—Yo, señores, tengo otra opinion.

—Hablad, —dijo el presidente.

—La primera condicion para formar parte de nuestra asociacion es la de ser noble.

—Es verdad.

—Enderezadores de los entuertos hechos a la nobleza inglesa, todos somos solidarios unos de otros. Si un lobo entra en un rebaño, se le mata: si entre los nobles se desliza un impostor, un usurpador de blasones, á la nobleza es á quien corresponde hacerse justicia por sí misma.

—¡Bravo! ¡bravo!

—Si el hecho que os acaban de denunciar es cierto, —prosiguió el orador, —pido que el culpable sea condenado á muerte.

Al oír estas palabras, toda la asamblea se estremeció, y todos dirigieron la vista á aquel estahnd vacio que parecia esperar un cadáver, á aquel verdugo enmascarado que parecia dispuesto á suministrarle.

Un silencio sepulcral reinó por espacio de algunos segundos: despues el presidente volvió á tomar la carta y prosiguió la lectura.

•El crimen denunciado pueda probarse. Solamente se desea que la cuestion del castigo sea sometida al nuevo miembro que el club piensa recibir, es decir, al marqués Roger de Asborthon.

•Cuando el marqués haya dado su opinion, el presidente del club podrá abrir un segundo pliego cerrado que depositará en la mesa de cristal uno de los miembros del comité. Esta carta contendrá el nombre del culpable, que se encontrará entre los miembros del Armiño.»

Esta última frase produjo un rumor general.

—¡Eso es una mistificacion! —esclamaron muchas voces.

—¡Nosotros nos conocemos todos! —dijo otro.

—Señores, —repuso con gravedad el presidente, —nos ofrecen pruebas.

—Si esas pruebas son convincentes,

—dijo un aliado,—pido que el culpable sea juzgado en la misma sesión.

—Sí, sí,—gritaron muchas voces.

—Y que la espada haga su oficio,—dijo el que antes habla opinado por la muerte.

En aquel momento sonaron tres golpes en la puerta.

—Hé aquí el neólito,—dijo el presidente;—¡silencio, señores!

Después que Roger dijo su nombre en voz alta, la puerta se abrió y el joven se detuvo en el umbral.

Roger dirigió una mirada de asombro sobre aquella pieza colgada de blanco, sobre aquellos hombres enmascarados y se sonrió al ver el tajo, el atahud y el verdugo. Luego avanzó con seguro paso é hizo tres cortesías.

—¿Quién sois, — repitió el presidente, —vos que habeis tenido valor para llegar hasta aquí?

—Me llamo el marqués Roger de Anhurthron, y soy coronel de los dragones del rey.

—¿Qué deseais?

—Solicitó el honor de formar parte del club del Armistio.

—Acercaos.

Roger, con la cabeza descubierta, avanzó otros tres pasos.

—¿Sois noble?

—Sí, m-lord.

—¿Habeis faltado alguna vez á las leyes del honor?

—Jamás.

—Bien está. Ahora tened á bien contestar á esta pregunta. ¿Qué castigo merece, á vuestro parecer, un hombre que tomando un título y una calidad que no le pertenecian, hubiera engañado á toda la nobleza inglesa?

—No es posible que exista semejante miserable.

—Existe,—contestó el presidente.

Y leyó á Roger la carta que antes había leído al club: Roger escuchó religiosamente; cuando el presidente acabó la lectura, él levantó la voz y dijo:

— Ese hombre merece la muerte.

— Tanto es así,—repuso el presidente,—que ved aquí el atahud que está

destinado para él y el verdugo que hará caer su cabeza.

Una visible ansiedad se había apoderado de todos los asociados. Cada cual miraba á su vecino y parecia decir para sí: «¿Será el que traiga la segunda carta?»

Finalmente, el miembro que había votado primero por la pena de muerte se levantó con lejititud y subiendo sobre el estrado del presidente, le tendió respetuosamente un pliego sellado. El presidente lo abrió en medio de un profundo silencio y leyó con voz firme los renglones siguientes:

«Hace tres días se presentó una mujer en casa de un oficial de policía, y dijo llamarse Cynthia. Esta mujer venia á hacer una revelacion importante. Ella se acusaba de haber trocado un hijo suyo por el de un par de Inglaterra, á quien compró. Este hijo es rico; lleva el nombre y título del niño muerto; pasa en Lóndres por un perfecto caballero.»

El presidente interrumpió bruscamente su lectura.

—Marqués Roger Asburthon.—dijo severamente,—¿persistís en vuestra opinión de que merece la muerte el impostor?

—Sí,—contestó Roger con calma.

El presidente ahogó un suspiro.

—Entonces,—añadió,—escuchad:

•El niño sustituido, el hijo de la gitana, se llama el marqués Roger de Asburthon.»

Roger lanzó un grito como el de un hombre herido mortalmente.

—¡Es falso!—dijo estendiendo la mano hacia el presidente.

Pero en el mismo instante, al grito de Roger contestó otro, un grito de mujer, un grito de madre. Acababan de abrir una puerta, y una mujer desolada, con los cabellos en desorden, el rostro bañado en lágrimas, se había precipitado sobre Roger y le cubría con su cuerpo.

—¡Perdon! perdon!—gritaba,—¡perdon para mi hijo!

Y mientras Roger, como herido por un rayo, fijaba en ella una mirada vaga, aquella mujer prosiguió diciendo entre sollozos:

—No, mis buenos señores, no le condenareis porque es inocente. Unicamente yo soy la culpable; yo, que he consentido en separarme de él para siempre...

Y cubria á Roger de caricias, haciéndole una trinchera con su cuerpo, que parecia desafiar al hombre rojo, que seguia apoyado sobre el puño de su formidable espada.

—¡Matar á mi hijo!—esclamó de nuevo;—¡vosotros querias matar á mi hijo! ¡á mi adorado Amri. ¡Oh! ¡pero no! no penséis en ello, mis buenos señores. ¡Miradle, qué hermoso y que jóven es!

Y deliraba hablando de esta suerte, y rodeaba con sus brazos el cuello de Roger, pálido de estapor. Por fin este se enderezó lanzando fuego por los ojos, y quedó de pié, sombrío y amenazador como una divinidad infernal. Un silencio sepulcral reinaba en derredor suyo.

Señores: si lo que dice esta mujer es cierto, si puede presentar pruebas de lo que ha dicho, si no soy hijo del Sr. Asburthton sino de un gitano, que

se cumpla al momento la sentencia que yo mismo acabo de pronunciar.

Y dió un paso hácia el tojo, se arrodilló y dijo friamente:

—Tú que pretendes ser mi madre pruébalo; y tú que tienes la cuchilla, prepárate á descargar el golpe.

Pero mientras decía las anteriores palabras, se sintió ruido en el exterior y llamaron bruscamente á la puerta.

—¡Abrid en nombre de la ley!—gritó una voz.

Los miembros del club, ya fuertemente impresionados, se miraron estupefactos.

—¡En nombre de la ley, abrid!—repetieron fuera.

—¡Abrid!—gritó el presidente.

Un hombre vestido con el traje de coronel apareció en el umbral. Detrás de él se veían otras tres personas; un hombre de traje de calle y dos enfermeros del hospital de Bedlam.

—Señores,—dijo el coronel,—perdonadme que venga á turbar vuestra reunion; pero mi objeto es completa-

mente pacífico, y ni siquiera os preguntaré en qué pensabais emplear ese verdugo de ópera cómica y ese ataud.

Al oír estas palabras, los afiliados del Armiño empezaron á respirar mas libremente.

—Pero,—prosiguió el coronel,—debo prestar auxilio al señor doctor Bolton, aquí presente, cirujano jefe del hospital de dementes de Bedlam, que busca á una desgraciada loca cuya monomanía consiste en creerse madre de su gracia el marqués Roger de Asburthton.

Estas últimas palabras hicieron el efecto del rayo; Cynthia, aterrada, dirigió á su alrededor sus extraviados ojos. Por fin comprendia.

—Señores,—dijo Bolton adelantándose,—yo era el médico del difunto marqués de Asburthton, gobernador general de la India; he visto nacer y crecer á su hijo de modo que cuando un watchman me llevó á esta mujer no tardé mucho en comprender que su razon estaba extraviada. Tribby, hijo mio, hacéd vuestro oficio.

El enfermero, á quien Bolton habia hecho una señal, avanzó resueltamente hácia Cynthia; la gitana reconoció á Sanson. Entonces la desgraciada madre tuvo una inspiracion sublime: tuvo valor para echarse á reir y saltar al cuello de Sanson diciéndole:

—¡Ah! ¿Eres tú, milord? ¿Eres tú, lord Asburthor? ¿No es verdad que es nuestro hijo?

—Y señalaba á Roger, añadiendo:

—Lord Asburthor, has hecho muy bien en llegar. ¿Creerías que todas esas gentes sostenian que Roger no era nuestro hijo?

Y lanzó una nueva carcajada que heló de espanto á los afiliados del Armíño.

—Ya lo veis, señores, —dijo Bolton, —creo que ahora quedareis convencidos.

Despues dirigiéndose á los enfermeros:

—Llevaos á esa infeliz, —dijo, —y si se resiste, ponedle la camisola de fuerza.

Milord, —dijo el presidente al mar-

qués Roger, todavía pálido y tembloroso cuando el coronel, el cirujano Bolton y sus enfermeros se hubieron retirado, llevándose á la pretendida loca,—la escena terrible que acaba de pasar y que es el resultado de una horrible casualidad, nos dispensa de someteros á ninguna otra prueba. Os reconocemos digno de sentaros entre nosotros, y como tal, os proclamo miembro del club del Armiño.

Roger saludó silenciosamente; el enmascarado, á quien habia dejado á la puerta del panteon, entró entónces y volvió á entregarle su espada.

Al mismo tiempo el presidente hizo una señal y todas las capuchas se levantaron. Roger lanzó un grito: acababa de reconocer á la mayor parte de los miembros del club de los Lindos.

— ¡Ah! — exclamó, — me parece que acabo de tener un sueño terrible.

— Hubiera podido ser peor, — dijo el presidente, que no era otro que sir Arturo Rood, — sin la llegada del doctor Bolton.

—Señores,—dijo otro miembro, el jóven duque de Clives,—voy á hacer os una proposicion.

—Hablad,—dijo el presidente.

—Propongo que prestemos todos juramento de no revelar jamás lo que acaba de pasar aquí.

—¡Adoptado! ¡adoptado!—contestaron todos los afiliados del Armistio.

—Os doy gracias, señores,—dijo el marqués, pálido aun.

—La próxima sesion tendrá lugar dentro de tres días,—dijo el presidente.

Y se volvió á poner su capucha de seda y salió el primero, dando el brazo á su jóven rival sir Edward Johnson, que, lo mismo que él, profesaba un amor violento á mis Ellen.

—¿Pero por dónde diablos ha entrado la loca?—dijo sir Arturo á su compañero.

—Por el gabinete cuya llave habíais dado á mis Ellen,—contestó sir Edward al oido del lindo.

El presidente hizo un horrible gesto bajo su capucha.

—Una diablura mas de esa querida niña,—dijo esforzándose para reír.

—Diablura que podría muy bien costar a vuestro collar de presidente,—dijo secamente sir Edward girando sobre sus talones.

—Entonces, querido, denunciadme.

—¡Nada de eso! pero confío en que no volveré a hallaros en seis meses en el palacio Walden.

XIX.

Una hora despues de la recepcion de Roger de Asburthon en el club del Armiño, mis Ellen atravesaba los jardines del palacio Walden.

Sir Roberto no habia vuelto todavia, á pesar de que daban las dos de la mañana en todos los relojes de Londres. La hija de Nathaniel tomó el camino de la gruta, y dijo para sí, al tiempo de dirigirse á ella:

—Aquellos necios han creído al doctor Bolton bajo su palabra, y el coronel es un imbécil. Esos bandidos se han

bariado de mí una vez más. Si mañana fuera alguien á decir en el club de los Lindos que Roger no es verdadero marqués, saldrían de la vaina veinte espadas en su defensa. Decididamente estas gentes son más fuertes que lo que yo creía, y eso que no tienen á Juan de Francia á su cabeza.

La voz de la señorita Ellen temblaba un poco al pronunciar estas palabras.

—No, repatia á medida que se acercaba á la gruta; no es posible que Juan de Francia haya dejado de matarse al caer. El pozo es profundo, y en todo caso no hubiera podido salir. Juan de Francia ha muerto hecho pedazos al caer, ó bien entre los tormentos del hambre.

A pesar de las seguridades que se daba á sí mismo, la señorita Ellen entró en la gruta. Se había provisto de una cuerda, á cuyo extremo ató una pequeña linterna de reverbero. Hizo jugar el resorte del subterráneo, el trozo de granito se deslizó lentamente sobre su eje, y la jóven se asomó á la boca del pozo.

—¡Juan!—¡Namó,—¡Juan!

—Ninguna voz la contestó.

—¡Juan!—repitió.

Un silencio sepulcral reinaba en el fondo del pozo. Entonces la señorita Ellen deslizó poco á poco su linterna y se inclinó para mirar. El pozo era profundo, pero la cuerda era larga; y cuando la linterna llegó al suelo la señorita Ellen pudo ver un cuerpo humano envuelto en una capa y echado con el rostro pegado al suelo. Una legión de ratas se burlaba en él, y el siniestro chirrido de sus dientes llegó hasta la gitana, que se hizo atrás, estremeciéndose de horror.

—¡Está muerto!...—murmuró.

Habia reconocido la capa que llevaba Juan de Francia la noche que se había introducido en el jardín con la llave de Lionel. Una lágrima brilló en el extremo de sus largas pestañas y un suspiro salió de su pecho.

—Pobre Juan,—dijo,—¡si hubiera querido proteger mis proyectos!

Pero Topsy la gitana no tenía por

lo regular accesos de sensibilidad demasiado largos. Después de haber consagrado una lágrima á Juan de Francia pensó que había sido su enemigo mas mortal, y que su muerte le libraba del hombre que siempre ponía obstáculos á sus proyectos de ambicion. Recogió y apoyó la linterna, empujó el resorte que volvía á cerrar el pozo, y vino á sentarse en la entrada de la gruta.

—Ahora,—pensaba,—empieza para mí una era nueva. Ya soy dueña de mi suerte. Me casaré con Roger, á quien amo, dejándole vivir tranquilamente bajo el nombre de marqués de Asburthton, ó me decidiré á casarme con Lionel. Todo depende de mí, ó mas bien todo depende de la conversacion que voy á tener con el Sr. Roberto Walden.

Se oyó resonar el ruido de un carruaje que rodaba bajo la bóveda del pasadizo. Era Roberto Walden que volvía. Ellen volvió á subir á su cuarto y esperó. Era seguro que el baronet no se acostaría sin entrar á verla. Ellen no se engañaba; dos minutos después Roberto

llamaba suavemente á su puerta. La jóven fué á abrir. Roberto estaba pálido y su rostro disgustado indicaba con demasiada claridad que acababa de sufrir una derrota. Ellen, que vio á sentarse delante de un velador cubierto de papeles y de libros, estaba risueña y tranquila.

—¡Dios mío! —le dijo, —¿qué es ha pasado, querido tío?

—Creo, —con testó el baronet, —que hemos sido burlados por los gitanos.

—¡Ah! ¿lo creéis así? —preguntó impasiblemente Ellen.

—Vengo del club donde esperaba tener noticias de la sesion del club del Armíño. Me habías indicado el programa de dicha sesion. Cynthia debía presentarse y declarar que Roger era hijo suyo.

—En efecto, —dijo Ellen.

—Esperaba, según eso, ver llegar á los afiliados del Armíño y oírlos cachichear entre sí.

—¿Y nada de eso ha sucedido?

—Al contrario. A la una de la maña-

na he visto entrar al señor Arturo Rood del brazo de Roger. Ambos parecían en la mejor armonía, y he podido comprender que Roger había sido proclamado miembro de la misteriosa asociación.

—Es completamente exacto,—dijo friamente la señorita Ellen.

El baronet la miró con el aire del que tiene prisa por conocer la solución de un enigma.

—Querido tío,—le dijo la Srta. Ellen,—voy a contaros lo que ha sucedido.

Y le hizo una fiel narración de la conmovedora escena en que el amor maternal de Cyathya había sido mas fuerte que su prudencia. Luego refirió la llegada del coronel y de Bolton, y sus consecuencias.

Roberto la escuchaba asombrado.

—Pero entonces,—esclamó,—si esa mujer está loca....

—Decididamente, querido tío, los gitanos son mas fuertes que vos.

—¡Oh!—esclamó Roberto lleno de cólera,—aunque tenga que declarar en pleno Parlamento que el marqués Roger de Asburthton es un impostor...

—El Parlamento se reiría de vos, querido tío.

—Pero aquella señal...

—Ha desaparecido y la única prueba que existe en la actualidad es esa gitana que Boiton ha hecho pasar por loca y que tendrá cuidado de que desaparezca, no lo olvidéis.

—Pero es preciso que la verdad quede triunfante, —esclamó Roberto dando coléricamente una patada en el suelo.

La señorita Ellen se sonrió sinicistramente.

—Hay quien asegura que la verdad habita en un pozo, —contestó. —¡Pues bien, esta vez el pozo es tan profundo, que no podrá salir de él. Mirad, querido tío, —añadió con hipócrita resignación, —lo mas prudente es resignarnos y creer como los demás.

—¡Jamás! —esclamó sir Roberto.

—Me casaré con Lionel que seguirá siendo para todo el mundo el hijo de un oficial sin fortuna.

Roberto estaba pálido de coraje.

—¡No, no, —esclamó, —eso no suce-

derál porque mataré al hijo de esa gitana.

Pero Ellen le lanzó una mirada de desafío.

—¿Olvidais que lo amo?— dijo.

Aquella mirada aterró á Roberto Walden.

—¿Qué piensas hacer?—preguntó.

Ellen tardó algunos minutos en contestar.

—Querido tío,—repuso al fin,—escuchadme atentamente;—creo haberos probado que tengo alguna habilidad.

—Sí, pero has sido vencida.

—Es verdad. Pero vos olvidais que una campaña como la que hemos empeñado, nunca se decide en una sola batalla.

—¿Piensas volver á empezar la lucha?

—Si no pensara en ello, no me veriais tan tranquila.

—¿Y bien?

—He empleado medios violentos,—continuó Ellen;—he hecho mal. La violencia no es el arma de las mujeres. Desde hace una hora, he combinado un nuevo plan.

— ¡Ah!

— Y puedo aseguraros que antes de quince días, el marqués de Asburthton habrá hecho cesion de su título en favor de Lionel.

— ¿Cuál es ese plan?

— Querido tío, — dijo Ellen, — permitidme citaros algunos de vuestros recuerdos de viaje. ¿No me habeis dicho que habeis estado en la China?

— Sí.

— ¿Y que habeis asistido á un mercado celebrado entre europeos y chinos?

— Sin duda, ¿pero á qué viene...!

— Esperad; el chino pone delante del comprador su mercancia y cuenta por los dedos el número de monedas que desea tener en cambio.

— Es perfectamente exacto.

— Si el europeo rehusa ó quiere regatear, el chino retira su mercancia, y entonces todos los mandarines del celeste imperio serian impotentes para obligarle á hacer aquel negocio: todo queda acabado.

— ¿Pero á dónde quieres ir á parar?

—A lo siguiente, querido tío: voy á proponeros un negocio; si rehusais, es dejaré obrar á vuestro gusto y no volveremos á hablar de ello.

El acento de la señorita Ellen era sobremanera resuelto.

—Hé aquí mi mercancía,—prosiguió diciendo;—el marqués Roger abdicará en favor de Lionel, ¿cómo? es cosa mia.

—¡Bien!—dijo el Sr. Roberto.—¿Y qué quieres en cambio?

—Que os vayais mañana á cazar á Escocia, donde teneis un magnífico castillo, con vuestra jauría.

—Y si consiento en alejarme y en dejarte completamente en libertad,—dijo el Sr. Roberto despues de un corto silencio,—¿qué harás?

—Haré á Lionel marqués de Asturthon antes de un mes.

Un relámpago de alegría brilló en los ojos del noble cazador.

—¡Negocio concluido!—dijo levantándose;—voy á pedir mi equipaje de caza para las diez de la mañana, y á las doce estaré en el camino de Escocia.

—Sois encantador,—dijo la señorita Ellen presentándole la frente; pero el señor Roberto la apretó sencillamente la mano y salió enseguida. Cuando llegó à su habitación arrancó el guante de su mano derecha, lo tiró al fuego con disgusto y quedó mudo y pensativo por algunos minutos con el rostro oculto entre las manos. Por fin lanzó del pecho un prolongado suspiro, y murmuró entre dientes:

—Es una criatura infame, ¡pero hará à Lionel por do lo gataerra!

XX.

No era por cierto la casualidad quien había puesto à Bolton sobre la pista de Cynthia, y le había permitido parar el terrible golpe que Ellen había dirigido à Roger. Para penetrar este misterio es preciso que retrocedamos à la noche en que Ellen había precipitado à Juan de Francia en el pozo de la gruta. La gitana se había equivocado: Juan de Francia no se había matado al caer; su cuer-

po había tropezado contra las paredes del pozo, y aunque horrorosamente magullado, no tenía sin embargo ninguna fractura; el golpe había sido tan rudo, tan doloroso, que el rey de los gitanos había perdido el conocimiento. Cuando volvió en sí, sintió una especie de sudor templado que caía de su rostro sobre sus manos; era su sangre que corría de una ancha herida que se había hecho en la cabeza. Apoyóse sobre sus manos y se enderezó sobre sus rodillas lanzando un gemido. Los dolores que sentía por todo el cuerpo eran horribles, pero comprendió que no tenía fracturado ningún miembro.

—¡Ah! señorita Ellen, —dijo para sí, —eres en verdad un temible adversario y creo que esta vez vas á ganar la partida.

Pronto reunió sus recuerdos y comprendió de qué modo se había enredado á sí mismo en el lazo que Ellen le había tendido. Demasiado prudente para arastrarse en medio de las tinieblas, pues podía dar con un nuevo abismo, el rey

de los gitanos permaneció inmóvil algunos momentos contentándose con estender las manos en derredor suyo.

Sus manos tropezaron con una superficie húmeda y fría; sus piés sin cambiar de sitio tantearon el suelo; el suelo estaba cubierto de lodo.

—Estoy en el fondo de un pozo,— se dijo.

Entonces recordó que cuando había caído, Ellen tenía en la mano la mecha azufrada. Buscó en sus bolsillos y encontró una segunda mecha y el eslabon que la jóven le había devuelto. Dos segundos despues, había escondido luz y lanzaba á su alrededor una mirada investigadora. El pozo era redondo, bastante espacioso y de una fábrica indestructible.

Juan de Francia reconoció el punto que no había medio de volver á subir. No se veía hendidura alguna entre las piedras, reunidas por una masa tan dura como ellas, y contra la cual se hubiera roto inútilmente las uñas. Además, la anchura del pozo no le permitia ha-

cer uso del medio empleado por los que limpian chimeneas para subir por los tubos.

—¿No habrá mas remedio que morir-me aquí de hambre?—se preguntó.

Y pensó en su adorada Elspy, en Cynthia, que habia caido en poder de Ellen; en Roger, que iba á hallarse en adelante sin protector.

Estos punzantes recuerdos le volvian loco de cólera.

De pronto la luz de la mecha hizo brillar un objeto que estaba en el suelo.

Juan de Francia se bajó y recogió su puñal que se le habia escapado de las manos al caer.

—¡Vamos!—pensó,—¡siempre tengo el medio de escapar de los tormentos del hambre! ¡La hoja está bien templada y sé dónde es preciso herir!

Un rayo de esperanza vino á iluminar su pensamiento; pensó hacer agujeros en los muros del pozo y construir de este modo una especie de escalera. Pero solo tenia una mecha y calculó en seguida que el trabajo que iba á empre-

der duraría muchas horas, sino duraba muchos días. Cuando hubiera concluido, la mecha se habría consumido desde mucho tiempo antes. Un hilo de agua corría entre dos piedras á un pié sobre el suelo.

Juan apagó su mecha y empezó á reflexionar.

—Es evidente que esto no es un pozo ordinario,—pensó recordando el ingenioso mecanismo de que había sido víctima,— y que ha debido servir para otra cosa que para suministrar agua. Veamos para qué puede haber servido...

A pesar de que ignoraba el principio de la historia de Shaftesbury, adivinó mucha parte de ella, pensando en las convulsiones políticas de Inglaterra, en los proscritos partidarios de la causa realista, y se dijo:

—Este pozo es un escondite; debo tener otra salida, oculta tal vez bajo una espesa capa de cieno.

James comenzó entonces á sondear el suelo con su puñal. El suelo estaba formado por una capa de tierra tau blan-

da que su puñal se introdujo hasta el mango. Púsose á trabajar en la oscuridad, pues juzgó inútil malgastar su mecha. Separaba la tierra con una mano y trabajaba con la otra. Al cabo de una hora habia hecho un agujero de tres pies, y la hoja de acero chocaba con un cuerpo duro. Siguió con la mano la direccion del puñal, palpó aquel objeto y reconoció una anilla de hierro. Entonces Juan volvió á encender la mecha. La anilla estaba adherida á una losa de piedra de dos pies de ancho que parecia cubrir la entrada de otro pozo. El rey de los gitanos puso su mecha en el suelo con objeto de tener ambas manos libres, y metiendo el mango de su puñal por la anilla, hizo un esfuerzo sobrehumano y levantó la losa. Una fétida bocanada de aire salió de la abertura que acababa de abrir; se inclinó alumbrándose con la mecha, y vió un nuevo pozo; pero este era estrecho y no parecia muy profundo. Juan cogió un puñado de tierra, y lo dejó caer. El ruido que produjo en su caída llegó perceptiblemente á sus oidos.

El gitano calculó que aquel pozo solo tendría unos siete ú ocho pies de profundidad.

— ¡Sea lo que Dios quiera! — se dijo.

Y se dejó caer, teniendo en la mano su mecha y su puñal, juntando los pies y doblando las rodillas, como un acróbata que salta una muralla. El choque no fué violento: Juan de Francia cayó sobre las puntas de los pies. Inclinóse entonces para ver mejor dónde se hallaba, y pronto se convenció de que y no era aquello un pozo sin salida, sino la entrada de un ramal subterráneo que se prolongaba oblicuamente y seguía un plano inclinado, pero era tan estrecho que apenas podía pasar por él, aun encorbandose. Era lo que se conocia en otro tiempo, en arquitectura feudal, con el nombre de nido de zorra.

— Esto debe conducirme á alguna parte, — pensó Juan de Francia.

Y empezó á arrastrarse con el puñal entre los dientes, llevando su mecha extendida hácia delante. El ramal estaba construido casi verticalmente; pero en

pendiente se fué suavizando poco á poco y Juan se encontró luego en una superficie plana. De este modo anduvo cerca de diez minutos, disipando las tinieblas del subterráneo, á medida que avanzaba. El aire era fétido y pesado; muchas veces, le costaba trabajo respirar. Hubo un momento en que se detuvo sofocado y creyó que no le seria posible ir mas lejos. Pero un ruido sordo que sonó encima de él y que reconoció por el rodar de un carruaje, le hizo cobrar aliento, dándole á conocer que ya no estaba debajo del jardin de Roberto Walden y que atravesaba una calle. Esperaba encontrar, al estremo del subterráneo, una de las numerosas alcantarillas que conducen las aguas sucias de Lóndres al Támesis y que de distancia en distancia están alumbradas por respiradores cerrados con una verja de hierro. En efecto, apenas habia andado treinta pasos mas, una bocanada de aire mas fresco vino á darle en el rostro. Juan respiró aquel aire á plenos pulmones y se dijo mirando á su mecha que aun podia durar media hora:

— ¡Empiezo á creer que me he salvado!

El ramal despues de haber seguido un plano inclinado al principio y mas tarde una superficie plana, empezó otra vez á subir bruscamente y Juan comprendió que volvia á tomar el camino de la luz. Entonces el rey de los gitanos, en vez de adelantarse con precaucion precipitó su marcha. A medida que avanzaba, el aire se volvia mas fuerte y mas frio. Una indecisa claridad atravesaba vagamente la oscuridad. Juan apagó su mecha y prosiguió su camino á oscuras. A cada paso que daba, la claridad se hacia mayor, y el ramal continuaba subiendo.

Finalmente, el gitano reconoció que aquella vaga claridad que le guiaba algunos minutos hacia no era otra cosa que los rayos de la luna. El ramal concluia á flor de tierra detras de unas malezas que ocultaban su entrada. Juan se lanzó fuera con la viveza y el placer de todo prisionero que se encuentra en libertad y al aire libre.

Pero en cuanto hubo cesado la

yerbas que interceptaban la salida, se detuvo mas vivamente impresionado de lo que se encontraba en el subterráneo. El lugar donde se hallaba era un vasto cercado sembrado de piedras blancas y de cruces negras. Estaba en el cementerio de Saint-Gilles. Pero la emocion que sintió fué de corta duracion. Juan de Francia no era hombre que tuviera miedo en un cementerio.

—Tanto da salir por aqui como por otra parte,—se dijo;—lo principal es haber salido.

Dió algunos pasos á través de las tumbas y se orientó. El cementerio estaba rodeado de altas paredes terminadas por puntas de hierro. Dió la vuelta á la cerca y comprendió en seguida que le era imposible escalarla. Llegó á la puerta que era de hierro forrada por una gruesa plancha de palastro. Su puñal se hubiera roto mil veces antes de que hubiera podido falsear un gozne ó forzar la cerradura. El rey de los gitanos levantó los ojos al cielo y vió una banda blanquecina que se dibujaba en el horizonte.

—Son las tres de la madrugada,— dijo,—pronto vá amanecer. Esperemos: los enterradores vendrán al ser de día y entonces podré escaparme.

Sentóse al pié de un tejo, no lejos de la puerta, y empezó á meditar. Porque, completamente preocupado hasta entonces por el afán de librarse de la muerte, solo habia pensado confusamente en la conducta que seguiría al recobrar la libertad. A la luz de la luna que iba á desaparecer muy pronto, Juan reconoció su traje que estaba manchado de sangre y de lodo.

—Si intento escalar las tapias,—pensó,—quizás sea arrestado por un agente de policia que me tomará por un asesino ó por un ladron. Si me detienen, todo lo que habré conseguido es cambiar de prision. Mejor es esperar.

Y quedó pensativo; poco despues, sus miradas se inflamaron repentinamente y en sus labios se dibujó una terrible sonrisa.

—Ya tengo mi venganza,—dijo para sí.

Se sintió rui'o detrás de la puerta del cementerio, despues introdujeron una llave en la cerradura.

—¡Yal—dijo Juan,—que se quedó detrás del tejo, inmóvil como una estatua.

La luna se ocultaba en el horizonte y dejaba el puesto á la indecisa claridad que precede á los primeros albores del alba. La puerta se abrió y entraron dos hombres. A través de las ramas espesas y frondosas del tejo, Juan clavó sus miradas sobre los recién llegados. Aquellos dos hombres envueltos en grandes capas, llevaban sobre el rostro una careta negra.

—Estos no son enterradores, —pensó Juan de Francia.

Volviéron á cerrar la puerta sin hacer ruido y dieron algunos pasos hablando en voz baja. Juan se echó hácia adelante para oír su conversacion.

—De manera, querido,—decia uno de ellos, que sois de opinion de recibir entre nosotros al marqués Roger de Asburthon?

—¿Por qué no? es noble, rico, valiente y amigo de aventuras. Son mas cualidades de las necesarias para formar parte del club del Armado.

—Además,—añadió el segundo enmascarado,—que nos ha desafiado, y soy de parecer que el negocio se lleve á efecto con todo el ceremonial y todas las pruebas acostumbradas.

—Es tambien mi parecer.

—Mañana recibirá el mensajero ordinario.

—Y pasado mañana se verificará su recepcion.

Juan habia aguzado los oidos como un corcel de guerra al toque del clarin en cuanto oyó el nombre de Roger. Viendo que aquellos misteriosos personajes se alejaban, se deslizó sobre la yerba con objeto de no perder una palabra de su conversacion. Detuviéronse bruscamente, y uno dijo con cierta acritud al otro:

—Decid, querido, ¿jamais á la señorita Ellet?

La manera con que se detuvo el interpelado era bastante significativa.

—Yo creo que vos tambien os veis acometido de una súbita palidez cuando le encontrais, —contestó.

—Es decir que somos rivales.

—Casi, casi.

El primer interlocutor añadió:

—Mirad qué bella ocasion para cortaros el cuello; ¿qué os parece? el sitio y la hora son apropósito.

—Es verdad. Pero olvidais que uno y otro pertenecemos al club de los Lindos y que segun nuestro reglamento no podemos batirnos.

—Teneis razon.

—¿Sabeis que el Sr. Roberto Walden me ha invitado á comer mañana?

—Tambien á mí.

—¡Ah!

—¿Adivinais el motivo de eso súbito cambio? porque ya sabeis que el baronet apartaba con celoso cuidado de su casa á cuantos levantaban la vista hasta su sobrina.

—Ya lo sé. Y solo me esplico el convite del Sr. Roberto por uno de los extraños caprichos que pasan diez veces al dia por la cabeza de su hermosa pupila.

— Soy del mismo parecer, Sr. Arturo

— Quizás,—añadió este,—haya adivinado la señorita Ellen que pertenecemos al club del Armíño.

—Es probable.

—Es curiosa y querré hacernos preguntas.

Mientras hablaban así los dos enmascarados habían llegado al panteón, en el cual, dos días después, debía penetrar el marqués Roger de Asburthton a encontrar la entrada del subterráneo. Juan de Francia los había seguido hasta allí.

—Bastante sé por hoy,—dijo para sí.—Mañana veremos.

Volvió atrás y repentinamente, una luminosa idea se le ocurrió.

—Es imposible,—pensó,—que los enterradores, y el guarda del cementerio no se hallen al corriente de los nocturnos paseos de estos afiliados del club del Armíño. He reconocido la voz de estos dos; uno se llama Arturo Rood, el otro Edward Johnson. Ambos adoran fanáticamente a Ellen y las noticias.

que acaban de darme no tienen precio. Ahora bien, —dijo, terminando sus reflexiones, —¿qué es lo que distingue á los afiliados del Armiño para los guardas y los enterradores, sino la careta con que se tapan el rostro? Pues yo tambien tengo una y soy miembro del club de los Lindos.

Este razonamiento, que no carecia de lógica, decidió á Juan de Francia á buscar en el cementerio un arroyo ó un estanque donde lavar la sangre que lo cubria la cara. Encontró un arroyuelo que corria detrás de unos sauces, y se lavó en él el rostro y las manos. Hecho esto, buscó en sus bolsillos y encontró su careta, se la puso y se envolvió en los pliegos de su capa para ocultar sus vestidos desgarrados. Despues esperó el dia pacientemente, colocado junto á un árbol, á tres pasos de la puerta del cementerio. Por fin amaneció, el Oriente se cubrió de un hermoso color de púrpura y pronto oyó el gitano por segunda vez el ruido de una llave en la puerta de hierro. Entonces, dispuesto á

todo, dió tres pasos adelante, con la mano en su puñal, por si acaso se hallaba en presencia, no de un enterrador, sino de uno de aquellos extraños personajes que tenían sus reuniones en el cementerio. El que entró era un pobre enterrador.

Juan dió dos pasos hácia él. Aquel hombre se detuvo asombrado al principio, despues le saludó humildemente.

— ¡Vamos! — pensó Juan, — esos señores han puesto en el secreto á los enterradores.

El hizo un ademán imperioso que queria decir:

— No cierras la puerta y déjame pasar.

El enterrador obedeció como un soldado sobre las armas. Juan avanzó otros dos pasos; pero cuando iba á traspasar el umbral del cementerio, se estremeció al ver de cerca al enterrador. Aquel hombre tenía la tez morena como un español y sus facciones tenían los rigores característicos de los gitanos. Juan le puso una mano sobre el brazo y le dijo:

—Enséñame tu hombro derecho, tu debes ser gitano.

El enterrador lanzó un grito de terror y cayó de rodillas.

—¡En nombre del cielo! ¡mi buen señor, no me perdáis! si el reverendo Señal de la parroquia de Saint-Gilles sabe que soy un gitano, me va á despedir.

—¿Como te llames?

—En Londres, me llamo Butser.

—¿Y en la tribu?

—Rhamó.

Juan se quitó su careta y dijo:

—¡Mirame!

El enterrador bajó la cabeza murmurando:

—¡El rey!

—S,—dijo Juan de Francia—y vas á obedecerme.

—Bien sabe el rey de los gitanos,—dijo sumisamente Rhamó,—que todos nosotros le pertenecemos en cuerpo y alma.

—Bien está,—dijo Juan de Francia, volviéndose á poner la careta. Llévame donde podamos hablar sin que nadie nos vea.

Y señaló, al decir esto, el panteón colocado en una eminencia.

—¡Ah!—dijo el enterrador tamblando—¿sabeis?...

—Sí; he visto entrar allí dos hombres ¿Cuándo saldrán?

—Nunca salen por aquí. Se marchan por otro camino.

—Bien; ¿entonces estamos solos?

—Sí, amo. Antes de las ocho de la mañana, nadie mas que yo entra en el cementerio. Esta mañana, tengo que abrir una fosa.

—¿Para quién?

—Para un obrero de la parroquia que ha muerto esta mañana y que será enterrado á las doce.

—¿Le conocias?

—Sí, mi amo.

—¿Era un hombre de mi estatura?

—Poco mas ó menos.

—Necesito ese cadáver.

El enterrador miró á Juan lleno de asombro.

—¿Puedes ocultarme aquí hasta la noche?

—Sí. Allá abajo, en el pabellon en que guardamos las herramientas.

El rey de los gitanos pensaba:

—Avisaré á Sanson que no se inquiete por mí.

Y siguió al enterrador, á quien dió minuciosas instrucciones. Despues se encerró en el pabellon y esperó la noche siguiente con impaciencia.

Cuando llegó la noche, el enterrador que habia salido del cementerio poco antes de anoche volvió á abrir á Juan de Francia. Durante el dia, habia sido enterrado el obrero. El enterrador desenterró el atahud, ayudado por el rey de los gitanos; sacaron el cadáver, despues de lo cual volvieron á colocar en la fosa la caja vacia y la cubrieron de tierra.

—¿Qué vais á hacer con ese cadáver?

—preguntó el enterrador.

—Voy á ponerte en el lugar que me estaba destinado. Echatele al hombro y sigueme.

El enterrador no comprendia, pero obedeció. Juan de Francia se dirigió al

subterráneo cubierto por la maleza, y ambos entraron en él arrastrando el cadáver detrás de ellos.

Una hora después, Juan de Francia salía del cementerio y se presentaba en casa del doctor Bolton, á tiempo que este volvía de ver á Roger.

—¿De dónde diablos salís? — Preguntó el cirujano.

—Vuelvo del otro mundo, — contestó Juan, — y vuelvo únicamente para Sanson y para vos.

—¿Qué queréis decir?

—Que desde hoy voy á pasar por muerto.

—¡Bah! — dijo el doctor asombrado.

—Querido, — añadió Juan de Francia, — es el único medio de salvar á Roger de las garras de Ellen.

Juan de Francia se instaló en casa del doctor, y ambos prepararon el golpe teatral que hemos visto salir tan bien y arruinar las primeras esperanzas de Ellen. El rapto de Cynthia, en medio del club del Armado, era obra de Juan de Francia, á quien Ellen creía muerto.

SEGUNDA PARTE.

I.

Pocos dias despues de la salida de Londres de Roberto Walden una de las noches de espesa niebla que solo se ven en las orillas del Támesis, una silla de posta atravesó el Strand con grande estrépito. Iba tirada por cuatro caballos negros, guiados por dos postillones con calzones encarnados, y en la trasera dos lacayos con cuchillos de caza y sombreros de plumas. Este lujoso tren, de bastante mal gusto, siguió la grande arteria del Strand algunos minutos, y por fin se detuvo bajo las bóvedas sonoras del hotel de Hannover, el mayor y el mas cómodo de los hoteles de Londres. ¿Era un príncipe, un embajador, ó un nabab? Preciso era ser alguna de estas



cosas para viajar de este modo. Al sonar de los cascabeles y del ruidoso latido de los postillones, el huésped corrió seguido de su ejército de mozos marmitones. Uno de los lacayos lleno de plumas abrió la portezuela y bajó respetuosamente el estribo. Vióse entonces salir del carruaje á un hombre cubierto de alhajas, vestido con unas pretensiones de tan mal gusto como silla de postes, el cual se apoyó á bajar en un grueso baston con puño de oro.

—Este hombre debe tener mucho millones,—pensó el dueño del hotel.

Aquel personaje era moreno, caa ceitunado, y tenia los cabellos y la barba muy negros; dijo algunas palabras con un acento meridional de los mercados, aunque en inglés bastante puro, y anunció que deseaba la mejor habitacion del hotel, añadiendo que pagaba como un príncipe. El huésped dió al momento el tratamiento de altaza y se inclinó profundamente para recibir sus órdenes. Al mismo tiempo,

uno de los lacayos del cuchillo de monte creyó de su deber decir al dueño del hotel cuál era el nombre y las cualidades del ilustre personaje que le hacía el insigne honor de venir á alojarse en el hotel de Hannover. Era nada menos que D. Pedro Rentes Sandoval y Lucienda de Silvanha Pepol, grande de España de primera clase que volvía de un viaje al polo norte. El cazador tuvo cuidado de añadir:

—Mi noble amo tiene tantos millones como nombres.

Desde este momento el hotel de Hannover entró en conmoción. Se descuidó á los demás huéspedes para no ocuparse mas que de D. Pedro Rentes Sandoval y Lucienda de Silvanha Pepol, grande de España, etc., etc. Y como el lacayo era locuaz, dijo tambien al hostelero, mientras D. Pedro cambiaba de traje y tomaba un baño, que su noble amo era portador de una letra de cambio contra la casa Brixworth é hijo, los banqueros mas ricos de la Cité.

El lacayo decía la verdad, porque en

cuanto hubo tomado el baño y cambiado de traje, el noble hidalgo pidió una pluma y tinta y escribió á los Sres. Brixworth é hijo para anunciarles la letra de que era portador. El mismo hostelero fué quien se encargó de llevar la carta á casa de los opulentos banqueros.

Al oír el relato del posadero acerca de la persona y de los modales de príncipe de D. Pedro Rentes y Sandoval, etc., etc., aquellos señores pensaron que sería de buen gusto no esperar la visita del hidalgo, sino por el contrario, presentarse en su casa con una cartera atestada de billetes de banco. El señor Charles Brixworth padre, se presentó en persona en el hotel de Hannover. Encontró á D. Pedro tendido en un diván, jugando con los dedos de su cadena recargada de brillantes y rubíes. D. Pedro recibió al banquero con protectora dignidad.

—Caballero,—le dijo.—soy portador de una letra de cambio contra vuestra casa, que ha sido girada por los Sres

Alvar, Nuñez y compañía, de Madrid.

—¿La cantidad es considerable?— preguntó el Sr. Brixworth.

— Cinco mil libras esterlinas.

Pareció que un recuerdo cruzaba por la imaginación del banquero.

—¡Ah!—dijo,—V. E. nos ha sido anunciado por nuestros corresponsales de Madrid.

D. Pedro se inclinó.

— Pero ya hace mas de dos años,— replicó el Sr. Brixworth.

— Es verdad,—dijo D. Pedro.

— Y la letra de cambio no nos había sido presentada.

D. Pedro se sonreía. El Sr. Brixworth prosiguió:

— Nuestros corresponsales nos decían, al mismo tiempo que nos daban el aviso de que giraban contra nosotros, que D. Pedro Rentes desembarcaría probablemente en Escocia y terminaría en Londres su viaje por Inglaterra.

— Vuestros corresponsales decían ver-

dad entonces; pero contaban sin la guerra de América y sin el capricho que tuve de presenciar una ó dos batallas en las inmediaciones del lago Ontario.

Hablando así, D. Pedro sacó su cartera la abrió y presentó friamente la letra de la casa Alvar, Nuñez y compañía al Sr. Brixworth. La letra estaba en regla: las dos firmas se veían en ella. El banquero abrió á su vez su cartera, y pagó. Cuando acabó, D. Pedro guardó los billetes y dijo al Sr. Brixworth:

—¿Conocéis al Sr. Clives?

—¿Al duque?

—Tengo una carta de recomendación para él.

—Le conozco en efecto,—contestó el banquero,—pero dudo mucho que V. E. lo encuentre en Londres.

—¡Ah!—dijo D. Pedro con visibles muestras de despecho.

—Debe haber partido esta mañana,—prosiguió el Sr. Brixworth,—á su castillo Lancastr'ahire.

—¿Esta mañana?

—Así lo dijo al menos, anoche en el club de los Lindos.

Esta palabra de *lindos* hizo hacer un movimiento á D. Pedro.

—¿Forma usted parte de ese club?

—Sí;—contestó el Sr. Brixworth.—V. E. desea, quizás, ser presentado en él.

—Precisamente.

—Si V. E.,—repuso el banquero,—quiere contentarse con mi humilde patronato en ausencia del duque de Clives...

—¡Obl de muy buena gana,—respondió D. Pedro.

—Entonces me pongo á las órdenes de V. E.

D. Pedro dió á Mr. Brixworth las gracias sin perder nada de su tono de gravedad protectora, y le citó para aquella misma noche á las nueve y media. El banquero debía venirle á buscar en su carruaje. Retiróse este entonces y quedó solo D. Pedro. Púsose en pié y foé á mirarse en un espejo.

—Palabra de honor,—murmuró en

buen inglés esta vez y sin el menor acento extranjero,—que estoy metamorfoseado por completo; consiento en que me aborquen al momento si hay quien me reconozca en el club de los Lindos.

Llamó.

—Enviadme á mi intendente,—dijo al criado del hotel que se presentó.

Dos minutos despues, uno de los dos criados llenos de plumas, el que habia dicho á los del hotel los títulos y calidades de su noble amo, se presentó y saludó con respeto. Era un hombre algo grueso, con la cabeza cubierta apenas por algunos cabellos negros, el rostro casi tan aceitunado como el de D. Pedro. Apenas se cerró la puerta, el criado miró á su amo con inquietud.

—¡Y bien!—preguntó,—¿ha pagado?

—Sin duda.

—¿Y no ha demostrado ninguna desconfianza?

—Ninguna; esta noche me presenta en el club de los Lindos.

—¡Bravo! Lo cierto es, á fe de Wills que hay una inmensa distancia entre D. Pedro Rentes y el honorable sir James, segundon de la noble casa de Asburthou,—murmuró el intendente de color de aceituna.

—Una distancia tan grande,—prosiguió D. Pedro,—como la que existe entre el bribou de Wills el picador, y el digno intendente Bolivar.

Wills Bolivar saludó á D. Pedro James, porque nuestros lectores habrán conocido ya en ambos á los dos bribones que venian, gracias á los papeles del desgraciado caballero español, asesinado por ellos, á representar un nuevo papel en la capital de los tres reinos. Wills Bolivar se sentó con la familiaridad del criado que se cree indispensable.

—Vuestro honor me hará la justicia de convenir en que no represento mal mi papel.

—Muy bien, Wills.

—Por consiguiente, creo que vuestro honor me hará la gracia de iniciarme algun tanto en sus proyectos.

— ¡Cómo! lo que deseas es sumamente razonable, querido Wills, — contestó James.

— Así lo creo, señor, — contestó Wills.

— ¡Pues bien! — repuso James, — puesto que lo deseas, hablemos pues, mi buen Wills.

— Oye escucho, señor.

— Hay un proverbio que dice: «Hasta el fin nadie es dichoso.» Este proverbio puede tener la explicación siguiente: aquel á quien le sale mal cualquier cosa, debe esperar que lo salga bien si es tenaz y no se descuida en volverla á emprender.

— Eso es también mi parecer, señor.

— Ahora bien, en Escocia con el oso, en Londres con el capitán Maxwell, en el fuerte Saint-George con la rebelión de las tropas, siempre he salido vencido.

— ¡Es verdad! — dijo Wills suspirando.

— Eso consiste en que yo había contado con los demás tanto como conmigo.

— Es muy posible, — murmuró el expicador.

— Ahora, — prosiguió el fingido D. Pe-

dro—obraré por mí mismo y triunfaré.

—¿Pero qué piensa hacer vuestro honor?

—¿Te acuerdas de Bull?

—¿El perro de presa?

—Sí, ciertamente.

—¡Pobre animal! no tuvo tiempo para digerir el pedazo de pan que le dió vuestro honor.

—¡Pues bien! el marqués Roger de Asburthton morirá del mismo modo.

—Permitidme,—dijo Wills,—una cosa hay que yo no comprendo bien.

—¿Cuál?

—Vuestro honor está muerto, perfectamente muerto.

—¡Bah!

—Existe un proceso verbal de vuestra muerte en el archivo de la guerra, firmado por todos los oficiales del fuerte Saint-George, que atestigua que vuestro honor, herido por dos balas, cayó cubierto de sangre en el lago Erie donde se ahogó.

—Yo contaré á su tiempo que me he

salvado á nado. Lo cual es cierto. Además, —prosiguió James, —crees tu que voy á resucitar al día siguiente de la muerte del marqués de Asburthou y á decir á voces: «¡Yo soy el segundo hijo de Asburthou, y el único heredero del marqués.»

—Sería por lo menos imprudente, —observó Wills.

—Sí, ciertamente, —repuso James.—

—Tendré paciencia, esperaré á que la corona se haya apoderado de los bienes del marqués, en ausencia de todo heredero, y apareceré oportunamente tres meses después.

Wills se rascó una oreja.

—Una palabra aun, señor.

—Habla.

—¿Creeis que cuando se haya probado á los tres reinos que James Asburthou no ha muerto, el pobre Wills se verá obligado á restituir á Asburthou el viejo?

—¡Imbécil! —dijo James, —tendrás á Asburthou el viejo y diez granjas de los alrededores.

—¡Ah!—murmuró Wills con el acento conmovido de un reconocimiento anticipado,—bien sabía yo que vuestro honor era el mejor de los hombres!

—Basta de cumplimientos,—dijo James,—y vísteme; un grande de España de primera clase no puede estar vestido como un simple laird escocés; voy á llenarme los dedos de diamantes?

—Podemos hacer bien las cosas,—murmuró Wills con tono burlesco;— las cinco mil libras del desgraciado D. Pedro Rentes Sandoval y Luciendo de Silvanha Pepel, nos permitirán, según creo, esperar con algo de paciencia la herencia de nuestro querido primo el marqués Roger de Asburthon.

II.

Mientras el grande de España, el fingido D. Pedro Rentes, se preparaba para presentarse en el club, la señorita Ellen, la pupila de Roberto Walden, se encontraba sola en su dormitorio entregada á una profunda meditacion.

—Mi tío ha partido, decía, y ahora tengo el campo libre; pero es menester que me dé prisa, porque el baronet no estará mucho tiempo en Escocia, y si yo no soy marquesa de Asburthou dentro de ocho días, no lo seré jamás. Roger sigue amándome, Lionel también; este último continúa en cama de resultas de su herida, y temo volverle á ver... ¿Cuál de ellos escogeré?

El último golpe que habia sufrido la señorita Ellen, la habia vuelto toda su indecision; fluctuaba entre Roger y Lionel. Poco le importaba que el primero fuese un bastardo, si para el mundo entero era el marqués de Asburthou. Pero lo que hacia inclinar la balanza del lado de Lionel era la misteriosa proteccion que los gitanos ejercian sobre Roger.

—Esas gentes, —pensaba la jóven, — han heredado el odio que Osmany me tenia; si me caso con Roger, tarde ó temprano conseguirán perderme.

La señorita Ellen raciocinaba con bastante lógica. Pero una cosa la ster-

raba: hacia doce días que Lionel se había batido con Osmany, doce días, en los cuales no había dado á la señorita Ellen señales de existencia. A pesar de esto, la señorita Ellen sabía que su herida era ligera, porque había enviado todos los días á informarse de su estado; todos los días había respondido Celia con una palabra afectuosa, pero Lionel había guardado un obstinado silencio. Aquel silencio había paralizado algun tanto los atrevidos planes de la gitana.

Serian entonces las diez de la noche. Mientras la jóvon reflexionaba llamaron suavemente á la puerta.

—Entrad,—dijo.

Era el criado que la señorita Ellen habia empleado ya varias veces, principalmente para el rapto de Cynthia, y al que tenia encargada su misteriosa policia.

—¿Qué hay?—preguntó al verle entrar?

El criado puso un billete sobre la mesa. La señorita Ellen tomó el billete y reconoció la letra de Lionel. El corazón

la latia al romper el sello. El criado saludó, y salió.

El billete contenia estas solas palabras:

«Necesito veros esta misma noche.»

La señorita Ellen llamó y el criado volvió á entrar: ella escribió á Lionel estas tres palabras:

— «Venid, estoy sola.»

— Lleva esto y procura que no se entere la señora Celia, —dijo al criado.

— Nuestros lectores saben que la señora Celia y su hijo vivian cerca del señor Roberto Walden. Pero el criado de la señorita Ellen no tuvo necesidad de ir hasta la casa que habitaban. Lionel, envuelto en su capa, se paseaba á largos pasos delante del palacio de Walden. Leyó la contestacion de la señorita Ellen, y siguió al momento al criado. La señorita Ellen había recobrado en pocos momentos su sonrisa, su melancólica mirada y su embriagadora belleza. Cuando entró Lionel vió á la joven de pié, tendiéndole los brazos. Al mismo tiempo el criado que le acompañaba se retiró discretamente.

—¡Al fin!—murmuró Ellen, --al fin habéis venido ! ..

Y le alargó su linda mano, pero Lionel no la tomó; el joven estaba pálido como un espectro, y su vista se extra-
viaba.

—Perdonad,—dijo,—que me presente en vuestra casa á semejante hora; creed que solo una imperiosa necesidad.....

—¡Dios mío! ¿por qué me habláis así?... ¿por qué me miráis de ese modo?

—Temia tambieo,—añadió Lionel con amarga fronte,—turbar algun dulce co-
loquio.

—¡Lionell

Y en esta sola palabra empleó un acento tal, que hizo estremecer al joven.

—¡Lionell ¡Lionell!—repitió Ellen,—¿por qué vuestras miradas están llenas de cólera? ¿por qué vuestras palabras son breves y duras? ¿no me amais ya?

Y su voz era cariñosa.

Una nube pasó por los ojos de Lionel, en sus oídos resonaron extraños y confusos sonidos, y su corazón parecia querer saltárselo del pecho. Pero do-

minó aquella emoción, y contestó con fingida calma:

—¿Para qué os he de amar ya?... vos no me amais.

—¡Oh!

—¡Me habeis engañado indignamente!

Esta vez Ellen se irguió echando llamas por los ojos.

—¡Mentís!—dijo.

Y su acento era tan firme, tan franco, su mirada brillaba tan atrevidamente, que Lionel dió un paso atrás, balbuceando algunas palabras ininteligibles.

La jóven prosiguió:

—Os he esperado y no habeis venido; al dia siguiente supe que habiais tenido un duelo.

—¿Y sabiais con quién?—dijo irónicamente Lionel.

Ellen guardó silencio.

—Me he batido,—prosiguió Lionel,—con un hombre á quien amais... que se ha introducido aquí... con el marqués Roger...

Ellen se encogió de hombros.

—¡Estais loco!—contestó;—nunca ha entrado aquí el marqués Roger. 42

Pero Lionel, ciego por los celos, volvió la cabeza y contestó con voz sorda:

—¡No os creo!

Esta vez la pupila de Roberto Walcan dejó su puesto á la gitana; la sangre ardiente que habia recibido de sus padres empezó á hervir, y sus ojos dejaron escapar un relámpago de cólera.

—¡Salid!—dijo,—acabais de insultarme.

Y su ademan era tan imperioso que Lionel, fuera de sí, se dirigió hácia la puerta. En el momento en que iba á atravesar el umbral, se detuvo y dirigió una mirada suplicante á Ellen; pero la jóven seguia con la mano estendida y repitió.

—¡Salid!

Entonces Lionel salió murmurando con el acento de la mas furiosa locura:

—¡Voy á matar al marqués!

Desde su recepcion en el club del Armifio, Roger se encontraba lleno de una vaga inquietud, de un indefinible malestar. La estraña escena que habia

pasado á su vista, estaba sin cesar presente en su imaginacion. Muchas veces la habia vuelto á ver en su ño; se habia oido lanzar al rostro el epíteto de gitano; tenia siempre en sus oidos el grito desgarrador de aquella mujer que se habia presentado como su madre; finalmente, una cosa le daba mucho en que pensar la desaparicion de Bolton. El dia siguiente á aquella noche en que el cirujano habia aparecido como el *Deus ex machina*, Roger habia recibido el siguiente billete:

»Señor marqués:

»Acabo de saber que mi anciana madre está moribunda. Permitid á un hijo desconsolado corra á donde su deber lo llama imperiosamente.

Bolton.»

Despues de haber creído en esta carta Roger empezó á dudar. ¿No era para evitar una explicacion para lo que Bolton se alejaba? Esta sospecha penetró como un veneno sutil hasta el corazon del marqués, y una vez se despertó sobresaltado con la frente cubierta de

sudor bajo el peso de una horrible pesadilla. Acababa de ver en sueños á Bolton, Cynthia y Osmany que le tendían los brazos y le decían:

—¡Eres gitano, eres hijo de esa raza proscrita por la sociedad!

El mismo día, el marqués, dominado por una agitación extraordinaria, pidió su carruaje y se hizo conducir á Bedlam.

—¡Quiero ver á aquella mujer que decía ser mi madre!—pensaba.

Y pidió hablar al director. Todas las puertas se abren ante un par de Inglaterra. El director se presentó al momento.

—Caballero,—le dijo el marqués,—¿no está bajo vuestras órdenes inmediatas el cirujano Bolton?

—No, señor.

—¿Cómo! ¿el doctor Bolton no está empleado en Bedlam?

—De ningún modo.

—¡Es extraño!—murmuró Roger.

Después añadió:

—Han debido traerlos, hace ocho días, una mujer llamada Cynthia.

—No lo sé,—dijo el director;—tenemos aquí novecientas mujeres. Sin embargo, voy á mandar que lo vean en el libro de entradas. ¿Qué edad tiene esa mujer?

—Cerca de cuarenta años y ha debido ser muy hermosa.

—¿Cuál es su locura?

Roger titubeó un momento, y en voz baja:

—Pretende ser mi madre,—dijo.

—¡Oh! señor marqués, contestó el director,—puedo asegurar á vuestra gracia que si hubiera entrado en Bedlam una loca de ese género, me lo habrían advertido.

Roger estaba pálido; un sudor frío corría por su frente.

El director hizo ver todos los libros de entrada; en ninguna parte se hallaron huellas de Cynthia la gitana.

El marqués volvió á su casa mas inquieto y mas sombrío.

—¿Sería verdad lo que decia aquella mujer!—murmuraba.

Y recordó la misteriosa proteccion

de que era objeto, aquel extraño personaje llamado Osmany, que se habia hallado en su camino siempre que le amenazaba algun peligro; aquella señal misteriosa que tanto empeño tenian en que desapareciera de su brazo. Roger pasó encerrado en su cuarto tres dias, sin querer recibir á nadie y sin pensar apenas en Ellen.

—¿Para qué he de volverla á ver, — se decia, — si aquella mujer decia la verdad, si soy un gitano?

Roger se avergonzaba de sí mismo; no se atrevia á ir al club, y habia escrito al teniente coronel de su regimiento rogándole que tomara el mando por algunos dias. Finalmente, habia hecho buscar á Osmany por todas partes, pero no le habian encontrado.

Una noche, el marqués Roger estaba solo entregado á los mas tristes pensamientos, cuando le anunciaron al capitán Lionel. Roger dió un grito. Desde que sabia que ambos amaban á la misma mujer, los dos jóvenes se habian evitado cuidadosamente, aconsejados en

esto por Ellen, que había sabido persuadir á cada uno de ellos de que era amado. Pero la deplorable situación de ánimo en que se encontraba Roger, hacia que la llegada de Lionel le distrajera de sus preocupaciones, y solo se acordó de una cosa; de que Lionel había sido su amigo.

—¡Que entret!—dijo.

Lionel entró con paso firme, con el sombrero en la mano, como un soldado que adopta una actitud respetuosa en presencia de su superior; pero la palidez de su frente, el brillo febril de sus miradas, desmentían aquella aparente tranquilidad.

Roger comprendió al momento que Lionel le buscaba como enemigo, y rechazó al fondo de su corazón el impulso de cariño que sus labios iban á dejar escapar.

—Señor,—dijo Lionel,—vengo á presentar á vuestra gracia mi dimisión de capitán de los dragones del rey.

—¡Ah!—dijo Roger.

—El momento está mal elegido, sin

dada,—prosiguió Lionel con una calma que encubría la tempestad.

—En efecto,—dijo Roger.

—Pero vuestra gracia se dignará excusarme si insisto.

—¡Ah!—volvió á decir Roger,—¿tenéis mucha prisa, caballero?

—Mucha, señor.

—¡Ah! ¿y podré saber por qué?

—¿Por qué?—dijo fríamente Lionel,—porque quiero batirme con un superior y no me es posible mientras esté bajo sus órdenes.

Roger frunció las cejas.

—¡Pues bien!—dijo,—acepto vuestra dimisión. Ahora decid, caballero, ¿con quién queréis cruzar vuestra espada?

—Con vos, señor.

—¡Ah! ¿es... conmigo?...

—Sí, señor; deseo tomar mi revancha.

—¿Vuestra revancha?

—Espero,—dijo Lionel,—que vuestra gracia no se volverá á poner la máscara que llevaba hace diez días, cuando me dejó por muerto en el suelo con el hombro atravesado por una estocada.

Roger miró atentamente á Lionel.

— Por mi honor, — dijo, — creo que estais loco!

— No, milord.

— ¿Y asegurais, — prosiguió el marqués, — que me he batido con vos?

Una amarga sonrisa cruzó por los labios de Lionel.

— ¡Oh! bien sé, — contestó, — que el marqués de Ashurthon es incapaz de comprometer á una mujer.

Roger se encogió de hombros.

Lionel continuaba sonriendo irónicamente.

— Ya he tenido el honor de deciros, milord, que tengo prisa por terminar este asunto. Os ruego, pues, que me digais dónde os encontraré, y si tenéis á bien devolverme la llave que no supe defender, y de la cual os apoderástei como un ladron nocturno.

— ¡Este hombre está loco! — exclamó Roger estendiendo la mano hácia el cordón de la campanilla para llamar á sus criados.

Lionel le cogió el brazo:

— ¡No llamareis! — dijo con sorda voz, — y vais á devolverme la llave que me habia dado la señorita Ellen.

Aquel nombre hizo el efecto de una chispa al caer en un barril de pólvora. Roger lanzó un grito de furor y rechazó bruscamente al joven oficial:

— Sois un loco y un infame, — dijo, — porque intentais, en este momento, deshonrar á una mujer digna de todo vuestro respeto, una mujer que me ama y que ha tenido lástima de vos hasta ahora.

Y con la rapidez del rayo se precipitó sobre su espada, cuya hoja hizo brillar á la luz de las bujías. Lionel habia desenvainado ya la suya.

Pero antes de que se cruzaran los aceros, antes de que aquellos dos hombres, amigos poco hacia, hubieran empeñado una lucha fratricida, se abrió precipitadamente una puerta, y una mujer se arrojó, lanzando un grito, entre los dos adversarios.

— ¡No os batireis! — exclamó aquella mujer.

—¡Mi madre!...—esclamó Lionel a reconocer á la señora Celia.

—¡Señoral...—balbucó el marqués, bajando la punta de su espada ante aquella mujer, á quien veía por primera vez.

Los ojos de la señora Celia estaban animados; en su rostro se descubría una expresión de desesperada energía.

—¡Nó!—repitió con vehemencia,— ¡no os batireis!

—¡Señoral—dijo Roger pálido de furor.—¡Dios me es testigo de que he tenido calma y paciencia hasta el último extremo; pero vuestro hijo me ha insultado como el último de los miserables...; es un infame colomniador!

Ella le interrumpió con un gesto de autoridad que le hizo enmudecer, y colocándose delante de él:

—¡No tenéis en un talon de este palacio,—le dijo,—el retrato de la señora Cecily, marquesa de Asburthen, muerta hace cerca de doce años?

—Sí,—balbucó Roger.

—¡Pues, bien... miséñal!

Roger contuvo una exclamacion de asombro.

—¡Dios mió!...—murmuró,—¡esta semejanza!...

Ella le tomó de la mano y le llevó al salon, donde el retrato de cuerpo entero de la señora Cecily, hecho por Reynold, cuando aquella tenía veintidos años, estaba colgado encima de la chimenea.

—¡Mirad!... ¡mirad bien!—repitió sin soltar la mano de Roger.

Se parecia todavía de tal manera á aquel retrato, que Roger no pudo menos de exclamar.

—¡Mi madre!

Y cayó de rodillas.

—Ignoro si soy vuestra madre,—contestó ella;—pero lo que sé es que me llamo Sra. Cecily, marquesa de Asburthou y que este es mi segundo hijo, hijo del señor Asbusthou vuestro padre.

Lionel podia apenas sostenerse sobre sus piernas, como si su razon lo hubiera abandonado. Roger se levantó, se dirigió lentamente hácia Lionel y le alargó la mano.

—¡Hermano! perdóname,—dijo el último atrayéndole sobre su corazón.

Roger, arrancándose repentinamente de sus brazos, volvió á ponerse de rodillas delante de la señora Cecily, la cogió las manos y se las cubrió de besos. Entonces se escaparon dos lágrimas ardientes de los ojos de la marquesa de Asburthton y cayeron sobre la frente del hermoso joven arrodillado delante de ella.

—¡No, no!—murmuró con voz conmovida,—el Sr. Roberto Walden me ha engañado... de seguro es mi hijo...

Y se inclinó hacia él depositando sobre su frente un ardiente beso, un beso de madre.

III.

Veinticuatro horas despues, el marqués de Asburthton entró radiante de alegría en el club de los Lindos. Su entrada fué un verdadero triunfo. Hacia ocho días que no había ido y su aparición fué saludada con aclamaciones.

—¿De dónde salís? ¿de dónde venís? le preguntaban todos.

—Señores, contestó Roger, he estado algo enfermo, no he salido durante algunos días.

Hicisteis mal en no venir ayer, querido marqués, le dijo el Sr. Edward Johnson.

—¿Por qué?

—Porque hublerais visto un personaje curioso, que nos fué presentado por el banquero Brixworth.

—Ante todo, dijo el marqués, me parece curioso que Brixworth se permita presentar en el club sus amigos ó sus clientes.

—Es un hidalgo, un grande de España, cubierto de diamantes,—prosiguió el señor Edwarb.

—¿Cómo se llama?

—Don Pedro Rentes etc., etc.

—En fin, ¿habeis recibido á ese calendario como miembro temporal?

—Sí,—dijo Arturo,—ese señor debe poseer alguna mina de oro en el Perú. Es lástima que sea tan feo y tan ridículo.

—¡Basta!—dijo el marqués,—ese altivo castellano será tal vez primo del caballero de la triste figura.

—Jugó ayer una partida con el conde de Morson y perdió con gran tranquilidad mil quinientas libras.

—¡Es una bonita suma!—dijo Roger con indiferencia.

—No conozco,—repuso Arturo Rood,—otro que el nabab Osmany que sea capaz de jugar semejante cantidad.

El nombre de Osmany hizo estremecerse al marqués Roger.

—A propósito señores, ¿podrías decirme lo que ha sido de él?

—¿De quién? ¿De Osmany?

—Sí.

—Yo he oído decir,—respondió Edward que estaba en sus tierras de Escocia.

—¡Ah!

—¡Otro personaje singular!—murmuró Arturo.

—Nadie sabe,—prosiguió otro miembro del club de los Lindos,—quién es ni de dónde viene; pero á decir verdad,

es rico como la gran pagoda, generoso como el hijo de un rey, valiente hasta la temeridad y amigo de aventuras como nadie.

—De manera,—repuso Arturo,—que con semejantes prendas, hubieramos hecho mal negándole la entrada en el club de los Lindos.

—Me parece lo mismo,—murmuró Roger que había quedado pensativo.

Un jovencito de sonrosadas mejillas, cuyos labios estaban apenas sombreados por un ligero bozo rubio, tomó á su vez la palabra.

—Señores,—dijo;—ese Osmany es un personaje todavía mas singular de lo que suponeis.

—¡Bah!—esclamaron alrededor.

—A pesar de que se presenta aqui ricamente vestido, no se priva de ningun medio de correr las calles de Londres y los barrios mas miserables, en traje de marinero.

—Eso es una novela,—dijo uno de los oyentes.

—Yo le he encontrado.

—¿Vestido de marinero?

—Sí, con un chaqueton pardo y un sombrero de bule.

—¿Y á dónde iba?

—Le seguí y vi que entraba en el Wapping.

Y al ver que todos se sorprendian, el narrador añadió:

—Le ví hablar á un hombre del pueblo, á un gitano, con la mayor familiaridad.

Aquel nombre de gitano hizo estremecerse al marqués.

—Pero,—dijo á su vez como si hubiera tenido prisa para variar de conversacion,—hace poco hablábais de un español que me parece por lo menos tan interesante como el Sr. Osmany, señores.

—Ciertamente.

—¿Y de dónde viene ese hidalgo?

—De América. Pretende,—según ha dicho,—que ha encontrado á vuestro primo.

—No creo tener ningún otro primo que el Sr. James Asburthou.

—De Sr. James es del que habla.

—¿Y lo ha encontrado?

—Sí, prisionero de los americanos.

—¿Cuándo?

—Hace apenas tres meses.

—Señores, —dijo Roger, —eso es absolutamente imposible, porque el Sr. James Asburthou ha sido muerto hace seis meses en el último asalto del fuerte Saint-George.

—Eso mismo hemos dicho á D. Pedro; pero este sostiene su aserto.

—¡Ah! ¡á fé mia! él mismo os lo va á explicar, ¡hélo aquí!

En efecto el noble D. Pedro Rentería Sandoval y Lucienda de Silvanha Popol, grande de España de primera clase, etc., entraba en aquel momento, acompañado del banquero Carlos Prixworth.

Dicho personaje saludó con automática gravedad, y no pestañeó siquiera al ver al marqués Roger de Asburthou. Roger miró curiosamente á aquella grotesca figura, bajo cuya apariencia jamás hubiera reconocido al sobrino de su padre, á James, el aparecido de Asbur-

thon el viejo. Despues de cambiar los acostumbrados cumplimientos, Arturo tomó la palabra.

—Escelencia,—dijo,—permitidnos que os presentemos al señor marqués Roger de Asburthon.

El español saludó.

—He conocido,—dijo con su lenguaje chapurrado.—á un caballero de ese mismo nombre.

—¡Ah!—dijo Roger,—¿y dónde, esclencia?

—En América. Dicho caballero era prisionero del general rebelde Jackson.

—¿Pero hace mucho tiempo?—preguntó Roger.

—El español pareció reflexionar.

—Estamos en agosto,—dijo.—Er en el mes de mayo. Hace mas de tre^{ta} meses.

Roger movió negativamente la cabeza.

—Entonces,—dijo,—V. E. ha encontrado un Sr. James fingido.

—¡Oh!

—El verdadero murió hace mas de seis meses.

Pero el español no se alteró. Una fría sonrisa se dibujó en sus pálidos labios.

—Es decir que se le ha creído muerto.

—Escelencia,—añadió Roger,—un hombre que recibe dos balazos en la espalda, y cae además de cincuenta pies de altura en un lago de veinte brazas, no vuelve á pasearse por nuestro planeta.

—No es por eso ménos cierto,—contestó el falso español,—que el Sr. James, herido solamente, fué recogido por una barca americana y hecho prisionero de guerra.

—Es imposible,—murmuró Roger, cuyas cejas se contrajeron violentamente.

El hidalgo se acercó á él y añadió en voz baja:

—Tanto es así, que me ha encargado de un mensaje para vuestra gracia.

El marqués le miró fijamente.

—¿Verbal ó escrito?—preguntó.

—Un mensaje verbal.

Roger guardó silencio. Comprendió por la mirada misteriosa del español que

solo él debía oír lo que tenia que decirle. Los dos se retiraron algunos pasos. El español añadió entonces:

—Señor marqués, solo me he hecho presentar aquí con la esperanza de encontraros. Tengo una comunicacion sumamente importante que haceros de parte del Sr. James.

—Escelencia,—dijo Roger, cuya voz dejaba conocer una viva emocion,—si no podeis hablar delante de testigos, hacédme el honor de concederme una cita.

El español empezó á reflexionar.

—Queda aquí muy poca gente á las dos de la madrugada,—dijo.

—Ordinariamente.

—Si vuestra gracia quiere proponerme una partida de ajedrez entre doce y una, es probable que podamos hablar.

—Sea,—dijo Roger sacando su reloj.—Son las diez y media. Tengo una cita á las once; pero contad conmigo, volveré.

El español se inclinó y fué gravemente á sentarse á una mesa de juego.

que todos se apresuraron á rodear. Puso á su lado su cartera llena de billetes de banco, y dijo.

— Señores, os pido mi revancha.

— Excelencia, — dijo Roger sonriendo, — os aconsejo que no os dejéis ganar por esos señores.

— ¿Y por qué, señor?

— Porque pienso proponeros una partida de ajedrez.

El español inclinó gravemente la cabeza en señal de aprobación.

— Tengo una observación que hacer á vuestra gracia, — dijo. — Se juega al whist, al koston y á todos los juegos de cartas delante de testigos. El juego de ajedrez, que es un verdadero duelo, necesita la meditacion y el silencio.

— Esa es mi opinion, y creo que dos adversarios formales deben encerrarse y jugar en la soledad. A ñadiré, que la puesta entre personas como nosotros no puede ser menor de quinientas libras.

— Aceptado, — dijo friamente Roger.

— ¡Bravo! — Esclamaron todos. — ¿Se puede apostar?

— Si, ciertamente, señores, — contestó Roger. — La partida empezará á la una.

— ¿Porqué no enseguida?

— Porque tengo que salir ahora mismo, contestó Roger, — y no volveré hasta la hora que he tenido el honor de deciros.

— ¡Dichoso marqués! — murmuró Arturo Rood, — sin duda le esperará alguna rubia y vaporosa lady.

El marqués salió de la sala de juego, tomó la escalera principal del club y bajó al patio donde le estaba esperando su carruaje.

La inesperada presencia de la señora Cecily en el palacio Ashburthou el día anterior, en el momento en que Roger y Lionel iban á comenzar un combate á muerte, no era casual. Era obra de la señorita Ellen. Al ver salir desesperado á Lionel, la pupila de Roberto Walden dijo para sí:

— Ahora querrá matar á Roger, y el resultado que yo esperaba se halla cercano. Corramos á prevenir á Cecily.

La jóven salió de su casa por el jardín, lo que acortaba la mitad de la distancia que tenia que recorrer: llegó á la puerta de Cecily, subió á su cuarto, encontró á la pobre madre inquieta por no ver volver á su hijo, que habia salido por primera vez despues de su duelo con Osmany, y la dijo sin mas próambulos:

—Corred, señora, al palacio de Asburthou, sin perder un minuto, vuestros dos hijos van á batirse.

Nuestros lectores saben lo demás. Cecily habia llegado á tiempo de separar á los combatientes y ya hemos visto la escena que siguió. Roberto Walten no se habia explicado nunca categoricamente con Cecily, y á pesar de que la habia dado á entender que Roger debia ser un hijo natural del difunto lord Asburthou, no se habia afirmado sin embargo. Así, pues, engañada sin duda por la generosidad de Roger y por sus caricias, la pobre mujer no habia podido menos de esclamar:

—¡Oh! si, ¡tu debes ser mi hijo!

Entonces Roger olvidó la horrible escena del c'no del Armifio, los gritos de Cynthia la loca, la desaparicion de Bolton, todo, hasta la proteccion misteriosa de que le rodeaba el nabab Osmany. Se creyó de nuevo hijo legitimo del marqués de Asburthon, y habia pasado una hora de felicidad entre Lionel y aquella á quien llamaba su madre, haciéndoles preguntas y dejando ver su admiracion de que Cecily hubiera hecho correr el ruido de su muerte. Fué entonces preciso que la pobre madre relatará uno á uno todos los dolores de su vida; que digera á Roger las injustas y odiosas sospechas inspiradas por el infame Jack á su hermano mayor sobre el nacimiento de Lionel, y la necesidad en que se habia encontrado de hacer creer en la muerte de aquel niño, para preservarlo del ótio ciego de lord Asburthon.

— Pero, — exclamó Roger, — cuando murió mi padre, ¿por qué no habéis venido á abrirme vuestros brazos y á decirme: «Yo soy tu madre, y hé aqui á tu hermano?»

—¡Pobre hijo mío!—murmuró Cecily, no adivinas que tenía miedo de la ley que rige á la aristocracia inglesa? ¡Ah! he sido una loca,—acabó diciendo,—en pensar un momento que mi Lionel...

Y se detuvo. Roger la interrumpió.

—Señora,—dijo,—la ley inglesa solo protege á los que la invocan; pero yo reconozco esa ley que despoja al hermano menor en provecho del primogénito.

Y tendiendo la mano á Lionel, añadió:

—Todo será comun entre los dos, hermano, todo; oro y dignidades; y en la primera sesion pediré permiso al rey para verificar el reparto.

La señora Cecily estrechó de nuevo á Roger entre sus brazos.

—¡Ah...—dijo,—tienes un noble corazón!

—¿Cómo hubiera podido Roger, despues de aquel segundo abrazo, sospechar aun que aquella noble y bella mujer, que le cubría de caricias y le inundaba con sus lágrimas, no fuera su madre? Convínose entonces entre ella y

él, porque Lionel, estupefacto por lo que acababa de ver y oír, no tenía fuerzas para hablar; quedó convenido que la existencia de la señora Cecily y de su hijo segundo permanecería secreta hasta la próxima reunión de la cámara de los Lores.

Roger acompañó á su madre y á su hermano hasta su casa, y en el momento de dejar á Lionel, se inclinó á su oído y le dijo:

—Reanuncio á la señorita Ellen; te casarás con ella.

Y escapó, como si hubiera tenido miedo de sucumbir ante semejante sacrificio. Y volvió á su casa, donde dió libertad á sus hijas; pero el marqués Roger de Ashburton estaba á la altura de los más caballerescos sacrificios. Después de haber llorado por su amor perdido, encontró nuevas fuerzas en la inmensidad de su abnegación, y escribió á la señorita Ellen estas palabras:

•Señorita Ellen, necesito veros hoy mismo. Se trata de vuestra felicidad y del reposo de toda mi vida.»

La señorita Ellen había adivinado aquel billete, y contestó:

«Esta noche á las once en mi quinta.»

Roger había pasado el día afirmándose en su resolución; y por la noche, cuando entró en el club de los Lindos, su tranquilidad, su mirada tranquila también, y la sonrisa que se veía en sus labios, decían eloquentemente que había encontrado en su corazón suficientes fuerzas para llevar á cabo aquel supremo sacrificio.

Por la orilla derecha del Támesis, -- dijo á su cochero que hizo salir á los caballos con la velocidad del rayo. -- Durante el camino, Roger procuró aturdirse, esforzándose por encontrar en la imágea de la futura dicha de Lionel, el valor que le era necesario para soportar aquella dicha. Pero de pronto se acordó de lo que habían dicho en el club acerca de Osmauy.

—¿Pero por qué me protege ese hombre?—se preguntaba de nuevo y sin poderse contestar á aquella pregunta. —¿Por qué se ha encontrado tan á

menudo en mi camino, él, que según dicen, tiene relaciones misteriosas con los gitanos?

Y empezó á recordar á Cynthia, la marca fatal que Bolton habia borrado, la desaparicion de este, tantas cosas en fin, que muchas veces habian producido en su alma una angustia mortal. Pero, cosa extraña, esta vez, su corazon no latió mas aprisa, el rubor de la vergüenza no cubrió su frente; todo al contrario, levantó alteneramente la cabeza y dijo para sí:

—Si eso fuera cierto, yo partiria para siempre despues de haber hecho reconocer á Lionel como heradero mio.

Pensando en esto, preparándose si era preciso, á un último y supremo sacrificio, llegó á la puerta de la quinta de mis Ellen.

Una indecisa claridad se filtraba á través de las persianas. El corazon de Roger latió apresuradamente, su frente se cubrió de sudor, un último suspiro desgarró su pecho.

—¡Oh, Dios mio!—murmuró.—
¡Dadme fuerzas hasta el fin!

Y llamó suavemente á la puerta. La misma señorita Ellen vino á abrirle. La姑娘 estaba radiante de gracia y de hermosura; un bello encantamiento se reflejó por momentos en su frente, bajó los ojos al ver entrar á Roger. Roger con un supremo y sublime esfuerzo había recobrado su calma y había conseguido dominarse.

— Ellen, — le dijo al entrar en el saloncito donde tantos sucesos habían pasado ya, — espero que me perdonaréis el haber pasado diez días sin daros ninguna señal de vida.

— ¡Ay de mí! — dijo ella suspirando y bajando los ojos, — todo lo he comprendido, caballero.

— ¿Qué heais comprendido? — preguntó él estremeciéndose.

— He comprendido, — murmuró ella muy bajo, como si cada palabra hubiera subido penosamente desde el fondo de su corazón, — he comprendido que ya no me amais.

Roger estuvo á punto de lanzar un grito; pero tuvo el estóico valor de no echarse á sus piés.

—Os habeis equivocado, Ellen,— contestó; —haco diez días os amaba aun, ayer os amaba todavía... y si... hoy tengo fuerzas para renunciar á vos... es que otro mas digno...

Se interrumpió. Ellen parecia á punto de desmayarse. El la sostuvo con sus brazos y la dijo:

Lionel os ama.

—¡Oh! ya lo sé,—contestó ella.

—Su amor á vos lo matará.

—¡Dios mio!—esclamó ella,—pero yo os amo á vos... yo...

—Y Lionel es hermano mio,—añadió Roger con calma.

—¡Hermano nuestro!—esclamó ella con un asombro tan cándido, tan maravillosamente fugido, que Roger hubiera jurado por su honor que Ellen nada sabia.

—Sí,—contestó,—Lionel es el hijo segundo del marqués de Asbuthon.

Ellen parecia aturdida con lo que le revelaba Roger.

Este prosiguió:

—Lionel es jóven, buen mozo, será

rico, porque yo repartiré con él mi fortuna. Es preciso que seas su esposa, Ellen, es preciso. Dentro de tres días un capellán os unirá en la capilla del palacio de Asburthton.

Ellen lanzó un grito ahogado y cayó sin sentido en brazos de Roger.

Al oír aquel grito se abrió la puerta: una sueciana corrió hacia ella. Roger reconoció al aya de la joven.

—Tened,—la dijo con voz entrecortada.—llavadla á su cuarto, hacedla respirar sales; yo no tendria fuerzas para esperar á que vuelva en sí.

Y el desgraciado jóven salió ahogando sus sollozos y murmurando:

—Esté consumido el sacrificio. ¡Dios mío! ¡protegedme ahora, y dadme valor para no matarme, porque el suicidio es un crimen!

Oyóse el ruido de su coche que se alejaba. Entonces Ellen se enderezó bruscamente y se sonrió con irónica expresión.

—¡Pobre machacho!—dijo despidiéndose á su aya. Despues se fué á acurrucar

como una gata en un divan, y se dirigió el pequeño monólogo siguiente:

— «Creo que ahora está concluido lo mas difícil de mi tarea. Cuando vuelva de Escocia Roberto Walden me encontrará casada con Lionel. Cecily esta de mi parte, porque hasta ahora está persuadida de que Roger es su hijo y no participa de los necios escrúpulos de Roberto Walden, que no quiere admitir que una gitana llegue á ser esposa de un par de Inglaterra. Verificado el matrimonio, fácil me será probar á ese excelente Roger que es hijo de Cynthia la gitana. Y entonces, —terminó la joven con diabólica sonrisa, —el caballeresco Roger se apresurará á bajar de su asiento de por para hacer subir en él á su amado Lionel. ¡Vamos, seré marquesa de Asturthon.»

Al pronunciar estas suaves palabras en voz baja, Ellen se enderezó repentinamente y prestó atención. Habíale parecido oír fuera pasos y rumores ahogados. Abrió vivamente la ventana y se inclinó hácia fuera. Pero la noche esta-

ba oscura y el silencio reinaba alrededor de la quinta.

Sera el viento que agita los árboles, — pensó, — ó alguna barca que surca la corriente del Támesis. Es una locura tener aun estos terrores, puesto que Juan de Francia ha muerto.

IV.

No obstante, á medida que Roger se acerca á Londres, sentia mitigarse su dolor.

— Lionel será dichoso, — se repetia muchas veces. — Yo no dejaré por algunos años, solicitaré volver á África y quizás tenga la dicha de parecer generosamente por mi rey y por mi patria. ¿Y quién sabe...? — añadía el noble joven, — ¿quién sabe si Dios no se apiacirá de mí, si el campo llegara á cruzar la jornada de uno de mis años? ¿Quién sabe si al volver á Inglaterra después de una larga ausencia me sería dable encontrar á mi esposa, si tan pronto para amarla sencillamente como á una hermana?

Entregado á estas consoladoras reflexiones llegó al club de los Leados.

Habia sido á pesar de que habian dado hacia rato las once de la noche, una numerosa reunion. El desafío propuesto por D. Pedro y aceptado por el marqués habia retenido á los principales miembros del aristocratico círculo. Roger era esperado con impaciencia. D. Pedro habia anunciado que desahala combatió en palenque cerrado. Habia, pues, reservado para aquel torneo de nueva especie un salencito como habian colocado el tallero junto á una ventana. Sobre un verdor cercano, una bandeja de plata sobredorada contenia una botella de Oporto y dos copas de cristal de Bohemia. D. Pedro se hallaba ya sentado delante del tallero. Roger entró con la sonrisa en los labios y la polséz en la frente, se levantó y vino á su encuentro. Los miembros del club habian acompañado á Roberto hasta el salon; pero se habian retirado en el umbral.

— Señores, — dijo el marqués, — permitid que cierre la puerta. Solo se abrirá despues del combate.

— ¡Milores! — gritó Arturo Rood, pueden empezar las apuestas. Van cien libras por el marqués Roger.

— Yo las apuesto por D. Pedro, contestó el banquero Brixworth.

Las apuestas se cruzaron al otro lado de la puerta y ambos campeones se encerraron.

— Milord, — dijo entonces D. Pedro Rentes, sentándose delante del tablero, — tengo costumbre de beber una copa de Oporto antes de colocar mis piezas.

— Excelente idea, — dijo Roger cogiendo la botella y llenando las copas.

Ambos adversarios se inclinaron ligeramente antes de beber y dejaron á un tiempo sus copas á medio desocupar sobre la bandeja.

Al mismo tiempo que movía sus piezas, D. Pedro Rentes daba maquinalmente vueltas entre los dedos de su mano izquierda á una gruesa sortija en la que brillaba un rubí de las mas bellas aguas. Al hacer un movimiento para acercar una silla, la sortija se escapó de entre sus dedos y fué á rodar hasta los

piés del marqués. Roger se bajó para recogerla,

Apesar de lo rápido que fué este movimiento, el Sr. Rentes tuvo tiempo para alargar la mano hasta la copa de Roger y dejar caer en ella una pequeña bola negra que se disolvió instantaneamente en el Oporto. Roger que acababa de recoger la sortija, la devolvió al español, quien le dió las gracias expresivamente y volvió á colocarla en el anular de su mano izquierda.

—Perdonad, excelencia,—dije entonces Roger apoyando los codos sobre la mesa,—bien sabéis por qué he aceptado este partido de ajedrez...

—Sin duda. Tengo que hablar á vuestra gracia del Sr. James, su primo.

D. Pedro se acomodó en su asiento como hombre que se dispone á entablar una larga conversacion.

—Figuraos,—prosiguió—que el Sr. James fué salvado por los americanos.

—Ya me lo habéis dicho.

—Justamente. Pues bien, al atravesar el campamento del general Jackson, he tenido el honor de encontrarle.

—No os daré la enhorabuena de ello.

—Me encargó de un mensaje para vuestra gracia.

—¡Ah! ¡ah!

—Querría volver á Inglaterra.

—Es un bribon sumamente audaz, —dijo el marqués.

—Se arrepiente de las faltas que he cometido contra vuestra gracia.

El marqués se sonrió irónicamente y miró fijamente á D. Pedro.

—Pues yo, —dijo, —siento infinito no haberle saltado la tapa de los sesos por mi propia mano.

Al ir D. Pedro á contestar al marqués la ventana que habia á la izquierda de la mesa se abrió bruscamente, empujada por una ráfaga de viento, dando paso á una corriente tan violenta que apagó las dos bugias del candelabro colocado al lado del tablero.

—Vaya un viento desagradable. —dijo Roger levantándose y cogiendo el candelabro para ir á encenderlo en la chimenea, mientras D. Pedro volvía á cer-

rar la vidriera que daba paso á un ancho balcon de piedra. Esta operacion tan sencilla no duró un segundo mas del tiempo que el marqués habia empleado en bajar la cara pero para recoger de debajo de la mesa la sortija de rubies. Sin embargo, durante aquellos pocos momentos de sorpresa y de inaccion habia entrado un brazo por aquella ventana que acababa de abrirse tan bruscamente y habia cambiado de sitio los vasos. El del marqués quedó delante del sillón de D. Pedro, y cido este al lado del bolillo del marqués. Los dos jugadores volvieron á sentarse. Detrás de la puerta del gran salon, los que habian apostado esperaban con ansiedad el resultado de la partida. Roger y D. Pedro los oian cuchichear.

— ¿Decias, pues, excelencia,—añadió Roger,—que mi honrado primo se arrepentia de sus fechorías y deseaba volver á Inglaterra?

— Si, señor, mas ¿cómo, y cuándo garate de re-inceruar?

— Os aconsejo,—dijo con calma Ro-

ger, — que no aventureis sobre ese arrepentimiento ni vuestro honor, ni vuestra fortuna, ni vuestra vida, y para convenceros mas todavía, brindo por que el moy calla de mi primo, James Asturthon, sea ahorcado lo mas pronto posible.

Y cogiendo su copa, la vació de un trago.

— ¡Amen! — dijo D. Pedro como para terminar, y lo mismo que Roger, acabó de vaciar su vaso.

La partida habia adelantado mucho mientras hablaban. D. Pedro tenia para aquel juego una maravillosa destreza. Roger perdió terreno poco á poco y lo tardó en recibir jaque mate. Levantóse entonces y dijo á su adversario con toda la cortesía de un gran señor.

— Recibir por quinientas libras tan bella lección es verdaderamente de valde.

Y fué á abrir la puerta del salon.

— Señores, — dijo, — que los que han apostado por mí tengan á bien perdonarme.

—¿Habeis perdido?—dijo Arturo Rood.

—He perdido.

Todos hicieron un movimiento. Los que habian perdido pagaron de mala gana; los gananciosos quedaron encantados de la habilidad de D. Pedro. Este trató de esquivarse; pero al tiempo que se despedia, entró un nuevo personaje.

—¡A fé de Lindo!—esclamó Arturo Rood,—hé aquí un aparecido.

—¡Eh! job! ¿quien sabe?—contestó el recién llegado.

Al ver á aquel miembro que llegaba á semejante hora, D: Pedro (James) palideció bajo la espesa capa de ocre que cubria su rostro, y el mismo Roger no pudo menos de estremecerse.

—Ved al gentleman mas escéntrico de los tres reinos, el nabab Osmany,—dijo Edward Thompson.

Osmany, pues era él, saludó á los circunstantes, y dijo:

—Me han hablado, señores, de cierta partida de ajedrez.

— Ya ha sido jugada.

—¡Ah!

Y ved al vencedor, dijo él por mirando atentamente á Osmany.

Y designó á D. Pedro con la mano.
El fingido hábito saludó.

—¿De veras?—dijo Osmany.—¿S. E. don Pedro Rector?

—¿Sabéis mi nombre?

—Nada hay en Londres que lo pare á estas horas.

D. Pedro se creyó obligado á volverse á inclinar.

—Pues bien,—repuso Osmany,—si vuestra excelencia quiere hacerme el honor de lidiar conmigo...

—¿Al ajedrez?—preguntaron muchos miembros del club.

--Sin duda.

—Es muy tarde,—murmuró D. Pedro que tenia prisa por salir de allí y miró de cuando en cuando á Roger cuyo rostro no dejaba ver en guisa suficiente. Pero Osmany añadió:

—¿Los descendientes de Hernán Cortés hablan de huir ante un pobre judío como yo?

—¡Imposible!—dijeron muchas voces.

—Así lo creo,—añadió el marqués sonriendo.

D. Pedro se inclinó, pero estaba visiblemente inquieto.

—Como guste vuestra señoría,—dijo dirigiéndose á Osmany.

—Escelencia,—añadió este,—creo que antes os habeis batido sin testigos.

—Sí.

—Por mi parte, os pido el permiso de que los haya.

—¡Oh! con mucho gusto,—dijo D. Pedro que temblaba de encontrarse á solas con Osmany.

—Escoged el vuestro.

D. Pedro hizo una seña al banquero Brixworth.

—Hé aquí el mio,—dijo Osmany saludando al marqués Roger.

El jóven buscaba hacía demasiado tiempo á Osmany, para no coger el vuelo esta ocasion de encontrarse con él.

—Y ahora, señores,—acabó el nabab,—bien podeis abrir las apuestas y apostar por mí; tengo una suerte infernal á todos los juegos.

— ¡Es extraño! — pensaba James, — me parece que este condenado gitano, que ya echó á perder mis asuntos en el fuerte Saint George, me ha conocido.

Dirigióse con vacilantes pasos al saloncito. Esperimentaba un vago malestar que atribuía á la presencia de Osmany. Este cerró la puerta con llave y fué á sentarse en el mismo sillón que poco antes había ocupado Roger. El marqués y Brixworth se quedaron en pié, cada uno detrás del asiento de su campeón. Osmany colocó friamente las piezas en el tablero.

— Caballero, — dijo volviéndose al señor Brixworth, — si vuestro cliente tuviera tiempo de jugar conmigo una partida todas las noches, no tardaría en agotar su carta de crédito sobre vuestra casa.

D. Pedro hizo un esfuerzo para sonreirse.

— Alla lo veremos, — dijo.

— Desgraciadamente, no tendrá tiempo, — prosiguió Osmany.

— ¡Oh! — dijo el flégido español, — si

vuestra señoría tiene algun tiempo desocupado, ya veremos...

—Ciertamente que tengo tiempo,— prosiguió el nabab moviendo su cabello; —es vuestra señoría quien no lo tiene.

—¿Cómo?—preguntó el fugido español algun tanto inquieto.

—¡Bah! nadie sabe jamás el tiempo que le queda de vida.

D. Pedro se estremeció.

—Perdonadme,—añadió Osmany,— pero soy un poco médico.

—¡Bah! ¿y creéis que estoy enfermo?—preguntó el Sr. D. Pedro Rentes.

—Sí; muy enfermo.—contestó fríamente Osmany.

D. Pedro se estremeció, pero sus labios no dejaron de sonreirse.

—Veo,—dijo,—que jugáis al agedrez á la manera de los indios.

—¿Cómo?

—Intimidando á vuestro adversario.

—¡Oh! nada de eso,—dijo Osmany.

—Mirad, apuesto á que sentís ya un calor inesplicable en el pecho.

D. Pedro hizo un ademán negativo;

pero al mismo tiempo experimentó el dolor que Osmany le anunciaba.

—Juguemos,—dijo con una risa nerviosa.

—¡Bien!—dijo Osmany,—pero temo que no tengais tiempo para acabar la partida.

—Pero, caballero...

—Figuraos,—añadió el nabab,—que empezais á palidecer como si tuviérais la tez blanca y sonrosada del marqués Asburillon.

Roger le escuchaba con secreta ansiedad.

—Eso es solamente el efecto del vaso de Oporto que acabais de beber. ¿Eso bueno?

—Eccelente,—contestó D. Pedro.

—¿A pesar del granito negro que habiais disuelto en él?

El fingido hidalgo contuvo un grito.

—Caballero,—dijo,—me parece que estais loco.

—Yo no, vos sí que lo estais... porque os habeis equivocado de vaso, ¡querrido señor!

Al pronunciar Osmany las últimas palabras, D. Pedro dio un nuevo grito, pero un grito arrancado esta vez por el dolor, y sus labios se pusieron lívidos. Quiso levantarse. La mano de hierro de Osmany cayó sobre su hombro:

—Qué nos ahí,— le dijo,— es mas cómodo morir en un sillón.

El fingido D. Pedro se sintió vengido por el dolor y quedó como anonadado, mirando a Osmany con ojos estraviados. El Sr. Brixworth y Roger se miraban estupefactos.

—Señor marqués,— dijo entonces Osmany a Roger,— el Sr. D. Pedro ha querido convenenarse. Ha echado en vuestro vaso un polvo negro, producto de la India, que mata en una hora.

—¿Qué decís?— exclamó Roger.

—Mirad,— dijo Osmany designándole a D. Pedro, que se retorcía en su sillón y emitía gritos inarticulados.— Por desgracia, mientras vos encendiais las bujías que el viento había apogado, una mano diestra cambiala los vasos de sitio... y D. Pedro se ha convenenado...

Roger, pálido y con la frente cubierta de sudor, miraba á aquel sobre quien el veneno producía ya sus fulminantes y terribles efectos.

— Pero, — esclamó, — ¿qué interés tenía este hombre á quien no conozco... á quien jamás he hecho daño?...

Osmany interrumpió á Roger.

— Voy á decirselo al Sr. Brixworth, — dijo.

Y dirigiéndose al banquero que estaba nudo de asombro le dijo:

— Caballero, la letra de cambio que habeis pagado, estaba girada hacia cerca de dos años, por la casa Alvar, Nuñez y compañía de Madrid, ¿no es así?

— Sí, señor.

— El Sr. D. Pedro, á quien fué entregada, llegó á Edimburgo á principios de mayo de 1774, en lugar de marcharse á América, como os ha dicho su señorío.

Osmany designó al fingido hidalgo que se retorcía en el sillón, á causa del dolor, con los dientes apretados y el semblante descompuesto.

—Pues bien,—continuó,—en lugar de dirigirse á América, empezó á recorrer la Escocia, á pié, con un herrado baston en la mano. Una noche fué asesinado por este hombre.

Roger y el Sr. Brixworth lanzaron un grito. El moribundo trató de levantarse, pero volvió á caer pesadamente en su sillón. Entonces Osmany le arrancó la barba que le cubria la mitad del rostro, y Roger reconoció, lleno de asombro, al señor James.

—La muerte ha pasado una vez mas, bien cerca de vos, señor marqués,—dijo friamente Osmany.

Y abrió la ventana por donde habia entrado la ráfaga de viento que habia apagado las bugías.

—¡Wills!—llamó.

A este nombre, el picador de Asburthton el viejo entró. Wills habia vuelto á vestir su casaca de picador y recobrado su fisonomía burlona.

James fijó en él sus moribundos ojos con una feroz expresion de odio.

—¡Ah!—dijo cácidamente Wills,—

Y desprendiéndose bruscamente de Roger, se lanzó al balcon detrás de Wills y desapareció con él en la oscuridad. Roger se llevó ambas manos á la frente y murmuró:

— ¡Oh, este hombre miente...! ¡Este hombre ha mentado...!

Después de la partida del marqués Roger, Ellen salió de su fingido desmayo y se rió de la candidez de aquel hombre, que renunciaba á su amor por puro cariño fraternal. Luego abrió la ventana y miró con atención, porque había creído oír rumor de voces y de pasos. Pero pronto se tranquilizó diciendo:

— Estoy loca, es el ruido de los árboles agitados por el viento.

Desde la marcha de Roberto Walden vivía completamente libre y no daba á nadie cuenta de sus acciones. Aquella noche juzgó inútil volver á Londres, y resolvió pasarla en la quinta en compañía de su anciana aya. Subió, pues, el piso principal y se acostó. El aya cerró con cuidado todas las puertas, corrió los

cerrojos y volvió á acostarse en una habitación inmediata. Ellen, preocupada por sus ambiciosos proyectos, tardó mucho en dormirse; se veía duquesa en un porvenir no lejano, y el manto de armiño que partiría con Lionel, la hacía soñar despierta. Sin embargo, hacia como una hora que había apagado su luz, cuando los mismos ruidos extraños, que ya otra vez habían llegado hasta ella, se dejaron oír de nuevo.

—Si Juan de Francia no hubiera muerto,—pensó,—apostaríá que era él.

Y se levantó sin hacer ruido, abrió su ventana sin empujar las persianas é inspeccionó minuciosamente los alrededores de la quinta. Todo está desierto.

—Sin duda me he equivocado,—pensó Ellen.

Y volvió á acostarse. La noche había vuelto á quedar silenciosa. Ellen solo oyó la respiración del aya, que había acabado por dormirse.

Una campana, la de la parroquia de Saint-Gilles, dió á lo lejos las dos de la mañana. La jóven se envolvió en las

sábanas y cerró los ojos. Pero entonces volvieron á empezar los rumores y los ruidos estraños. Se hubiera dicho que eran fantasmas que venian á visitar su antigua casa. Ellen y el aya dormian. No obstante, como el sueño de los viejos es mas ligero, esta última se despertó sobresaltada.

Un ruido seco, parecido al que produce el forzar una cerradura, acababa de sonar. Pero como este ruido no fué seguido por ningun otro, ella creyó que soñaba y volvió á dormirse. Pasaron algunos minutos. De pronto, el suelo crugió sordamente. La vieja se volvió á despertar; pero no tuvo tiempo de dar un grito. Una mano vigorosa la cogió del cuello, un puñal se apoyó en su pecho una voz sorda la dijo al oído:

—¡Silencio ó mueres!

El miedo la paralizó; ni siquiera pensó en defenderse. Al mismo tiempo, el suelo volvió á crugir bajo pasos silenciosos, y la señorita Ellen se despertó á su vez.

—¡A mí, Betsy!—gritó.

Betsy (era el nombre del aya) no

contestó. La señorita Ellen saltó de su lecho y se refugió detrás de él: había visto una forma negra, mas negra que las tinieblas que la rodeaban, dirigirse hacia ella. La pupila de Roberto había conservado de su origen gitano una maravillosa sangre fría. Mientras el bulto negro se dirigía á su lecho, recordó que tenía colgada á su cabecera una pistola. Cogerla, apuntar y hacer fuego fué obra de un instante para la señorita Ellen. Una detonación estalló y fué seguida de un grito de dolor. La forma negra rodó por el suelo vomitando imprecaciones. Pero al resplandor del pistoletazo, la señorita Ellen pudo ver otras dos personas que entraban en su cuarto; un hombre y una mujer.

—¡Sanson! ¡Cynthia!—balbuceó.

Y empezó á buscar el puñal que ponía por la noche debajo de la almohada, pero sea que el terror guiara mal sus manos, sea que lo hubiera dejado caer al precipitarse fuera del lecho, no lo encontró. Al mismo tiempo se sintió coger por los brazos vigorosos de Sanson.

—¡Abl—dijo el coloso,—¡al fin cogi la víbora, y esta vez no morderá!

La reina de los gitanos sacó un eslabon y golpeó con él una piedra; al poco rato, una mecha azufrada se encendió. La señorita Ellen, pálida y temblando, pudo entonces ver á un hombre que se retorcia en el suelo en un mar de sangre: era el gitano Rhamo, aquel que Juan de Francia habia encontrado ejerciendo las funciones de enterrador en el cementerio de Saint-Gilles. Un cuarto gitano habia durante aquel tiempo atado y puesto una mordaza á la vieja. Sanson dijo á Cynthia:

—¡Cierra la puerta!

Cynthia obedeció.

—Querida Topsy,—dijo entonces el coloso,—lo que es esta vez has caído en nuestro poder, y la hora de tu castigo ha llegado.

La señorita Ellen no tenia necesidad de aquellas palabras para comprender la gravedad de su situacion. Convencida de la muerte de Juan de Francia, conocia bien que no debia esperar que los gitanos la perdonaran.

Pero la gitana Topsy, como la habia llamado Sanson, tenia la sangre fria y el genio fértil de su raza. Todos los gitanos esperan salvarse al pie mismo del cadalso. Toda resistencia parecia imposible.

Solo la astucia podia venir en su ayuda.

—¿Qué quereis de mí?—preguntó tranquilamente.

—Pronto lo sabrás,—dijo irónicamente Sanson.

—Si venis á matarme,—dijo con un acento de supremo desden,—daos prisa y no me insulteis.

—No, todavía no,—dijo Sanson.

—¿Qué quereis entonces?

—Que nos sigas.

—¿En este traje?

—No, vistete.

—¡Pues bien! salid, pues,—dijo ella envolviéndose púdicamente en las cortinas de la cama.

—Bueno,—dijo Cynthia,—pero yo soy una mujer y puedo quedarme.

—Como querais,—dijo Ellen.

Sanson salió.

—Hija mía,—dijo entonces Cynthia, —ya me has cogado una vez; pero ahora tu génio infernal ningún poder tiene sobre mí.

Ellen se encogió de hombros y guardó silencio. Púsose apresuradamente una bata, echó un chal sobre sus hombros, y mientras hacía ambas cosas, su mano buscó debajo de la almohada. Esperaba encontrar el puñal, saltar sobre Cynthia y herirla. El puñal había desaparecido.

—¡Vamos!—dijo la gitana,—ya puedes venir, Sanson.

El coloso volvió á presentarse.

—Querida Topsy,—dijo,—no podreis andar tan de prisa como yo.

—La tomó en sus brazos y la cargó sobre sus hombros.

—¡En marcha!—dijo Cynthia.

Ellen pensaba gritar, pedir socorro, en cuanto se encontrara fuera de la quinta. Los gitanos se lo impidieron. En el momento en que el que había agarrado al aya abría la puerta exterior,

Cynthia echó sobre la cabeza de la gitana un capuchón semejante al que la india Dai-Natha la había colocado á ella misma doce dias ántes, y Ellen se sintió llevar, sin que la fuera posible gritar ni defenderse, y sin adivinar á qué de la conducían.

VI.

Lionel, que segun hemos visto habia vuelto con su madre á su casa adonde los habia llevado Roger, habia pasado la noche y el dia siguiente presa de una escitacion extraordinaria. Sabia repentinamente que era hijo de lord Asburtho, hermano de Roger, y noble por consecuencia; y su hermano era bastante generoso para despreciar su derecho de primogenitura y las preocupaciones... El ciego, ante cuyos ojos se presentan repetidamente los esplendores de la tierra y el azul del cielo, se experimenta la sensacion que Lionel habia sentido, y ademas Roger le habia dicho — ¡Amas á Ellen, será tu esposa!

Aquella idea colmaba la dicha de Lionel. Se encontraba noble, y la hora en que iba á ser esposo feliz de Ellen se acercaba. El día siguiente, corrió á casa de Roger. Roger habia salido pero habia dejado dos palabras para él:

«Me ocupo de tu felicidad, decía el marqués, ten paciencia y espera...»

El día pareció bien largo á Lionel; despues, al otro día, no pudo mas y corrió al palacio Walden. Las puertas y las ventanas estaban cerradas. Llamó; un criado vino á abrir.

—¿Podrá recibirme Ellen?—preguntó Lionel.

El criado se sonrió.

—¡Oh!—contestó,—cuando Ellen está en casa, no se levanta tan temprano.

—¡Como!—dijo Lionel,—¿no está en casa Ellen!

—No,—contestó el criado.

Lionel frunció las cejas, y sus labios empezaron á temblar.

—¿Dónde está?—preguntó.

El criado contestó:

—Anoche recibió un billete, y subió

á su carruaje casi en seguida; el criado que traía el billete llevaba la librea de Asburthou; yo creo que Ellen ha ido á su quinta.

—¿Qué quinta?

—¡Tomad... la que tiene en Deptford.

Lionel experimentó una violenta emoción. ¿Por qué se había dado Ellen tanta prisa en salir en cuanto recibió el billete del palacio de Asburthou? ¿Qué quinta era aquella de que nunca había oído hablar? Cogió de un brazo al criado y le dijo con tono de autoridad:

—Vas á llevarme... necesito ver á Ellen al momento.

El criado no se atrevió á negarse. Lionel le hizo subir con él en un carruaje, y segun las señas que le dieron, el cochero los condujo á la quinta. También aquí estaba todo cerrado.

Lionel no podía explicarse aquella cita nocturna dada por Roger á Ellen; todavía comprendia menos la grandeza del alma del marqués al decirle: «Ellen será tu esposa.»

Como la puerta estaba cerrada. Lionel dió algunos golpes. Sonidos inarticulados, parecidos á gritos comprimidos por una mordaza, le contestaron. Lionel con la ayuda del criado, forzó la puerta y penetró en la quinta. Lo primero que se presentó á su vista, fué el aya que habia podido arrastrarse á pesar de sus ligaduras hasta el corredor. Lionel, al verla, sintió frio en el corazon, y sus cabellos se erizaron: adivinó que habia pasado una desgracia. Mientras el criado desembarazaba á la anciana de su mordaza y de sus ataduras, Lionel exclamó:

—¿Dónde está Ellen?

—¡Robad! —contestó el aya.—¡Se la han llevado!

—¿Pero quién, Dios mio?—exclamó el jóven fuera de sí.

—Una mujer y unos hombres que no conozco.

Y el aya contó lo que habia sucedido, no sucintamente y con claridad, sino con las reticencias de una persona que ha perdido la cabeza. Encontraron

un charco de sangre en el cuarto de Ellen; el aya habló del pistoletazo, pero no pudo decir quien lo habia disparado. En fin, todo probaba que Ellen habia opuesto una larga resistencia. El aya habia oido pronunciar el nombre de Cynthia; ¿quién era aquella Cynthia? Lionel siempre habia ignorado la lucha que existia entre la pupila de Roberto Walden y los gitancos; no podia, pues, acusarlos del rapto de Ellen. En cambio, sus celos se despertaron vivos y tenaces, y cruzó por su imaginacion una estraña idea: Roger habia tendido un lazo á Ellen y la habia hecho robar.

—¡Oh!—esclamó lleno de rabia,— ¡muerte ó viva, él me la devolverá!

Se lanzó fuera de la quinta y subió al carruaje gritando al cochero:

—¡Al palacio de Asburthorn!

—Habia dejado en la quinta al criado, pero este echó á correr detrás del carruaje y saltó al lado del cochero.

Una hora despues, Lionel, pálido y agitado, entraba en casa de Roger. Este habia vuelto. Al ver llegar á su joven

hermano con la vista estraviada y los vestidos en desorden el marqués adivinó alguna desgracia.

Se dirigió hácia él con los brazos abiertos; pero Lionel le rechazó rudamente.

— ¡Me habeis engañado! — le dijo.

Roger se retiró lleno de asombro.

— Habeis hecho robar esta noche á la señorita Ellen, haciéndola, sin duda, vuestra querida!

— ¡La señorita Ellen!... — exclamó Roger, — ¿han robado á la señorita Ellen?

— Demasiado lo sabiais, — contestó Lionel; — puesto que sois vos quien...

Pero Roger cogió á Lionel por un brazo; sus ojos brillaban, sus lábios temblaban de cólera.

— ¡Sois un insensato! — dijo, — y os prohibo acusarme así!

Habia tanta indignacion, tal acento de autoridad en aquellas palabras que Lionel se sintió dominado y su conviccion se desvaneció.

— ¿Pero entonces quién ha sido? — exclamó, — ¿quién ha podido?...

— Pero explícate, desgraciado, en vez de acusarme! ¡Habla! ¡qué ha pasado?— exclamó Roger.

— Ha sucedido,— contestó Lionel,— que esta noche ha sido robada la señorita Ellen de su quinta.

— ¿Pero... quién?

— ¡Eh! ¿qué se yo? puesto que había creído...

Y Lionel refirió á Roger lo que había visto y oído: después pronunció el nombre de Cynthia. Aquel nombre fué para Roger como el faro que brilla á los ojos de los navegantes en un mar sombrío y tempestuoso; cogió de nuevo á Lionel por un brazo y le dijo:

— ¡Descuida! yo la encontraré!...

Un secreto instinto había puesto á Roger en las huellas de la verdad. El criado de la señorita Ellen, que había seguido á Lionel, había entrado en aquella pieza el primero. Al oír nombrar á Cynthia se estremeció, como se había estremecido el marqués.

— Si esa Cynthia es la que yo creo,— dijo,— sé donde la encontraremos.

—¿Sabes dónde encontrar á Cyn-
dia?

—Sí se trata de la gitana, sí.

Roger cogió su espada y su sombrero, pero al ver que Lionel se disponia á seguirle, fué asaltado por un subeusto sentimiento.

—Hermano,—le dijo conmovido,— te juro por la memoria de nuestro padre que he renunciado al amor de Ellen, que solo veo en ella una hermana y que haré cuantos esfuerzos pueda por que seas su esposo...

—¡Te creo!

—Entonces ten confianza en mí; yo encontraré solo á Ellen... ¡te lo suplico, no me sigas!

Y viendo que Lionel vacilaba, Roger añadió:

—Te lo ruego en nombre de nuestro padre...!

—¡Sea!—murmuró Lionel vencido.

Roger, envuelto en su capa, atravesó corriendo las tortuosas calles del Wapping, conducido por el criado de

Ellen. Su marcha fué por mucho tiempo tan precipitada, que no habia pensado en dirigir á aquel la menor pregunta. Pero á la entrada de una calle mas estrecha, mas sucia y mas sombría aun que las otras, el criado se detuvo un momento.

—Me parece,—dijo,—que la noche que robamos á Cynthia...

Aquellas palabras chocaron á Roger.

—¿Has robado á Cynthia?—preguntó.

El criado se ruborizó como un escolar sorprendido in fraganti y balbuceó algunas palabras.

—¡Habla, tunante!—le dijo Roger con tono amenazador.

—Pero, lord,—dijo el criado,—si hablo, Ellen me despedirá...

—Bien,—dijo Roger estremeciéndose,—yo te tomaré á mi servicio.

Estas palabras calmaron los escrúpulos del criado; tomó un bolsillo que le alargaba el marqués, y dijo:

—Sí, milord, robé ayudado por Joe por una india que vende venenos, Cynthia la gitana.

—¿Cuándo?

—Hoy hace trece días. Y fué en el momento en que iba á entrar en esta calle.

—¿Y por qué la robásteis?

—Para obedecer las órdenes de Roberto Walden y de Ellen.

Estas palabras hicieron en Roger el efecto de un rayo:

—¿Ellen, — balbuceó, — fué Ellen quien mandó que la robárais?

—Sí, milord.

—¿Y adónde la habeis conducido?

—A la quinta junto al Támesis. Cuando nos apoderamos de ella, ya hacia tiempo que la seguíamos. Salía de casa del cirujano Bolton.

—¡Bolton! ¡Cynthia! ¡señorita Ellen!
¡Oh! ¡qué misterio! — murmuró Roger sin saber qué pensar.

Después añadió vivamente impidiendo al criado que marchara.

—¡Pero habla, desgraciado! ¡habla! pagaré tus palabras todo lo caras que te parezca.

El criado no se hizo de rogar.

—Llevamos á Cynthia á la quinta, en donde la tuvimos dos dias,—prosiguió.

—¿Qué mas? ¿qué mas?—preguntó Roger

—La noche del segundo dia vino la señorita Ellen á buscarla y la dijo: se trate de salvar á vuestro hijo, venid.

Roger le escuchaba con la frente cubierta de sudor.

—¿Y la siguió?

—Sí,—contestó el criado.—Subieron á un carruaje. Mi camarada Joe fué el que las condujo: yo no sé á donde fueron.

—Pero,—dijo Roger,—¿cómo cuentas volver á encontrar á Cynthia?

—Porque supongo que habrá vuelto á su casa.

—Y...¿esa casa?

—Debe estar á la izquierda, al extremo de esta calle. Sí, de seguro es allí.

—¡Vamos!—dijo Roger á quien parecia que el corazon se le iba á romper.

¿Per qué habria Ellen hecho robar á Cynthia? ¿por qué conocia Cynthia á Bolton? ¿seria su madre aquella mujer?

Los obreros que iban á su trabajo, las mujeres del pueblo que barrían delante de sus puertas, miraban curiosamente á aquel hermoso caballero perdido en el mas miserable barrio de Londres; no comprendian la razon de sus facciones descompuestas y de su marcha apresurada. Por fin el criado lo designó una casita de dos pisos, cuya puerta estaba cerrada.

—Aquí es,—dijo.

Roger le hizo una señal imperiosa.

—Véte,—le dijo.—Ya no te necesito.

El criado se marchó. Entonces Roger llamó á la puerta.

Una jóven de diez y seis á diez y siete años, rubia y de maravillosa belleza, vino á abrirle.

—Perdon, hija mia,—le dijo Roger,—¿está en casa Cynthia?

La jóven miró á la calle con desconfianza.

—Vuestra señoría se equivoca,—contestó. No sé quién es esa Cynthia.

Pero aquella mirada de la linda jóven no se escapó á Roger.

—No temais,—dijo sonriendo,—soy un amigo. Osmany es quien me envia...

Aquel nombre hizo abrir la puerta de la casa. La joven se hizo á un lado y dijo á Roger.

—Vuestra honor puede entrar. Cynthia está arriba, al lado de mi hermana que está durmiendo.

—Tengo una mision para ella sola,—repuso Roger.

—Entónces,—contestó ella,—voy á avisarla. Sírvase vuestra señoria esperar.

Un minuto despues entró Cynthia, y al verle, tuvo que contener un grito, y quedó inmóvil, fijando en él una mirada inquieta. Habia reconocido á su hijo.

—¡Ah!—dijo Roger,—¿sois vos la que os llamais Cynthia?

—Sí,—contestó ella con voz conmovida.

—¿Sois vos quien ha pretendido,—repuso Roger casi tan conmovido como ella, que érais mi madre?...

Cynthia palideció, toda su sangre se

agolpó al corazón; pero tuvo bastante fortaleza para contenerse. Por el contrario, se puso humildemente de rodillas, y dijo:

— ¡Perdóneme vuestra señoría! A lo que parece, entónces estaba loca...

— ¡Ah!

— Yo me encontraba, — prosiguió Cythia mientras el marqués la hacia levantar bondadosamente, — me encontraba al pzo de las tropas, cuando volvíais de América, y hallé en vuestro honor tan grande semejanza con un hijo que habia perdido, que me volví loca de dolor.

Roger contemplaba á aquella mujer que le hablaba con acento suplicante y con las manos juntas como un culpable que pide perdon. Una emoción terrible detenia la voz en su garganta; la fiebre hacia latir violentamente sus arterias. Se acercó á ella, y cogiéndola un amuleto de vidrio que tenia colgado al cuello con un cordon de seda.

— ¡Juradme, — la dijo, — por vuestro Dios, por las cenizas de vuestra raza,

que decís la verdad; que no sois mi madre!

Cynthia se hizo atrás como si ante sus ojos se hubiera abierto un abismo.

—¡Jurad!—repitió Roger.

Ella estendió una mano, entreabrió los labios para cometer el perjuro, pero sus labios no produjeron ningún sonido y su mano volvió á caer inerte á su estado...

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!—murmuró Roger.

Entonces Cynthia olvidó sus juramentos, olvidó á Juan de Francia, solo se acordó de que tenía delante á aquel hermoso señor cubierto de seda y de terciopelo, aquel valiente soldado, orgullo de Inglaterra, á quien había llevado en sus entrañas, y había alimentado con su leche, y un grito sublime y poderoso, un grito de amor maternal se escapó de su pecho.

—¡Hijo mío!...

Y después le estrechó en sus brazos y depositó un ardiente beso sobre la frente del noble heredero del Sr. Asburthton.

VII.

Volvamos á la señorita Ellen. El capuchon que cubria su cabeza la impedia gritar, y no la permitia ver ni oír la conversacion que Sanson y Cynthia sostenian en voz baja. Unicamente los gritos ahogados del hombre sobre el que habia disparado el pistoletazo, la indicaban, llegando hasta ella, que aquel desgraciado iba con ellos. En efecto, el gitano que habia estado al aya, habia cargado á Rhamó sobre sus hombros. Pronto la señorita Ellen, á quien no habia abandonado su sangre fria, y cuyos sentidos no dejaban de estar en vela, comprendió por los movimientos de Sanson, y en una brusca sacudida que sintió, que iba á proseguir su viaje por agua. Sanson acababa de saltar en una barca y se sentó á la jóven á su lado en la popa. La señorita Ellen no oponia ninguna resistencia; ni siquiera pensó en retirar sus manos que Cynthia ató diestramente por un yunque. La barca se puso en

movimiento y se deslizó rápida por el Tamesis en contra de la corriente. ¿Donde la llevaban? Mientras que comprendió que estaba en Londres, aunque en poder de los gitanos, no había perdido la esperanza de escaparse; pero si la conducian á alta mar, podia considerarse como perdida. Sin embargo, la señorita Ellen era demasiado animosa para perder la cabeza. Despues de haber vencido á Juan de Franco, ¿que podia temer de un hombre como Sanson?

—Señora, — dijo á Cynthia, — este capuchon me ahoga ..

Cynthia se lo alzó algun tanto.

— Os lo quitaré del todo, si queris dejaros ver los ojos.

— Como gustais, — contestó ella.

Cynthia pasó las manos debajo del capuchon y con un peñu lo abrió sus ojos.

— Ahora, — dijo, — si os gustare, os quite é el capuchon.

Ellen se sonrió desesperadamente.

— Como me agrias de puñaladas antes de que vinieran en mi auxilio, mis gritos serian inútiles.

Cynthia la quitó el capuchon: entonces sintió viento frío que le azotaba el rostro.

— ¡Ten cuidado! — dijo Sanson á la reina de los gitanos, — tiene la agilidad de una culebra. Si se deja caer al agua se nos escapa de seguro.

— ¡Oh! yo la tengo bien, — contestó Cynthia rodeando con su brazo nervioso la cintura de Ellen.

La barca bogaba rápidamente. Rhamó lanzaba de cuando en cuando un gemido.

— Calla, bruto, — le dijo Sanson, — ¿vas á delatarnos? El cirujano te curará á bordo.

Aquellas palabras confirmaron las inquietudes de Ellen. La llevaban á bordo de un buque. Al fin, el movimiento de la barca fué haciéndose mas lento; Ellen oyó el chirrido de la verga que se deslizaba á lo largo del mastil, luego una voz que gritó á lo lejos:

— ¡Eh! ¡los de la barca!

— ¡Amril — gritó la voz sonora de Sanson.

—¡Abordad!—volvió á gritar el primero.

La barca viró en redondo, cortó la corriente, y de pronto sintió Ellen que izaban la barca sobre el castillo de popa.

—Querida Topsy,—la dijo entonces Sanson, tomándola de nuevo en sus brazos,—mejor será que yo os lleve... iremos mas de prisa.

Pocos minutos despues, Ellen se encontraba en la batería de un brick armado en corso y Cynthia la desembarazaba de su venda. Su primera mirada se dirigió á la reina de los gitanos, detrás de la cual estaban Sanson y otros dos hombres á quienes no conocia, pero de los que uno la pareció ser el capitán del buque. Cynthia tenia el aspecto triste y solemne de un juez que vá á pronunciar alguna sentencia terrible.

—Ellen,—la dijo,—la hora de vuestro castigo se acerca, y pronto vais vos misma á decidir vuestra suerte.

—Todo eso me parece bastante oscuro,—contestó Ellen.

Y dirigió á Cynthia y á los tres hom-

bres que la rodeaban, una mirada de desafío. Cynthia prosiguió:

—Estais á bordo de un buque que va á levar anclas pasado mañana al amanecer; elegid: ó permanecer á bordo á volver á Londres.

—No me parece difícil la elección.

—¿Lo creéis así?

—Ninguna gana tengo de viajar,— contestó ella sonriendo.

—Escuchad aun,—dijo Cynthia:—si permanecéis á bordo, este buque os llevará á América, donde se os asegura una honrosa fortuna.

—He ahí,—dijo Ellen siempre tranquila y burlona,—una proposición que nada tiene de aterradora; veamos la segunda.

—Si rehusais,—dijo Cynthia,—mañana se os volverá á conducir á Londres.

—Bien.

—Y compareceréis ante un tribunal; si este tribunal os condena, sufrireis la pena que os imponga. Reflexionad.

—No necesito reflexionar para contestaros.

—Consentis en partir?

—No.

—¿Preferis ser juzgada?

—Aunque me condenen.

Cynthia suspiró é hizo una señal al capitán. Este se acercó y dijo:

—¡Sois mi prisionera hasta mañana en la noche, señorita! Tened la bondad de seguirme.

—Vamos,— contestó Ellen.

Y añadió para sí:

—Este buque debe tener escutillas y yo nada perfectamente.

Ellen fué encerrada en un camarote; pero contra sus esperanzas, aquel camarote no estaba alumbrado por ninguna escutilla, por la sencilla razón de que estaba hecho en el fondo de la cale. Sin embargo, era demasiado cómodo para una prision.

—Había en él una cama, dos sillas, una mesa, libros y papel para escribir.

La puerta fué cerrada con cerrojo por fuera; además pusieron un centinela. Ellen comprendió desde luego

que era imposible evadirse; pero ni su serenidad ni su audacia la abandonaron.

—Mañana veremos,—pensó.

Y se metió en la cama, durmiéndose á poco rato. Al despertar, observó que su bugia acababa de concluirse, y empezó á hacer mentalmente el siguiente cálculo: una bugia dura cerca de siete horas, cuando la barca abordó al brick podrian ser las tres de la madrugada; luego deben ser las diez, y como lo es probable quieran dejarme morir de hambre, no tardará en venir alguien.

En efecto, la puerta del camarote se abrió y entró un marinero que llevaba una bandeja con varios alimentos. El marinero tenía aire honrado y cándido. Ellen le dirigió una mirada fascinadora.

—Amigo mio,—le dijo,—¿quieres hacer tu fortuna?

El marinero se sonrió.

—¡Ya lo creo!—contestó,—¿qué hay que hacer?

—Ayudarme á salir de aquí.

—Y el capitán me mandaría ahorcar,
—dijo.—,Gracias, señorita!

Y dejó la bandeja encima de la mesa, saludó á Ellen y se retiró, sin olvidarse de echar el cerrojo.

Ellen se parecia en aquel momento á algunos enfermos cuya última hora se acerca, y que á cada paso que adelanta su enfermedad piensan en su coracion y hacen proyecto para el porvenir. Los obstáculos insuperables que se la presentaban, en lugar de abatirla, fortificaban su valor. Su serenidad no se desmintió un solo instante el resto del dia. Almorzó con buen apetito, tomó un libro que habia sobre el velador, y mató el tiempo con la lectura de una novela francesa. Serian las seis cuando la trajeron la comida. Aquella vez el marinero venia acompañado del capitán.

—¡Ah! ¡ah!—le dijo Ellen,—apuesto á que venis á decirme algo de nuevo.

—Vengo á saber vuestra última resolución,—contestó él tristemente.

—¡Con qué tono me lo decís!

—El navío que está á mis órdenes no debia levar áncoras hasta mañana por la mañana; pero acabo de recibir nuevas

órdenes, y merced á la brisa nordeste que empieza á soplar, pienso hacerme á la vela dentro de media hora.

La señorita Ellen se estromeci6; una lijera palidez cubrió su semblante.

—Al menos me dejareis en tierra antes de partir, —dijo con inquietud.

—De vos sola depende, —contest6 el capitan; —sois libre para elegir.

—Mi eleccion está hecha; me quedo en Inglaterra.

El capitan movió tristemente la cabeza.

—Haceis mal, —dijo, —yo soy gitano como Sanson, como Juan de Francia, á quien habeis asesinado: como Cynthia, como vos.

La jóven hizo un ademán.

—Quiero decir, —prosiguió él, —que conozco perfectamente vuestra historia. ¡Habeis hecho traicion á nuestra causa desde niña, sois nuestra mas mortal enemigo.

—Es verdad, —contestó ella audazmente.

—Una última proteccion velaba por

vos. Esta proteccion misteriosa la que-
rido dejaros á arbitra de vuestro propio
destino. Si consentís en venir á Amé-
rica, os desembarcaré en las Antillas ó
en la Luisiana, donde queráis.

—Lo rehuso.

—¿Pero sabéis la suerte que os es-
para?

La jóven miró fijamente al capitán,
con el aire altivo de una reina.

—Escuchad,—le dijo,—sé lo que vais
á decirme. Los gitanos van á sepultarme
en algun calabozo.

—Puedo ser.

Ella se sonrió.

—Hay en el mundo,—dijo,—dos
hombres que me aman perdidamente.
Los dos son jóvenés, ricos y valientes.
Con semejantes hombres, las barras de
hierro de un calabozo se rompen como
una caña, los espesos muros de una for-
taleza se derrumban como un castillo de
naipes.

El capitán volvió á menear la cabeza.

—¿De modo,—añadió,—que no que-
reis venir á América.

—No.

El capitán sacó su reloj.

—Os quedan diez minutos,—dijo.—
Dentro de diez minutos, los gitanos es-
tarán á bordo.

—Para volverme á conducir á Lón-
dres, ¿no es así?

—Así creo,—dijo el capitán.

—¡Pues bien!—contestó ella siempre
tranquila y corriente,—voy á aprove-
char estos diez minutos para comer.
¡Hasta la vista, capitán!

Y le despidió, como si se hubiera
encontrado un día de fiesta y de recep-
cion en el palacio de Walden.

—Es un alma de bronce,—murmuró
el gitano al salir.

La señorita Ellen pensaba desde que
había salido:

—Lionel y Roger me están buscando
á estas horas, y Juan de Francia ha
muerto; aunque viera el hacha del ver-
dugo alzarse sobre mi cuello, tendria
esperanza todavía.

Y comió con tanto apetito, como si
acabara de volver de perseguir al galo-

pe una zorra en el Yorkshire. Poco despues se abrió la puerta, y el capitán volvió à entrar.

—Aun es tiempo, —la dijo. ¿Habeis escogido?

—Sin duda, y os deseo un feliz viaje.

El capitán gitano era jóven y tenia buen corazon bajo su experiencia glacial; no pudo menos de suspirar y de repetir una vez mas:

—Haceis muy mal, Topsy.

Pero Ellen habia ya echado una capa sobre sus hombros.

—¿Están ya aquí mis carceleros?— preguntó sonriendo.

—Sí.

—Entonces, llevadme.

Y le obligó, por un ademan lleno de coqueteris, à ofrecerle la mano. Guiada por el capitán, la pupila de Roberto subió desde las profundidades de la cala al puente. Allí encontró dos hombres vestidos de negro y con el rostro cubierto por una carota.

—¡Hélos aquí! —dijo el capitán

La señorita Ellen se echó à reir burlescamente:

—¿Para qué es esa careta? —dijo. — Demasiado sé con quién tengo que habérmelas.

Los dos hombres no pronunciaron una palabra y siguieron inmóviles.

—¿Dónde está la lancha? —preguntó aun la joven al capitán.

—La misma del brick os llevará con ellos á tierra.

—¡Ah! ¿no vuelvo á Londres por el Támesis?

—No lo sé.

Y el capitán añadió con voz conmovida:

—Topsy, os lo vuelvo á suplicar, quedos á bordo.

—No, no, —contestó ella dando un paso hácia los enmascarados.

—¿Cúmplase, pues, vuestro destino! ¡adiós!

Uno de los dos enmascarados la cogió de un brazo y la condujo hácia la escala de estribor. La lancha estaba á flote y esperaba.

Ellen saludó al capitán con la mano y puso valerosamente un pié en la es-

esta. El otro enmascarado estaba ya en la lancha. Pero antes de bajar, la joven, que preveía que la iban á vendar los ojos, dirigió una mirada á su alrededor.

La noche se acercaba y las nieblas del Támesis empezaban á oscurecer el horizonte. Las dos orillas del río estaban desiertas, y Londres había desaparecido hacia ya tiempo detrás de la niebla.

— Cuando estuvo en la lancha, Ellen levantó la vista y divisó al capitán del *Joveler*, que la hacía un último ademán de despedida. Al mismo tiempo la lancha se separó del buque y siguió al principio la corriente, y á poco empezó á bogar hácia la orilla.

Ellen no pudo menos de admirarse de que no la vendaran los ojos. Y como era sumamente audaz, dijo á los dos enmascarados:

— Me parece que se os olvida algo. Han debido encargarnos que me vendarais los ojos.

— Los dos hicieron silenciosamente un ademán negativo.

—La precaucion es buena, sin embargo,—dijo ella riendo burlescamente.

En pocos minutos la lancha tocó en la orilla izquierda, y uno de los marineros del *Jovvler* saltó ligeramente en tierra con una amarra en la mano, convirtiéndose de este modo en un áncora viviente. Uno de los enmascarados cogió á Ellen por un brazo. La hizo salir de la lancha y le dijo:

—¡Venid!

Ellen miró á su alrededor mientras la lancha volvía á tomar el lago, y no vió ningun vestigio de habitacion. Unicamente la parecia ver un grupo sombrío á algunos pasos de distancia; y cuando arrastrada por su conductor echó á andar, reconoció un hombre que tenia de la brida cuatro caballos. El gitano enmascarado la condujo hácia aquel hombre; su compañero marchaba detrás de ella armado de un puñal.

—Parece,—dijo la jóven para sí,— que voy á viajar á caballo. ¿A dónde me llevarán?

En efecto, entre aquellos caballos habia uno ensillado para una amazona.

Uno de los enmascarados, silenciosos hasta entonces como espectros, tomó la palabra:

—¿Suob,—dijo dirigiéndose al que tenía los caballos y que llevaba como él una careta,—tienes ordenes?

—Si,—contestó el gitano.—Encontraremos hermanos en el camino.

Ellen empezaba á sentirse inquieta.

—¿Supongo,—dijo,—que volveremos á Londres?

Ella sintió que reían bajo sus máscaras y murmuró con despecho:

—¡Me han engañado!

—Ellen,—dijo entonces el que la había cogido del brazo,—aquí estamos tres hombres resueltos, y tenemos orden de mataros si os tratáis de escapar.

—¿Qué mas?—preguntó ella desdeñosamente.

—Así, pues,—añadió aquel hombre,—podríamos muy bien ataros y atravesaros como un costal sobre la silla; pero preferimos que monteis á caballo y marcheis entre nosotros.

—Os agradezco la atención.

Y montó á caballo, apoyando el pié izquierdo en la rodilla de su conductor. Dos gitanos se pusieron uno á su derecha y otro á su izquierda, el tercero cerró la marcha y gritó:

— ¡Camino de Briarthon y al galope!

La noche estaba oscura; apenas pudo la vista penetrante de Ellen descubrir un sendero blanquecino delante de sí. Tanteó su caballo, como vulgarmente se dice, porque montaba bastante bien, para adivinar al cabo de algunos minutos, poco mas ó menos, las cualidades del animal que montaba. Un latigazo aplicado con oportunidad debía hacer salir su caballo á todo escape, y si el animal tenia goño, podía adelantar al momento á los de los gitanos. Ellen seguía, pues, pensando en tomar la fuga. Desgraciadamente, sus esperanzas debían desvanecerse apenas concebidas. El caballo que montaba era un grueso poney de pesado galope, de reacciones tardas, tranquilo y frio como la cabalgadura de un juez. Los dos gitanos que galopaban á su lado tenían, por el con-



trario, dos hastas ó caballos de cara
venidos de Irlanda, de mucho genio, y
á los que le daba aljar la mano para
que tomaran una fantástica valocidad.

—¡Vamos!— dijo Eten con risa,
todo lo han previsto.

El camino de Brighton era bastante
ancho para poder galopar tres de frente.
Los caballos iban á buen paso y la noche
se volvía cada vez mas oscura. Al cabo
de una hora de aquella carrera, los
ginetes oyeron un súbito lío de los
gitanos apoyó dos de los sobre sus labios
y contestó. El bandido que seguía á la
vezaba entonces un bosque que bajaba
hacia el mar formando un plano inclina-
do. Los ginetes se detuvieron un mo-
mento, y de una espesura se destacaron
otros tres que vinieron al encuentro de
Eten y su escolta.

—¡La noche está oscura!— dijo uno
de ellos.

—¡Ves la noche!— contestó el que
cabalgaba á la izquierda de Eten.

Aquellas palabras eran una orden.
Los recién venidos se colocaron dos de-
lante y uno detrás:

—En marcha, no hay tiempo que perder,—gritó el que parecía mandar á los demás.

Ellen, á pesar de su valor, empezaba á inquietarse un poco.

—¿Qué quieren hacer de mí?—se preguntó.

Volvieron á galopar una hora todavía; despues sonó un nuevo silbido y otros tres ginetes vinieron á aumentar la escolta de Ellen. Esta sentia que se la berizaban los cabellos y que un sudor frio empezaba á correr por su frente. La noche se oscurecia cada vez mas y la brisa del mar empezaba á azotarla el rostro. Poco despues, el camino hizo un recodo, abandonando bruscamente la orilla del bosque y dirigiéndose hácia los peñascos que dominan el mar. Otros ginetes esperaban en aquel recodo, y la escolta de Ellen se componia ahora de doce hombres, todos enmascarados, mudos despues de pronunciar la contraseña. Ellen empezaba á arrepentirse de no haber permanecido á bordo del *Fowler*.

De pronto se oyó á lo lejos el galope de un caballo, cuando se acercaban á las rocas.

—¿Quién sabe?—pensó ella,—quizás sea Roger.

Pero al mismo tiempo, los gitanos apresuraron el paso y uno de ellos dió un vigoroso latigazo al poney de Ellen. La brisa cada vez mas fuerte anunciaba la proximidad del mar.

Era una cosa fantástica y siniestra aquella cabalgata que galopaba sin pronunciar una sola palabra, rodeando á una mujer á quien conducian á un lugar desconocido y que esperaba un destino terrible y misterioso. Por último resonó otro silbido y toda la escolta se internó por una senda abierta en la roca y que bajaba hasta el mar por tortuosas rampas.

La gitana sentia que se apoderaba de ella poco á poco una vertiginosa locura. El frio la habia producido una especie de alargamiento, y por un momento creyó soñar que una legion de diablos la arrastraba hácia una de las bocas del infierno.

Pero desde el momento en que los últimos ginetes se reunieron á la escolta, dejó de soñar. Se oía el mugido del mar al pié de los peñascos y la helada brisa que azotaba su rostro la impedía cerrar los ojos. Al cabo, una voz, la del que se habia puesto á la cabeza de la escolta, se dejó oír.

—¡Alto!—gritó aquella voz.—¡alto y pié á tierra!

Todos obedecieron. Ellen temblaba tanto, que fué preciso bajarla de la silla y ponerla en el suelo. Dos gitanos la tomaron cada uno de una mano y la obligaron á seguir de nuevo en direccion del mar. El desfiladero estrechaba cada vez mas, y la pendiente era demasiado rápida para que los caballos pudieran ir mas lejos.

Ellen se vió precisada á continuar todavía su marcha un cuarto de hora. En vano procuraba recuperar su valor, reunir toda su sangre fria, esperar aun. Ya no llegaba á sus oidos el lejano galop cuyo ruido la habia hecho pensar en Roger.

En aquel momento, los rugidos del mar dominaban á todos los demás ruidos, hasta el de los pasos del zángano que marchaba detrás de la gitana. Al cabo de un cuarto de hora y cuando el camino, que cada vez se estrechaba más, cambiaba de nuevo bruscamente de dirección, Topsy vió brillar repentinamente un punto luminoso. Era una luz roja como la de una fregua y que parecía salir de la tierra.

— ¡Aquí está! dijo entonces aquel de los gitanos que había permanecido constantemente á su izquierda.

— ¿Aquí? preguntó ella con espanto.

El gitano se secó bruscamente bajo su máscara.

— Bien sabes, Topsy, — contestó, — que unos pobres gitanos como nosotros no tienen á su disposición la torre de Londres, ni el palacio de Saint-James, y que necesitan establecer su tribunal en cualquier parte.

— ¿En qué parte? — volvió á murmurar ella con un tono atónico.

— ¡Para juzgarte! — contestó el gitano. — ¡Ven, ven, la hora se acerca.

Y la arrastró bruscamente: poco tardó ella en reconocer de dónde provenía aquel rojizo resplandor, que parecía ser el fin de su carrera. Producíalo una hoguera encendida á la entrada de una gruta abierta en la roca. Un hombre, cubierto con una máscara como los demás, pero de hercúlea estatura, cuidaba de aquel fuego. Ellen reconoció á Sanson el gigante.

—Venid, dijo el gitano, —el presidente está ya en su asiento.

Antes de atravesar el umbral de la gruta Ellen volvió la cabeza. Los gitanos marchaban detrás de ella.

—¡Dios mío! —murmuró sintiendo que sus fuerzas la abandonaban, —¿irán á matarme?

—Eh, eh, —dijo irónicamente el gigante, —creo que la chiquilla se va á poner mala.

Y la cogió en sus brazos, la levantó del suelo como á una muñeca y la dijo con siniestra sonrisa.

—¡Ven acá, hermosa mía!

La gruta era espaciosa y estaba cu-

bierta de trozos de granito. La gitana vió, llena de terror, á un hombre con el rostro cubierto por una careta blanca, sentado sobre la roca mas elevada.

Sin duda era el presidente.

Todos los gitanos entraron en la gruta y vinieron á sentarse al rededor del presidente. El coloso volvió á dejar en el suelo á Ellen, pero siguió apoyando sus dos anchas manos sobre sus hombros estremecidos. Entonces el hombre del antifaz blanco dirigió en torno suyo una mirada rápida y contó á los asistentes.

— ¡Veinticuatro! — dijo. — ¡Estamos todos...!

Ellen lanzó un grito; habia reconocido aquella voz. Pero el presidente no se quitó su careta, á través de la cual se veian brillar sus ojos como los ardientes tizones de la hoguera que ardia á la entrada.

— ¡Eh! — dijo entonces el presidente levantándose, — la clemencia de aquellos á quienes habeis vendido se ha agotado por fin. Os habiamos ofrecido la liber-

tad si consentís en salir de Inglaterra, os habíamos ofrecido una fortuna, y habeis rehusado...

—¡Oh!—esclamó Ellen recobrando un poco de energía.—Salen, pues, los muertos de su tumba?

El presidente se descubrió, y la gitana aterrada, cayó de rodillas: habia reconocido á Juan de Francia. Juan prosiguió:

—Topsy, en vano es que hayas renegado de tu raza; en vano que hayas urdido criminales tramas para librarte de nosotros y hacernos traicion. La hora de tu castigo va á sonar. Estos hombres que aquí ves han sido designados por la suerte entre nuestra tribu y van á decidir de tu destino.

Ellen miraba con espanto en torno suyo. Juan de Francia prosiguió:

—La sentencia que estos hombres van á pronunciar contra tí, será ejecutada al momento, Topsy la gitana. Así, pues, no esperes perdón.

Y dirigiéndose entonces al que se encontraba á su derecha:

—¿Qué castigo mereco esta mujer?—
le preguntó.

—La muerte,—contestó aquel hom-
bre.

Ellen lanzó un nuevo grito.

Juan de Francia interrogó del mis-
mo modo á cada gitano.

Diez y ocho opinaron por la muerte.

Solamente seis guardaron silencio.
Aquellos eran jóvenes sin duda, y la ma-
ravillosa belleza de la jóven los habia
conmovido.

—¡Morir, morir!—esclamó Ellen;—
¡morir á los veinte años! ¡Piedad!

Los gritos de aquella jóven tan her-
mosa conmovieron á sus jueces y algunas
voces pronunciaron la palabra perdon.
Pero Juan de Francia se puso en pié é
impuso silencio.

—Ellen,—dijo,—puedas escoger en-
tre perder tu belleza ó morir.

—¡Oh, no!—dijo ella,—antes la
muerte. ¡Madame, madame!

—No. Vivirás bella para tu castigo.—
dijo una voz á la entrada de la gruta,
una voz imperiosa y dominadora como
la de un jefe supremo.

Un hombre enmascarado como los gitanos y vestido como ellos, se adelantó bruscamente pronunciando la contraseña: «La noche está oscura.»

Juan de Francia se levantó apresuradamente y exclamó:

— ¡Estames vendidos! ¿quién es ese hombre?

Pero el recién venido se acercó á él, le puso una mano sobre el hombro y le dijo en voz baja:

— Me llamo Amri y tengo el derecho de mandar, por que soy tu rey.

Al mismo tiempo se quitó y volvió á ponerse rápidamente su máscara, tan ligeramente que solo Juan de Francia pudo ver su rostro. El gitano se inclinó humildemente.

— ¡Mandad! ¡obedeceré!...

El rey de los gitanos levantó á Juan de Francia y le dijo:

— Manda alejarse á esos hombres.

— ¿Todos? — preguntó Juan de Francia.

— Todos, excepto este, — contestó aquel designando á Sanson.

Juan de Francia estendió una mano y dijo con sumision:

—¡Hermanos, el que es superior á todos nosotros os manda que os retireis!

Los gitanos, que tenian la costumbre de obedecer á Juan de Francia sin discutir jamás su voluntad, se levantaron y salieron.

—Volved á Londres,—añadió Juan de Francia.

Poco despues quedaban en la gruta cuatro personas solamente; Juan de Francia, humilde y dominado en presencia del eumascarado, como en otro tiempo, en el circo, el leon delante de Androcles; Sanson, que no entendia una palabra de lo que acababa de pasar, y Ellen, que experimentaba el estupor del condenado que recibe su perdon en las gradas del cadalso. Se habia levantado, pero sus piernas apenas la podian sostener. Cuando salieron los gitanos, el eumascarado que seguia en pié, tranquilo, con la cabeza erguida, se quitó su máscara. Solo entonces la crispada garganta de Ellen pudo dejar escapar un grito de alegría y de reconocimiento.

—¡Roger!—esclamó.

—¡El marqués de Asburthou!—murmuró Sanson.

—Ya no soy el marqués de Asburthou, sino Amrí el gitano, Atari el hijo de Cynthia y el jefe de su tribu,—contestó el joven.—Sanson espantado, se inclinó delante del amo. Roger dió entonces un paso hácia Ellen:

—Estos hombres querian matarte; yo te perdono, pero con la condicion de que saldrás de Lóndres esta misma noche, ó irás á reunirte con Roberto Walden en Escocia, y que no pensarás en adelante en casarte con Lionel.

Ellen bajó los ojos.

Roger se volvió hácia Sanson:

—Vas á conducir á esta jóven fuera de aquí,—le dijo,—la harás montar á caballo y la acompañarás hasta la puerta del palacio Walden.

Sanson se inclinó.

—¡Marchad!—prosiguió Roger señalando el camino á Ellen, y añadió dirigiéndose á Sanson,—desgraciado de tí si cae un solo cabello de su cabeza.

Sanson tomó á Ellen en sus brazos y la sacó fuera de la gruta. Roger miró entonces friamente á Juan de Francia.

—Ahora nos toca á los dos,—dijo.

VIII.

Juan de Francia, el jefe de todo un pueblo, bajo cuya voluntad se inclinaba la tribu, estaba ahora humilde y temeroso delante de Roger.

—Sí,—repuso Roger,—nosotros ahora, nabab Osmany; por fin es tu verdadero nombre, te llamas Juan de Francia y eres hermano de mi madre, de Cynthia.

Juan bajaba los ojos y callaba. Roger prosiguió:

—Cynthia me ha dicho de qué modo yo, Amri el gitano, habia sido sustituido en lugar del hijo muerto, del hijo legítimo de aquel de quien yo solo era el bastardo; pero lo que no me ha podido decir, es el objeto á que tienes hecho tanto tiempo. Te has atrevido á hacerme lord, á hacerme par, á hacerme coronel

de un regimiento del Rey. Bolton y tú habéis mentido á toda la aristocracia inglesa, diciéndola que Cynthia estaba loca, me habéis mentido á mi, asegurándome que yo era el verdadero, el legítimo marqués de Asburthou. ¿Para qué?

Y al pronunciar estas palabras, Roger miró fijamente á su interlocutor.

Pero Juan de Francia levantó entonces la cabeza con dignidad.

—Amri,—dijo,—puesto que conocéis el secreto de vuestro nacimiento, ¿debo explicarme?

—Habla,—dijo Roger.

—Una noche vinieron dos hombres á pedir hospitalidad al campamento de los gitanos á tres leguas de Calcutta. Uno de ellos era el cirujano Bolton, el otro, el mas poderoso señor de la India inglesa, lord Asburthou. El segundo vió á la entrada de una tienda, un niño de tres años que jugaba y se arrastraba por el suelo. Erais vos. Las entrañas de aquel hombre se conmovieron, por que había re-

conocido su sangre. Lord Asburthou era en efecto vuestro padre. A la noche siguiente, yo estaba herido y acostado en mi tienda, cuando uno de aquellos hombres volvió. Era Bolton que venia de parte de lord Asburthou que se hallaba sumergido en el mas profundo dolor, venia á buscar al hijo de la oscuridad, para hacer de él su hijo legítimo. Una vibora negra, deslizada en la hamaca del marqués Roger por el infame Sr. James, habia dado muerte al niño. Al principio, — continuó Juan de Francia, — quise resistir, porque fué á mi á quien se dirigió Bolton; pero este desarrolló ante mis ojos el brillante porvenir que se abria ante vos, y tuve vértigos. Ver á uno de mi raza subir tan alto, sentarse al lado de los pares del reino, triunfar en él, nosotros, los réprobos y los proscritos, ¡ah! era para volverse loco de orgullo. Entonces, acepté la mision que me confiaban, he viajado por vos dia y noche, á todas horas, como hubiera hecho una madre, y no he hecho mas, al engañar de este modo á la la-

glaterra entera, que obedecer la voluntad de lord Asburthon, vuestro padre, que no queria que sus títulos y su fortuna pasaran jamás al hijo del infame Sr. Jack, del calumniador y el verdugo de la señora Cecily. Ahora, si soy culpable, condenadme, vos que sois mi rey y mi dueño.

Y Juan de Francia dobló una rodilla ante Roger. Roger le tendió una mano y le levantó.

—Eres un servidor bueno y leal, Juan, —le dijo,—y te perdono el mal que Bolton y tú me habeis hecho... ¡Ah!—continuó llevando una mano á sus ojos humedecidos por las lágrimas,—lo que yo sufro desde que conozco la verdad entera, nadie lo sabrá jamás. Yo, Amri el gitano, he sido lord, he sido par, he mandado un regimiento, he sido el noble y altivo marqués Roger de Asburthon! ¡y soy solamente un bastardo, un criado!...

Juan de Francia hizo un enérgico ademán.

—¡Sois hijo de lord Asburthon!

—¡Sí, hijo bastardo,—murmuró Roger.

—Sea, pero es demasiado tarde para hollar bajo vuestros piés esa corona de marqués y ese manto de par que tan caro nos ha costado, monseñor. ¡Ah!—prosiguió Juan de Francia vivamente conmovido,—si nuestra presencia en Londres os molesta ú os humilla, decídmelo, baced una señal, nos alejaremos, atravesaremos de nuevo los mares, y podeis estar tranquilo, vuestro secreto será mas fielmente guardado que si estuviera sepultado en un atahud.

Roger movió la cabeza.

—No,—contestó,—no partireis, ó mas bien partiré con vosotros.

Y viendo que Juan de Francia hacia un movimiento, el jóven prosiguió:

—Escucha, Juan, si el infame Sr. James viviera aun, si la corona ducal y los inmensos bienes de la familia de Asburthton hubieran de pasar á su execrable raza, yo no tendria ciertamente valor para arrojar la máscara...

—Pero,—interrumpió Juan de Fran-

cié, —si renunciáis ese título y esa fortuna, ¿qué sucederá? Un decreto del Parlamento declarará estinguida la familia de Asburthon, y sus inmensos bienes volverán á poder de la corona.

Roger hizo un ademán negativo.

—Te equivocas, Juan, —dijo.— El nombre de Asburthon no está estinguido. La señora Cecily tenia otro hijo además del marqués Roger.

—Sí, —dijo Juan, —pero aquel hijo murió.

—Te engañas, Juan existe y tú le conoces.

—¿Qué decís? —esclamó el gitano palideciendo.

—La verdad. El hijo segundo de lord Asburthon, mi padre, y su legítimo heredero, tú le conoces, Juan, te has batido á su lado en el fuerte Saint-George. Es el capitán Lionel.

Juan de Francia lanzó un rugido de rabia.

—Ya lo ves, —repuso Roger, —solo me resta descender de este puesto que inocentemente habia usurpado.

Juan de Francia hubiera sentido menos terror que en aquel momento, en presencia de la muerte, delante del verdugo levantando su hacha.

—¡Oh, Dios mío!—murmuró ocultando su rostro entre sus manos.—¡Dios mío! ¿debia concluir de este modo mi sueño?

Roger no contestó, porque sintió ruido fuera de la gruta; un hombre se presentó en el círculo luminoso descrito por la hoguera.

—¡Bolton! ¡el doctor!—esclamaron á un tiempo Roger y Juan.

—He andado cincuenta millas en seis horas y he reventado mi último caballo á doscientos pasos de aquí,—contestó el cirujano mostrando sus botas empolvadas y sus vestidos desordenados.

Parecia dominado por una extraordinaria agitacion.

—¡Pero llego á tiempo!

—¿Qué es eso? ¿qué hay? preguntó Roger.

—Hay,—contestó Bolton con animacion,—que nuestro enemigo sir Roberto Walden todo lo sabe.

—¿Sir Roberto?—dijo Roger, —¿pues no era amigo de mi padre?

—Es vuestro enemigo mortal, —contestó Bolton.

—¡Ah!

—Y de todos los de vuestra raza, porque, añadió el cirujano, —veo que ya no hay necesidad de ocultaros nada. ¡Pues bien!—prosiguió Bolton, —sir Roberto Walden ha trabajado mucho desde hace quince días; ha recorrido la Escocia y la Inglaterra, ha visitado en sus castillos á la mayor parte de los miembros de la cámara de los lores, y piensa dentro de ocho días tomar la palabra en el parlamento.

—¿Para qué?

—Para pedir que sea espulsada del reino esa raza de vagamundos, de mendigos y ladrones, como él llama á los gitanos.

—¡Ah!—dijo Roger.

—Ahora bien, milord, --terminó bruscamente Bolton;—ved si es ocasion oportuna para declarar en voz alta que sois hijo de una gitana y para devolver

el nombre y los títulos de los Asburthou á vuestro hermano Lionel.

Roger inclinó la frente como Juan de Francia; parecía que en su interior tenía lugar una terrible lucha.

—¡No, no!—esclamó levantando el-
tivamente la cabeza;—bastarda ó legiti-
ma, por mis venas corre una sangre que
jamás desoye la voz del honor, ni la del
deber. Ningun oficial dá su dimision la
véspera de una batalla; ningun soldado
piensa en soltar su espada cuando escu-
cha el lejano ruido del cañon.

Y mientras Bolton y Juan de Fran-
cia se miraban pidiéndose la expli-
cacion de aquellas palabras, Roger
añadió:

—¡Ah!... ¿Roberto Walden se atreve-
rá á reclamar del Parlamento la espul-
sion de los gitanos?... ¡Pues bien! habrá
un par de loglaterra que se levantará
para defenderlos!

Bolton y Juan de Francia tenían la
vista y el alma suspendida de los labios
de Roger.

—Tranquilizaos. amigos míos,—les

dijo, —todavía soy el marqués Roger de Asburthon, coronel de los dragones del rey.

Juan de Francia y Bolton se estremecieron de entusiasmo y se inclinaron fascinados por la chispeante mirada del joven jefe de tribu.

IX.

Mientras tanto Ellen y Sanson galopaban hacia Londres.

Dócil esclavo, obedeciendo sin pararse á reflexionar, Sanson había sacado á Ellen de la gruta, la había ayudado á montar, había saltado también sobre su caballo, y por espacio de cerca de media hora, aturdido por lo que acababa de ver, y de oír, ni siquiera había pensado en preguntarse la razón de los acontecimientos que acaban de pasar delante de él.

Pero al cabo, y mientras corría á rienda suelta al lado de la joven, pronto á romper la cabeza de un pistoletazo á cualquiera, aunque fuese un gitano, que

se atreviera entonces á ofenderla, su tardía inteligencia empezó á reflexionar.

Estuvo buscando mucho tiempo y al fin encontró.

—¡Ah! ¡ya caigo! —dijo,—debe ser el niño.

—Así era como designaba al hijo de Cynthia en sus monólogos.

—El niño lo sabe todo, y como estará harto de ser marqués y par de Inglaterra prefiere ser rey de los gitanos, lo cual es infinitamente mas agradable.

Por su parte Ellen volvía á encontrar poco á poco su presencia de espíritu y reflexionaba friamente á medida que se acercaba á Londres.

—¡Estoy en salvo una vez mas! —pensaba,—el diablo me protege mas que nunca. Roger todo lo sabe, bien lo he visto, me desprecia segun ha dicho y no debo contar con él; pero me queda Lionel, y si puedo hablarle antes de que vuelva á ver al falso marqués de Ashburthorpe!...

Aquella esperanza llegó á ser par el genio fértil de Ellen la base de un nue-

vo plan de operaciones. Ni ella ni Sanson pronunciaron una sola palabra durante el camino. Habian andado todo el dia, y al ponerse el sol, el empedrado de Lóndres resonaba bajo las herraduras de sus caballos, y poco despues, se detenian á la puerta del palacio Walden. Pero al poner el pié en el suelo, la jóven se estremeció. Detrás del criado que corria á abrir, habia divisado á Roberto Walden. Roberto estaba grave y tranquilo como un juez que vá á pronunciar una sentencia.

—¡Mi tío!—balbuceó Ellen llena de confusion.

El baronet dió tres pasos hácia ella y la dijo con la espresion del mas profundo desprecio:

—Conozco todas vuestras abominables intrigas, vuestras relaciones con las gentes de vuestra raza, vuestras citas nocturnas con ese impostor que ha usurpado el nombre y el título de marqués de Asburthou.

—Topsy, la gitana,—presignió Roberto Walden con acento glacial,—siem-

pre había oído decir que por jóven que se coja un lobezno, es imposible domesticarle. Tarde ó temprano los malos instintos de su raza concluyen por presentarse, y muerde la mano que lo ha alimentado.

Ellen escuchaba petrificada.

—Topsy,—prosiguió Roberto Walden,—vais á salir de mi casa. ¡Os espulso! El banquero Brixworth os pagará mensualmente una honrosa pensión, porque no quiero que os veais obligada á mendigar vuestro sustento... entre tanto, tomad, y la puso en la mano una cartera.

Pero Ellen la tomó y la arrojó desdenosamente á los piés de Roberto Walden.

—No necesito vuestra piedad ni vuestras limosnas,—contestó.

Y salió con la cabeza erguida de aquella casa donde había pasado su infancia; salió sin volverse á mirar atrás cuando se cerró la puerta á su espalda.

.

Popsy se encontró entonces en las calles de Londres sin abrigo, sin recursos: Sanson había desaparecido. Otra que no tuviera un alma de bronce se hubiera conmovido con tantos golpes; cualquiera otra se hubiera puesto á llorar... Pero Ellen conservaba la indomable energía de su raza, y el solo sentimiento que experimentó al verse arrojada del palacio Walden, fué traducido por estas palabras:

—Puesto que Roberto me libra de todo reconocimiento, bien puedo influir ahora sobre Lionel.

La noche estaba fría, la brisa sopla-ha y se hubiera creído que la jóven, sucumbiendo bajo el peso de sus emociones y su fatiga, iría á buscar un abrigo en algun hotel cercano; porque habia conservado su bolsillo que contenia veinte monedas de oro. No fué así sin embargo; Ellen conocia el valor del tiempo y sabia por experiencia que muchas veces un minuto de más ó de menos decide del destino de una persona. La mirada investigadora de Ellen se

habia fijado en el traje de camino de Roberto Walden, cuyas botas estaban cubiertas de polvo.

—No ha tenido tiempo de ver á Lionel,—habia pensado enseguida.

Dirigióse, pues, al Strand donde toda la noche circulan numerosos carruajes, y se arrojó en el primero que acertó á pasar.

—¡Al cuartel de los dragones del rey!
—dijo al cochero.

La señorita Ellen se acordaba de que Lionel debía estar de servicio. En efecto, el centinela la contestó que el jóven oficial habia entrado á cosa de las doce.

—¿Podria hablarle?—preguntó la señorita Ellen;—se trata de cosas de la mayor importancia.

—No podeis entrar,—dijo el soldado,
—pero podeis escribirle.

Ellen dijo al soldado:

—Bastará que le digan mi nombre.

El centinela entreabrió la puerta del cuerpo de guardia donde dormian en sus camas de campaña los soldados que

componian la guardia. Elsmó á uno, el cual se acercó.

— Amigo mio, — le dijo Ellen presentando su hermoso rostro en el círculo luminoso descrito por los faroles del carruaje, — ¿quereis ir á decir al capitán Lionel que la señorita Ellen Walden tiene precision de verle al instante?

Al decir esto le puso en la mano una corona y el soldado partió. Cinco minutos despues Lionel salió precipitadamente y lanzó un grito de alegría al reconocerla.

— ¡Ah! — pensó ella, — ¡nada saber!

Lionel habia sufrido mil tormentos desde por la mañana. Al principio habia aguardado á Roger en el palacio Asburthton, pero no habia vuelto; solo á cosa de las doce habia enviado este lacónico billete á su hermano:

— «Estoy sobre las huellas de Ellen.»

El pobre jóven habia pasado el dia vagando desde el palacio Walden á casa de su madre, desde el de Asburthton al cuartel de los dragones. Llegó la noche, los relojes de las parroquias ve-

cinas habian sucesivamente dado todas las horas; Ellen no habia vuelto á su casa, ni el marqués Roger habia reaparecido en el palacio de Asburthton. Lionel estaba medio loco de dolor. Sin embargo, el instinto del deber le recordó que estaba de servicio aquel dia, y que debia relevar en el cuartel á media noche el capitán Hardy. Habia entoces procurado encontrar en los asuntos del servicio una distraccion forzada que le arrancara de sus terribles preocupaciones. Unas veces tenia fé en Roger; otras, por el contrario, desconfiaba de él y se preguntaba si su hermano estaria de acuerdo con Ellen para engañarlo. Esta suposicion tomó tal imperio sobre su espíritu que llegó hasta creer que era Roger quien habia hecho robar á Ellen. Encerrado en su cuarto, con la frente apoyada en sus manos, presa de los tormentos de los celos, el jóven oficial apenas volvió la cabeza cuando entró el soldado, creyendo que venia á buscarlo para algun asunto del servicio. Pero al oír

el nombre de Ellen se puso en pié de un salto, ahogó un grito y se precipitó detrás del soldado.

—¡Vos! ¡vos! —esclamó cogiendo con trasporte la mano que Ellen le alargaba por la portezuela.

—¡Yo! —contestó ella con voz alterada, ¡yo, que estoy perdida si no venis en mi ayuda! —y añadió despues:

—¿Podeis ausentaros?

—Sí, avisando á uno de mis compañeros y rogándole que me sustituya.

—¡Entonces, apresuraos á hacerlo, —dijo elle, —los minutos son siglos!

Lionel, sumamente conmovido, volvió á entrar en el cuerpo de guardia, tomó un lápiz y escribió al ca itan Hardy, que era su amigo íntimo, suplicándole que viniera á reemplazarle; despues subió al carruaje al lado de Ellen, diciéndola:

—¿Pero qué os ha sucedido? ¡Dios mío! ¡Ah! ¡si supierais cuanto he sufrido!

Ellen le cogió vivamente de un brazo.

—¿Lionel,—le dijo,—me amais?

—¡Si os amo!

—¿Sois capaz de despreciar por mí la cólera de todo el mundo?

—Arrostraría la muerte sonriendo, bien lo sabéis.

—Pues bien, Roger y mi tío han jurado vuestra pérdida.

—¡Ah!—esclamó Lionel.

—Mi tío ha sido quien me hizo robar anoche,—prosiguió la señorita Ellen,—para separarme de vos para siempre y unirme al marqués Roger.

—¡Pero eso es una infamia!—esclamó Lionel pálido de cólera.

La señorita Ellen lo cogió las dos manos.

—Aun es tiempo, amigo mío, renunciad á mí.

—Jamás.

—¿Queréis, pues, que sea vuestra esposa?

—¡Oh!—murmuró Lionel.—¿no es ese el sueño de toda mi vida?

—¡Pues bien! huyamos entonces, salgamos de Lóndres esta misma noche,

—**Refugiémonos en alguna provincia lejana, en alguna aldea ignorada donde un sacerdote bendecirá nuestra unión al momento.**—dijo ella con animación,—**no, estamos perdidos!**

Lionel apenas comprendía: pero las blancas manos de Ellen estrechaban las suyas; su voz encantadora le fascinaba; olvidó á Roger, olvidó á su madre, y murmuró una sola palabra:

—**¡Huyamos!**

La señorita Ellen dió entonces una orden al cochero, y el carruaje partió al trote largo.

Mientras tanto, el metódico y tranquilo Sr. Roberto Walden difería hasta el día siguiente una conversacion que proyectaba tener con Lionel acerca de Ellen, en la que se prometia desilusionarle y curarle de aquel amor indigno.

X.

Habian pasado tres dias desde la vuelta del baron Roberto Walden á

Londres. Desde hacia tres dias, el digno gentleman estaba dominado por una triste emoci6n. Lionel habia desaparecido. Segun la relacion hecha por los soldados, habia subido, á la puerta del cuartel, en un carruaje en que habia una mujer, y los soldados recordaban perfectamente que aquella mujer habia dicho que se llamaba Ellen. Así, pues, el Sr. Roberto Walden no podia conservar duda ninguna: Lionel se habia escapado con la gitana.

El digno baron se dirigió á la policia de Londres, tan hábil ordinariamente; la policia habia registrado todas las hospederias sin encontrar huellas de los fugitivos. El Sr. Roberto se desesperaba, porque demasiado sabia que la gitana no dejaria á Lionel aparecer de nuevo sin haberse casado con ella.

En Inglaterra, y sobre todo en aquella época, dos amantes podian presentarse delante del primer sacerdote que les pareciera, en cualquier iglesia y el sacerdote los casaba. Esta idea atormentaba al viejo gentleman, que en

aquellos últimos quince días, había hecho dos juramentos; primero, que mis Ellen no se casaría jamás con Lionel; el segundo mas solemne aun, consistía en obligar á Roger el bastardo á despojarse del título y la fortuna del marqués de Ashburthton en favor del hijo legítimo, es decir, de Lionel. Mientras se preparaba desesperado á volver por decima vez á casa del jefe de policía, vinieron á anunciarle que un hombre que á juzgar por su traje parecia comerciante, deseaba hablarle al momento. Sir Roberto mandó que lo dejaran pasar. Aquel hombre, que entró inclinándose y haciendo muchas cortesías, era casi un viejo: era débil, enfermizo, tenia unos ojillos grises de estremada movilidad, pocos cabellos y esos blancos, y rostro prolongado como el hocico de una zorra.

—Me parece que yo he visto á este hombre en alguna parte,—pensó Roberto

—Vuestro honor no me reconocerá,
—¿no es cierto?—dijo el viejo saludando por la vigésima vez.

—Sí... no... en efecto... me parece...—balbuceó Roberto.

—He tenido el honor de encontrar á vuestra gracia en la India.

—¡Ab!—dijo Roberto.

—Dos veces; una en el camino de Chaudernagor á Calcuta; otra en el *Schoultry del Brahma*.

Aquellas palabras fueron un rayo de luz para Roberto Walden.

—¡El hombre de la garduña!—esclamó.

—Precisamente, señor; yo soy Nathaniel, el padre de la pequeña Topsy, el joyero del Strand, que por causa vuestra fué condenado á recibir cincuenta latigazos.

—¡Bueno!—dijo Roberto frunciendo las cejas;—¿qué quieres? ¿dinero?

Nathaniel movió la cabeza.

—Gracias á Dios, mi comercio va bastante bien, y desde hace quince años que estoy establecido en el Strand, no he tenido por qué quejarme, á no ser una vez, hace un año, en la época en que fuí condenado al látigo. El pueblo,

qua es estúpido y siempre da la razón al opresor contra el oprimido, no quiso creer que la señorita Ellen era hija mia, y saqueó mi tienda. Por fortuna había entregado la víspera los encargos mas importantes y el coronel hizo que me indemnizaran.

—Pues bien,—dijo Roberto impaciente de la charla de Nathaniel,—supongo que habrás venido á hablarme de tus negocios.

—Ciertamente que no, señor.

—Entonces, ¿qué es lo que quereis?

—Voy á decirlo. Me voy haciendo viejo, tengo quinientas libras de renta, un buen establecimiento y ningun heredero. Queria recobrar á mi hija.

—¡Ah!—esclamó Roberto.

—Me serviria tanto en mi tienda á donde atraeria los parroquianos, porque entre nosotros, señor, mi hija es linda.

—¡Pues bien!—dijo friamente Roberto,—no veo inconveniente.

—¡Ah!—esclamó Nathaniel, mirando con serenos ojos al varonnet.

—Tu hija,—prosiguió Roberto,—se

ha portado muy mal conmigo, como su bienhechor,

—¡Oh! eso no me admira,—dijo Nathaniel tranquilamente.—Se parece á su madre que no valia gran cosa.

—Y la he echado de mi casa,—prosiguió Roberto.

—Ya lo sé, señor.

Roberto hizo un gesto de impaciencia.

—¿Qué vienes á buscar aquí entonces?

—Esperad,—prosiguió el gitano,—sé otra porcion de cosas.

—¿Sabes dónde está?—esclamó el baronet, cogiéndole de una muñeca.

—¡Oh! despacio, señor,—prosiguió el gitano sin alterarse.—Empecemos por arreglar nuestras condiciones.

Al examinar aquel rostro lívido, aquellos labios delgados, aquellos ojillos móviles que heian sus miradas, Roberto comprendió que nada sacaria de aquel hombre por la violencia.

—Habla,—repitió resignado de antemano á escuchar hasta el fin.

Nathaniel siguió diciendo:

—Topsy no está en Londres; ha partido con un guspo capitán, por el que parece que vuestro honor se interesa mucho y con quien se va á casar.

—¡Oh!—esclamó Roberto,—¡eso no sucederá!

—Si vuestro honor sabe impedirlo, no; pero si... vuestro honor no se digna escucharme...

—¿A tí?—dijo desdeñosamente el baronnet.

—A mí,—contestó fríamente el gitano.

—Me parece que comprendo,—dijo Roberto,—quieres venderme el secreto del lugar donde esté tu hija.

Nathaniel movió la cabeza.

—Ya he dicho á vuestro honor que no necesitaba dinero.

—¿Qué quieres entonces?

—Escuchadme, señor: El capitán Lionel está tan dominado por la chiquilla que no creeré, ni á vos, ni á mí, ni á nadie.

Roberto golpeaba el suelo con sorda cólera.

—Solo un hombre,—prosiguió Nathaniel,—podría oponerse al matrimonio.

—¿Y... ese hombre...

—Soy yo. Desgraciadamente, vuestro honor ha negado siempre que Topsy fuera hija mía y...

—¡Pues bien! ya no lo negaré.

—¡Oh!—dijo Nathaniel,—eso no es suficiente.

—¿Qué más es preciso?

—Es preciso que vuestro honor me presente al rey Jorge.

Roberto pegó un salto y no pudo reprimir la risa.

—Es preciso,—prosiguió tranquilamente Nathaniel,—que vuestro honor me lleve á Saint-James, me presente al rey y le confiese que soy el padre de Topsy; que suplique á su magestad que tenga á bien mandar que me devuelvan mi hija! Con esta órden por escrito, yo me encargo de lo demás.

Roberto Walden quiso resistir, por que le repugnaba mucho tener que convenir delante del rey en que había he-

cho pasar por su sobrina á la hija de un gitano.

—Lo que pides es imposible,—dijo á Nathaniel.

—Entonces,—dijo el joyero del Strand,—perdone vuestro honor que le haya molestado. Me retiro.

Y dió un paso hácia la puerta.

—¡Espera!—dijo imperiosamente Roberto Walden, y dime dónde está tu hija.

El gitano movió la cabeza.

—No,—contestó.—Es mi último precio. Si vuestro honor prefiere que Topsy la gitana se case con el capitán Lionel...

—¡No, eso no puede ser!—esclamó resueltamente el baron.

—No será, si vuestro honor se digna llevarme á Saint-James.

Roberto Walden comprendió que estaba á merced de aquel hombre. Refusar era dejar consumarse el matrimonio del verdadero marqués de Asburthorpe con una despreciable aventurera. Llevar á Nathaniel á Saint-James era condenarse á sí mismo; él, un noble,

y confesar una mentira. Pero cuando se trataba del honor de una familia, puesto en la balanza contra su propio orgullo, Roberto no podía dudar mucho tiempo.

—Bien está,—dijo por fin,—voy á presentarte al rey.

Y llamó para pedir su carruaje.

—Vuestro honor tiene razon,—murmuró Nathaniel.—Topsy representaría mal el papel de una gran señora; estará mucho mejor en mi tienda. . . .

Un hombre tan importante como el baron Roberto Walden, cuya elocuencia habia mas de una vez producido sensacion en el Parlamento, no podia hacer mucha antesala para ver al rey. Solo tuvo necesidad de decir su nombre para pasar por delante de veinte cortesanos y pretendientes que esperaban pacientemente su vez para llegar hasta S. M. británica.

El rey Jorge III estaba solo en aquel momento, ocupado en acariciar un magnífico ara de las islas que estaba colo;

cado en su puño izquierdo, cuando le anunciaron que Roberto Walden solicitaba el favor de ser admitido en su presencia. Al ver entrar al baron, Jorge III hizo con sus manos una especie de pantalla y vió aparecer detrás la cara astuta de maese Nathaniel, que venia vestido como un mercader y no como un noble.

—Señor,—dijo Roberto Walden para hacer cesar la admiracion que manifestaba el rey al ver entrar hasta allí á aquel extraño personaje,—desde los antiguos reyes sajones hasta V. M., los soberanos de la libre Inglaterra jamás se han desdeñado de administrar justicia por sí mismos.

—Es verdad,—contestó el rey.

—Señor,—prosiguió humildemente Roberto Walden,—este hombre que veis aquí, temblando bajo la mirada augusta de V. M., es un desgraciado padre, del que su hija ha renegado, y que suplica al rey mande que le sea devuelta.

Entonces sir Roberto Walden, com-

pletamente dueño de sí, explicó al rey, que le escuchó atentamente, con maravillosa habilidad, tocando apenas algunas circunstancias, explicó, repetimos, que Ellen se llama Topsy y que era hija de Nathaniel. El baron supo justificarse diestramente de haber abandonado á su hija adoptiva descubriendo los instintos perversos que habia demostrado. El rey encontró tan justa la reclamacion de Nathaniel, que hizo llamar á su capitan de guardias y le dijo designándole al joyero:

—Seguid á este hombre á donde os lleve; prended á su hija y conducidla, en nombre del rey, á la casa de su padre. Si persiste en negar que es hija suya, decidla que Roberto Walden ha declarado lo contrario.

El capitan de guardias se inclinó; pero en el momento en que Roberto Walden iba á salir, un nuevo personaje entró en el gabinete del rey: era el marqués Roger de Asbuthon, al que su grado de coronel daba entrada por las habitaciones particulares, lo cual le dis-

pensaba pasar por la antecámara. Roger no pareció extrañar la presencia del gitano Nathaniel. Por el contrario, el señor Roberto se estremeció al ver al joven coronel. Roger le saludó con la mano.

—Señor,—dijo al rey,—mis dragones están hoy de guardia en palacio y vengo á pedirlos la consigna que V. M. se digna dar todos los días.

El rey hizo una señal que queria decir: «Esperad que estemos solos.» Al mismo tiempo el señor Roberto dió un paso para retirarse: pero Roger le detuvo con una señal, y dirigiéndose siempre al rey.

—Mucho me alegro encontrar al señor Roberto Walden al lado de V. M.

El baron se inclinó ligeramente.

—Porqué,—prosiguió el marqués,—voy á rogar á V. M. que me permita hablarle de cosas que, segun creo, no serán indiferentes al honorable baron.

—Hablad, marqués,—dijo el rey.

—Señor,—prosiguió Roger,—un oficial de mi regimiento, el capitan Lionel,

de quien es tutor, según creo, el señor Roberto Walden...

Roberto saludó.

—Acaba de hacerse digno de un severo castigo. Ha salido de Londres sin licencia y va á casarse con una aventurera si V. M. no pone remedio.

—¡Ah! —dijo el rey haciendo un gesto de disgusto.

—Esta aventurera, —prosiguió Roger, —se hace llamar Ellen Walden; pero es en realidad hija de este hombre que se llama Nathaniel.

—¡Cómo! —dijo el rey mirando alternativamente á Nathaniel, Roger y Roberto Walden.

—La presencia de Roberto Walden y de este hombre en el gabinete del rey, me indican que sin duda V. M. ha dado ya sus órdenes.

—Sí, —dijo el rey con un movimiento de cabeza.

—Pues entonces, si es que este hombre puede retirarse, suplico á V. M. que me conceda algunos minutos de audiencia en presencia del Sr. Roberto Walden.

El baron no sabia á dónde queria Roger ir á parar, y frunció las cejas. El rey hizo una señal. El capitán de guardia se llevó al joyero Nathaniel y quedó Roger en presencia de Roberto Walden. Jorge III, que empezaba á padecer hacia algunos meses un mal misterioso que pronto debía cambiarse en locura, Jorge III, casi siempre de mal humor, se hubiera de seguro impacientado de la lentitud con que se explicaba Roger á no ser porque profesaba al joven y valiente coronel un afecto casi paternal.

—Veamos, marqués,—dijo bondadosamente,—¿de qué se trata?

—Señor,—vengo á dar á V. M. una noticia que le admirará mucho sin duda, pero cuya veracidad tendrá la bondad de afirmar, no puedo dudar de ello, Roberto Walden.

Roberto miró á Roger, el cual entonces se dirigió directamente al baron:

—Querido colega,—le dijo,—podeis contar, al rey que erais amigo del difunto Asburthton, mi padre.

—Es verdad,—dijo el baron.

—Que mi padre,—prosiguió Roger,—engañado por falsas relaciones, creyendo culpable á Cecily, su esposa, la tenia apartada de su lado, lo mismo que á su segundo hijo, mi hermano menor, por consiguiente. El terror de Cecily llegó á tanto, á causa de aquel niño por el cual temia la cólera ciega de Asburthon, que hizo que pasase por muerto.

—¡Cómól—esclamó el rey,—¿ese hijo no ha muerto?

—No, señor.

—¿Qué ha sido de él?

—Es capitán de mi regimiento y vengo á pedir os su perdon, porque él es, el que loco de amor por esa aventurera, ha abandonado á Londres y á su regimiento sin autorizacion.

—Puesto que es vuestro hermano, marqués,—dijo el rey con bondad,—le relevo del castigo que habia merecido; le concedemos tres meses de licencia.

—¡A! señor,—dijo Roger inclinán-

dose profundamente delante del rey.

Jorge III saludó á los dos caballeros con la mano, lo cual equivalia á una despedida.

Ambos se inclinaron y salieron. . .

—Una palabra, milord,—dijo Roberto Walden á Roger cuando atravesaban ambos la autecámara real.

—Cuatro, —si vuestro honor lo desea,—contestó friamente Roger.

—Deseo hablaros largamente, hoy mismo. ¿Tendreis la bondad de concederme una cita?

Roger llevó á Roberto Walden al buco de una ventana y le mostró los grandes árboles del parque de Saint-James.

—Mirad,—le dijo,—el jardín está desierto. Estaremos en él perfectamente.

—Corriente,—contestó Roberto Walden.

Bajaron al jardín y tomaron una calle sombría y desierto.

—Ahora,—dijo Roger,—escucho á vuestro honor.

—Milord,—prosiguió Roberto Walden,—hace quince días que salí de Londres.

—Después de cierta sesión misteriosa del club del Armiño, según creo,—dijo secamente Roger.

Roberto le miró.

—¡Ah! ¿sabéis eso?—preguntó.

—Sí,—dijo el marqués con altivez,—sé además que la señorita Ellen y vos habíais encontrado cierta gitana, que pretendía ser mi madre y que se llama Cynthia.

Estas palabras, dichas con acento glacial, produjeron en Roberto Walden la impresión que sufre un espadachín que confía en su estocada secreta, y que cuando menos lo espera, es contestado con un diestro quite. Sin embargo, no pestañeó siquiera.

—Puesto que me habláis de ese asunto, milord,—dijo,—veo que mi misión se simplifica mucho.

—¿De veras, milord?

—Esa mujer, llamada Cynthia,—repuso Roberto Walden,—y que decía ser vuestra madre...

—¿Qué mas?—dijo Roger.

—Aquella mujer, recuperada por pretendidos enfermeros de Bedlam, no está en dicha casa de dementes.

— Ya lo sé.

— ¡Ah!... ¿lo... sabeis?

— Sí, hago que Bolton la cuide.

— ¿Crecis, pues, en su locura?

— Sí, milord.

Una irónica sonrisa se dibujó en los labios de Roberto. Roger permaneció impasible.

—¿Deciais que habiais salido de Londres hace poco mas de quince dias?— preguntó.

— Sí, milord.

—¿Habeis hecho un viage á Escocia y de paso,—añadió Roger recalcando sus palabras,— habeis hablado á algunos miembros de la cámara alta de cierta ley de prescripcion que pensais pedir en el parlamento?

—Es posible,—dijo á su vez Roberto Walden.

Roger estaba tranquilo y altivo como un leon en reposo.

—Caballero,—dijo à Roberto,—¿adónde queréis venir á parar?

Aquella pregunta directa desconcertó un poco al baronet.

—Quiero que los gitanos sean expulsados del reino,—contestó mirando fijamente al marqués. Es el único medio, à mi parecer, de obligar à los impostores à descubrirse.

—Pero,—contestó friamente Roger,—esas gentes no ocultan su origen.

—¿Lo creéis así?—dijo Roberto con ironía.

Roger puso una mano en el hombro del baronet, y mirándola à su vez le dijo:

—Escuchad. Entre gentes como nosotros, las palabras de doble sentido son inútiles. Sé lo que pensáis.

—¡Ah!

—A vuestros ojos, yo soy un hijo natural sustituido al legítimo, el bastardo de lord Asburthton y de Cynthia la gitana.

Roberto guardaba un silencio afirmativo.

—A los ojos del rey, de la nobleza, á los del mundo entero, yo soy el marqués Roger, coronel de los dragones del rey.

—No digo que no,—contestó Roberto Walden.

—No tengo necesidad de deciros, Roberto,—contestó Roger con soberbio desden,—si estais en lo cierto ó si os equivocais. Un hombre como yo, no se rebaja hasta disculparse.

—Sin embargo, si yo tuviera pruebas...

Roger se encogió de hombros.

—Os desafío á que las presentéis,—contestó.—Pero escuchad aun, creo que profesais un respetuoso cariño á Cecily.

—Si.

—¿Amais á Lionel como á un hijo?

—¡Oh! ciertamente y le devolveré su herencia.

Roger se sonrió.

—¡Es extraño!—dijo.—Hé aquí un jóven y un viejo, uno enfrente de otro; el viejo es quien se deja llevar de arre-

batos juveniles, mientras el joven permanece sereno. Procurad escucharme con calma, caballero.

— ¡Bien está, hablad! — murmuró Roberto Walden mordiéndose los labios.

— Si realmente amais á Lionel, — prosiguió Roger, — os ruego que no comprometais su porvenir. La suerte que le proporciono es bastante buena, como habeis podido ver vos mismo.

— Caballero, — interrumpió bruscamente Roberto, — si fuérais vos el hijo legítimo...

— ¡Ah! perdonad, — dijo Roger, cuyos ojos chispearon, — os prohibo expresar la menor duda, mientras no hayais demostrado á la Inglaterra lo que os atrevéis á decir.

Aquellas palabras altaneras exasperaron al baron, quien llevó la mano á su espada, y exclamó:

— Yo sabré obligaros...

— Caballero, — replicó fríamente Roger, — una estocada nada probaria. Es además probable, si llegáramos á cruzar nuestras espadas, que fuérais muerto, y

Lionel quedaria privado de su único protector.

Estas palabras calmaron á Roberto como por encanto.

Roger prosiguió:

—Soy jóven, dicen que soy valiente, y la Inglaterra está en guerra... ¿quién puede asegurar que no moriré dentro de poco, al frente de mi regimiento?

—Perdonad,—dijo Roberto,—pero no aconsejaria yo á Lionel que esperara esa eventualidad.

—Ya veo, caballero, que es imposible entendernos. ¿Queréis, pues, la guerra? ¡La tendreis!

—Como queráis,—dijo el viejo *gentleman*.

—Haceis muy mal, Roberto Walden.

—Nadie debe creer que hace mal,—contestó el baron,—cuando obedece á su conciencia.

—¿De modo que está declarada la guerra?

—Sí.

—¿Padireis en el Parlamento la expulsión de los gitanos?

—Sí.

—Pues yo, —contestó friamente Roger, —los defenderé... Adios.

Y saludó cortesmente á Roberto Walden, alejándose en seguida.

El baron cruzó los brazos sobre el pecho y permaneció pensativo largo rato.

—Este hombre es invulnerable, —murmuró al fin. ¿Cómo obligarlo á descubrir su secreto? Es preciso que la verdad se descubra. Es preciso que el bastardo deje el puesto al hijo legítimo.

Echó á andar con paso apresurado por la calle en que habían hablado Roger y él. De pronto se estremeció viendo al doctor Bolton que atravesaba el parque. Bolton marchaba con la cabeza baja y parecia no haber visto á Roberto Walden. El baron se dirigió á él.

—Buenos dias, doctor, —le dijo.

Bolton saludó.

—¡Calla! —esclamó, —yo os creia en Escocia, querido baron.

—Acabo de llegar, —contestó Roberto.

—Y ya andáis rondando las cercanías de la antecámara real. ¿Os habéis vuelto cortesano, Roberto?

—No, —dijo el baron;—pero voy á ver al rey siempre que tengo necesidad de su justicia.

—¿Os han hecho alguna injusticia?

—A mi, no.

—¿Pues á quién, querido?

—A un hombre que ha pasado por muerto mucho tiempo y que está perfectamente vivo,—respondió Roberto.

—Perdonad, pero si lo quereis así, abreviemos. Sé de quién quereis hablar, del capitán Lionel, hijo segundo del marqués de Asburthor.

—Y su único heredero,—repuso sir Roberto Walden,—después de la muerte del verdadero marqués Roger.

Bolton miró con asombro al gentleman.

—Querido baron,—contestó,—dispensad, si no me he apercebido al principio del estado verdadero de vuestras facultades mentales. ¿Olvidáis que soy médico alienista?

Sir Roberto cogió un brazo de Bolton y lo estrechó con violencia.

— ¡Oh! — exclamó, — vos sabéis mejor que nadie que no estoy loco.

— ¡Hé! ¡hé! no me atrevería á afirmarlo, sobre todo si me repetís semejantes simplezas. ¿El marqués Roger muerto? ¡vaya! acabo de verle atravesar la verja de White-Hall.

— No es el marqués.

— ¡Bah!

— El hijo natural del Sr. Asburthou y de Cynthia la gitana.

Bolton se encogió de hombros y exclamó:

— ¡Cómo! creéis ciertas, vos también, las calumnias que ha inventado Topsy, esa chiquilla que habéis hecho pasar por sobrina vuestra?

Roberto Walden miraba á Bolton y se preguntaba si no decía la verdad: tanta era la serenidad de sus miradas y la tranquilidad de su rostro.

— Vos debéis saber seguramente la verdad, — dijo, — puesto que eris médico del difunto lord Asburthou.

—Ciertamente que la sé.

—¡Hablad, pues!

—¿Lo queréis así?

—¿Si quiero?—esclamó el baron cogiendo una mano de Bolton y estrechándosela.

—¡Pues bien! querido baron,— dijo el doctor,— la verdad es que os encontráis en la pendiente de la locura, y que haréis bien en volver á vuestra casa, hacer vuestro equipage y marcharos al continente. Los viajes son un excelente remedio para la monomania.

Dicho esto, Bolton saludó al asombrado baron y se alejó.

—¡Oh! ¡todos estos hombres están por él!—esclamó Roberto Waideo lleno de rabia.

XI.

La audaz gitana habia aprovechado el tiempo. El carruaje habia conducido á los dos jóvenes fuera de Lóndres hasta Herford. Amanceba cuando entran en la ciudad. Durante el camino, la gitana

habia demostrado al crédulo Lionel que Roger y Roberto Walden conspiraban, à porfia, contra ellos, y que el primero habia jurado orgullosamente que la haria ser marquesa de Asburthou; en fin, habia hecho comprender á Lionel la necesidad de viajar de noche y ocultarse durante el dia.

—¿A dónde iremos?—la habia preguntado Lionel.

La gitana habia hecho la siguiente reflexion: Mi tio, Roger y todos los gitanos van à revolver toda la loglaterra para encontrarnos. El único sitio donde no pensarán seguramente en buscarnos es en aquel rincón de Escocia donde Celin tenia una casita blanca rodeada por un jardin. Y contestó á Lionel:

—Volvamos á la casa blanca.

—Teneis razon, amada mia,—respondió el enamorado capitán. El reverendo Kilworth, que sirve la parroquia vecina, nos casará sin dificultad.

Sin embargo, Lionel no pudo menos de dejar escapar un suspiro.

—¿En qué pensais?—le preguntó la señorita Ellen.

—Pienso en mi pobre madre,—contestó Lionel.

—¡Oh! pronto la volveremos á ver,—contestó ella; -en cuanto hayamos puesto á Dios entre nosotros y la insaciable ambicion de mi tio, que bien lo sabeis, tiene una deplorable influencia sobre vuestra madre.

Pasaron el dia ocultos en un hotel de Hertford. Por la noche, Lionel pidió caballos de posta. Al día siguiente al amanecer su berlino de viage se detenia á la entrada de un pueblecito que distaba de Londres cerca de cuarenta leguas. El posadero, en cuya casa estaban las postas, estaba en la puerta.

—¡Hola! ¡caballos!—gritó el postillon.

Entonces el posadero se acercó, se quitó su gorro de lana y dirigiéndose á Lionel que sacaba la cabeza por la ventanilla:

—Vuestro honor me perdonará,—dijo,—pero no puedo darle caballos hasta dentro de dos horas.

—¿Por qué?

—Porque no tengo ninguno en la cuadra, pero aguardo relevos de Reven. Un lord, que se dirige á Escocia hace un instante, y ha tomado los que me quedaban.

Lionel y Ellen se vieron, pues, obligados á pasar dos largas horas en aquella posada. El joven capitán bajó muchas veces al camino para ver si llegaban los caballos. Durante este tiempo Ellen encerrada en su cuarto escuchaba distraídamente la conversacion de los criados de la posada que hablaban en el patio.

—¡Eh! Snob,—decia una criada á un mozo de caballos,—¿has visto alguna vez un lord tan negro?

—A decir verdad, Betsy,—contestó Snob,—ese lord es mas bien un español que un inglés. Tiene los cabellos negros como las alas de un cuervo, y es moreno como una aceituna de Francia.

Aquellas palabras sorprendieron á la señorita Ellen. No pudo menos de pensar en Juan de Francia y una vaga

inquietud se apoderó de ella. Pero Lionel tardó poco en subir y dijo alegremente:

—¡Ya tenemos caballos, marchemos!

Ellen volvió á subir al carruaje y continuó su camino, sin comunicar á Lionel sus inquietudes.

Además, ¿para qué habia de hablarle de Juan de Francia? La silla de posta seguia marchando con infernal rapidez. Lionel sembraba el oro para llegar mas pronto. Al otro dia al amanecer, la cadena de los montes Cheviot destacó en el horizonte sus líneas vaporosas. Pocas horas despues, los dos jóvenes llegaban á la casa blanca, en donde los dos viejos servidores que allí habia conservado la señora Celis, los recibieron llenos de alegría.

—Amigo Glin,—dijo Lionel dirigiéndose á uno de ellos,—vas á montar á caballo, irás á toda prisa al pueblo y traerás al reverendo Kilworth.

Glin montó, sin replicar, un poney de la montaña, y salió á galope camino del presbiterio. Una hora despues, lle-

gaba á la casa blanca el reverendo Kilworth. Era un viejecillo, todavía fuerte, de ojos azules llenos de dulzura y cabellos blancos como la nieve. Un amor desgraciado habia sido la causa de que se dedicara á la religion, por lo cual era mas indulgente que cualquiera otro con los que se amaban. Lionel y Elleu le contaron su situacion, ella, mistiendo con fingida candidex; él, convencido de cuanto le habia contado. El anciano sacerdote que recordaba haber visto á Roberto Walden mover la cabeza siempre que le hablaban del amor de Lionel, no tuvo dificultad en creer lo que la señorita Elleu quiso decirle. Roberto Walden querió para él, en el concepto de un ambicioso que queria hacer marquesa á su sobrina cuidanuese poco de su felicidad. Resistió, sin embargo, algun tiempo á ceder a las instancias de los dos jóvenes; pero los vió tan resueltos que concluyó por dejarse convencer.

—¡Bueno!—les dijo,—os casaré, pero mañana no, hijos míos, porque mañana es viernes, el dia en que Jesucristo murió en la cruz, sino el sábado. 61

Y al escuchar el grito de alegría que se les escapaba, el reverendo añadió:

— Presentaos el sábado al anochecer en la puerta del templo.

— No faltaremos, contestaron ellos, estrechando las arrugadas manos del anciano sacerdote.

El sábado, mientras que los últimos rayos del sol poniente doraban la cúpula de la iglesia de aquel pueblecillo, esta esperaba adornada de flores á los futuros esposos.

El ministro habíase puesto ya sus vestiduras sacerdotales, y los labradores de las cercanías habían acudido para asistir á la ceremonia. Poco antes de la llegada de los dos jóvenes, un grupo de forasteros pasó por delante de la iglesia y entró en ella. Los recién llegados eran ocho; cuatro de ellos venían vestidos como gentes de la clase media que viajan para su comercio; los otros cuatro de ellos venían envueltos en largas capas que ocultaban apenas uniformes del ejército real.

El sacristán se acercó á ellos y les dijo:

—¿Deseáis alguna cosa?

Uno de ellos contestó:

Queremos hacer oración.

El reverendo Kiworth, oyó aquella respuesta, y dijo en voz alta:

—La casa de Dios está abierta para todos sus hijos.

Los extranjeros se retiraron al rincón mas oscuro del templo y se arrodillaron devotamente. Poco despues llegaron Lionel y Ellen seguidos por los servidores de la casa blanca: los dos jóvenes no advirtieron la presencia de los extranjeros, y se arrodillaron delante del altar mayor. Ellen estaba radiante de alegría: algunos minutos mas y la ambiciosa joven iba á ver realizado su sueño, iba á ser esposa de Lionel, del futuro marqués de Asburthon, par de Inglaterra. El sacerdote descendió los grados del altar y se acercó á los futuros esposos, pronunciando la fórmula acostumbrada.

—Voy á proceder al matrimonio de Lionel Asburthon, y de Ellen Walden. ¿Hay alguien aquí que se oponga á este matrimonio?

—Yo dijo una voz.

Entonces Ellen y Lionel vieron un hombre que se ponía de pié y se adelantaba en medio de la iglesia.

—¿Vos?...—dijo admirado el sacerdote, mientras que Ellen ahogaba un grito al reconocer al hombre de la garbana. ¿vos?

—¡Sí! padre mio.

—¿Quién sois?

—Soy el padre de esta jóven, y ved aquí varias personas que pueden confirmarlo.

En este momento, los otros tres viajeros, vestidos como él, se acercaron lentamente, y Ellen reconoció llena de espanto á Juan de Francia, Sanson y el marqués Roger.

—Lo que este hombre ha dicho es la verdad,—dijeron á un tiempo.

—¡Mentiro!—exclamó Ellen con voz ahogada á causa de su estupor.

Pero entonces aquel de los soldados que parecia mandar á los demas, se acercó á su vez.

—En nombre del rey,—dijo,—me

opongo á este matrimonio, é intimó á Topsy la gitana le órden de seguir á su padre, el joyero Nathaniel.

Ellen lanzó un grito terrible y se desmayó.

—¡Llevala!—esclamó el oficial, mientras el tumulto llegaba á su colmo.

—¡Miserable!—esclamó Lionel precipitándose hácia Roger.

Pero el coronel de dragones le cogió friamente por un brazo y le dijo tan solo estas palabras señalando hácia Nathaniel:

—¡Hija del gitano Nathaniel!

Lionel, dominado por aquella mirada y aquellas terribles palabras, bajó la cabeza.

TERCERA PARTE.

I.

Habría pasado un mes desde los últimos sucesos que acabamos de relatar.

Al calor insoportable, propio de la zona tórrida, que reina en Londres al finalizar el verano, habían sucedido las brisas y las nieblas del otoño. Era una de aquellas noches de espesa niebla en que llega á ser imposible la circulación de los carruages, é inútil la luz de los faroles.

Los pocos transeuntes que volvían á sus casas, marchaban á tientas pegados á las casas, y con la vista fija en los faroles de las calles, cuya luz solo era un punto rojizo cuya distancia era imposible apreciar. Sin embargo, dos hombres envueltos en sus capas, con el

sombrero calado hasta los ojos, salieron por una de las verjas de Saint-James y hecharon á andar rápidamente, internándose por las calles de Londres, como gentes á quienes la nobleza importaba muy poco.

— Monseñor, — dijo uno de ellos, — creo que podemos aventurarnos esta noche.

— También lo creo yo, mi buen Delton, — contestó el segundo, — ¡llévame el diablo, si mis acreedores piensan en mí esta noche...! pero, te lo ruego, seamos prudentes, suprime los títulos de alteza y de monseñor, y llámame solamente Jorge.

El que se llama Delton tomó familiarmente el brazo de su compañero.

— Ya lo ves, mi pobre Delton, por muy bellos discursos que se pronuncian en el Parlamento, y por mucho que los periódicos exalten la gloria de la noble Inglaterra, no por eso dejará esta de ser el mas fastidioso y mas aburrido de todos los países del mundo.

— En efecto, — contestó Delton, — el clima no es de los mejores.

— ¡Pues y las leyes! ¡Ab! — dijo amargamente aquel gran personaje, — siempre me ha parecido encontrar una amarga ironía en el fondo de todas esas fórmulas de respeto de que rodea el pueblo inglés á esos desgraciados esclavos, que tiene la bondad de llamar sus soberanos. Lindos soberanos á fé mia! El rey no puede salir del reino sin autorización del parlamento; y su hijo, desde el momento en que pone el pie fuera de Saint-James, se convierte en un simple ciudadano, que se encuentra á merced ó mas bien bajo la jurisdicción de una docena de pillos y de usureros que tienen la osadía de ser sus acreedores.

— Confieso, — dijo Delton en voz baja, — que todo eso es intolerable, é indigno de la monarquía inglesa.

— ¡Ab! — contestó el otro dando un suspiro, — el rey de Francia no lo consentiría; ¡pero mi padre es tan débil! Figúrate, querido Delton, que siempre que sentencia entre algun noble y algunos toscos mercaderes de la ciudad, nunca duda en condenar al primero.

Esto es resultado de sus ideas liberales, según él mismo dice. Pretende que nuestros antepasados, cuando reinaban en Holanda, estaban obligados á cumplir las leyes como el último de sus súbditos.

— ¡Qué quereis, monseñor! Como el remedio de todos esos males es la paciencia, aconsejo á V. A. que se resigne. Cuando V. A. suba al trono...

— ¡Pero calla, imprudente! ¿quieres ser causa de que yo duerma en Queen's Bench?

La persona que habia proaunciado las últimas palabras era nada menos que S. A. R. el príncipe de Gallos, presunto heredero de la corona.

Es indispensable una corta digresion para explicar la estraña conversacion que tenia entouces con su ayudante, el coronel Delton, confidente y ordinario compañero de sus locuras. El príncipe de Galles pasaba, en concepto de todos, por el mayor calavera del reino. Jgador, libertino, lleno de deudas, habian sido tantas sus locuras, que el rey Jorge habia recibido numerosas quejas.

Cierta dia, un miembro de la cámara de los Comunes tuvo atrevimiento para dejar sobre la mesa del presidente un voluminoso manuscrito, que no era otra cosa que una queja colectiva de dos ó tres docenas de proveedores de S. A. R. que esto habia hecho espulsar por sus criados, siempre que habian tenido la audacia de pedirle dinero. El Parlamento se conmovió un poco con aquella protesta y dirigió al rey una petición respetuosa. Entonces el rey mandó al Parlamento publicar un bill, que declarase que el príncipe de Gales podia ser considerado por sus acreedores como un particular, detenido y llevado á la cárcel por el primer constable á quien se intimara el cumplimiento de las leyes. Despues pagó las deudas de su hijo y le dijo:

—Ahora, caballero, recordad bien lo que voy á decir: soy miembro nato de la cámara de los Lores, y bajo el título de Saint James House el heredero presunto de la corona. Si hacéis nuevas deudas, vuestros acreedores no podrán

obrar contra vos ni en Saint-James ni en el recinto del Parlamento; pero en cualquier otra parte tendrán el derecho de haceros arrestar.

El joven príncipe pronunció corrigirse y no gastar más que su pensión; pero prometer es una cosa, y cumplir otra muy diferente: al cabo de tres años el príncipe tenía más deudas que nunca. Aquella vez el rey se negó á pagar. Mandó que el bill dado por el Parlamento tuviera efecto. Desde entonces el príncipe solo salió de Saint-James usando de las mayores precauciones y cubierto con los disfraces más ingeniosos. Cuando se dirigia al Parlamento era en un coche de Palacio, escoltado por un piquete de caballería. Su comportamiento, pues, la razón por que se habla, que hacia tener á los ingleses y franceses de la ciudad, tanta más del agrado del príncipe de Gales que lo era del rey.

— ¡Brrr! — exclamó Dexter, — hace un frío horrible esta noche.

— Por lo cual, — continuó el príncipe — espero que mis criados irán a cerrar la cama.

—Es muy probable.

—¿Nos habrán visto salir, querido Delton?

—Las cercanías del palacio estaban desiertas, monseñor.

—Me tranquilizas.

—Pero, —exclamó Delton, — ¿mostréveré á dirigires una pregunta?

—Habla.

—¿Es solamente el amor del aire libre lo que ha hecho á V. A. salir con este meloito tiempo?

—No.

—¡Ah!

—Estos dos mocosilabos estaban preñados: uno de misterio, el otro de curiosidad.

—Estoy enmorado, —dijo el príncipe.

—Eso os sucede con frecuencia, monseñor.

—¡Ab...! ¡Pero como no lo hé estado nunca,

—Vamos á entonar alguna canción debajo de sus balcones.

—Ella no tiene balcones.

—¡Bah!—dijo Delton,—en todos los palacios de Londres hay balcones.

—No tiene palacio.

—¿Será alguna plebeya, la linda esposa de algún horrible mercader?

—Menos que eso.

—¡Oh, oh, monseñor.

—Tengo ganas de encanallarme por completo, Delton, sinigo mio.

—Pero en fin, monseñor...

—¿Quieres que te haga su retrato?

—Seguramente.

—Es rubia, con grandes ojos negros, tiene un pié tan pequeño que cojeria en mi mano. Tiene diez y ocho años y va vestida como una hija del pueblo; vestido de lana, media de lana, cabellos encerrados en una redecilla azul, una capita gris, bajo cuyos pliegues se adivica un talle esbelto, delicado, capaz de dar celos á una duquesa.

—El retrato es encantador à fé mia.

—¿No es verdad?

—Ya lo creo, ¿y dónde ha encontrado V. A. esa maravilla?

—¡Ah! Es toda una historia.

— ¿Puedo saberla?

— Ciertamente. Hace tres días, cuando me dirigia al Parlamento, pasé por aquí... por donde vamos en este momento. Ya sabes que cuando voy al Parlamento me burlo de mis acreedores. Llevaba la cabeza junto á la ventanilla y sonreia al pueblo con la mayor gracia. De pronto vi á esa jóven, que se habia detenido y miraba curiosamente mi carruaje y mi escolta.

— Y el hermoso rostro de V. A.

— Quizás, — dijo el príncipe con un ligero acento de fatuidad. — Hice parar y la dirigí un beso y una sonrisa. Ella se ruborizó y desapareció. Pero uno de mis criados, mezo muy inteligente, llamado Fox, no la perdió de vista, y esta mañana, mientras me vestía, me ha dado noticias acerca de la habitación, las costumbres y la familia de mi hermosa desconocida.

— ¿Dónde vive?

— ¡Oh! En un barrio, — dijo el príncipe riendo, — donde nadie me supondrá capaz de aventurarme: en el Wapping.

— En efecto, monseñor, por finos sabuesos que sean vuestros acreedores, nunca creerán que el presunto heredero de la corona se pase a cercas de las doce de la noche por el más sucio y más infecto de los barrios bajos de Londres.

— ¡Pues bien! apretemos el paso, — repuso el príncipe; — tengo prisa por ver á mi hermosa.

Delton tosió en sí aire embarazado.

— ¿Es que te repugna ir al Wapping? — preguntó riendo el príncipe.

— No, nada de eso; pero lo no parece prudente. Es un barrio infestado de ladrones, frecuentado por marineros borrachos.

— Y eso te da miedo?

— ¿Y además, — dijo Delton, — esa jó-
-ven tendrá sin duda padre, hermanos,
y un amante quizás...

— Nada de eso. Vive en una casita con una hermana suya que está enferma en cama, y una vieja que es su tia, según dicen. Por lo mejor, así me lo ha asegurado Fox. Además, — añadió sonriendo el príncipe, — tenemos buenas

espadas bajo nuestras capas; y creo que sabremos servirnos de ellas.

—¡Chis!—dijo el ayudante.

—¿Qué es eso?—preguntó el príncipe con alguna inquietud.

—Creo que nos sigue.

—¡Diablo!

—Hace algunos minutos que oigo andar detrás de nosotros á gentes que parecen arreglar su paso por el nuestro.

El príncipe de Galles metió la mano debajo de su capa y la llevó á la empuñadura de su espada. Despues se puso á escuchar. Dos voces cuchicheaban á poca distancia, entro la niebla.

—Son gentes que hablan de sus asuntos,—dijo el príncipe con indiferencia,—ocupémosnos de los nuestros.

Delton siguió al príncipe, que penetró resueltamente en el Wapping. Los pasos seguían sonando.

—Querido,—dijo el príncipe deteniéndose,—esas gentes empiezan á fastidiarme.

En cuanto el príncipe se detuvo, los pasos se detuvieron también. El prínci-

pe de Galles volvió entonces atrás y fué derecho hácia aquellos hombres á quienes no veía, pero cuyos pasos y voces oía perfectamente. Dos negros grupos aparecieron repentinamente en medio de la niebla.

—¡Hola!—gritó Delton,—si sois ladrones, os dirigís mal, amigos. Tenemos el diablo alojado en nuestros bolsillos y en la cintura dos buenas tizonas de tres piés de largo.

Una burlona carcajada fué la única respuesta de aquellas palabras. Al mismo tiempo otras dos sombras se destacaron sobre la niebla. Delton se volvió: otros tres llegaban por la parte opuesta para cortarles la retirada.

—¡Espada en mano!—dijo en voz baja,—¡estamos cercados!

El príncipe había ya desenvainado.

—Largo, ¡villanos!

Una segunda risotada le contestó á su vez. Luego sonó un silbido. Era, sin duda una señal convenida, porque el círculo formado por aquellas sombras se estrechó.

—¡Paso!—volvió á gritar el príncipe,

—Señor;—dijo una voz burlona,—
os hemos conocido, y lo mas prudente
es entregarnos por buenas.

El príncipe se arrojó con la espada
levantada, sobre el que acababa de ha-
blar.

—¡Paso! ¡paso!—repitió.

Las sombras se separaron y se hi-
cieron atrás.

—¡Estos canallas quieren robarnos!
—dijo el príncipe á Delton,—cargue-
mos sobre ellos.

Las sombras tomaron la fuga. El
príncipe empezó entonces á perseguir-
los; pero apenas habia dado tres pasos
cuando sus piés se enredaron en un
obstáculo invisible. Dió un paso en
falso, y cayó dejando escapar su espada.
En el mismo instante, dos robustos
brazos le cogieron, y Delton, que tam-
bien habia tropezado, fué agarrado del
mismo modo y puesto en la imposibili-
dad de socorrer al príncipe. El obstá-
culo que acababa de detener al príncipe
y á su ayudante era una pequeña cuer-

da tendida á un pié de alfiler, al través de la calle.

Entonces las sombras se aproximaron de nuevo, destacando de una manera mas precisa de la niebla, y el príncipe de Gales se vió rodeado de una docena de hombres bien armados. Tambien entonces, la voz burlesca tomó un cuerpo, y aquel cuerpo la apariencia de un oficial de la policia comercial, especie de agente encargado exclusivamente de arrestar á los deudores y llevarlos á la cárcel.

—¡Miserable! —decia el príncipe exasperado, —pagareis con la cabeza esta insolencia.

—Mi cabeza se encuentra bien sobre mis hombros, monseñor, —dijo irónicamente el oficial de policia, —tan cierto es eso como que sois S. A. R. el príncipe de Gales.

—¡Como! ¿tunaste! —esclamó el príncipe, —me conoces y te atreves...

—No soy yo, monseñor, es el Parlamento. No quiera Dios que Jonathan Sueter, que es un súbdito fiel de S. M.,

dé jamás semejante bill. Arrestar al príncipe de Gales, al heredero del trono, ¡oh! monseñor.

El futuro rey de Inglaterra creyó que el agente de policía comercial no era incorruptible, y le alargó su bolsa:

—Toma, — le dijo.

El agente agitó la bolsa, como si hubiera querido darse cuenta del número de monedas de oro que contenía, y después se la devolvió.

—Creo, — dijo, — que V. A. se equivoca.

—¿Qué quiere decir eso, bribón?

—La bolsa de V. A. contiene unas veinte guineas; pero no seis mil libras, que es el importe de los créditos por los que tengo el sentimiento de arrestar á V. A. á quien sigo desde su salida del palacio.

—¡Ah! ¡traidor!

—Yo sabía que V. A. debía salir, y tomé mis precauciones en consecuencia.

—¡Tuosante! ¡te haré ahorcar.

—La cuerda que me ha de apretar la garganta, monseñor, no está aun fabricada,

— Cuando yo sea rey...

— El rey Jorge III está perfectamente bueno y es mas jóven que yo. Cuando V. A. suba al trono, ya habré yo muerto. Vamos, monseñor, continuó el agente, haré humildemente observar á V. A. que la niebla es húmeda y mal sana y que hará bien en volverse.

— Volvédme á acompañar á Saint-James, en ese caso.

— No puede ser, monseñor.

— ¿Y á donde te atreverás á llevarme?

— A Queen's-Bench, monseñor.

El príncipe se estremeció ligeramente.

El agente prosiguió:

— Como estaba casi seguro del arresto de V. A., he prevenido al director y á los llaveros. Vuestra habitacion está pronta, monseñor.

— ¡Ah! ¡bandido, miserable tunante!
— exclamó el príncipe, — todavía no me has cogido.

Y trató de escaparse de las manos del hierro que le oprimian. El coronel Delton le imitó, y casi llegó á conse-

guirlo, pues estaba dotado de fuerzas hercúleas, capaces de derribar al agente que le había cogido por el cuello.

En aquel momento un paso sonoro, regular, aunque rápido, resonó á poca distancia.

— ¡A mí! ¡socorro! — gritó el príncipe, á quien pareció reconocer un paso militar.

Los pasos se hicieron mas rápidos y apareció un hombre.

— ¿Quién pide socorro? preguntó una voz clara y sonora.

— Yo, — contestó el príncipe, — Jorge de Inglaterra, príncipe de Gales, á quien se han atrevido á prender.

Aquel hombre se acercó y al verle el agente dejó escapar un grito de sorpresa. Era un hombre de elevada estatura; llevaba un chaqueton de marinero que parecia ser un disfraz, tanta era la nobleza de su fisonomía y la buena educación que sus maneras anunciaban. Se quitó su sombrero de hule y saludó respetuosamente al príncipe. Despues miró friamente al polizonto.

— ¡Cómo! tunante, — dijo, — ¿te atreves á poner la mano sobre S. A.?

— El amo, — murmuró el agente en voz baja.

Después balbuceó en alta voz:

— Perdonádmelo; pero obedezco á las órdenes que he recibido.

— De nadie tienes que recibir las más que de mí, — contestó el del chaquetón, — y te mando que caigas de rodillas delante de S. A., quien, á ruego mio, te perdonara tal vez.

El príncipe estaba estupefacto. El agente de la policía comercial dobló una rodilla, y temblando de pies á cabeza, murmuró algunas palabras para pedir perdón.

— Vete y llévate á tus gentes, — volvió á mandar el hombre del chaquetón.

El agente como lo hizo repeler. Hizo una seña á los suyos, éstos y se alejó con rapidez.

En dos minutos, todos aquellos hombres desaparecieron como se disipa el humo al soplo del viento, y el príncipe

y su ayudante quedaron en presencia de aquel desconocido que ejercía tal imperio sobre los agentes de la policía comercial. Aquel hombre saludó nuevamente al príncipe de Gales, y le dijo:

—Perdonadme, monseñor; no me he presentado bastante á tiempo para impedir á esos miserables...

—¡Por los cuerpos del diablo! —interrumpió el príncipe que empezaba á salir de su estupor, y examinaba con curiosidad á su salvador, —¿quién sois, caballero, vos que tenéis poder para poner en fuga al único hombre que no haye nunca, á un agente de la policía comercial?

—He hecho algunos favores á aquel hombre, —contestó modestamente el desconocido; — me está agradecido.

—¡Dewell! —murmuró Deltou, — le habeis hablado con la autoridad de un amo.

—Lo soy quizás.

—¡Oh! —dijo el príncipe, —no os alejateis, caballero, sin que me digais vuestro nombre; quiero desde mañana mismo demostraros públicamente...

—;Chist! monseñor, no hablemos de eso. Pero imagino que V. A. me permitirá acompañarle hasta el palacio de Saint-James.

El príncipe, cuya emocion se calmaba poco à poco, recordó entonces el primer objeto de su expedicion nocturna.

—Pero,—contestó,—es que yo no pienso volver à Saint-James.

—V. A. hace mal.

—Es que estoy enamorado.

—Ya lo sé...

Y el hombre del chaqueton empezó à sonreir; luego, viendo que el asombro del príncipe aumentaba, añadió:

—V. A. ha visto al paso, hace dos dias, una jóven rubia, adornada con una redecilla azul.

—Es perfectamente exacto.

—Es hermana de la mujer à quien amo,—contestó friamente el hombre del chaqueton. Pero si V. A. tiene alguna consideracion por un hombre que le ha evitado ir à Queen's-Bench...

El príncipe de Gales no le dejó concluir.

—Basta,— dijo;—por costoso que sea, no continuaré la aventura. Yo tengo muchas deudas; pero estad tranquilo, amigo, soy de noble raza y de carácter leal; os empeño mi palabra de caballero de no procurar seducir á esa jóven.

—Gracias príncipe.

—Ahora,—prosiguió el príncipe,—puesto que mi expedicion nocturna no tiene ya objeto, voy á aceptar vuestros servicios: acompañadme hasta Saint-James, vos que hacéis huir á los agentes de policia.

—Estoy á las órdenes de V. A.

Los tres echaron á andar.

—Sabeis, amigo mio, que teneis un poder muy grande. Dondo el hijo de un rey nada puede...

—Yo lo puedo todo, ¿no es así?— contestó sonriendo el desconocido.

—Si ciertamente.

—Solo con que V. A. tenga confianza en mí, podrá en lo sucesivo entrar y salir á todas horas, de dia y de noche.

—¡Ah! ¿de veras?

—Como tengo el honor de asegurarlo á V. A.

—¡Cómo! ¿mis acreedores me dejarán en paz?

—Sí, príncipe.

—¡Vaya pues! ¿sois mágico?—preguntó Delton.

—Un poco.

—¡Pues bien! vendedme vuestro secreto, amigo mio; y á fé de príncipe, no dareis con ningún ingrato.

—¿Tendrá V. A. confianza en mí?

Al decir esto el desconocido fijó en el príncipe una risueña mirada.

—Sí,—contestó S. A. R.

—Entonces venid conmigo.

Hablando así habia cruzado el puente de Londres y penetraban en los mejores barrios de la gran ciudad. El desconocido iba delante con rápido paso. El príncipe y el coronel Delton le seguian. Al cabo de un cuarto de hora los tres se detuvieron ante la puerta de una casita de agradable y modesta apariencia.

—Aquí es,—dijo el desconocido.

Y llamó.

En la casita reinaba el mas profundo

silencio, y parecia desierta. No obstante, al ruido de la campanilla vino á abrir una vieja, y viendo al del chaqueton, le saludó con respeto.

—Debe ser algun caballero disfrazado,—pensó el príncipe.

Y penetró en la casa detrás del desconocido. Este lo hizo atravesar un corredor, subir una escalera, empujó una puerta y lo introdujo en una habitacion bastante espaciosa, cuya manera de estar amueblaba indicaba el despacho de un hombre de negocios. El desconocido presentó un sillón al príncipe y permaneció respetuosamente en plé.

—¡Oh! —esclamó riéndose el segundo, —si sola hechicero, vuestro laboratorio nada tiene, en verdad, de terrible.

El desconocido hizo traer una lámpara con pantalla, que la vieja colocó encima de un gran escritorio de roble ennegrecido; despues dijo al príncipe:

—El medio que voy á indicar á V. A. es bien sencillo.

—Veamos,—dijo el príncipe.

—El acreedor es un perro ferox á

quien no se spacigua sino dándole de comer.

—¡Pardiez! —dijo el príncipe, —si tal es vuestro procedimiento, es sencillo, en efecto, pero de difícil ejecución; yo no puedo pagar mis deudas.

El desconocido abrió un cajon y sacó un legajo de papeles.

—Monseñor, —dijo, —ved aquí los documentos relativos á vuestras deudas.

El príncipe de Gales dió un brinco en su sillón.

—Están satisfechas, —prosiguió tranquilamente el del chaqueton...

—Perdon, pero...

—Y he los aquí, —terminó el desconocido alargando respetuosamente los papeles al príncipe.

Este creia soñar.

—¡Cómo! —dijo al cabo, —¿me explicareis esto, caballero?

—Es fácil, monseñor. Vuestras deudas están pagadas y vuestros acreedores satisfechos, á escepcion de uno que todavía os hacia perseguir esta noche y que será pagado mañana por la mañana.

—¿Y quién ha pagado mis deudas?—
esclamó el príncipe con altivez.

—Personas afectas á V. A.

—¿Vos, quizás?..

La mirada del príncipe parecía que-
rer penetrar hasta el fondo del alma de
aquel hombre.

—Yo, contestó este.

—¿Quién sois, pues?

—Mi nombre no os sacará de dudas
monseñor.

—Quiero saberlo.

El desconocido se inclinó:

—Me llamo Osmany, dijo:

Osmany se equivocaba; el príncipe
había oído hablar de él.

—¿Sois el nabab á quien el laird Mac-
Gregor ha nombrado su heredero?

—Sí, monseñor.

—¿Y pagais mis deudas?

Osmany se inclinó. El príncipe con-
tinuaba mirándole lleno de asombro.

—¿Segun eso, sois muy rico?—dijo
por fin.

—Yo no, monseñor.

—¿Quién entonces?

—Una asociación que represento, una compañía.

—¿Cuál?

—En eso, monseñor, me es imposible satisfacer la curiosidad de V. A.

—Pero...

—Ese secreto no me pertenece, — monseñor.

—Pero, —dijo el príncipe que caía de sorpresa en sorpresa, —¿sabéis que mis deudas ascienden á seis mil libras?

—V. A. no tiene ya deudas.

El príncipe se puso en pié.

—Caballero, —dijo; —si el parlamento hubiera pagado mis deudas, su proceder me hubiera parecido delicado; pero una asociación que quiere permanecer desconocida: hablad, explicaos, qué quiere decir esto?

—Monseñor, —contestó Osmany, —si yo me presento algún día en el palacio de Saint-James, y pido ver á V. A., ¿tendrá la bondad de recibirme?

—¿Si es recibire!

—Pues bien; algún día (¿cuándo? lo ignoro) me presentaré en Saint-James y

reclamaré á V. A. el precio del ligero servicio que hoy le presto.

Y viendo que el príncipe fruncia las cejas, Osmany añadió:

—Tranquilícese V. A.; el servicio que le pediré no comprometerá su honor ni su deber.

—Caballero,—dijo el príncipe,—guardad esos créditos; quiero ser vuestro deudor hasta el día en que haya cumplido la promesa que hoy os hago.

Osmany se inclinó.

—Solo tengo una gracia que pedir á V. A.

—¡Hablad!

—Que guarde el mas profundo silencio acerca de nuestro encuentro.

—Os doy mi palabra de callarlo; ¿ois, Dalton?—añadió el príncipe volviéndose hácia el coronel, testigo mudo y asombrado de aquella escena.

El coronel inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Y ahora, monseñor,—prosiguió Osmany:—¿V. A. desea volver á Londres?

—¡Ciertamente!—contestó el príncipe.

Osmany hizo sonar un timbre; al ruido una puerta se abrió y entró un hombre; era un gigante. Osmany se lo designó al príncipe.

—Hé aquí,—dijo,—un hombre que me representa en las calles de Londres; con él V. A. puede ir por todas partes.

Cuando el príncipe de Gales entró en Saint-James, lanzó un grito de asombro al divisar un legajo de papeles que estaba sobre un velador de su dormitorio. Él no se había, sin embargo, detenido en el camino, y había venido directamente desde casa de Osmany al palacio de Saint James. A pesar de esto, el legajo había llegado ántes que él; eran las cuentas de sus proveedores y todos sus créditos satisfechos.

—Este hombre debe ser hechicero!—exclamó.

El príncipe se acostó, pero no durmió en toda la noche; toda ella se estuvo dirigiendo la siguiente pregunta, á la cual no pudo hallar contestacion satisfactoria:

—¿Qué esperará de mí un hombre que acaba de regalarme seis mil libras?

Cuando fué de día, tomó una pluma y escribió lo siguiente:

«El príncipe de Gales al nabab Osmany:

»Caballero:

»Me habeis librado de mis acreedores, pero deseo continuar siendo vuestro deudor; tomad esta última palabra en su mas lato sentido.»

Despues mandó venir á Delton y lo envió con este billete á la cesita donde habian penetrado la vispera acompañados de Osmany; al mismo tiempo sacó de su dedo una sortija, en la cual estaban grabadas las armas de la casa de Nassau.

—Entregádsela como un recuerdo mio,—le dijo.

--Delton partió, pero volvió al cabo de una hora llevando la carta y la sortija.

—¿Está V. A. bien seguro de no haber soñado esta noche?

—¿Y tú? preguntó el príncipe.

—Yo no lo estoy mucho.

—¿Cómo?

—He buscado inútilmente la calle, la casa y el nabab; todo ello ha desaparecido.

—Un hombre puede desaparecer,—contestó el príncipe,—pero una calle...

—Por lo ménos,—prosiguió Delton,—yo no he podido reconocerla.

—¡Oh! yo sabré dar con ella,—dijo el príncipe.

Y salió del brazo de Delton en pleno día, cosa que no le había sucedido hacia mucho tiempo. Pero por mas que recorrieron las calles de Londres, todo el barrio á donde Osmany los había llevado, le sucedió lo mismo que á Denton, no pudo encontrar la casa de su misterioso salvador.

—Ya lo veis, monseñor:—dijo Delton riendo,—hemos soñado.

—Quisiera creerlo,—contestó el príncipe de Galles,—pero es imposible, porque hemos encontrado hoy ya una docena de mis acreedores y los tunantes me han saludado con el mayor respeto; luego están pagados.

Delton se inclinó ante este irreplicable argumento.

El príncipe volvió á Saint-James; su curiosidad foé muy viva durante algunos dias, despues se amortiguó, adoptó de nuevo su vida de disipacion y de placeres, y ocho dias despues, casi habia olvidado á Osinsky.

Pasaron otros ocho dias. Una noche el rey Jorge III hizo llamar á su hijo y dijo:

—Parece, caballero, que mis buenos consejos han acabado por corregiros.

El príncipe saludó.

—¿Qué quiere decir V. M.? —preguntó.

El rey que hacia tiempo estaba serio con su heredero, le alargó la mano.

—Acabo de saber que habeis pagado vuestras deudas.

— Sí, señor.

— Si es así, os devuelvo mi amistad.

— ¡Ah! señor ..

—Y aumento vuestra pension en cuatro mil libras anuales.

El príncipe saludó de nuevo y se

preguntó si el hechicero Osmany había hechizado al rey Jorge. Este prosiguió.

—Puesto que os habeis vuelto razonable, os permito de nuevo asistir al consejo privado del que os había excluido.

—V. M. me colma de alegría,—contestó el príncipe,—porque de este modo me permite mostrarme agradecido á sus bondades dejando que me ocupe de los asuntos del reino.

—¡Mirad!—dijo el rey,—apropósito de asuntos, he aquí uno. Ya conocéis á ese escéntrico baronet llamado Sr. Roberto Walden que pertenece al Parlamento.

—Sí, señor.

—¡Leed!—dijo el rey.

Y entregó al príncipe un memorial que acababa de recibir y que estaba firmado por el Sr. Roberto Walden.

El príncipe leyó:

«Señor:

•Suplico á V. M. que tenga á bien concederme una audiencia en presencia de S. A. el príncipe de Gales y de dos

de vuestros mejores caballeros. Tengo que hacer presentes á V. M. hechos de la mayor gravedad concernientes al honor de toda la nobleza.»

—¿Qué puede tener que decirnos?— dijo el rey en cuanto el príncipe se hubo enterado del memorial.

El príncipe contestó:

—El Sr. Roberto Walden es el caballero mas original de los tres reinos, y creo que se ocupa menos de política que de la caza del ligre y de viajes del Nuevo Mundo. No obstante, como V. M. no rehusa jamás conceder una audiencia....

—Escribid, príncipe,—dijo el rey,— y decid que le recibiremos en nuestro gabinete, mañana á las nueve de la noche, en presencia de dos caballeros de nuestra servidumbre.

El príncipe cogió una pluma y escribió:

«El rey Jorge III se dignará recibir al Sr. Roberto Walden, mañana viernes á las nueve de la noche. El Sr. Roberto entrará por las habitaciones particulares.—JORGE PRÍNCIPE DE GALLES.»

Después de escrita esta carta, el príncipe permaneció algunos momentos más con el rey que le convidó á comer. Entonces volvió á su cuarto; pues la etiqueta de la corte exigia no se sentara á la mesa del rey sino de gran uniforme de general de caballeria.

Mientras sus ayudas de cámara le perfumaban y preparaban un baño, el príncipe vió encima de una mesa un billete sellado. Le cogió y le abrió:

«Se ruega al príncipe de Gales decia el billete.—pase á su despacho cuando concluya de vestirse.»

El príncipe echó al fuego el billete, concluyó de vestirse, pasó á su despacho y lanzó un grito de asombro. El nabab Osmany estaba tranquilamente sentado junto á la chimenea.

II.

El día siguiente viernes, un poco antes de las siete el carruaje del Sr. Roberto Walden se detuvo delante de la

casa en que habitaba la Sra. Cecily. La madre de Lionel no había aun recuperado su título de marquesa de Asbathon. El baronet iba en traje de corte, un espada de vaina de tafete y empuñadura curiqueada de diamantes le golpeaba las pantorrillas. Los criados de la Sra. Cecily saludaron a Barton con algún asombro, porque hacía mucho tiempo que el Sr. Roberto Walden no había puesto los pies en su casa.

—¿Como está Lionel?—preguntó Roberto Walden.

—Un poco mejor,—contestó un criado viejo,—pero nuestro joven amo ha estado muy malo, señor.

—Ya lo sé.

—Ha estado loco muchos días y hablaba de matarse.

—¡Pobre Lionel!—murmuró Roberto Walden, haciendo que se acercasen.

Cecily estaba sentada a la cabecera de su hijo. Lionel dormía; su hermosa cabeza, pálida y enflaquecida, descansaba sobre la almohada, caída sobre un hombro, y su madre inclinado hacía

él parecía embriagarse con su aliento que era ya regular y tranquilo.

—¡Chist!—dijo en voz baja poniendo un dedo sobre los labios y alargando la otra mano al baron;—esta es la primera vez que duermo así...

—¿Tan malo ha estado? ¡Dios mío!—esclamó Roberto Walden sorprendido de la palidez y el enflaquecimiento de Lionel.

—¡Oh! amigo mio, —contestó Cecily, —he creído que se moría...; si supierais cuánto amaba á la señorita Ellen.

—Ya lo sé, señora.

—¿Sabeis, —prosiguió la pobre madre, —que ha tenido delirio tres semanas?

—¡Pobre niño!

—Quería volverla á ver... quería verla á toda costa... Un día Roger, que viene aquí por la mañana y por la noche, llegó á tiempo para impedir que se arrojara por la ventana y se deshiciera la cabeza contra el empedrado de la calle.

Al oír nombrar á Roger, Roberto Walden frunció las cejas.

—Señora,—dijo en voz baja,—venia justamente á hablaros del marqués Roger.

—¿De mi hijo?

—Del marqués Roger,—repitió Roberto Walden.

—Pues bien,—dijo inquieta Cecily,—ya os escucho...

—No, aquí no. Lionel está durmiendo. Os ruego que paseemos á otra habitación. Lo que tengo que deciros es de la mayor importancia.

Cecily se levantó y mostró á Roberto un gabinetito contiguo al cuarto en que dormia Lionel.

—¡Hablad! —dijo.

—Yo no he tenido el honor de volveros á ver, señora,—prosiguió Roberto,—desde que estuvisteis en el palacio de Asburthon.

—¡Ah! es verdad,—dijo Cecily.—Pero habreis sabido...

—He sabido que el marqués Roger queria reconocer publicamente á Lionel como hermano suyo y repartir con él su fortuna.

—¡Oh!—dijo lady Cecily,—¿cómo dudar aun en presencia de tanta nobleza?

—¡Dios mio! señora,—contestó Roberto Walden,—la duda lo es ya posible.

—¡Oh! es mi hijo, ¿no es verdad?

—No es vuestro hijo,—contestó Roberto con terrible calma.—Aunora tengo una prueba irrefragable.

El acento de Roberto Walden tenia tal seguridad, que lady Cecily bajó la cabeza.

—¡Dios mio!—dijo,—si supierais cuán bueno y noble es, si supierais cuánto me ama!... cuánto ama á Lionel!...

—Quiero seguir siendo marqués,—dijo el baronet con escéptica frialdad.

—Pero en fin,—esclamó Cecily,—¿decis que no es mi hijo, y pretendéis tener una prueba?

—Si, señora.

—¿Cuál es esa prueba?

—He encontrado á un criado antiguo de la casa del difunto marqués de Asburthton, un negro que mecia al niño Roger, vuestro verdadero hijo,

—¿Y ese hombre?...

—Ese hombre afirma que el desgraciado niño fué encontrado muerto en su cuna una noche, la noche del día en que maté al infame Jack, y de su cuna se escapó un reptil muy conocido en la India, la vibora negra.

—¿Y el niño, estaba realmente muerto?—Preguntó Cecily con tembloroso acento.

—Sí señorita

—¡Oh! ¡Dios mío! ese hombre miente quizás.

—Dice la verdad.

—Pero en fin, si Roger no es... mi hijo...

—No lo es.

—¿Qué pensais hacer?

—Pienso pedir al rey que el marqués Lionel de Asburthon ocupe su lugar.

—¿Y qué será de Roger?

—Lo que de todos los de su raza. Irá á buscar fortuna lejos de la Inglaterra.

—¡Oh! no, jamás,—esclamó Cecily,—porque si no es mi hijo, le amo como si lo fuera. ¡Ah! vos no lo sabéis todo,

bien lo veo, puesto que os mostrais inflexible, no sabeis que iba á matar á Lionel, y que á mi voz, ha arrojado su espada. Una madre no puede olvidar esto, ¡Dios mio?

— Señora, — contestó gravemente Roberto, — ¡tened cuidado! vais á perjudicar á vuestro hijo en su título y en su fortuna.

— Lionel no consentirá jamás en despojar al que llama su hermano.

— Pero supuesto que ese hombre es un impostor...

— ¡Qué importa! — contestó Cecily, — ¿no es de todas maneras hijo de lord Asburthton?

Roberto miró dolorosamente á lady Cecily.

— Seré, pues, el único, — murmuró, — que tendrá valor para escuchar la voz del deber.

Y se levantó:

— Adios, señora, — dijo. — Comprendo que debo obrar por mí solo.

— ¡Dios mio! ¿que pensais hacer?

— Mi deber, — contestó Roberto, — co-

no lo he hecho siempre, aun imponiendo silencio á mi corazón.

Y saludó á la señora Cecily, y se retiró, sin que la pobre mujer á quien abogaba la emoción, tuviera fuerzas para detenerle.

El baron volvió á subir en su coche, pero no se hizo llevar desde luego al palacio de Saint-James. Se dirigió á Oxford-Street é hizo parar á pocos pasos de una tienda de pastelero, en la cual entró despues de haber ocultado cuanto le fué posible los bordados de su traje de corte bajo los anchos pliegues de su capa.

La tienda tenia una muestra que decia: *¡Al negro!*

Dicha muestra estaba justificada por la presencia en el mostrador de un magnífico negro, cuya cabeza estaba cubierta por una selva de cabellos blancos. Era uno de los dos negros que se habian inclinado sobre el parapeto de la azotea para admirar los juegos del juglar indio, abandonando por un momento la ha-

maca en donde dormía el pequeño marqués Roger. Podría tener unos sesenta años.

Roberto se apoyó de codos sobre el mostrador y le dijo:

—¿Estais dispuesto?

—Sí, señor.

—¿De modo, que estais bien seguro de que el verdadero marqués ha muerto?

—Tan seguro como de mi existencia.

—¿Cómo han sucedido los acontecimientos de que hablas?

—De este modo dijo el negro.—Antonio y yo abanicamos la cuna hasta la noche. Despues, cuando esta llegó, la metimos en la habitación. Yo levanté las cortinas de muselina blanca que la cubrían, y viendo que el niño estaba inmóvil, creí que dormía. Envolvimos la cuna en un mosquitero, Antonio se acostó y yo me quedé solo al lado del niño. El sueño no tardó en vencerme. ¿Cuánto tiempo hacia que estaba durmiendo? Me es imposible decirlo. Pero una viva claridad me despertó bruscamente. Al mismo tiempo oí un grito; y cuando

abrí los ojos, ví al marqués de Asburthou y á su médico el doctor Bolton. El marqués se habia inclinado hácia la cuna y lanzado un grito. El niño estaba frio. El doctor Bolton le cogió en sus brazos y se le llevó á la pieza inmediata.

— Está muerto, — exclamó.

Aquella palabra llegó hasta mí. Helado de terror, fingí que dormia. Diez minutos despues, el doctor entró y me despertó.

— Ven conmigo, — me dijo.

Me levanté, montamos á caballo y salimos de Calcuta. Cuando llegamos á los bosques, el doctor se volvió bruscamente en su silla, se dirigió á mí y montando una pistola, me dijo:

— Tengo orden de matarte. Sin embargo, me repugna matar á un inocente. ¿Quieres vivir?

Yo me habia apeado y me habia puesto de rodillas.

— Toma, — me dijo el doctor, — toma ese bolsillo. Vete á Singaporo y no vuelvas á Calcuta.

Roberto habia escuchado la relacion del negro.

—Repetirás todo eso delante del rey, ¿no es verdad?—preguntó.

—Sí, señor.

—¿Eres cristiano?

—Sí.

—¿Juras por la salvacion de tu alma que el marqués Roger ha muerto?

—Sí, señor.

—Ven conmigo,—dijo Roberto.

El negro se quitó su chaqueta de pastelero, púsose un traje á propósito y siguió á Roberto que le hizo subir al lado del cochero, al cual dijo:

—Al palacio de Saint-James.

Media hora despues, Roberto entraba en el palacio. A pesar de que eran cerca de las nueve de la noche, reinaba cierta agitacion en la real estancia.

Los oficiales iban de un lado á otro, los criados se cruzaban. Todos los semblantes estaban consternados. El baronet, un poco admirado, llegó hasta las habitaciones particulares. Un guardia escocés estaba á la puerta:

—No se puede entrar!—dijo.

—Perdonad,—contestó Roberto,—tengo una esuela de audiencia.

—¿De quién?

—Del rey.

El centinela contestó:

—Vuestro honor no sabrá probablemente lo que ha sucedido.

—¿Qué es?

—El rey ha sido atacado de un acceso de locura, y el príncipe de Gales es regente del reino.

Mientras el guardia contestaba así á Roberto Walden, que quedó asombrado, se acercó un oficial:

—¿Sois el señor Roberto Walden?— preguntó al baron.

—Sí.

—Venid, pues; el príncipe de Gales va á daros audiencia.

Roberto Walden titubeó.

—Venid,—insistió el oficial;—S. A. R. ha dado formalmente la orden de introducirnos.

Roberto frunció las cejas, pero siguió al oficial.

Roberto experimentó una penosa impresion al saber que iba á recibirlo el príncipe de Gales y no el rey. De buena gana hubiera vuelto atrás, pero ya no era tiempo, ni el oficial de servicio lo hubiera consentido. El príncipe esperaba al barón en su gabinete. Tenia puesto el uniforme de general. Dos dragones puestos de centinela en la puerta aguardaban sus órdenes.

Roberto indicó al negro que se quedara en la antecámara, y entró solo en el cuarto del príncipe. Este le recibió con benévola sonrisa.

—Milord,— le dijo;— habíais pedido al rey que os concediera una audiencia; el rey está enfermo y me ha encargado que os reciba. Además habeis manifestado el deseo de ser oído en presencia de dos nobles. He escogido los mejores de nuestra corte.

El príncipe dió un golpe sobre un timbre. El coronel Delton entró.

— Hé aquí, — dijo el príncipe, — al señor Archibald Delton, conde de Epsom, ayudante mio. Uno de sus abuelos fué muerto al lado del rey Guillermo el Conquistador.

Roberto Walden se inclinó y saludó á Delton. El príncipe dió un segundo golpe.

— Ved ahora, — dijo, — un caballero de tan buena alcurnia y cuyo valor y mérito estoy seguro de que no lo negareis.

Al decir esto el príncipe se abrió una puerta y el marqués Roger de Asburthorpe, vestido con el uniforme de gala de coronel de los dragones del rey, se presentó en el umbral.

Roberto se retiró como si se hubiera abierto un abismo debajo de sus pies. Roger le saludó y vino á colocarse á la derecha del príncipe de Gales.

— Hablad, — milord, dijo el príncipe: — os escuchamos.

— Monseñor, — dijo entonces el baton, haciendo un violento esfuerzo para permanecer tranquilo, — hay una raza que desde hace veinte años se ha introducido

en Inglaterra y que amenaza invadir todos los empleos, tomar por asalto todas las posiciones.

— Explícase con mas claridad y decidnos quiénes son esos hombres.

— Los gitanos, monseñor.

— Yo creia, — dijo riendo el príncipe, — que los gitanos se contentaban con hacer juegos de manos en las calles, bailar en la cuerda, componer huesos dislocados y decir la buena ventura.

— No, monseñor. Hay uno que es uno de los mas ricos plateros de Londres.

— ¡Buena! — dijo el príncipe.

— Otro es banquero.

— ¿Qué mas?

— Un tercero es juez en su distrito.

— Hasta ahora, — dijo el príncipe, — nada veo de particular.

— Finalmente, otro se sienta en el Parlamento, — dijo Roberto Walden.

— ¡Oh! ¡por ejemplo! — dijo el príncipe, — eso es demasiado. ¿Estais loco, milord?

— Digo la verdad, monseñor.

—¡Pues bien! tendría curiosidad de veros probar vuestro aserto.

—Es cosa fácil, monseñor.

—Así pues, ¿decís que un gitano se sienta en el Parlamento?

Roberto hizo una señal afirmativa con la cabeza. El príncipe se cruzó de brazos. Delton y Roger seguían impasibles.

—Caballero,—dijo el príncipe de Galles,—solo los lores tienen asiento en la cámara alta.

—V. A. tiene razón, dijo Roberto Walden, pero es posible que un impostor haya tomado el nombre de un lord.

—Eso sería grave, caballero.

—El bastardo de un lord puede haber sido sustituido á su hijo legítimo.

—¡Ah! ¡ah!

—Y ese bastardo puede ser hijo de una gitana.

—Caballero,—dijo friamente el príncipe,—os juro que si me probais eso, espulsaré del reino á todos los gitanos.

—Eso mismo venia yo á pedir á vuestra alteza.

—Pero, lo primero es preciso que me digais quién es ese lord de mala ley y que me probeis despues la sustitucion.

—Monseñor,—dijo Roberto Walden con voz grave y conmovida,—ese lord de mala ley, ese bastardo sustituido en lugar del hijo legítimo, se llama Roger de Asburthou, y está en vuestra presencia.

Hablado así, el azimoso baron estendió la mano hácia Roger. El coronel de los dragones del Rey ni pestañeó siquiera.

—Monseñor,—dijo,—creo como V. A. que Roberto Walden ha perdido la razon. Sin embargo, si puedo probar lo que dice, si prueba que soy un gitano consiento en ser espuleado del reino.

—Milord,—contestó el principe dirigiéndose á Roger,—Roberto Walden habrá oido hablar de esa gitana llamada Cynthie, que se volvió loca á causa de la emocion que experimentó el dia de la entrada de los dragones en Londres y que repite desde entonces que es vuestra madre.

—Esa mujer dice la verdad, —afirmó Roberto Walden.

—Probadlo, —dijo Roger.

—Monseñor, —repuso Roberto Walden, á quien no desconcertó la serenidad de Roger, —¿me permitís hacer oír á V. A. la declaracion de un hombre que estuvo al servicio de lord Asborthon en la India y que afirma que el verdadero Roger, el hijo legitimo, murió en la cuna?

—¿En dónde está ese hombre?

—En la antecámara de V. A.

El príncipe dió órden de introducir al negro; pero en el instante en que esta entraba, una cortina que estaba enfrente de él se levantó un momento, y un hombre vestido con el uniforme de los dragones del rey se presentó, y mirando al negro, puso un dedo sobre sus labios. El negro se estremeció, y su negra piel blanqueó por espacio de un minuto. El príncipe miró á aquel hombre que venia á adestiguar que un par de loglaterra esgafiaba á los tres reinos y no era mas que un gitano.

—¿Cómo os llamáis?—preguntó el príncipe.

—Yago,—contestó el negro.

—¿Habéis estado al servicio de lord Asburthton?

—Sí, monseñor.

—¿Lord Asburthton tenía un hijo?

—Sí, monseñor.

—¿Ha muerto ese hijo?

—No lo sé,—contestó el negro.

Roberto Walden se acercó á él al oír aquella inesperada respuesta.

—¡Pero, miserable!—esclamó,—¿no me has dicho...?

—He dicho á vuestro honor,—dijo lentamente el negro,—que habiendo sido el hijo de lord Asburthton mordido por una víbora había caído enfermo.

—¡Me has dicho que estaba muerto!

—Perdone vuestro honor: si murió, no lo sé, porque fui despedido el mismo día.

Roberto Walden dió un grito, se puso lívido y llevó ambas manos á su frente.

—¡Vamos!—dijo sonriendo el príncipe.

cipe de Gales, — tranquilizaos, señor marqués Roger de Asburthou, ahora no es posible dudar que Roberto está loco.

En cuanto al negro se marchó murmurando:

—Acabo de mentir; pero el hombre que me ha hecho señas de que me calle me arrancó, hace quince años, de manos de los estranguladores de la India, y debía obedecerle.

IV.

Quince días despues hubieramos podido ver al marqués Roger de Asburthou en su lecho, enfermo, casi moribundo. La noche anterior, en el club de los Lindos el hermoso coronel de los dragones del rey habia sido atacado de un súbito desvanecimiento al terminar una partida de faraon. El nabab Osmany, que era su adversario, apenas tuvo tiempo para pedir socorro y sostenerlo en sus brazos.

Le habían llevado á su casa y se había mandado á buscar á toda prisa al cirujano Bolton. Como hacia ocho dias que el Parlamento á instancias de Roger había reconocido á Lionel por hermano segundo del marqués y autorizado á este para repartir con él su fortuna, Cecily había recobrado su rango, y se habla instalado con su segundo hijo en el palacio de Asburthon. El doctor Bolton, que llegó al momento, había declarado que el marqués estaba atacado de una fiebre nerviosa, cuyo gérmen se adquiere en la India, y aunque no desesperaba de salvarle, no pudo disimular á Cecily y á Lionel que la situación era grave. Todo Londres estaba conmovido por aquel suceso, porque las recientes aventuras del marqués Roger habían acabado de ponerlo de moda. Se habla contado en todas partes el nuevo juicio de Salomon, y la pretension de Roberto de hacer pasar al marqués de Asburthon por un gitano, había parecido tan ridícula, que en los tres reinos había resonado una inmensa carcajada. El pobre

baronet tuvo que refugiarse en una de sus tierras y buscar allí el silencio y la soledad.

Aquella noche, el marqués dormitaba. Su enfermedad consistía desde la víspera, en una especie de adormecimiento, apenas interrumpido por un fugitivo relámpago de razón y por una mirada vaga. El doctor Bolton, Cecily y Lionel estaban á la cabecera del enfermo. Un momento, Roger abrió los ojos y los volvió hácia ellos. Cecily se precipitó hácia él y le cogió una mano.

— Hijo mio, — dijo, — querido hijo mio. vuelve en tí... ¿no me reconoces?

— Y yo, — dijo Lionel besando la pálida frente de Roger, — ¿no soy tu hermano?

Roger pareció recobrar su presencia de espíritu: sus ojos brillaron, sus labios se entreabrieron; pero su cabeza volvió á caer sobre la almohada y cayó de nuevo en aquella horrible soñolencia que parecia ser precursora de la muerte.

— ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! — murmuró Cecily, — ¡salvadle!

—¡Hermano mio!—decia al mismo tiempo Lionel estrechando la mano del moribundo y vertiendo lágrimas de desesperacion.

Bolton los miraba grave y conmovido.

—Señora,—dijo por fin á Cecily en voz baja,—el marqués Roger está muy enfermo.

—Pero vos le salvareis, ¿no es verdad?

—¡Ay de mí! ya no me atrevo á asegurarlo.

Cecily sollozaba.

—Escuchad,—dijo Bolton,—en este momento solemne debo deciros la verdad, señora.

—¡Dios mio! ¿qué vais á decirme?

—El marqués Roger de Asburthou no es hijo vuestro,—dijo Bolton bruscamente.

Esperaba un grito, una exclamacion; pero Cecily se contentó con levantar los ojos al cielo y contestar:

—Ya lo sé, pero le amo como si lo fuera, porque es noble y bueno.

Y se puso de rodillas, murmurando con el fervor de una santa:

— ¡Dios mio! tomad mi vida, pero salvadla de este noble y valiente niño, que me profesa el respeto y la ternura de un hijo.

Lionel se habia arrodillado al lado de su madre y decia.

— Hermano, yo no sé si somos hijos de la misma madre, no sé si yo soy el hijo legítimo y tu el bastardo; lo que sé es que somos hijos del mismo padre, que tu eres mas bello, mas valiente, mas noble que yo, mas digno, en fin, de ser el jefe de nuestra familia.

— De manera, — dijo Bolton cogiendo al joven por un brazo, — que si Roger vive, vos os resignaréis, bajo el verdadero marqués, à no ser mas que el capitán Lionel, el segundo de la casa de Asburthor.

— ¡Ah! — exclamó Lionel, — salvadle, doctor, y es juro que nunca saldrá de mis labios una palabra que pueda hacerte suponer que conozco la verdad.

— Salvadle, — dijo Cecily llena de dolor, — yo seré su madre.

A estas últimas palabras, el mori-

bundo entreabrió de nuevo los ojos y tendió las manos hácia Cecily que se apoderó de ellas y las cubrió de besos.

—Escuchad, —dijo Bolton con voz conmovida, mientras que Roger volvía á caer en su postracion; —voy á hacer un último y supremo esfuerzo para salvarle. Dejadme solo con él, porque necesito toda mi presencia de ánimo, todo mi valor.

El doctor se expresaba con la autoridad que dá la ciencia, y los señalaba la puerta de una habitacion inmediata. Cecily vino á tocar con sus labios febriles la pálida frente de Roger y dirigió á Bolton una mirada afectuosa.

—Si lo salvais, —dijo, —pediré á Dios noche y día por vos, doctor.

—Y yo, doctor, —dijo Lionel, —os renuevo el juramento de ser siempre el hermano sumiso y respetuoso del hijo mayor de mi padre.

Después, ambos salieron lentamente con el rostro teñido en lágrimas. Bolton cerró entonces la puerta con la precaucion y la desconfianza de un ladrón

que no quiere que le interrumpian. Después se acercó al lecho.

El marqués se había sentado, había abierto los ojos y sus miradas habían recobrado toda su serenidad, toda su inteligencia.

—¡Y bien!—le dijo Bolton, —¿habeis oído?

—Sí, —dijo Roger, —y ahora veo que ambos son dignos de mi sacrificio.

Sus miradas se fijaron en el escudo de la antigua casa de Axburthon, que estaba esculpido en la chimenea; después del escudo, las fijó en los retratos de familia que pendían de las paredes. Entonces dirigiéndose á aquellos mudos lienzos, Roger exclamó:

—Perdonad al pobre bastardo, al hijo de la gitana el haber ocupado por un momento el puesto del amo legítimo, haber ocupado esta estancia que no era suya, haber llevado el nombre y el título que habiais transmitido á mi padre. En los tiempos heroicos, muchas veces los bastardos de las grandes familias han salvado el honor en peligro de sus abue-

los; muchas veces un hijo del amor ha tomado en sus manos la bandera del deber y restaurado el escudo, cuyos colores amenazaban empañarse. Perdóname, ¡oh! vosotros, los Arburthon de los siglos pasados, antecesores míos, cuyo título no me pertenece, pero cuya sangre circula por mis venas. Voy á entregar en manos legítimas la antigua espada de nuestra familia, y esta numerosa fortuna, que siempre fué tan noblemente empleada.

Roger hablaba con voz conmovida pero firme; Bolton lloraba.

—Mi antiguo amigo, —le dijo, —ahora que he cumplido con mi deber, dame tu bebida, beberé sin temor.

El doctor fué por una copa de plata que estaba sobre un velador, y vertió en ella el contenido de un frascito que sacó de su bolsillo; despues presentó la copa al jóven. Roger la tomó sin que temblara su mano, sin que la sonrisa desapareciera de su semblante, sin que sus miradas perdieron su serenidad. Acercó la copa á sus labios y vaciando de un trago:

— ¡Todo ha concluido! — dijo: — Dios proteja al marqués Lionel de Asburthor!

Después cayó bruscamente sobre su almohada con los ojos cerrados, el rostro cubierto de una livida palidez y las manos heladas. Botton fue a abrir la puerta de la habitación donde Lionel y su madre esperaban llenos de ansiedad, y les dijo en voz entrecortada:

— Dios tenía sin duda secretos designios. Capitán Lionel, ya sois marqués de Asburthor y tenéis asiento en la cámara de los Lores.

V.

Cuarenta y ocho horas más tarde, numerosos carrusjes con caballos entintados llenaban las cercanías del palacio de Asburthor. Toda la nobleza de Inglaterra honraba al más joven, al más noble, al más querido de sus padres; el coronel de los dragones del rey, el héroe del fuerte de Saint George, Roger, marqués de Asburthor, había muerto. Espuesto desde la vigilia sobre un

fúnebre lecho en el salen de honor de su palacio convertido en capilla ardiente, el cadáver del jóven marqués había sido visitado por todos los principales personajes del reino.

Habian sacado del palacio á Cecily, llevándola á una ciudad próxima para ahorrarla las punzantes emociones de los funerales. Un sacerdote velaba al lado del cadáver; dos hombres se hallaban cerca de él: Lionel, lleno de la mas sombría desesperacion, y el noble Osmany, delegado por el club de los Lu dos que habia creído deber este último y supremo honor á aquel de sus miembros que era desde hacia seis meses el hombre á la moza en los tres reinos.

Durante todo el día, la aristocracia inglesa habia visitado la capilla ardiente; el príncipe de Gales vino en persona con gran pompa rodeado de todos los oficiales de su casa y se le habia visto decir á la salida con profeta de en celos:

—El rey pierde un vassallo valeroso, la nobleza un digno capitano, yo pierdo un amigo!

Una lágrima del príncipe había terminado aquella elocuente y sencilla oración fúnebre. Detrás del carruaje del príncipe, las puertas del palacio Asburthton volvieron á cerrarse. S. A. R. había sido la última visita que se recibía. La esposicion solemne había terminado, y llegado al fin la hora de las oraciones silenciosas.

— Señor marqués, — dijo entonces el nabab á Lionel, — es necesario que os retireis.

— ¡Abandonar el cuerpo de mi hermano! — exclamó el jóven; — ¡oh! jamás...

— Es preciso, — dijo Osmany: — se acerca la hora de depositarlo en el stahud, y las costumbres inglesas no permiten que los parientes próximos asistan á esta dolorosa ceremonia.

Lionel se arrojó sobre el cuerpo de su hermano y lo estrechó largo tiempo entre sus brazos. Pero Osmany lo arrancó de allí y le condujo hácia la puerta.

— ¡Partid! — repitió.

Lionel salió conteniendo sus sollozos.

Osmany se volvió hacia el sacerdote y le hizo una señal. El sacerdote salió sin decir una palabra y Osmany quedó solo, grave y conmovido, contemplando á Roger.

—Sin embargo, yo había soñado para ti, noble niño, grandes destinos,—murmuró.

Mientras Osmany pronunciaba en voz baja aquellas palabras, se abrió una puerta y el doctor Bolton entró. Detrás de él venían dos hombres que llevaban sobre sus hombros un atahud; el uno era Sanson, el otro era Bhamó, el enterrador del cementerio de Saint-Gilles.

Osmany se llevó un dedo á los labios para recomendar á Bolton que hablara bajo.

—¿Está todo dispuesto?—preguntó.

—Todo,—contestó el doctor;—los funerales se verificarán el anochecer; el atahud será colocado en el panteón de la familia, y todos los guardas del cementerio son nuestros.

—¿Estáis seguro del efecto del licor que habeis preparado?

—Sí,—contestó el doctor;—pero yo solo puedo emplearle.

—De manera,—dijo Osmany,—que si muriérais esta noche...

—El marqués Roger estaría muerto hasta la hora de la resurreccion en el valle de Josaphat.

Osmany se estremeció.

—Pero tranquilizace,—dijo Bolton,—no moriré antes de media noche y las puertas del sepulcro cerradas sobre el marqués Roger de Asburthton, volverán á abrirse en medio de la oscuridad, delante de Amri, el rey de los gitanos.

—¡Yamos!—dijo Osmany suspirando,—haced vuestra obra en ese caso. Pero recordad que habeis respondido de él con vuestra cabeza.

—Sí,—dijo Bolton.

Osmany salió de la capilla ardiente. Entonces los dos gitanos se acercaron al lecho fúnebre. El ataúd era de madera de cedro, forrada de raso blanco, y un almohadon en el cual estaba bordado en plata el escudo de los Asburthton, estaba destinado á recibir la cabeza ilustre del

distinto. Los dos gitanos cogieron el cuerpo con respeto, le levantaron con infinitas precauciones y le colocaron en el ataúd, que estaba cerrado con tres cerrojos.

—Ahora,—dijo Bolton á los dos gitanos,—marchaos y no salgais del cementerio; acordaos bien...

—Nos acordaremos,—contestó el fiel Sargon.

Bolton quedó solo en el cuarto mortuario. Sacó entonces un frasquito de plata de su bolsillo, y mirándole con emoción.

—Si pensara,—murmuró,—que aquí dentro está encerrada la vida de un hombre; que si yo muriese...

No concluyó: un sudor frío inundó su frente; un semblante austero oscilaba de reflejarse en un espejo.

Un hombre había pensado en la cámara mortuoria. ¿Por donde?... Bolton se hubiera visto muy embarazado para decirlo. Aquel marchó directamente hácia el chirriato y le dijo:

—Habéis hecho mal, doctor, en to-

mer tan bien vuestras precauciones, alejando á los servidores y los parientes del muerto, en separaros de vuestro amigo Juan de Francia.

— ¡Roberto Walce! — murmuró Bolton advirtiendo la inmensidad del peligro.

— El mismo, — contestó el baron con siniestra calma.

— Habeis tomado muy bien vuestras precauciones, — prosiguió, — pero habeis olvidado cerrar aquella puerta.

Bolton habia llevado la mano al puño de su espada.

El baron sacó lentamente la suya.

— Ahora, pues, — repuso, — necesito ese frasco ó vuestra vida, pues no quiero que el falso marqués de Asburthou resucite esta noche.

Y marchó con la espada desnuda hacia Bolton, que solo tuvo tiempo de ponerse en guardia. Empezó entonces una lucha encarnizada, terrible; lucha muda, silenciosa, que no producía otro ruido que el de dos respiraciones oprimidas y el choque de dos espadas, de cuyas hojas saltaban muchas veces chispas.

—Si me mata, —pensaba Bolton, cuyos caballos se erizaban, —si me mata, Roger muere tambien.

Y aquel terrible pensamiento duplicaba sus fuerzas y su valor; pero Roberto era uno de los mas terribles tiradores de los tres reinos, y habia jurado matar á Bolton y romper el frasco.

De pronto Bolton dejó escapar un grito terrible, un grito de suprema desesperacion. Su espada se habia roto en dos pedazos, y la de Roberto se apoyaba sobre su pecho.

—Yo no soy un asesino, —dijo Roberto; —pero á fé de caballero, si no me entregais ese frasco, uso de mi derecho: ¡os mato!

—¡Oh... una espada!... ¡una espada! —ahutó Bolton, que brincando hacia atras se atrincheró con un albor y se acurrucó en un rincon como una bestia feroz. Dios mio!... ¿no hareis un milagro, y permitireis que Roger muera?

En este instante la puerta por la cual habia entrado el baron se abrió bruscamente, y la gitana Topsy, casi sin alien-

to y con los cabellos esparrallos, se precipitó en el salón... Llevaba una espada, que alargó á Bolton, exclamando:

—¡Yo tampoco quiero que muera! ¡El me ha salvado, él ha querido conservar mi belleza, y yo le amo!...

Bolton se apoderó de la espada y el combate volvió á empezar mas terrible y encarnizado que nunca.

VI.

Los funerales del alto y poderoso señor marqués Roger de Asburthou, miembro de la cámara de los Lores, tuvieron lugar á la luz de las antorchas, á las ocho de la noche, en el cementerio de Saint Gilles. Uno de la noble familia de Asburthou tenía un panteón. El cortejo había sido imponente; el atabal colocado sobre un carro tirado por seis caballos enjaulados había sido escoltado por toda la nobleza de Londres. Detrás del carro fúnebre, marchaban dos hombres con la cabeza descubierta. Lionel, el nuevo marqués de Asburthou, y á su

derecha el personaje principal de toda Inglaterra después de rey, S. A. R. el príncipe de Gales, regente del reino. Entre los delegados del conde de los Lindos, se veía al estado Osmán y triste y conmovido. Finalmente el cirujano Bilton seguía involuntariamente á alguna distancia. Pero en vano se hubiera buscado entre los concurrentes á Roberto Walden.

El féretro fué colocado á la entrada del panteon; los sacerdotes recitaron las últimas oraciones, despues cada uno de los concurrentes vino á inclinarse delante del cadáver. Cuando llegó su vez al cirujano Bilton, se acercó y murmuró en voz baja:

— Sr. Roberto Walden, Dios tenga piedad de vuestra alma.

Un hombre enmascarado y envuelto en una larga capa y oculto detras de un cónito, no había perdido tampoco detalle de la fúnebre ceremonia. Aquel hombre vió pasar primero á Lionel que sostenía, despues á Osmán con la

frente inclinada, y por último á S. A. R. el príncipe de Gales, á cuyo lado iba un joven cortesano, el duque de Somerset.

— ¿Ha creído alguna vez V. A. — dijo el joven duque, — el rumor público que suponía al marqués Roger de Asburthou, hijo de una gitana?

— Yo no sé si el noble marqués de Asburthou era gitano; pero lo que sé es que si los gitanos tuvieran su nobleza de alma, su figura y su valor, los haría nobles á todos en cuanto fuera rey.

— ¡Vamos! — dijo el enmascarado en voz muy baja, — he ahí unas palabras, monseñor, que servirán de mucho al rey Jorge IV; desde hoy, toda mi sangre pertenece á la libre Inglaterra.

Cuando el enmascarado salió de su escondite el cementerio estaba desierto; pero á la puerta, dos ginetes tenían de la brida un fogoso potro árabe de aquellos que solo pueden ser montados y domados por quien sienta circular en sus venas la sangre generosa

de los hijos del desierto. Aquel caballo era negro como la noche, tenía en la frente una estrella blanca, señal de magestad. Los dos hombres echaron respetuosamente pié á tierra, presentaron el potro al enmascarado y le dijeron:

— Señor, tus súbditos aguardan tus órdenes.

EPÍLOGO.

El mar muge al pié de las rocas escarpadas. En la playa, varias sombras que se agitan rodean una hoguera. El *Fovler* anclado en curso, é inmóvil sobre sus anchas, destaca su negra silueta del horizonte en lo y de los espumosas olas. Dentro de una hora, va á llevar bajo otro cielo á los hijos de Bohemia, que esperan en la playa la señal de la partida.

En medio de aquella población de tragadores diversos, que toman diferentes profusiones, un hombre cubierto con una capa roja, que le va en la cabeza con poca exactitud, adornada con una pluma de balcón, el pájaro real, pasea á su alrededor una mica de tranquilidad y alivio, la mirada del jefe bajo la cual se doblan todas las voluntades. Es Anrí, el rey de los gitanos. Juan de Francia

y Sanson están colonados á su lado. El rey hace una señal, y á esta señal, el silencio se restablece; los niños abandonan sus juegos, las mujeres se cubren, y las miradas se fijan con viveza en el joven jefe.

— Hermanos, — dijo este, — os he convocado aquí, porque se acerca la hora de partir, y el navio que vuestro rey, provisto de patentes á nombre del capitán Black, va á mandar, llevará anclas en cuanto estemos á bordo.

— Hermanos, — prosiguió el rey con voz vibrante y sonora que dominó las mugidas del mar; — hermanos, el Dios que adoramos, que es el Dios universal, ha colocado á cada ser en su esfera; ha designado á cada hombre una habitación y una patria; ha dicho al aquilote: sosténednos en el éter que he creado para vosotros, y el éter os sustentará. Ha dicho al hombre: ¡utilízate y fúndete imperturbable! Pero ha dicho al gitano: tú eres hijo del desierto, y el viento de la libertad sopla tan fuerte el día de tu nacimiento que der-

ribó las estacas de tu tienda y levantó
 un mar de arena, bajo el cual desapare-
 cieron á lo lejos pueblos y ciudades.
 Te he dado la mirada de águila, la
 ligereza del caballo arabs y el valor
 incómovable del leon. Semejante á la
 fragata, ese pajaro del mar, que adel-
 anta una legua en cada movimiento
 de sus alas, quiero que seas el peregrin-
 o eterno que se pasea tranquilo y al-
 tivo, de un extremo al otro del univer-
 so. Tu será el hijo del cielo, para quien
 la tierra es demasiado pequeña; tu pá-
 tria será el mundo, y esta patria no ten-
 drá otros límites que los azulados hori-
 zontes que yo la he dado. Deja á los
 hombres ociosos el cuidado de edifi-
 car ciudades y trazar fronteras, y mar-
 chel. Tú te llamas la fuerza, te lla-
 mas la agilidad, te llamas el pensamien-
 to libre y fecundo, marcha pues, siem-
 pre y sin descanso, y que los hijos de
 Bohemia sean los reyes nómadas del
 universo!

El pueblo de Amri el gitano escu-
 chaba estremeciéndose de entusiasmo.

—Hermanos,—repitió el joven rey,—
 si hay sin embargo entre vosotros al-
 guno que eche de menos á la vieja In-
 glaterra, alguno que haya perdido e
 sentimiento vagamundo de nuestra raza
 que se levante! ¡yo no le obligaré á re-
 guirnos!

Pero ninguno se movió, y un solo
 grito, un grito unánime, inmenso, re-
 sonó.

—¡Viva Amrí! ¡viva nuestro rey!

—¡Pues bien! hermanos,—dijo Amrí,
 —partamos entónces!

Cogió de manos de Sanson una
 antorcha encendida y la agitó un mo-
 mento sobre su cabeza.

Era la señal que esperaban á bordo
 del *Foewler* con impaciencia, porque el
 brick disparó en seguida diez cañonazos
 y echó sus lanchas al mar.

Pero tambien en el mismo instante
 se oyó resonar á lo lejos el galope de
 un caballo, un galope precipitado y
 furioso, parecido al del caballo Pantas-
 me, el héroe de la independencia ame-
 ricana. Pocos momentos despues una

amazoua se presentó en el círculo de luz descrito por la hoguera. Saltó de su caballo, cubierto de espuma, y dijo:

—Yo también soy gitano y parto con vosotros.

—Topsy!—esclamaron á un tiempo Juan de Francia, Saison y el joven rey de los gitanos.

La zlogara se acercó al último y le dijo:

—Sí, quiero partir, y si te han hablado de la espada que entregué á Bolton, no me negarás el puesto que me corresponde en la tribu.

—No por cierto, —dijo Amri con voz que no admitía réplica y extinguió todos los murmullos.

Pero en el mismo instante una mujer avanza al medio del círculo y dijo:

— ¡Yu me opongo!

Era una joven, todavía pálida y desfallecida, pero cuyas miradas lanzaban rayos, y cuya fibra acilada arrancó un murmullo de admiración á los gitanos. Tenía en la mano un puñal; sus negros cabellos flotaban libremente sobre sus

hombros medio descomatos. Era la verdadera gitana, la hija de la India, la planta benchida de sávia y que brotaba de la tierra por la influencia del sol.

—¡Amri, —dijo ella: —puesto que eres nuestro rey, debes mostrarte justo antes de todo!

—Lo seré. —dijo Amri.

—Me llamo Elapy, —repuso la gitana; —y esta mujer es mi mas mortal enemiga. Me ha atacado traidoramente aun tengo en el hombro el agujero, mal cicatrizado, de su bala. Quiero que sea espulsada de la tribu, ó que se bala conmigo.

Ellen dió un paso hácia la gitana.

—Acepto el combate, —dijo.

Juan de Francia no pudo contenerse.

—Yo me opongo, —baluceó.

Pero Amri le impuso silencio y dijo á Topy:

—Si esta mujer tiene queja de tí, tiene derecho á pedir que seas espulsada de la tribu, á menos que no consentas en darle la satisfaccion que exige.

Topsy tenía también un puñal en su cintura, y le desenvainó.

—Sí,—contestó llena de alegría,—sí, acepto el combate, pero con una condición.

Sus ojos arrojaron llamas.

—Habla,—dijo Amal.

—Que el combate será á muerte, sin tregua ni piedad y que ninguno de vosotros se levantara.

—¡No, no, es imposible!—exclamó Juan de Francia.—Elopy está aun demasiado débil.

—Es posible, si el rey quiere,—dijo Sanson.

Juan de Francia inclinó la cabeza y se calló. Amal miró largo tiempo, y una vez despus de esto, á aquellos con la cabeza, entre jóvenes y viejos, entre soldados por el ocio. Mientras que los miraba, todos los gitanos tenían fijados los ojos en él y parecían estar prontos de sus labios. Al cabo dijo Amal:

—Autorizo el combate á muerte entre Elopy y Topsy:

Ambos á dos lanzaron un grito de alegría.

—¡Amril— exclamó Juan de Francia palpitando de emoción.

—¡Vaya pues!— murmuró Sanson, — ¿vas a temblar ahora? Elspy es quien la ha provocado.

Juan de Francia se calló.

—¡Adios!— dijo Amril dando así la señal del combate.

Las dos gitanas se precipitaron pual en mano, semejantes á dos leonas del desierto que saltan una contra otra sobre la roja arena del desierto.

Cada una de ellas había enrollado un plaid á su brazo izquierdo.

No se agarraron desde luego como hubiera podido creerse. Semejantes á dos maestros espadachines, ellas estudiaron sus movimientos, la vista fija en la cabeza otra, el brazo izquierdo hacia adelante, el derecho dispuesto á herir. Y como los héroes de Homero, ambas se lanzaron sucesivamente los siguientes apóstrofes:

— Mira, te odio, ---decía Elspy;— ¡porque has querido matar á mi amante Juan de Francia!

— Yo, — contestó Ellen, — ¡no te odio, te desprecio! pero necesito tu cuerpo ensangrentado para que me sirva de pedestal!

Oyéronse entónces dos gritos roncos, dos gritos de muerte, y las dos cocardizas las enemigas solo formaron un grupo compacto retorciéndose y agitando-. Los pañales se chocaron, sus alientos se confundieron, sus brazos se enlazaron, y el grupo cayó repentinamente al suelo.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! — exclamó Juan de Francia que quiso lanzarse á socorrer á Elpy. Pero una mano de hierro le contuvo.

— ¡Nol pot! — dijo la voz ruda de Saxon, — tu no puedes intervenir, Juan ¡no puedes! sería una deslealtad.

Y el gigante obligó á Juan de Francia á permanecer inmóvil, al borde del círculo, mientras que un interminable grito de angustia y de terror se dejaba oír entre los gitanos.

La señorita Ellen acababa de derribar á su enemiga. Apoyando una ro-

dilla sobre su pecho, y levantando el brazo, se disponia á clavarla el puñal en el corazon. Los gitanos estaban helados de espanto.

— ¡Gracia! ¡Gracia! — balbucó Juan de Francia estendiendo sus manos hacia Amri en ademán de súplica.

— ¡Ah! ¿pides gracia para ella? ¡Pues bien! — oijo Topsy, — hé aqui mis condiciones...

Entonces, siempre con su puñal en alto, y oprimiendo con la rodilla el pecho de la zingara, Topsy miró á Amri, el jefe de la tribu.

— Escucha, — le dijo, — tú que eres nuestro jefe. Has sido ambicioso, has sido vengativo; ¿pero prohiben nuestras leyes la ambicion? ¿prohiben la venganza? ¿Si he cometido faltas, no las he reparado?

— Es verdad, — dijo Amri.

— Tengo derecho de herir; si mi brazo levantado no descarga el golpe, el perdono á mi enemiga, ¿qué harás por mí?

— Te haré reina de la tribu, — dijo Amri.

La gitana se levantó triunfante y arrojó su puñal.

Amrita cogió de la mano y exclamó:
— ¡Inclinados ante vuestra reina!

Ella se estremeció, mientras que Amrita la sostenía en sus brazos.

— ¡Ah! — exclamó con lánguida voz, — ¿habías, pues, adivinado que te amaba desde el día en que salvaste mi belleza?

.

.

Al romper el día, el *Fowler* se deslizaba sobre las olas con todas las velas desplegadas, llevándose á los gitanos y su fortuna.

FIN.







